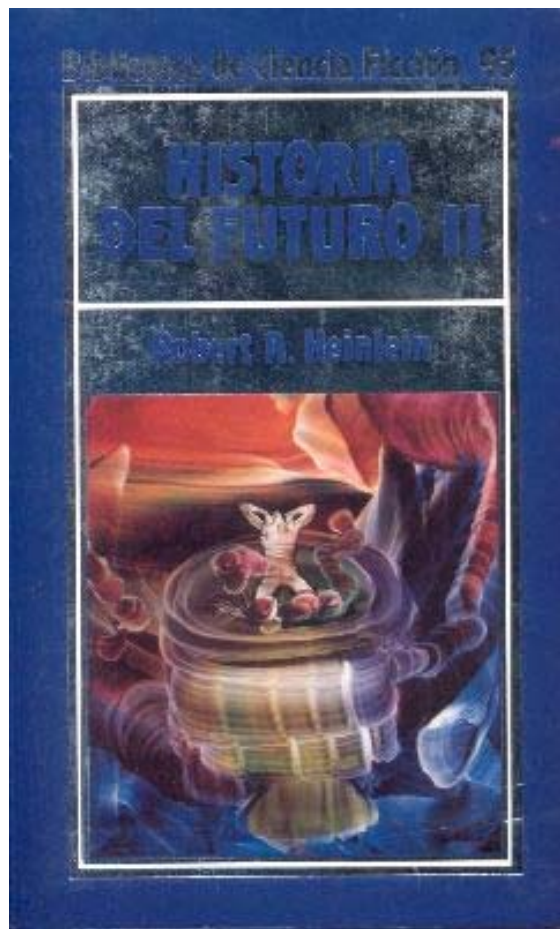


# HISTORIA DEL FUTURO II



**Robert A. Heinlein**



*Para GINNY*

## **INDICE**

**Dalila y el montador del espacio**  
**Jockey del espacio**  
**Réquiem**  
**La larga guardia**  
**Caballeros, permanezcan sentados**  
**Los negros fosos de la Luna**  
**«¡Qué grande es estar de vuelta!»**  
**«...también paseamos perros»**  
**Rayo de luz**  
**Prueba en el espacio**  
**Las verdes colinas de la Tierra**  
**Lógica del imperio**

## DALILA Y EL MONTADOR DEL ESPACIO

Seguro, tuvimos problemas construyendo la Estación Del Espacio Número Uno... pero esos problemas fueron la gente.

No es que construir una Estación a treinta y cinco mil seiscientos kilómetros en el espacio sea una fruslería. Era una obra de ingeniería mucho mayor que el Canal de Panamá o las Pirámides... - o incluso la Pila de Energía de Susquehanna -. Pero «Chico» Larsen la construyó... y cuando Chico empieza algo lo termina.

Me encontré por primera vez con Chico jugando como guardameta en un equipo semiprofesional, abriéndose camino en el Politécnico Oppenheimer. Luego trabajó algunos veranos conmigo, hasta que se graduó. Siguió en la construcción, y finalmente fui a trabajar para él.

Chico no emprendía nunca un trabajo a menos que estuviera satisfecho con su parte de ingeniería. La Estación comportaba trabajos que necesitaban más bien monos de seis brazos que hombres adultos con trajes del espacio. Chico se encargó de encontrarlos; ni una tonelada de material fue enviada al espacio hasta que las especificaciones y los diseños fueron de su agrado.

Pero había gente que nos dio quebraderos de cabeza. Teníamos un aluvión de hombres casados, pero el resto eran chicos alocados, atraídos por la buena paga y la aventura. Algunos eran curtidos hombres del espacio. Algunos eran especialistas, como electricistas e instrumentistas. Casi la mitad eran buzos de profundidad, acostumbrados a trabajar encerrados en trajes de presión. Había también trabajadores en cajón hidráulico, y montadores, y soldadores, y armadores de barcos, y dos acróbatas de circo.

Despedimos a cuatro de ellos por emborracharse durante el trabajo; Chico tuvo que luchar duramente antes de que aceptaran ser despedidos. Lo que nos preocupaba era: ¿de dónde sacaban la bebida? Resultó que un armador de barco había montado un alambique en frío, utilizando el vacío que nos rodeaba. Estaba fabricando vodka con patatas robadas del almacén. Lamenté echarlo, pero era demasiado listo.

Teniendo en cuenta que nos movíamos en caída libre en una órbita circular de veinticuatro horas, con todas las cosas ingravidas y notando, comprenderán que algo como jugar a los dados era completamente imposible. Pero un radiotelegrafista llamado Peters se las ingenió para crear unos dados de acero y un campo magnético. Así eliminó también el elemento suerte, de modo que también tuvimos que echarlo.

Planeamos embarcarlo en la próxima nave de aprovisionamiento, la R. S. Media Luna. Yo estaba en la oficina de Chico cuando usó sus chorros para ajustarse a nuestra órbita. Chico se dirigió a la portilla de babor.

- Envía a por Peters, Papi - dijo -, y dale la patada. ¿Quién es su relevo?

- Un tipo llamado G. Brooks McNye - le dije.

Un cable de enlace partió ondulando de la nave. Chico dijo:

- No creo que esté en posición. - Preguntó por radio la velocidad relativa de la nave con respecto a la Estación. La respuesta no le gustó, y les dijo que llamasen a la Media Luna.

Aguardó hasta que la pantalla de televisión mostró al comandante de la nave cohete.

- Buenos días, capitán. ¿Por qué nos ha enviado un cable?

- Para la mercancía, naturalmente. Tiene usted montones de ella aquí. Deseo irme antes de que entremos en la sombra. - La Estación perdía casi una hora y cuarto cada día atravesando la zona de sombra de la Tierra; trabajábamos en dos turnos de once horas y despreciábamos el período oscuro a fin de ahorrar luces y calefacción en los trajes.

Chico agitó la cabeza.

- No hasta que no hayamos sincronizado rumbo y velocidad.

- ¡Estoy sincronizado!

- No específicamente, según mis instrumentos.

- ¡Tenga corazón, Chico! Ando corto de combustible de maniobra. Si tengo que hacer juegos malabares con toda la nave para efectuar una corrección mínima por cuatro cochinas toneladas de carga, me retrasaré tanto que tendré que establecer un campo secundario. Quizás incluso tenga que efectuar un aterrizaje por inercia. - En aquellos días todas las naves tenían alas de aterrizaje.

- Mire, capitán - dijo Chico secamente -, el único propósito de su ascensión ha sido igualar órbitas por esas mismas pocas y cochinas toneladas. Me tiene sin cuidado que aterrice usted en la Pequeña América o en la empuñadura de un bastón. El primer cargamento fue situado con extremo cuidado en la órbita adecuada, y tengo la intención de que todos los demás hagan lo mismo. Haga las cosas como es debido.

- Muy bien, superintendente - dijo secamente el capitán Shields.

- No se enfade, Don - dijo Chico con suavidad -. A propósito, ¿tiene usted un pasajero para mí?

- ¡Oh, sí, lo tengo! - Shields esbozó una sonrisa.

- Bien, manténgalo a bordo hasta que hayamos descargado. Quizá todavía podamos trabajar en la sombra.

- ¡Estupendo, estupendo! Después de todo, ¿por qué tengo que aumentar yo sus preocupaciones? - Cortó, dejando a mi jefe desconcertado.

No tuvimos tiempo de pensar en sus palabras. Shields hizo girar sus naves con los giroscopios, puso en marcha sus cohetes uno o dos segundos, situándose en inercia a nuestro lado en muy poco tiempo... y usando muy poco combustible, pese a sus protestas. Eché mano de todos los hombres de que pude disponer y conseguí meter toda la carga antes de que entráramos en la sombra de la Tierra. La ingravidez es una increíble ventaja para manejar peso; vaciamos la Media Luna - a mano, imagínese - en cincuenta y cinco minutos.

La carga eran tanques de oxígeno llenos a tope, y espejos de aluminio para protegerlos, paneles de piel exterior - contraplacados de hojas de aleación de titanio con relleno de fibra de vidrio - y cajas de jatos para iniciar la rotación de las zonas habitadas. Una vez estuvo todo descargado y situado en nuestro cable de carga, despedí a los hombres por el mismo cable... puesto que no quería dejar a ningún hombre trabajando fuera sin un cable, por muy feliz que se crea uno en el espacio. Luego le dije a Shields que me enviara al pasajero y que se fuera.

El hombrecillo salió de la escotilla estanca de la nave, y se ancló en el cable. Dejándose colgar como se hacía habitualmente en el espacio, utilizó sus pies para impulsarse hacia adelante, deslizándose a lo largo del cable tendido, guiado por el anclaje. Me dirigí hacia él y le hice señas de que me siguiera. Chico, el recién llegado y yo llegamos juntos a la compuerta estanca.

Además de las habituales compuertas de carga teníamos tres G. E. Kwikloks. Una Kwiklok es una Virgen de Hierro sin clavos; se adapta a un hombre como un traje, dejándole sólo algunos litros de aire para expulsar, y su ciclo es automático. Economiza mucho tiempo en los cambios de traje. Yo me metí en uno de tamaño mediano; Chico, naturalmente, utilizó el más grande. Sin ninguna vacilación, el recién llegado se metió en el más pequeño.

Entramos en la oficina de Chico. Chico se despojó del indumento, echando hacia atrás su casco.

- Bien, McNye - dijo -. Encantado de tenerlo entre nosotros.

El nuevo técnico en radio abrió su casco. Oí una voz suave y agradable responder:

- Gracias.

Me lo quedé mirando sin decir palabra. Desde donde estaba, pude ver que el técnico en radio llevaba una cinta en el pelo.

Creí que Chico iba a estallar. No necesitó ver la cinta en el pelo; con el casco quitado, quedaba completamente claro que el nuevo «hombre» era tan mujer como la Venus de Milo. Chico maldijo algo en voz baja, y apenas se quitó el traje corrió hacia la portilla de babor.

- ¡Papi! - gritó -. Vaya corriendo a la radio. ¡Detenga a esa nave!

Pero la Media Luna no era ya más que una bola de fuego en la distancia. Chico parecía aturdido.

- Papi - dijo - ¿quién más sabe de esto?

- Nadie, que yo conozca.

Pensó unos instantes.

- Tenemos que mantenerla fuera de la vista. Esto es... la mantendremos encerrada fuera de circulación hasta que llegue la próxima nave. - Ni siquiera la miró.

- ¿De qué demonios está usted hablando? - la voz de McNye era fuerte y no precisamente agradable.

Chico la fulminó con la mirada.

- Usted cállese. ¿Qué es... un polizón?

- ¡No diga estupideces! Soy G. B. McNye, ingeniero electrónico. ¿Acaso no tiene mis papeles?

Chico se giró hacia mí.

- Papi, esto es culpa tuya. ¿Cómo dem... (perdón, señorita), cómo has dejado que nos mandaran una mujer? ¿Acaso ni siquiera leíste su informe previo?

- ¿Yo? - dije -. ¡Ahora, entiende, cabeza cuadrada!, esos informes ni siquiera mencionan el sexo; la Comisión de Control de Empleo no lo permite, a menos que sea un dato necesario para la aptitud en el trabajo.

- ¿Están ustedes diciéndome a mí que no soy apta para el trabajo aquí?

- No bajo el sistema de clasificación de este lugar. Hay montones de mujeres en la radio y en el radar ahí abajo en la Tierra.

- Esto no es la Tierra. - Tenía algo. Estaba pensando en esos lobos de dos patas metidos en el oficio. Y G. B. McNye era linda. Quizás ocho meses de no ver a una mujer habían afectado mi juicio, pero podía pasar.

- He oído hablar incluso de mujeres pilotos de cohete - dije, como consuelo.

- ¡Como si hubiera oído hablar de mujeres arcángeles; no quiero mujeres aquí!

- ¡Espere un momento! - Si yo estaba irritado, ella estaba visiblemente dolida -. Es usted el superintendente de construcción, ¿no?

- Sí - admitió Chico.

- Muy bien, entonces, ¿cómo sabe usted a qué sexo pertenezco?

- ¿Está usted intentando negar que es una mujer?

- ¡Difícilmente! Estoy orgullosa de ello. Pero oficialmente usted ignora cuál es el sexo de G. Brooks McNye. Por eso utilizo la G. en lugar de Gloria. No pido favores.

- No le vamos a conceder ninguno - gruñó Chico -. No sé cómo se ha metido usted en esto, pero escuche una cosa, McNye, o Gloria, o como se llame: está despedida. Volverá abajo en la primera nave. Mientras tanto, intentaremos que los hombres no sepan que hay una mujer a bordo.

Me di cuenta de que ella estaba contando hasta diez.

- ¿Puedo decir algo? - preguntó finalmente -. ¿O las prerrogativas de su capitán Bligh se extienden incluso hasta eso?

- Diga lo que tenga que decir.

- No me he metido en ninguna parte. Pertenezco al personal permanente del Ingeniero Jefe de Comunicaciones de la Estación. He tomado estas vacaciones por mi cuenta a fin de familiarizarme con el equipo mientras está siendo instalado. Viviré eventualmente aquí; no veo ninguna razón para no empezar inmediatamente.

Chico barrió aquella argumentación con un gesto de su mano.

- Habrá hombres y mujeres juntos aquí... algún día. Incluso niños. Pero hasta ahora eso es sólo para hombres, y seguirá siéndolo.

- Veremos. De todos modos, usted no puede despedirme; el personal de radio no trabaja para usted. - Se había apuntado un tanto; comunicaciones y otras especialidades dependían de sus contratistas, Cinco Compañías Inc., del Grupo de Empresas Harriman.

- Quizá no pueda despedirla, pero puedo mandarla a casa. «El personal contratado debe serlo a satisfacción del contratante»... es decir, yo. Párrafo siete, cláusula M; yo mismo la redacté.

- Entonces sabrá usted que si el personal contratado es rechazado sin causa justificada, el contratante debe correr con todos los gastos del reemplazo.

- Correré el riesgo de pagarle el regreso a casa, pero usted no se quedará aquí.

- ¡Es usted de lo más irrazonable!

- Quizá, pero soy quien decide qué es bueno para el trabajo. ¡Preferiría tener a un buhonero borracho que a una mujer husmeando entre mis muchachos!

Ella jadeó. Chico se dio cuenta de que había hablado demasiado; añadió:

- Lo siento, señorita. Pero así son las cosas. Se quedará escondida hasta que podamos librarnos de usted.

Antes de que ella pudiera contestar, dijo:

- ¡Chico... mira tras de ti!

Mirando a través de la portilla había uno de los montadores, con los ojos desorbitados. Tres o cuatro más flotaron por el espacio y se unieron a él.

Chico se precipitó hacia la portilla, y se alejaron como gorriones. Los había asustado hasta ponerles la carne de gallina; pensé que iba a mostrarles el puño a través del cuarzo.

Regresó junto a nosotros, evidentemente preocupado.

- Señorita - dijo, haciendo una seña -, espere en mi habitación. - Cuando se hubo ido, me dijo -: Papi, ¿qué vamos a hacer?

- Creí que ya habías tomado tu decisión - dije.

- Lo había hecho - respondió malhumoradamente -. Dile al Inspector Jefe que venga, ¿quieres?

Esto demostraba hasta dónde habían llegado las cosas. El cuerpo de inspección pertenecía a las Empresas Harriman, no a nosotros, y Chico los consideraba como una molestia. Además, Chico se había graduado en Oppenheimer, mientras que Dalrymple era del M.I.T.

Entró, alegre y animado.

- Buenos días, Superintendente. Buenos días, señor Witherspoon. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Chico le contó lúgubrementemente la historia. Dalrymple se quedó perplejo.

- Tiene usted razón, viejo. Puede usted enviarla de vuelta a casa e incluso sentir un gran alivio varonil con ello. Pero difícilmente podrá argumentar ninguna «causa justificada», ¿no cree?

- ¡Maldita sea, Dalrymple, no puedo tener a una mujer rondando por aquí!

- Un punto de vista muy discutible. No queda cubierto por el contrato, ya sabe.

- Si su oficina no nos hubiera mandado un cochino jugador como predecesor suyo, ¡no estaríamos metidos en este lío!

- Vamos, vamos... recuerde la presión arterial. Supongamos que dejamos la aprobación en suspenso y arbitramos el coste. Suena bien, ¿no?

- Supongo que sí. Gracias.

- De nada. Pero considere esto: cuando usted echó a Peters antes de entrevistarse con el sustituto, se privó usted de un operador. Hammond no puede permanecer veinticuatro horas diarias de guardia.

- Puede dormir en la cabina. La alarma lo despertará.



- No puedo aceptar esto. Nuestra estación y las frecuencias de las naves deben ser controladas a cada momento. Las Empresas Harriman han suministrado un operador cualificado; me temo que tendrá usted que utilizarla en adelante.

Chico aceptaba siempre lo inevitable; pausadamente, dijo:

- Papi, que se haga cargo de la primera guardia. Será mejor que ponga también en esa guardia a todos los hombres casados.

Luego la llamó.

- Vaya a la cabina de radio y empiece a ponerse al corriente de todo, para que Hammond pueda abandonar pronto la guardia. Y cuidado con lo que le dice. Es un buen hombre.

- Lo sé - dijo ella enérgicamente -. Yo le enseñé.

Chico se mordió el labio. El Inspector Jefe dijo:

- El superintendente no se preocupa de las trivialidades... Soy Robert Dalrymple, Inspector Jefe. Supongo que tampoco le habrá presentado a su asistente... el señor Witherspoon.

- Llámeme Papi - dije.

Ella sonrió y dijo:

- Hola, Papi. - Sentí que me recorría una oleada de calor. Se dirigió de nuevo a Dalrymple -. Es extraño que no nos hayamos conocido antes.

Chico cortó la charla:

- McNye, dormirá usted en mi habitación...

Ella enarcó las cejas; él continuó irritadamente:

- Oh, sacaré mis cosas de ella... inmediatamente. Y escuche bien esto: cierre bien la puerta cuando esté fuera de servicio.

- ¡Puede estar seguro de que lo haré! Chico enrojeció.

Yo estaba demasiado ocupado para ver a menudo a la señorita Gloria. Estaba la carga que había que almacenar, los nuevos tanques que instalar y proteger. Lo que más trabajo nos traía era el dotar de gravedad las zonas de habitación. Incluso los más optimistas no esperaban mucho tráfico interplanetario por algunos años; pero las Empresas Harriman deseaban dar impulso a algunas actividades de modo que dieran algo de beneficio a sus enormes inversiones.

La I.T. & T. había contratado un espacio para una estación de enlace de microondas... para varios millones de años, y sólo para televisión. La Oficina Meteorológica insistía en instalar una estación integradora hemisférica; el observatorio de Palomar tenía una concesión (las Empresas Harriman le habían donado el espacio necesario); el Consejo de Seguridad tenía varios vagos proyectos; los Laboratorios Físicos Fermi y el Instituto Kettering tenían ambos un espacio... y una docena de otros arrendatarios querían venir ya, lo más pronto posible, de modo que nunca completábamos las instalaciones para turistas y viajeros.

Había concesiones con límite de tiempo para Cinco Compañías Inc... y sus auxiliares. De modo que teníamos que apresurarnos para dotar de gravedad a las habitaciones.

A la gente que no ha estado nunca ahí arriba le cuesta meterse en la cabeza - o por lo menos me costó a mí - el que no hay peso, ni arriba ni abajo, en una órbita libre en el espacio. Ahí está la Tierra, redonda y hermosa, sólo a treinta mil kilómetros de distancia, lo suficientemente cerca para rozarla con tu codo. Sabes que te está atrayendo hacia ella, y sin embargo no sientes peso, absolutamente ninguno. Simplemente flotas.

Flotar es estupendo para algunos tipos de trabajo, pero cuando llega la hora de comer, o jugar a cartas, o bañarte, es bueno sentir peso en tus pies. Tu comida se queda tranquila en el estómago, y te sientes más natural.

Ustedes habrán visto fotos de la Estación... un enorme cilindro, como un tambor, con una especie de proas de barco surgiendo de los lados. Imagínense un tambor pequeño,

girando sobre sí mismo dentro de otro tambor mayor; éstos son los departamentos de habitación, con fuerza centrífuga para crear la gravedad. Hubiéramos podido hacer girar toda la Estación, pero uno no puede amarrar una nave a un derviche danzante.

Así que construimos una parte giratoria para el confort de sus habitantes, y una parte exterior, estacionaria, para almacenaje, tanques y demás carga. El paso de una a otra sección se hacía a través de un eje de sincronización. Cuando la señorita Gloria se unió a nosotros, la parte interna estaba cerrada y presurizada, pero el resto no era más que un esqueleto de vigas.

Tremendamente hermoso, sin embargo; una gran red de reluciente estructura destacando sobre el negro cielo y las estrellas... aleación de titanio 1403, ligero, fuerte y no corrosible. La Estación es difícilmente comparable a una nave, puesto que no necesita tomar impulso. De modo que no nos atrevíamos a utilizar medios giratorios violentos... y es aquí donde entraban en juego los jatos.

El «jato» - Jet Assisted Take - Off - es un conjunto de cohetes inventado hace tiempo para dar elevación a los aeroplanos. Ahora lo utilizamos siempre que es necesario un impulso controlado, digamos por ejemplo para sacar un maldito camión que se ha quedado atascado en el barro. Montamos cuatro mil de ellos alrededor del borde de los departamentos habitados, cada uno instalado en su lugar exacto. Estaban ya fijados y listos para entrar en funcionamiento cuando llegó Chico, con aspecto preocupado.

- Papi - dijo -, dejemos todo lo demás y terminemos el compartimento D-113.
- De acuerdo - dijo. El D-113 estaba en la parte no giratoria.
- Instale una compuerta estanca y almacene una reserva de aire para dos semanas.
- Eso cambiará nuestra distribución de masas para el giro - sugerí.
- Volveré a calcularlo en el próximo período oscuro. Luego modificaremos los jatos.

Cuando Dalrymple oyó la noticia acudió a la carga. Aquello representaba una demora en la disponibilidad de los espacios de alquiler.

- ¿A qué viene esa idea?

Chico se le quedó mirando. Últimamente habían estado más fríos que de costumbre; Dalrymple había estado buscando pretextos para ver a la señorita Gloria. Tenía que pasar por la oficina de Chico para llegar a sus apartamentos provisionales, y Chico le había dicho finalmente que saliera de allí y se quedara fuera.

- La idea - dijo Chico lentamente - es tener una tienda auxiliar para el caso de que la casa arda.

- ¿Qué quiere decir?

- Supongamos que pongamos en marcha los jatos y la estructura se resquebraje. ¿Tiene ganas de quedarse flotando en el espacio hasta que llegue la próxima nave?

- Eso es una tontería. Las resistencias han sido calculadas.

- Eso es lo que dijo el hombre cuando se derrumbó el puente. Lo haremos a mi modo.

Los esfuerzos de Chico por mantener a Gloria apartada de los demás fueron un fracaso. En primer lugar, la principal tarea de un técnico en radio era reparar los comunicadores de los trajes usados en las guardias. Durante sus guardias hubo verdaderas oleadas de tales reparaciones. Efectué algunos cambios de guardia y les cargué a algunos los costos de reparación: no es aceptable que un hombre estropee deliberadamente su antena.

Hubo también otros síntomas. Se puso de moda el afeitarse. Los hombres empezaron a utilizar camisas por todas partes, y los baños se incrementaron hasta tal punto que me creí en la necesidad de tener que solicitar más suministro de agua.

El cambio de turno llegó cuando el D-113 estaba ya listo y los jatos reajustados. No tengo inconveniente en decir que estaba nervioso. Todo el mundo recibió órdenes de meterse en sus trajes y salir de las habitaciones. Se encaramaron a las viguetas y travesaños y esperaron.

Los hombres se ven todos iguales con traje espacial; usábamos números y brazaletes coloreados para identificarnos. Los supervisores llevaban dos antenas, una para la frecuencia general y otra para el circuito de supervisión. La segunda antena de Chico y mía estaban conectadas con la cabina de radio y con todas las frecuencias... en realidad era como una emisora.

Los supervisores habían informado que sus hombres estaban fuera del radio de acción de los chorros, y yo estaba ya a punto de darle a Chico la señal cuando apareció aquella figura trepando por las viguetas, dentro de la zona de peligro. No llevaba cable de seguridad. No llevaba brazaletes. Llevaba una sola antena.

La señorita Gloria, por supuesto. Chico la sacó de la zona de peligro y la ancló a su propio cable de seguridad. Oí su voz, dura dentro de mi casco:

- ¿Quién se cree que es? ¿Un superintendente plenipotenciario?

Y la voz de ella:

- ¿Qué esperaba que hiciese? ¿Aparcar en una estrella?

- Le dije que se mantuviera alejada de los trabajos. Si no puede obedecer las órdenes, la haré encerrar.

Me dirigí hacia ellos, corté mi radio y toqué mi casco con el de Chico.

- ¡Jefe! ¡Jefe! ¡Está usted emitiendo!

- Oh - dijo él. Cortó la radio y tocó su casco con el de ella.

A ella aún podía oírla, no había cerrado su radio.

-...porque, gran babuino, envió usted una patrulla a sacar afuera a todo el mundo; por eso salí. - Y -: ¿Cómo quería que supiera lo del límite de seguridad? ¡Me ha tenido usted encerrada todo este tiempo! - Y finalmente -: ¡Eso ya lo veremos!

Los llevé aparte y le dije al jefe de electricistas que empezara. Luego olvidamos la discusión porque estábamos contemplando los más preciosos fuegos artificiales que hubiéramos visto nunca, una gigantesca rueda de Santa Catalina con cohetes estallando todos a la vez. Absolutamente silenciosos allí en medio del espacio... pero hermosos más allá de toda comparación.

Los chorros se apagaron, y ahí estaban los departamentos de habitación, girando como un volante... Chico y yo suspiramos aliviados. Todos entramos en seguida para ver a qué sabía la gravedad.

Tenía un sabor curioso. Atravesé la compuerta y empecé a bajar la escalera, descubriéndome más pesado a medida que me acercaba al borde. Me sentí mareado, como la primera vez que experimenté la ingravidez. Me costaba andar, y sentía calambres en las piernas.

Lo inspeccionamos todo, luego entramos en la oficina y nos sentamos. Era una sensación agradable y confortable el sentir un tercio de gravedad en el cuerpo. Chico pasó las manos por los brazos de su sillón y sonrió.

- Me parece que no hará falta que nos encerremos en el D-113.

- Hablando de encerrar - dijo la señorita Gloria, entrando -. ¿Puedo tener unas palabras con usted, señor Larsen?

- ¿En? Oh, seguro. De hecho, yo deseaba hablar con usted. Le debo una disculpa, señorita McNye. Estuve...

- Olvídelo - cortó ella -. Estaba nervioso. Pero lo que quiero saber es esto: ¿cuánto tiempo piensa seguir manteniendo esta estupidez de mantenerme vigilada?

Él la estudió.

- No mucho tiempo. Sólo hasta que llegue su relevo.

- ¿Sí? ¿Quién es el representante de los trabajadores aquí?

- Un ajustador llamado McAndrews. Pero no puede usted acudir a él. Usted es un miembro del personal administrativo.

- No en el aspecto al que me estoy refiriendo. Hablaré con él. Está usted discriminándome, incluso en mi tiempo libre.

- Quizá, pero puede comprobar que tengo autoridad para hacerlo. Legalmente soy el capitán de la nave, mientras duren los trabajos. Un capitán en el espacio tiene poderes discrecionales.

- ¡Entonces debería usarlos con discreción!

Él hizo una mueca.

- ¿No es eso precisamente lo que dice usted que estoy haciendo?

No oímos hablar del representante de los trabajadores, pero la señorita Gloria empezó a actuar a su modo. Apareció en el cine, terminada su guardia, con Dalrymple. Chico se fue a la mitad... pese a que era una buena película: Lisístrata va a la ciudad, transmitida desde Nueva York.

Cuando regresó, sola, la detuvo, después de asegurarse de que yo estaba presente.

- Hummm... señorita McNye...

- ¿Sí?

- Creo que debería usted saber, esto... que el Inspector Jefe Dalrymple es un hombre casado.

- ¿Está usted sugiriendo que mi conducta ha sido impropia?

- No, pero...

- ¡Entonces ocúpese de sus propios asuntos! - Y antes de que pudiera responder añadió -: Quizá le interese saber que me ha hablado de los cuatro hijos que tiene usted.

Chico estalló:

- ¿Qué... cómo? ¡Si ni siquiera estoy casado!

- ¿No? Eso aún hace peores las cosas, ¿no cree? Se marchó.

Chico dejó de intentar mantenerla en su habitación, pero le dijo que le comunicara cuando salía. Desde entonces se convirtió en su ángel custodio. Me abstuve de sugerirle que no hacía otra cosa que reemplazar a Dalrymple.

Pero me sorprendí cuando me dijo que redactara la orden de despido para ella. Estaba convencido de que ya había abandonado aquella idea.

- ¿Cuál es el motivo? - pregunté.

- ¡Insubordinación!

No dije nada. Él continuó:

- Bueno, se niega a cumplir las órdenes.

- Hace su trabajo perfectamente. Tú le das órdenes que no darías a ninguno de los hombres... y que ningún hombre querría cumplir.

- ¿Desapruebas mis órdenes?

- El asunto no es éste. No puedes probar los cargos.

- ¡Bien, entonces acúsala de ser mujer! Eso puedo probarlo.

No dije nada.

- Papi - añadió, vacilante -, sabes cómo redactarlo. «Sin ninguna animosidad personal contra la señorita McNye, debo comunicar la necesidad, como medida de política interna, y etcétera, etcétera.»

Lo redacté, y se lo di en privado a Hammond. Los técnicos en radio prestan juramento de secreto profesional sobre todo lo que pasa por sus manos, pero no me sorprendió cuando fui abordado por O'Connor, uno de nuestros mejores especialistas en metales.

- Oiga, Papi, ¿es cierto que el Viejo piensa cargarse a Brooksie?

- ¿Brooksie?

- Brooksie McNye... ella quiere que la llamen Brooks. ¿Es cierto?

Lo admití, y luego proseguí mi camino preguntándome si no hubiera debido mentir.

Una nave necesita cuatro horas para llegar desde la Tierra. La Estrella Polar era esperada de un momento a otro, con el relevo de la señorita Gloria. El cronometrista me trajo dos hojas de despido. Dos hombres no eran nada; siempre llegaban más en cada nave. Una hora más tarde se puso de nuevo en contacto conmigo por el circuito de

supervisores y me pidió que fuera a su despacho. Yo estaba fuera del borde, inspeccionando un trabajo de soldadura; dije que no.

- Por favor, señor Witherspoon - suplicó -, tiene usted que venir. Cuando uno de los muchachos no me llama «Papi», es que ocurre algo. Fui.

Ante su puerta había una cola como las de correos; entré y cerré a mis espaldas. Me tendió dos montones de hojas de despido.

- ¿Qué es eso, por las grandes tinieblas de la noche? - pregunté.

- Hay más docenas que aún no he tenido tiempo de llenar.

Ninguna de las hojas daba una razón fundada... sólo «por voluntad propia».

- Mire, Jimmie... ¿qué ocurre aquí?

- ¿No lo sabe usted, Papi? Caramba, yo también me estoy volviendo majareta.

Le dije lo que suponía, y lo admitió. Así que tomé las hojas, llamé a Chico y le dije que por amor del cielo viniera a aquella oficina.

Chico se mordió furiosamente el labio.

- Pero Papi, no pueden declararse en huelga. Hay una cláusula en el contrato que se lo prohíbe, y está aceptado por todos los sindicatos.

- No es ninguna huelga, Chico. No puedes impedir que un hombre se despida de su trabajo.

- ¡Entonces van a pagar los gastos de su viaje de regreso, así que ayúdame!

- También estás equivocado. La mayor parte de ellos han trabajado el tiempo suficiente como para tener el viaje de vuelta gratis.

- Tenemos que encontrar rápidamente sustitutos, o no terminaremos a tiempo.

- Peor que eso, Chico... no terminaremos. Para el próximo período oscuro no vas a tener ni la tripulación de mantenimiento suficiente.

- Nunca me ha abandonado ningún equipo de hombres. Hablaré con ellos.

- No conseguirás nada, Chico. Te enfrentas con algo demasiado grande para ti.

- ¿Tú también estás contra mí, Papi?

- Yo nunca estaré contra ti, Chico.

- Papi - dijo -, pensarás que soy un testarudo, pero tengo razón. No puedes tener a una mujer entre varios cientos de hombres. Se vuelven locos.

No le dije que a él le afectaba en el mismo sentido; dije:

- ¿Es malo eso?

- Por supuesto. No puedo dejar que todo el trabajo se arruine para complacer a una mujer.

- Chico, ¿les has echado una mirada a los gráficos de progresos últimamente?

- Apenas he tenido tiempo... ¿qué ocurre con ellos?

Yo sabía por qué no había tenido tiempo.

- Vas a tener problemas para probar que la señorita Gloria ha interferido en el trabajo. Vamos adelantados de tiempo.

- ¿Qué?

Mientras estudiaba los gráficos, puse una mano sobre su hombro.

- Mira, hijo - le dije -, el sexo ha dominado nuestro planeta desde hace mucho tiempo. En la Tierra nadie escapa de él y sin embargo se construyen por todas partes las más hermosas obras. Quizá simplemente tengamos que aprender a vivir aquí también con él. De hecho, tú mismo has dado la respuesta hace apenas un minuto.

- ¿Yo? Pero si no la sé.

- Has dicho: «No puedes tener a una mujer entre varios cientos de hombres.» ¿Me comprendes?

- ¿Eh? No, no te comprendo. ¡Espera un minuto! Quizá sí.

- ¿Has probado alguna vez el jiu - jitsu? En ocasiones uno gana relajándose.

- Sí. ¡Sí!

- Cuando uno no puede ganar, abandona.

Llamó a la cabina de radio.

- Haga que Hammond la releve, McNye, y venga a mi oficina.

Actuó con gran delicadeza, se levantó e hizo un discurso... había estado equivocado, había necesitado un largo tiempo para darse cuenta de ello, esperaba que no le guardaría rencor, etc. Daría inmediatamente instrucciones para que desde las oficinas centrales le facilitasen una relación de cuántos trabajos podían cubrirse con personal femenino.

- No olvides a las parejas casadas - le insinuó -; y será mejor que pidas también algunas mujeres maduras.

- Lo haré - aceptó Chico -. ¿He olvidado alguna cosa, Papi?

- Creo que no. Tendremos que variar algunas instalaciones, pero tenemos tiempo.

- De acuerdo. Daré orden de que retrasen a la Estrella Polar, Gloria, para que puedan enviarnos ya algunas en este próximo viaje.

- ¡Estupendo! - se la veía realmente contenta.

Él se mordió el labio.

- Tengo la impresión de estar olvidando algo. Humm... oh, sí, ya lo tengo. Papi, diles también que manden a un capellán a la Estación tan pronto como sea posible. Bajo la nueva política interior, es posible que lo necesitemos dentro de poco tiempo.

Yo también pensaba lo mismo.

## JOCKEY DEL ESPACIO

Justo en el momento en que se iban, el teléfono pronunció su nombre.

- No respondas - suplicó ella -. Nos vamos a perder el principio.

- ¿Quién es? - dijo él en voz alta. La placa visual se iluminó; reconoció a Olga Pierce, y tras ella la oficina de Colorado Springs de Tránsito Trans-Lunar.

- Llamando al señor Pemberton. Llamando... Oh, es usted, Jake. Está usted de servicio. Vuelo 27, Supra-Nueva York a Terminal del Espacio. Envío un helicóptero a buscarle dentro de veinte minutos.

- ¿Cómo es eso? - protestó -. Tengo el número cuatro en el cuadro de llamadas.

- Tenía usted el número cuatro. Ahora está inmediatamente debajo de Hicks como piloto... y él acaba de tener una psicocrisis.

- ¿Hicks una psicocrisis? ¡Eso es ridículo!

- Le ocurre hasta al mejor, compañero. Está preparado. Adiós.

Su esposa estaba reduciendo diecisiete dólares de pañuelo de encaje a una masa informe.

- Jake, esto es ridículo. Hace tres meses que no te he visto lo suficiente como para recordar cómo eres.

- Lo siento, cariño. Lleva a Helen al teatro.

- Oh, Jake, no me preocupa el teatro; lo único que quería era llevarte a un lugar donde no pudiesen localizarte.

- Me hubieran llamado al teatro.

- ¡Oh, no! Borré el mensaje que habías dejado.

- ¡Phyllis! ¿Pretendes que me despidan?

- No me mires de esa forma. - Aguardó, esperando a que él dijera algo, lamentando cómo se habían desarrollado las cosas, y preguntándose cómo decirle que su inquietud estaba causada no por el desengaño sino por el creciente temor que la corroía por su seguridad cada vez que él iba al espacio.

- No debes hacer este vuelo, querido - dijo desesperadamente -. Has estado en la Tierra menos del tiempo límite. ¡Por favor, Jake!

Él estaba quitándose el esmoquin.

- Te lo he dicho miles de veces; un piloto no hará nunca carrera si se basa demasiado en los reglamentos. Borrar mi mensaje... ¿Por qué lo has hecho, Phyllis? ¿Para que me despidan?

- No, querido, pero pensé que por una sola vez...

- Cuando me ofrecen un vuelo, lo acepto. - Salió bruscamente de la habitación.

Regresó diez minutos más tarde, vestido para el espacio y aparentemente de buen humor; estaba silbando una canción de moda basada en un inextricable juego de palabras. Dejó de silbar cuando vio el rostro de su mujer, e hizo una mueca.

- ¿Dónde está mi mono de trabajo?

- Voy a buscártelo. Déjame prepararte algo para comer.

- Sabes que no puedo alcanzar una alta aceleración con el estómago lleno. ¿Y para qué malgastar treinta dólares en levantar otro medio kilo?

Vestido como estaba con unos pantalones cortos, una camiseta y sandalias, conseguía una bonificación de al menos veintitrés kilos en disminución de peso; ella empezó a decirle que la penalización de peso de un bocadillo y una taza de café no tenía importancia, pero aquello podía convertirse en una nueva discusión.

Ninguno de los dos dijo mucho hasta que el aerotaxi se posó en el tejado. Se despidió de ella con un beso y le dijo que no saliese. Ella obedeció... hasta que oyó al helicóptero marcharse. Entonces subió al techo y se lo quedó mirando hasta que estuvo fuera de su vista.

El público de viajeros se queja de la falta de un servicio directo Tierra-Luna, y que tiene que tomar tres tipos de naves cohete y hacer dos cambios en las estaciones espaciales para recorrer tan sólo cuatrocientos mil kilómetros. Pero hay una buena razón: el dinero.

La Comisión de Comercio ha fijado las tarifas de transporte del actual vuelo en tres etapas a la Luna en sesenta y cinco dólares el kilo. ¿Sería más barato el servicio directo?... Una nave diseñada para elevarse desde la Tierra, hacer un aterrizaje sin aire en la Luna, regresar y aterrizar de nuevo en la atmósfera, debería ir tan atestada de pesado equipo especial que utilizaría una sola vez en todo el viaje que no dejaría un beneficio ni de mil dólares el kilo. Imaginen una combinación de ferry boat, de tren subterráneo y de ascensor de alta velocidad...

Por eso la Trans-Lunar utiliza cohetes lanzados por catapulta y provistos de alas para aterrizar a su regreso a la Tierra para efectuar la terrible ascensión desde la Tierra a nuestra estación satélite Supra-Nueva York. El largo viaje intermedio, desde ahí hasta la Terminal del Espacio que circunda la Luna, requiere confort... pero no dispositivos de aterrizaje. Las naves Holandés Errante y Philip Notan no aterrizan nunca; fueron ensambladas en el espacio, y se parecen tan poco a los cohetes provistos de alas tipo el Espíritu del Cielo y el Llama Volante como un tren Pulmón se parece a un paracaídas.

El Murciélago Lunar y el Duendecillo son buenos tan sólo para el salto de la Terminal del Espacio a la Luna... no tienen alas, se parecen a un capullo de gusano, y están desprovistos de literas de aceleración y de controles fraccionales en sus enormes chorros.

Los puntos de transbordo no necesitan ser otra cosa que tanques con aire acondicionado. Por supuesto, la Terminal del Espacio es casi una ciudad, debido al tráfico con Marte y Venus, pero aún hoy Supra-Nueva York sigue siendo más bien primitiva, apenas algo más que un puesto para repostar combustible, una sala de espera y un restaurante. Sólo desde hace cinco años ha sido equipada para ofrecer algo de comodidad y un servicio de gravedad centrífuga para los pasajeros con estómagos delicados.

Pemberton aterrizó en las oficinas del espaciopuerto, y se apresuró hacia donde estaba el Espíritu del Cielo listo sobre su catapulta. Se quitó el mono, con un estremecimiento mientras se lo entregaba al portero, y entró. Se sentó en su litera de aceleración y se

dispuso a dormir; la ascensión hasta Supra-Nueva York no le preocupaba... su trabajo era el espacio profundo.

Se despertó con la sacudida de la catapulta y la vertiginosa ascensión por la ladera de Pikes Peak. Cuando el Espíritu del Cielo entró en vuelo libre, ascendiendo verticalmente sobre el Peak, Pemberton contuvo el aliento; si los chorros del cohete fallan al encenderse, el piloto tierra-a-espacio debe intentar maniobrar la nave hasta conseguir una buena posición y volver a descender planeando.

Los cohetes rugieron a un tiempo; Jake volvió a dormirse.

Cuando el Espíritu del Cielo amarró en Supra-Nueva York, Pemberton se dirigió a la sala de navegación estelar de la estación. Se alegró de encontrar a Menudo Weinstein, el computador, de servicio. Jake confiaba en las computaciones de Menudo... una buena cosa cuando tu nave, tus pasajeros y tú mismo dependéis de ello. Pemberton tenía que ser también un matemático

más bueno de lo normal para poder llegar a piloto; su propio limitado talento le hacía apreciar el genio de aquellos que computaban las órbitas.

- ¡El Veloz Piloto Pemberton, Azote de las Rutas del Espacio... hola! - Weinstein le tendió una hoja de papel.

Jake la miró, y pareció sorprendido.

- Hey, Menudo... has cometido un error.

- ¿Huh? Imposible. Mabel no puede cometer errores. - Weinstein hizo un gesto hacia la gran computadora de astrogación que llenaba la pared del fondo.

- Tú has cometido un error. Me has dado una alineación muy sencilla... «Vega, Antares, Regulus.» Sigue facilitando tanto las cosas a los pilotos, y el gremio terminará echándote.

- Weinstein pareció cohibido pero complacido -. Veo que no salgo hasta dentro de diecisiete horas. Hubiera podido tomar el flete de la mañana. - Jake no dejaba de pensar en Phyllis.

- Las Naciones Unidas han cancelado el vuelo de la mañana.

- Oh... - Jake se calló, porque sabía que Weinstein sabía tan poco como él. Quizás el vuelo pasaba demasiado cerca de un cohete bombardero A de los que circundaban el globo como un policía. El Alto Mando del Consejo de Seguridad no daba ninguna información acerca de los importantes secretos que salvaguardaban la paz del planeta.

Pemberton se alzó de hombros.

- Bueno, si me duermo, llámame tres horas antes.

- De acuerdo. Te tendré preparada la cinta.

Mientras dormía, la Holandés Errante amarró silenciosamente, selló sus compuertas de aire a las de la estación, y descargó pasajeros y flete de Luna City. Cuando despertó, sus bodegas se estaban llenando, su combustible estaba en los depósitos y sus pasajeros a bordo. Se detuvo en la oficina de correos y radio, buscando carta de Phyllis. Al no encontrarla, se dijo que seguramente la habría enviado directamente a la Terminal. Fue al restaurante, compró el facsímil del Herald Tribune y se sentó para divertirse con las tiras cómicas mientras desayunaba.

Un hombre sentado frente a él comenzó a abrumarle con preguntas tontas acerca de los cohetes, interpretando mal la insignia bordada en la camiseta de Pemberton y llamándole equivocadamente «capitán». Jake se apresuró a terminar su desayuno para escapar de él, luego recogió la cinta de su piloto automático y se dirigió hacia la Holandés Errante.

Tras presentarse al capitán, se dirigió a la sala de control, flotando y empujándose por los asideros. Se sujetó a la silla del piloto, y empezó a hacer sus comprobaciones.

El capitán Kelly apareció y se sentó en la otra silla, mientras Pemberton terminaba las comprobaciones de su ruta balística.

- Tome un cigarrillo, Jake.



- Luego. - Siguió con sus comprobaciones. Kelly se lo quedó mirando con el ceño fruncido. Como los capitanes y pilotos del Mississippi de Mark Twain y por idénticas razones, el capitán de una nave espacial gobierna sobre su nave, su tripulación, su carga y sus pasajeros, pero el piloto es el definitivo, legal e incuestionado jefe en lo que se refiere a manejar la nave desde el principio hasta el final del viaje. Un capitán puede despedir a un piloto determinado... pero nada más. Kelly sacó una tira de papel de su bolsillo y dio vueltas en su mente a las palabras que le había dicho el psiquiatra al servicio de la Compañía cuando se lo había dado.

- Le voy a dar la habilitación a este piloto, capitán, pero usted no necesita aceptarlo.

- Pemberton es un buen hombre. ¿Qué es lo que va mal?

El psiquiatra había pensado de nuevo en lo que había observado mientras hacía el papel de un turista molestando a un extraño durante el desayuno.

- Es un poco más antisocial de lo que dicen sus anteriores informes. Tiene algo en la cabeza. Sea lo que sea, por ahora puede tolerarlo. Pero habrá que seguirle observando.

- ¿Quiere usted venir con él como piloto? - había respondido Kelly.

- Si usted lo desea.

- No se preocupe... lo tomaré. No hay necesidad de acarrear peso muerto.

Pemberton metió la cinta de Weinstein en el robot - piloto, luego se giró a Kelly.

- Control a punto, señor.

- Lance cuando esté listo, piloto. - Kelly se sintió aliviado cuando se oyó a sí mismo pronunciar aquella irrevocable decisión.

Pemberton indicó a la estación que los soltasen. La gran nave fue empujada hacia afuera por un émbolo neumático hasta que flotó libre en el espacio a treinta metros del muelle, amarrada por un simple cable. Entonces hizo girar la nave hacia su dirección de lanzamiento accionando un volante montado sobre giroscopios en el centro de gravedad de la nave. La nave giró lentamente hacia la dirección opuesta, gracias a la Tercera Ley del Movimiento de Newton.

Guiado por la cinta, el robot - piloto exhibió en el periscopio del piloto prismas en los cuales Vega, Amares y Regulus formarían una sola imagen cuando la nave estuviera correctamente orientada; Pemberton orientó la nave en aquella dirección... milimétricamente; un error de un minuto de arco representaría trescientos kilómetros a su destino.

Cuando las tres imágenes no formaron más que un solo punto, detuvo el volante y fijó los giroscopios. Luego comprobó la orientación de la nave a través de la visión directa de cada una de las estrellas, al igual que un capitán de barco utiliza el sextante, pero con instrumentos mucho más precisos. Aquello no le dijo nada acerca de la corrección de rumbo que Weinstein había señalado, tenía que tomarla como si fuera el Evangelio, pero se aseguró de que el robot y su cinta estuvieran actuando tal como estaba planificado. Satisfecho, soltó la última amarra.

Faltaban siete minutos para la partida... Pemberton accionó el interruptor que permitiría al robot-piloto poner en marcha los motores cuando el reloj se lo indicara. Aguardó, con las manos sujetando los controles manuales, dispuesto a actuar si el robot fallaba, y sintiendo la vieja e inevitable excitación enfermiza que nacía siempre dentro de él.

Incluso mientras la adrenalina actuaba dentro de él, agudizando su sensación del tiempo, latiendo en sus oídos, su mente volvió de nuevo a Phyllis.

Admitió que había actuado precipitadamente... los hombres del espacio no deberían casarse. No porque ella se muriera de hambre si él fallaba algún aterrizaje, sino porque una muchacha no quiere una seguridad; quiere un marido... Menos seis minutos.

Si consiguiera una línea regular podrían vivir en la Terminal del Espacio.

Pero no era bueno... las ociosas mujeres de la Terminal del Espacio se volvían malas. Oh, claro que Phyllis nunca se convertiría en una cualquiera; simplemente se volvería un poco ida.

Cinco minutos más... tampoco él sentía un excesivo interés por la Terminal del Espacio. ¡Ni por el espacio! «El Hechizo del Viaje Interplanetario»... se veía bonito en un cartel, pero él sabía de qué iba la cosa: un trabajo. Monótono. Sin ningún paisaje. Estallidos de trabajo, tediosas esperas. Ninguna vida de hogar.

¿Por qué no podía conseguir un empleo honesto que le permitiera pasar las noches en casa?

¡Lo sabía! Porque era un jockey del espacio y demasiado viejo para cambiar.

¿Qué posibilidades tiene un hombre de treinta y cinco años, casado, acostumbrado a ganar dinero abundante, para cambiar de oficio? (Cuatro minutos.) ¿Podía dedicarse ahora a vender helicópteros a comisión, podía realmente?

Quizá podría comprar una parcela de tierra de regadío y... ¡Pero despierta, hombre! Sabes tanto del trabajo de granjero como una vaca de raíces cuadradas. No, se había marcado su destino cuando había decidido dedicarse a los cohetes. Aunque ahora quisiera abrazar la rama de la electrónica o tomar una beca del Gobierno... bien, ya era demasiado tarde. Estaba metido en el servicio en las Explotaciones Lunares Harriman, esperando encontrar minerales en la Luna. Así habían ido las cosas.

- ¿Cómo va eso, doc? - la voz de Kelly era inquieta.

- Menos dos minutos y algunos segundos. - Kelly tenía otras cosas que hacer que hablar con el piloto del tiempo que faltaba.

Echó una última mirada a través del periscopio. Antares parecía haber derivado. Desbloqueó el giroscopio, giró ligeramente el volante, bloqueándolo salvajemente un instante después. La imagen era de nuevo la cabeza de un alfiler. No podía explicar lo que había hecho; era virtuosismo, una exacta destreza, mucho más allá del libro de texto y las enseñanzas recibidas.

Veinte segundos... en la esfera del cronómetro los destellos de luz marcaban los segundos mientras él se tensaba, preparado para actuar manualmente, o incluso desconectar y anular el viaje si su buen juicio se lo indicaba así. Una decisión demasiado cautelosa podía hacer que la Lloyd cancelase su contrato; una decisión demasiado arriesgada podía costarle la licencia o incluso la vida... y la de los demás.

Pero no estaba pensando en contratos ni en licencias, ni siquiera en vidas. En realidad no pensaba absolutamente en nada; estaba sintiendo, sintiendo su nave, como si sus terminaciones nerviosas se extendieran hacia todas partes a través de ella. Cuatro segundos... tres segundos... dos segundos... uno...

Estaba pulsando el botón manual cuando el rugido llegó hasta él.

Kelly se relajó bajo la pseudogravedad del empuje inicial y aguardó. Pemberton estaba serenamente atareado, examinando diales, observando el tiempo, comprobando su avance por el radar orientado hacia Supra-Nueva York. Las cifras de Weinstein, el robot piloto, la propia nave, todo estaba funcionando al unísono.

Unos minutos más tarde, llegó el crítico instante en que el robot debía cortar los chorros. Pemberton apoyó su dedo sobre el dispositivo manual, mientras repartía su atención entre el radarscopio, acelerómetro, periscopio y cronómetro. Por un instante avanzaron rugiendo bajo el empuje de los chorros; en la próxima fracción de segundo la nave estaba en órbita libre, avanzando silenciosamente hacia la Luna. Tan perfectamente sincronizados estaban el ser humano y el robot que ni el propio Pemberton podía decir quién de los dos había cortado la energía.

Miró de nuevo el tablero de a bordo y se soltó las correas.

- ¿Qué hay de aquel cigarrillo, capitán? Y puede decirles a sus pasajeros que se desaten.

En el espacio no se necesita copiloto, y la mayor parte de los pilotos compartirían antes su cepillo de dientes que su sala de mandos. El piloto trabaja aproximadamente una hora en el lanzamiento, más o menos lo mismo antes del contacto, y no tiene nada que hacer

durante el vuelo libre, salvo las comprobaciones y correcciones de rutina. Pemberton se preparó para pasar ciento cuatro horas comiendo, leyendo, escribiendo cartas y durmiendo... especialmente durmiendo.

Cuando la alarma lo despertó, comprobó la posición de la nave, y luego se puso a escribirle a su mujer: «Phyllis querida», empezó, «no te culpo por tu reacción al no haber podido salir ayer por la noche. A mí también me contrarió no poder hacerlo. Pero resígnate conmigo, querida, dentro de poco tiempo estaré ya en servicio regular. En menos de diez años podré pedir el retiro y entonces tendremos la oportunidad de jugar al bridge y al golf y hacer cosas como ésas. Sé que resulta muy duro el...»

Una voz por el circuito lo interrumpió.

- Hola, Jake... ponga su cara de buenos amigos. Le traigo un visitante a la sala de control.

- No se admiten visitas en la sala de control, capitán.

- Bueno, Jake, este cabeza gorda trae una carta del propio Viejo Harriman: «Todas las atenciones posibles...» y etcétera, etcétera.

Pemberton pensó rápidamente. Podía negarse... pero no tenía sentido ofender al gran jefe.

- De acuerdo, capitán. Haga que sea breve.

El visitante era un hombre jovial, corpulento... Jake lo imaginó con una penalización de peso de al menos cuarenta kilos. Tras él, un duplicado suyo de unos trece años se deslizó por la puerta y se dirigió hacia la consola de control. Pemberton lo agarró por el brazo y se obligó a sí mismo a hablar amablemente.

- Quieto, quieto, muchacho. No querría que recibieras un golpe en la cabeza.

- ¡Suélteme! Papi... dice que me suelte.

- Creo que será mejor que no toque nada, Juez - actuó rápidamente Kelly.

- Hummm, uh... muy bien. Haz lo que dice el capitán, chico.

- ¡Au, ay, papi!

- Juez Schacht, ése es el Primer Piloto Pemberton - dijo Kelly rápidamente -. Él le enseñará todo esto.

- Encantado de conocerle, piloto.. Muy amable, y todo eso que se dice.

- ¿Qué es lo que desea usted ver, juez? - dijo Jake cautelosamente.

- Oh, eso, y lo otro, y lo de más allá. Es por el chico, ¿sabe? Es su primer viaje. Yo soy un viejo hombre del espacio... probablemente llevo más horas en él que la mitad de su tripulación.

- Se echó a reír. Pemberton no.

- No hay mucho que ver en vuelo libre.

- Usted lo ha dicho. Nos instalaremos como si estuviéramos en casa... ¿eh, capitán?

- Yo quiero sentarme en el sillón de control - anunció Schacht Júnior.

Pemberton frunció el ceño. Kelly intervino rápidamente:

- Jake, ¿quiere enseñarle el sistema de control al chico? Luego nos iremos.

- No tiene que enseñarme nada. Lo sé todo. Soy un joven Cohetero de América... ¿ve mi insignia? - Se apoyó sobre el tablero de control.

Pemberton lo agarró, lo sentó en el sillón del piloto y lo ató a él. Luego desconectó el cuadro.

- ¿Qué está haciendo?

- Cortando la energía de los controles para explicárselos.

- ¿Entonces no va a encender los chorros?

- No. - Jake inició una rápida descripción del uso y finalidad de cada botón, dial, interruptor, medidor y cualquier otro instrumento.

El muchacho se retorció en sus ataduras.

- ¿Y los meteoros? - preguntó.

- Oh, eso... quizá se produzca una colisión en cada medio millón de viajes Tierra - Luna. Los meteoros son escasos.

- ¿Y si pasa? Es una posibilidad, ¿no? Estamos todos metidos en la sopa.

- No, en absoluto. El radar anticolidión rastrea hasta ocho mil kilómetros en todas direcciones. Si cualquier cosa penetra en su radio de acción y permanece allí más de tres segundos, un dispositivo automático conecta los chorros. Primero deja oír una señal de aviso, a fin de que todo el mundo pueda agarrarse a algo sólido, y luego, un segundo más tarde... ¡Boom!, ya nos hemos apartado a toda velocidad.

- Eso suena estupendo. Oiga, le enseñaré cómo lo hizo el comodoro Cartwright en El domador de cometas...

- ¡No toques esos controles!

- Esta nave no es suya. Mi papi dice...

- ¡Oh, Jake! - Al oír su nombre, Pemberton se retorció como un pez para mirar a Kelly -. Jake, el juez Schacht desearía saber... - con el rabllo del ojo, Jake vio al chico alcanzar el tablero de control. Se giró, empezó a gritar... y la aceleración lo golpeó mientras los chorros rugían en sus oídos.

Un hombre habituado al espacio puede generalmente recobrar el equilibrio como un gato tras un inesperado cambio de peso debido a la aceleración. Pero Jake había intentado agarrar al chico en lugar de buscar un punto de anclaje. Cayó de espaldas, haciendo un giro para intentar evitar a Schacht, dio con la cabeza en el marco de una compuerta estanca abierta, y cayó a la cubierta de abajo, sin sentido.

Kelly estaba sacudiéndolo.

- ¿Todo bien, Jake?

Se sentó.

- Sí. Seguro. - Tomó consciencia del rumor y de la vibración de las cubiertas -. ¡Los chorros! ¡Corten la energía!

Apartó a Kelly a un lado y echó a correr hacia la sala de control, pulsando frenéticamente el interruptor de la energía. En el repentino silencio, se encontraron de nuevo ingravidos.

Jake se giró, desató a Schacht Júnior, y lo empujó hacia Kelly.

- Capitán, por favor, saque esta amenaza de mi sala de control.

- ¡Suélteme! ¡Papi... me está haciendo daño!

El viejo Schacht saltó inmediatamente.

- ¿Qué significa todo esto? ¡Suelta a mi hijo!

- Su precioso hijo ha puesto en marcha los chorros.

- Muchacho... ¿has hecho tú eso?

El chico desvió la mirada.

- No, papi. Fue... fue un meteorito.

Schacht parecía desconcertado. Pemberton resopló.

- Acababa de explicarle cómo funciona el radar anticolidión para prevenimos de un meteorito. Está mintiendo.

Schacht prosiguió con el proceso que él llamaba «fijar sus ideas», y luego respondió:

- El muchacho nunca miente. Debería darle vergüenza, usted, un hombre hecho y derecho, intentando echarle las culpas a un chico indefenso. Informaré de lo ocurrido, señor. Vamos, muchacho.

Jake lo sujetó del brazo.

- Capitán, quiero fotografías de las huellas dactilares de esos controles antes de que este hombre abandone esta sala. No fue un meteorito; los controles estaban desconectados hasta que ese chico los conectó. Además, el circuito anticolidión hace sonar una alarma.

Schacht pareció inquieto.

- Todo esto es ridículo. Simplemente objeté a que se censurase el carácter de mi hijo. Al fin y al cabo, no ha ocurrido nada.

- No ha ocurrido nada, ¿eh? ¿Y los brazos rotos... o los cuellos? ¿Y el combustible malgastado, y el que tendremos que malgastar aún para volver a situarnos en nuestra ruta? ¿Sabe usted, señor «Viejo Espacionauta», lo preciosa que puede ser una pequeña cantidad de combustible cuando intentemos equiparar órbitas con la Terminal del Espacio... si andamos escasos de él? Quizá tengamos que arrojar carga para salvar la nave, carga a 60.009 dólares la tonelada, sólo de flete. Las impresiones digitales demostrarán a la Comisión de Comercio quién es el responsable.

Cuando estuvieron de nuevo solos, Kelly preguntó ansiosamente:

- ¿Realmente piensa desprenderse de algo de carga? Dispone de una reserva de maniobra.

- Quizá ni siquiera lleguemos a la Terminal. ¿Cuánto tiempo estuvieron encendidos los chorros?

Kelly se rascó la cabeza.

- La verdad es que yo también estaba sin sentido - dijo.

- Bueno, abriremos el acelerógrafo y echaremos una mirada.

Kelly pareció animarse.

- ¡Oh, seguro! Si ese maldito chiquillo no ha malgastado demasiado, entonces simplemente bastará con corregir el rumbo y frenar la misma longitud de tiempo.

Jake agitó la cabeza.

- Olvida usted que las relaciones de masas han cambiado.

- Oh... oh, sí - Kelly pareció azarado. Las relaciones de masas... tras el disparo de los chorros, la nave había perdido el peso del combustible quemado. El impulso seguía constante; la masa había disminuido. Volver a la posición, curso y velocidad correctas se convertía en un complicado problema de cálculo balístico -. Pero puede hacerlo, ¿no?

- Tendré que hacerlo. Pero me gustaría que Weinstein estuviera aquí.

Kelly se fue a ver lo que había ocurrido con el pasaje; Jake se puso a trabajar. Comprobó su situación por observación astronómica y por el radar. El radar le proporcionó rápidamente los tres factores, pero con una exactitud muy limitada. Los puntos de referencia del Sol, la Luna y la Tierra le dieron su posición, pero no le dijeron nada del rumbo ni de la velocidad, y en esa situación no podía permitirse esperar a tomar un segundo grupo de referencias para ello.

Un cálculo aproximado le proporcionó una situación estimada, mediante el añadido de las predicciones de Weinstein al efecto calculado de la intromisión del joven Schacht. Correspondía con bastante exactitud a las observaciones visuales y del radar, pero seguía sin tener noción de si sería posible o no volver a su rumbo y alcanzar su destino; ahora era necesario calcular qué cantidad de combustible iba a necesitar y si el que le quedara iba a ser suficiente para reducir la velocidad e igualar órbitas.

En el espacio, tan malo es alcanzar el final del viaje yendo a la tremenda velocidad de varios kilómetros por segundo como arrastrándote a unos pocos kilómetros por hora. Es como intentar coger un huevo en una superficie deslizante: o lo aplastas... o se te escapa.

Empezó a trabajar febrilmente en cómo conseguir una feliz llegada utilizando la menor cantidad de combustible, pero su pequeña calculadora electrónica Marchant no podía competir con las toneladas de la computadora IBM de Supra-Nueva York, ni él era Weinstein. Tres horas más tarde disponía de algo parecido a una respuesta. Llamó a Kelly.

- ¿Capitán? Puede usted empezar a echar por la borda a Schacht e Hijo.

- Me encantaría. ¿No hay ninguna salida, Jake?

- No puedo prometer llevar nuestra nave a sitio seguro sin aligerar masa. Sería mejor hacerlo ahora, antes de que hagamos actuar los chorros. Será más económico.

Kelly vaciló; le hacía tanta gracia como perder una pierna.

- De acuerdo. - Pemberton regresó melancólicamente a sus cálculos, confiando con encontrar un error, luego cambió de idea. Llamó a la cabina de radio.

- Póngame con Weinstein, en Supra-Nueva York.

- Está fuera del circuito normal.

- Lo sé. Soy el piloto. Prioridad de seguridad... urgente. Sitúe una onda directa y cuide de que no se pierda.

- Uh... de acuerdo, señor. Lo intentaré.

Weinstein se mostró dubitativo.

- Infiernos, Jake, no puedo pilotarte.

- ¡Maldita sea, puedes solucionar mis problemas!

- ¿Pero qué valor tiene una precisión de séptimo orden decimal con unos datos tan aleatorios?

- De acuerdo, de acuerdo. Pero tú sabes los instrumentos que tengo aquí; sabes cómo sé manejarlo. Dame la mejor respuesta.

- Lo intentaré. - Weinstein volvió a llamar cuatro horas más tarde -. ¿Jake? Ésta es la respuesta: has planeado frenar para recuperar tu velocidad prevista, y luego hacer las correcciones laterales para centrar tu posición. Es ortodoxo, pero antieconómico. En vez de esto, Mabel me lo ha resuelto en una sola maniobra.

- ¡Estupendo!

- No tan aprisa. Economiza combustible, pero no lo suficiente. No puedes frenar y volver a tu antiguo rumbo y alcanzar la Terminal sin aligerar peso.

Pemberton digirió la noticia, y luego dijo:

- Se lo diré a Kelly.

- Espera un minuto, Jake. Intenta esto. Parte desde un principio.

- ¿Eh?

- Trátalo como si fuera un problema completamente nuevo. Olvida la órbita de tu cinta. Utilizando tu rumbo actual, tu velocidad y tu posición, computa la órbita más económica para alcanzar la Terminal. Sigue una nueva ruta.

Pemberton parecía desconcertado.

- Nunca se me hubiera ocurrido algo así.

- Por supuesto que no. Con la pequeña calculadora de la nave ibas a necesitar tres semanas para resolverlo. ¿Estás listo para tomar nota?

- Por supuesto.

- Entonces éstos son los datos - y Weinstein empezó a cantárselos.

Una vez comprobados, Jake dijo:

- ¿Esto me llevará hasta allí?

- Quizá. Si los datos que me diste son lo suficientemente exactos; si puedes seguir las instrucciones tan exactamente como un robot; si puedes utilizar los chorros y hacer el contacto tan exactamente que no necesites correcciones laterales... entonces es posible que llegues a casa. Quizá. Buena suerte, de todos modos. - Se despidió y cortó.

Jake llamó a Kelly.

- No vamos a aligerar carga, capitán. Diga a sus pasajeros que se amarren. Aguarden la sacudida.

- Muy bien, piloto.

Una vez calculada y comprobada la nueva partida, le quedó otra vez tiempo libre. Tomó su carta sin terminar, la leyó, luego la hizo pedazos.

«Querida Phyllis», empezó de nuevo. «He estado pensando mucho en este viaje, y he decidido que he sido demasiado testarudo. ¿Qué estoy haciendo aquí arriba? Me gusta mi hogar. Me gusta ver a mi esposa.

»¿Por qué estoy arriesgando mi cuello y la paz de tu espíritu transportando toda esta basura a través del espacio? ¿Por qué estoy pendiente del teléfono aguardando a llevar a todos estos estúpidos a la Luna... cabezas huecas que ni siquiera saben llevar una barca de remos y que en primer lugar lo que tendrían que hacer sería quedarse en sus casas?

»El dinero, por supuesto. He tenido miedo de arriesgarme a cambiar. Sé que no encontraré otro empleo que me pague la mitad de lo que cobro en éste, pero si eres valiente desembarcaré y empezaremos de nuevo. Con todo mi amor.

Jake.»

Dejó la carta a un lado y se echó a dormir, soñando con que todo un ejército de Jóvenes Coheteros había acampado en su sala de control.

La visión de la Luna desde cerca ocupa tan sólo un segundo lugar, turísticamente hablando, tras la visión de la Tierra; sin embargo, Pemberton insistió en que todos los pasajeros estuvieran atados a sus asientos durante la segunda circunvalación hasta alcanzar Término. Con una exigua y preciosa reserva de combustible para la maniobra de acoplamiento, se negó a complicar su maniobra para complacer a los pasajeros.

Alrededor de la enorme masa de la Luna, la Terminal apareció a la vista... tan sólo a través del radar. Tras cada frenada Pemberton efectuaba una nueva alineación por el radar, luego comprobaba su alineación con una curva que había trazado de acuerdo con los cálculos de Weinstein... con un ojo en el reloj, otro en el giroscopio, un tercero en la trayectoria y un cuarto en la reserva de combustible.

- ¿Y bien, Jake? - preguntó Kelly -. ¿Cómo van las cosas?

- ¿Cómo quiere que lo sepa? Usted permanezca preparado para aligerar peso. - Habían llegado al acuerdo de soltar oxígeno líquido si era necesario, ya que podía ser soltado a través de las válvulas, sin necesidad de maniobra.

- No me lo diga, Jake.

- Maldita sea... se lo diré si es necesario. - Estaba manejando de nuevo sus controles; los chorros ahogaron sus palabras. Cuando los cortó, la radio lo estaba llamando.

- Holandés Errante, al habla el piloto - respondió Jake.

- Control de la Terminal... Supra informa que van escasos de combustible.

- Correcto.

- No se acerquen. Equiparen velocidades y manténganse alejados. Enviaremos un transbordador para repostarles y recoger los pasajeros.

- Creo que puedo arreglarlo.

- No lo intente. Aguarde a que le repostemos.

- ¡No me diga cómo debo pilotar mi nave! - Pemberton cortó el circuito y se quedó mirando el tablero, silbando melancólicamente. Las palabras que Kelly pronunciara en una ocasión penetraron en su cerebro: «Casey le dijo al fogonero; Muchacho, será mejor que saltes, puesto que dos locomotoras están a punto de chocar.»

- ¿Va a meterse de todos modos, Jake?

- Hummm... no, maldita sea. No puedo correr el riesgo de empotrarme en la Terminal, no con todos los pasajeros a bordo. Pero no voy a equiparar velocidades a ochenta kilómetros y aguardar a que venga cualquier imbécil.

Se orientó con relación a un punto más cercano fuera de la órbita de la Terminal, actuando por instinto, ya que los cálculos de Weinstein no significaban nada en aquellas circunstancias. Su propósito era bueno; no necesitaría malgastar su escasa reserva de combustible en correcciones laterales de último minuto para no chocar contra la Terminal. Cuando finalmente estuvo seguro de deslizarse a salvo si no era descubierto, frenó de nuevo. Entonces, cuando ya iba a cortar la energía, los chorros escupieron, tosieron y callaron.

El Holandés Errante flotaba en el espacio, a quinientos metros de la Terminal, con las velocidades sincronizadas,

Jake conectó la radio.

- Terminal... envíenme un cable de amarre. Entraré.

Había rellenado su informe, se había duchado, y se dirigió a la oficina de correos para radiar su carta, cuando el altavoz lo llamó a la oficina del Comodoro de Pilotos. Oh, oh, se dijo a sí mismo, Schacht ha presentado su queja... me pregunto cuántas acciones tendrá de la Compañía. Y también está lo otro... lo de meter a un mocoso en el Control.

Se presentó rígidamente.

- Primer Piloto Pemberton, señor.

El comodoro Soames levantó la vista.

- Pemberton... oh, sí. Tiene usted dos títulos de piloto; espacio - a - espacio y aterrizaje - sin - aire.

No discutamos, se dijo Jake. En voz alta, afirmó:

- No tengo ninguna excusa por lo ocurrido en este último viaje. Si el comodoro no aprueba la forma en que llevo mi sala de control, estoy dispuesto a presentar mi dimisión.

- ¿De qué demonios está usted hablando?

- Yo, bueno... ¿no ha recibido usted una queja de un pasajero?

- ¡Oh, eso! - Soames hizo un gesto quitándole importancia -. Sí, he recibido una. Pero tengo también el informe de Kelly... y también el de su jefe de cohetes, y uno especial de Supra-Nueva York. Fue un fallo técnico, Pemberton.

- ¿Así que no hay queja de la Compañía?

- ¿Cuándo he dejado de defender a mis pilotos? Usted tuvo toda la razón; yo lo hubiera echado por la compuerta estanca más próxima. Pero vayamos al asunto: Usted está en la línea espacio - a - espacio, pero necesito enviar un especial a Luna City. ¿Lo aceptaría usted, como un favor especial hacia mí?

Pemberton vaciló; Soames prosiguió:

- Ese oxígeno que usted ha salvado es para el Proyecto de Investigación Cósmica. Hicieron saltar los sellos del túnel norte y se perdieron toneladas de carga. Las obras están paradas... cerca de 130.000 dólares diarios en administración, sueldos e indemnizaciones. El Duendecillo está aquí, pero no hay piloto hasta que llegue el Murciélago Lunar, a menos que usted... ¿Bien?

- Bueno, yo... Mire, comodoro, usted no puede arriesgar el cuello de los pasajeros con un aterrizaje mío sobre cohetes. Estoy oxidado; necesito descansar y una revisión.

- No habrá ni pasajeros, ni tripulantes, ni capitán... sólo su cuello.

- Acepto.

Veinte minutos más tarde, con el feo y poderoso casco del Duendecillo a su alrededor, conectaba los chorros. Un fuerte impulso para abandonar la velocidad orbital y caer hacia la Luna, luego ya no más preocupaciones hasta que llegara el momento de «morderse la cola».

Se sintió bien... hasta que sacó dos cartas, la que él no había enviado y otra de Phyllis, que le habían entregado en la Terminal.

La carta de Phyllis era afectuosa... y superficial. No mencionaba su repentina marcha; ignoraba completamente su profesión; era un modelo de corrección, pero lo preocupó.

Rompió las dos cartas y empezó otra. Decía, en parte:

«...nunca lo dices claramente, pero te molesta mi trabajo.

«Tengo que trabajar para mantenernos. También tú tienes tu trabajo. Es un trabajo antiguo, muy antiguo, que las mujeres lleváis realizando desde hace mucho tiempo... cruzando las llanuras en carreta, aguardando a que regresen los buques de China, o aguardando en las inmediaciones de una mina tras una explosión... darle un beso con una sonrisa, cuidar de él en casa.



»Te casaste con un hombre del espacio, de modo que parte de tu trabajo es aceptar alegremente mi trabajo. Creo que puedes hacerlo, si te conciencias al respecto. Así lo espero, ya que la forma en que han ido las cosas no nos conviene a ninguno de los dos.

»Créeme, te quiero.

Jake.»

Cuarenta segundos más tarde, cayendo a poco más de doscientos veinticinco kilómetros por hora, localizó con sus periscopios las torres estáticas de trescientos metros. A cien metros disparó cinco gravedades durante algo más de un segundo, cortó los chorros, y se mantuvo a un sexto de gravedad, un descenso normal en la Luna. Bajó lentamente, sintiéndose feliz.

El Duendecillo flotó durante unos instantes, con su brillante chorro salpicando el suelo lunar, y finalmente se posó con dignidad, alunizando sin la menor vibración.

El personal del suelo se hizo cargo de la nave; un jeep hermético llevó a Pemberton hasta la entrada del túnel. En el interior de Luna City lo felicitaron antes de que hubiera terminado de redactar su informe. Cuando recibió la llamada, Soames le sonrió desde el otro lado de la pantalla.

- He visto el aterrizaje por la transmisión del campo, Pemberton. No necesita usted refrescar sus estudios.

Jake enrojeció.

- Gracias, señor.

- A menos que esté usted aferrado al espacio - a - espacio, creo que podría utilizarlo en el vuelo regular de Luna City. Con residencia ahí, en Luna City. ¿Le interesa?

Se oyó a sí mismo diciendo:

- ¿Luna City? Por supuesto que me interesa.

Abrió la tercera carta mientras se dirigía a la oficina de correos de Luna City. En el mostrador de teléfonos, habló con una rubia con el traje azul lunar.

- Póngame con la señora de Jake Pemberton, Suburbio seis - cuatro - tres, Dodge City, Kansas, por favor.

Ella se lo quedó mirando.

- Ustedes los pilotos se gastan realmente el dinero.

- A veces una llamada telefónica resulta más económica. Dése prisa, ¿quiere?

Phyllis estaba intentando redactar la carta que creía tendría que haber escrito ya. Era más fácil decir por escrito que no se quejaba de la soledad ni de la falta de distracciones, sino que no podía soportar por más tiempo la preocupación acerca de su seguridad. Pero se encontró incapaz de establecer la conclusión lógica. ¿Estaba preparada a renunciar completamente a él si él no quería renunciar al espacio? Realmente no lo sabía... la llamada telefónica fue una agradable interrupción.

La pantalla no se iluminó.

- Larga distancia - dijo una voz -. Luna City al habla.

El miedo le atenazó el corazón.

- Al habla Phyllis Pemberton.

Una demora interminable... sabía que las ondas de radio necesitaban aproximadamente tres segundos para realizar el trayecto Tierra - Luna, pero ahora no lo recordaba, ni esto la hubiera tranquilizado. Todo lo que era capaz de ver era un hogar destrozado, ella misma viuda, y Jake, su amado Jake, muerto en el espacio.

- ¿La señora de Jake Pemberton?

- ¡Sí, sí! Al habla. - Otra espera... ¿Se habría despedido de él de mal humor, huraña, afectando su juicio? ¿Habría muerto ahí afuera, recordando tan sólo que ella le había hecho una escena porque la abandonaba para irse a trabajar? ¿Le habría fallado cuando él más la necesitaba? Sabía que su Jake no podía estar atado a las cintas de un delantal;

los hombres - los hombres adultos, no los chicos de mamá - debían soltarse de los delantales maternos. ¿Por qué había intentado atarlo al suyo?... Hubiera debido pensarlo mejor; su propia madre le había aconsejado que no lo hiciera. Rezó.

Luego otra voz, una voz que hizo flaquear sus rodillas de alivio:

- ¿Eres tú, cariño?

- ¡Sí, amor, sí! ¿Qué estás haciendo en la Luna?

- Es una larga historia. A dólar el segundo es mejor dejarla para otra ocasión. Lo único que quiero saber es: ¿estarías dispuesta a venir a vivir a Luna City?

Esta vez fue el turno de Jake de sufrir la inevitable espera para la respuesta. Se preguntó si Phyllis estaría vacilando, incapaz de tomar una decisión. Finalmente la oyó:

- Por supuesto que sí, cariño. ¿Cuándo debo venir?

- Bueno... oye, ¿ni siquiera deseas saber el porqué?

Ella empezó a decir que no tenía importancia, luego cambió de opinión:

- Sí, dímelo. - Esta vez la demora no preocupó a ninguno de los dos. Le explicó las noticias, luego añadió:

- Vete a Springs y dile a Olga Pierce que te solucione todo el papeleo. ¿Necesitas mi ayuda para hacer el equipaje?

Ella pensó rápidamente. Si pensara regresar, no se lo hubiera preguntado.

- No, puedo arreglármelas.

- Buena chica. Te radiaré una larga carta sobre lo que tienes que traer y todo lo demás. Te quiero. ¡Adiós!

- Oh, yo también te quiero. Adiós, amor.

Pemberton salió de la cabina silbando. Era una buena chica Phyllis, íntegra. Se preguntó cómo podía haber dudado de ella alguna vez.

## RÉQUIEM

En una alta colina en Samoa hay una tumba. Inscritas en la lápida están estas palabras:

Bajo el ancho y estrellado cielo  
cava mi tumba y déjame descansar;  
satisfecho viví, y satisfecho muero,  
y por mi voluntad yaceré aquí.

Éstos son los versos que grabarás para mí:  
«Aquí yace, donde anheló yacer,  
el marinero ha vuelto a casa, de regreso del mar,  
y el cazador ha vuelto a casa, de regreso de la colina.»

Esas mismas líneas aparecen en otro lugar... garabateadas en una etiqueta arrancada de un depósito de aire comprimido, y clavadas al suelo con un cuchillo.

No era una feria muy brillante. Las carreras de a pie no habían proporcionado mucha diversión, y los tenderetes y puestos de golosinas estaban casi desiertos, y los voceadores estaban desanimados.

El chófer de D. D. Harriman no podía ver ninguna razón para detenerse. Les esperaban en Kansas City para una reunión de negocios, y Harriman hacía el viaje exclusivamente para aquello. Además, el propio chófer tenía razones privadas para llegar pronto,

relacionadas con una anónima cervecería en la Calle Dieciocho. Pero el jefe no sólo se había detenido, sino que estaba dando una vuelta.

Un arco de madera recubierto de tela daba entrada a un amplio recinto tras la pista de carreras. Unas letras rojas y doradas anunciaban:

Pase a ver  
¡¡¡LA NAVE LUNAR!!!  
¡Véala volar!  
Demostraciones de vuelo dos veces al día.  
Éste es el AUTÉNTICO MODELO  
utilizado por el Primer Hombre  
¡¡¡QUE ALCANZÓ LA LUNA!!!  
¡¡USTED también puede ir en ella!!  
por sólo 50,00 \$

Un muchacho, nueve o diez años a lo sumo, estaba parado frente a la entrada y miraba los carteles.

- ¿Te gustaría ver la nave, hijo?

Los ojos del chiquillo se abrieron mucho.

- Claro que sí, señor. Por supuesto que me gustaría.

- A mí también. Vamos. - Harriman pagó un dólar por las dos entradas que daban derecho a visitar el recinto y examinar por fuera la nave cohete. El muchacho tomó su entrada y echó a correr con el entusiasmo propio de su edad. Harriman contempló las achaparradas líneas curvas de la nave que le daban un aspecto panzudo. Observó, con su ojo profesional, que era un tipo de un solo cohete, con controles fraccionales en torno a su diafragma. A través de sus gafas leyó el nombre pintado en oro sobre el rojo vivo del casco: Despreocupado. Pagó otro cuarto de dólar para entrar en la cabina de control.

Cuando sus ojos se habituaron a la semioscuridad causada por los gruesos cristales filtro de las escotillas, los posó amorosamente en los mandos de la consola y en el semicírculo de diales sobre ella. Cada uno de aquellos queridos dispositivos estaban en su correcto lugar. Los conocía todos... los tenía grabados en su corazón.

Mientras soñaba sobre el tablero de a bordo, con una suave tranquilidad bañando todo cuerpo, el piloto entró y tocó su brazo.

- Lo siento, señor. Tenemos que prepararnos para un vuelo.

- ¿Eh? - despertó Harriman, y miró al que había hablado. Era un hombre apuesto, de cabeza proporcionada y anchos hombros... ojos esquivos y boca sensual, pero mentón firme -. Oh, perdone, capitán.

- No se preocupe.

- Oh, capitán, querría decirle, esto...

- McIntyre.

- Capitán McIntyre, ¿admitiría otro pasajero en este vuelo? - el anciano lo miró ansiosamente.

- Bueno, sí, si usted quiere. Venga conmigo. - Condujo a Harriman a un remolque rotulado OFICINA cerca de la puerta de entrada -. Un pasajero para reconocer, doc.

Harriman mostró su sorpresa, pero dejó que el médico aplicara el estetoscopio sobre su pecho y colocara la banda elástica alrededor de su brazo. Mientras la retiraba, miró a McIntyre y agitó la cabeza.

- ¿No puede, doc?

- Exacto, capitán.

Harriman desvió su vista de uno a otro.

- Mi corazón está perfectamente... sólo estoy algo agitado.

El médico enarcó las cejas.

- ¿Usted cree? No se trata sólo de su corazón; a su edad sus huesos son frágiles, demasiado frágiles como para resistir un despegue.

- Lo siento, señor - añadió el piloto -, pero la Asociación de Control de Ferias Rurales paga al doctor para asegurarse de que no suba a la nave nadie que no pueda resistir la aceleración.

Los hombros del anciano se hundieron lastimosamente.

- Me lo suponía.

- Lo siento, señor - McIntyre se giró para irse, pero Harriman siguió afuera.

- Perdone, capitán...

- ¿Sí?

- ¿Podría usted y, esto, su mecánico, cenar conmigo tras su vuelo?

El piloto lo miró con cierta socarronería.

- No veo por qué no. Gracias.

- Capitán McIntyre, se me hace difícil comprender que alguien quiera abandonar la línea Tierra - Luna. - El pollo asado tostadas en un comedor privado del mejor hotel de la pequeña ciudad de Butler, un Hennessy tres estrellas, y unos auténticos Coronas, habían creado una atmósfera amigable en torno a los tres hombres.

- Bueno, a mí no me gustó.

- Vamos, no digas eso, Mac - el mecánico de McIntyre se llenó otra copa de coñac mientras hablaba -. Sabes condenadamente bien que de no ser por la Regla G aún estarías ahí arriba.

McIntyre pareció disgustado.

- Bueno, ¿y qué si tomé un par de copas? De todos modos me hubiera apañado condenadamente bien... a no ser por esos estúpidos reglamentos. ¿Y quién eres tú para reprochármelo? ¡Contrabandista!

- ¡Seguro que hice contrabando! ¿Quién no, con todos esos hermosos pedruscos esperando ser llevados a la Tierra? Conseguí un diamante tan grande como... Si no me hubieran descubierto, esta noche estaría en Luna City. Y tú también, maldito borracho... y los muchachos nos pagarían las copas, y las chicas nos harían proposiciones... - apoyó la cabeza en un brazo y se echó a llorar silenciosamente.

McIntyre lo sacudió.

- Está borracho.

- No importa. - Harriman interpuso una mano -. Dígame, ¿está usted realmente satisfecho de haber dejado su empleo de piloto?

McIntyre se mordió el labio.

- No... por supuesto que no. Desde entonces las cosas no han vuelto a ir a derechas. Cada vez que despegamos, a ese casco se le cae una pieza. Hemos recorrido todas las ferias de la cuenca del Mississippi... durmiendo en los campings y comiendo en esas mierdas de freidurías. La mitad de las veces el sheriff nos ha impedido volar, y la otra mitad ha sido la Sociedad para la Prevención de Esto o de Aquello. Esto no es vida para un piloto de cohetes.

- ¿Le ayudaría el poder volver a la Luna?

- Bueno... sí. No podría volver a hacer la línea Tierra-Luna, pero si estuviera en Luna City, podría volver a trabajar para la compañía... siempre hay necesidad de pilotos de cohetes allí para transportar mineral, y no importarían mis antecedentes. Si me mantuviera sobrio, a la larga quizás incluso volvieran a admitirme en las líneas regulares.

Harriman jugueteó con una cucharilla, luego levantó la vista.

- Caballeros, ¿estarían dispuestos a aceptar una proposición de negocios?

- Quizá. ¿De qué se trata?

- El Despreocupado, ¿es suyo?

- Aja. Es de Charlie y mío... aunque tiene un par de hipotecas. ¿Por qué?

- Desearía contratarlo... para que usted y Charlie me llevaran a la Luna.

Charlie se enderezó de un brinco.

- ¿He oído bien lo que ha dicho, Mac? ¡Quiere ir con esa vieja tartana a la Luna!  
McIntyre agitó la cabeza.

- Es imposible, señor Harriman. El viejo trasto está acabado.

No se puede convertir a combustible isotópico. Ni siquiera aguanta el combustible normal... sólo una mezcla de gasolina y aire líquido. Charlie se pasa todo el tiempo ajustándolo. El día menos pensado estallará.

- Oiga, señor Harriman - dijo Charlie -, ¿por qué no se paga usted una excursión con una de las naves de la compañía?

- No, hijo - respondió el anciano -. No puedo. Ya sabe las condiciones bajo las cuales las Naciones Unidas garantizaron a la compañía el monopolio de la explotación lunar... nadie que no fuera físicamente capaz de resistirlo podía ir al espacio. La compañía acepta toda la responsabilidad de la seguridad y salud de todos los ciudadanos más allá de la estratosfera. La razón oficial de aceptar esa concesión fue el ahorrar pérdidas innecesarias de vidas durante los primeros años de viaje por el espacio.

- ¿No puede usted pasar el examen físico?

Harriman agitó la cabeza.

- Bueno, infiernos... si tiene usted el dinero suficiente como para contratarnos a nosotros, ¿por qué no soborna a algún empleado de la compañía? Ya se ha hecho otras veces, y no le va a salir más caro.

Harriman sonrió apesadumbradamente.

- Sé que lo han hecho otras veces, Charlie, pero conmigo no serviría. ¿Sabe?, soy demasiado conocido. Mi nombre completo es Delos D. Harriman.

- ¿Qué? ¿Usted es el viejo D. D.? Pero, maldita sea, entonces es usted el dueño de la compañía... prácticamente es la compañía; puede hacer usted lo que quiera en ella, con reglamentación o sin reglamentación.

- Esto es lo que cree todo el mundo, pero es incorrecto. Los hombres ricos no son más libres que los demás hombres; son mucho menos libres, espantosamente mucho menos libres. Intentaría hacer lo que usted sugiere, pero los demás directivos no me lo permitirían. Tienen miedo a perder su concesión. Les cuesta mucho en.. esto... contactos políticos retribuidos, el mantenerla.

- Bueno, creo que... ¿te das cuenta de eso, Mac? Un tipo con más dinero del que necesita, y no puede gastarlo en lo que se le antoja.

McIntyre no respondió, sino que aguardó a que Harriman prosiguiera.

- Capitán McIntyre, si tuviera usted una nave adecuada, ¿me llevaría?

McIntyre se frotó la barbilla.

- Va contra la ley.

- Le pagaré lo que me pida.

- Seguro que lo haremos, señor Harriman. Por supuesto que sí, Mac. ¡Luna City! ¡Oh, cielos!

- ¿Por qué desea tanto ir a la Luna, señor Harriman?

- Capitán, es la única cosa que realmente he deseado en toda mi vida... desde que era chiquillo. No sé si podrán entenderlo o no. Ustedes, muchachos, crecieron en la era de los cohetes, mientras que yo crecí en la era de la aviación. Soy mucho más viejo que ustedes, al menos cincuenta años. Cuando era chico prácticamente nadie creía que el hombre llegara a alcanzar nunca la Luna. Ustedes han visto cohetes toda su vida, y el primero que alcanzó la Luna lo hizo cuando todavía eran unos niños. Cuando yo era un niño la gente aún se reía ante esta idea.

«Pero yo creía en ella... creía en ella. Leía a Verne, y a Wells, y a Smith, y creía que podríamos lograrlo... que podríamos lograrlo. Se me metió en la cabeza y en el corazón ser uno de los hombres que pisaran la superficie de la Luna, que vieran la otra cara, y que miraran desde allí el rostro de la Tierra, colgando en el espacio.

«Utilicé a menudo el importe de mi comida para pagar mi cuota a la Sociedad Americana de Cohetes, porque creía que de esta forma estaba ayudando a acercarse el día en que podríamos alcanzar la Luna. Cuando ese día llegó, yo ya era viejo. He vivido más de lo que me correspondía, pero no quiero morir... ¡no quiero!... sin haber puesto mi pie en la Luna.

McIntyre se puso en pie y le tendió la mano.

- Consígame una nave, señor Harriman. Le llevaré.

- ¡Así me gusta, Mac! ¿No se lo había dicho, señor Harriman?

Harriman reflexionó y dormitó durante la media hora que duró el viaje hasta Kansas City, dormitó con el sueño ligero y turbado de la vejez. Incidentes ocurridos a lo largo de su vida cruzaron por su mente en sueños vagabundos. Había aquella vez... oh, sí, en 1910... Un niño mirando a una cálida noche de primavera. - «¿Qué es eso, papi?» - «Es el cometa Halley, hijo.» - «¿De dónde viene?» - «No lo sé, hijo. De algún lugar muy lejos en el espacio.» - «Es hermoososo, papi. Quiero tocarlo.» - «Me temo que no podrás, hijo.»

- «Delos, ¿de veras pretendes invertir todo el dinero que hemos ahorrado para la casa en esa loca compañía de cohetes?» - «¡Por favor, Charlotte! No es una locura; es una sólida inversión comercial. Algún día no muy lejano los cohetes llenarán el cielo. Los barcos y los trenes desaparecerán. Piensa lo que les ocurrió a los hombres que tuvieron la visión de invertir en Henry Ford.» - «Estaremos muertos antes de que empiecen a dar dinero.» - «Charlotte, llegará el día en que los hombres abandonen la Tierra y vayan a la Luna, incluso a los planetas. Esto es sólo el comienzo.» - «No hace falta que grites para decirlo.» - «Lo siento, pero...» - «Me está empezando a doler la cabeza. ¿No puedes estarte quieto ni siquiera en la cama?»

No pudo quedarse quieto ni siquiera en la cama. Salió al balcón y se quedó quieto en medio de la noche, contemplando la Luna llena avanzar cruzando el cielo. El día siguiente iba a ser un día infernal, pero ahora no importaba. Ahora estaba con su vieja amiga. Escrutó su rostro. ¿Dónde estaba el Mare Crisium? Era curioso, no podía localizarlo. Siempre lo había localizado a primera vista, cuando era niño. Probablemente necesitaba unas gafas nuevas... el constante trabajo de oficina no era bueno para sus ojos.

Pero no necesitaba verlo, sabía que estaba allí; Crisium, Mare Fecunditatis, Mare Tranquillitatis... y los Apeninos, y los Cárpatos, y el viejo Tycho con sus misteriosos rayos.

Trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros... diez veces la vuelta a la Tierra. Seguro que los hombres podrían salvar una distancia tan pequeña como aquélla. Casi podía tocarla alargando una mano, alcanzarla allí mismo, detrás de los olmos.

- «Hijo, quiero hablar muy seriamente contigo.» - «Sí, madre.» - «Sé que esperabas ir a la universidad el año próximo (¡Esperar! Había vivido para ello. La Universidad de Chicago, estudiar con Moulton, luego el Observatorio de Yerkes para trabajar con el doctor Frost en persona), y yo también lo esperaba. Pero con la muerte de tu padre, y las chicas creciendo, es difícil equilibrar el presupuesto. Tú has sido un buen chico y has trabajado duro para ayudarme. Sé que lo comprenderás.» - «Sí, mamá.»

«¡Extra! ¡Extra! UN COHETE ESTRATOSFÉRICO ALCANZA PARÍS. Léalo todo en el interior.» El delgado hombrecillo de lentes bifocales arrebató el periódico y corrió a la oficina. - «Mira esto, George.» - «¿Eh? Hummm, interesante, pero ¿qué hay con ello?» - «¿No lo ves? ¡La próxima parada será la Luna!» - «Dios mío, eres un ingenuo, Delos. El problema contigo es que lees demasiadas de esas asquerosas revistas. La semana pasada encontré a mi chico leyendo una de ellas, algo así como Historias Sorprendentes, y le arreglé las cuentas. Tus padres tendrían que haber hecho lo mismo contigo.» Harriman cuadró los hombros, aún jóvenes y vigorosos. - «¡Llegarán a la Luna!» Su socio

se echó a reír. - «Si tú lo dices... Si el nene desea la Luna, papá se la dará. Pero mientras tanto dedícate a tus descuentos y comisiones; ahí es donde está el dinero.»

El gran coche entró en el paseo y giró por el Armour Boulevard. El viejo Harriman se despertó malhumorado y murmuró algo para sí.

- Pero, señor Harriman... - el joven con el bloc de notas parecía completamente perturbado. El anciano gruñó:

- Me ha oído bien. Venda. Quiero hasta el último centavo realizado tan pronto como sea posible: Rutas del Espacio, Compañía Proveedora de Rutas del Espacio, Minas Artemos, Diversiones de Luna City, todo.

- Haremos bajar el mercado. Desvalorizará sus propias acciones.

- ¿Se cree que no lo sé? No se preocupe por ello.

- ¿Y las acciones que posee del Observatorio Richardson? ¿Y las Becas Harriman?

- Oh, sí. Ésas no las venda. Constituya una fundación. Hace tiempo que debería haberlo hecho. Dígale al joven Kamens que prepare los papeles. Él sabe lo que quiero.

El visor interno de la oficina se iluminó.

- Esos caballeros están aquí, señor Harriman.

- Hágalos pasar. Eso es todo, Ashley. Actívese. - Ashley salió mientras entraban McIntyre y Charlie. Harriman se puso en pie y, acudió rápidamente a su encuentro -. Adelante, muchachos, adelante. Me alegra tanto verles. Siéntense. Siéntense. Tomen un cigarro.

- Encantados de verle, señor Harriman - dijo Charlie -. De hecho, necesitábamos verle.

- ¿Algún problema, caballeros? - Harriman miró a uno, luego al otro. McIntyre fue quien respondió.

- ¿Sigue con su idea de darnos trabajo, señor Harriman?

- ¿Seguir? Por supuesto que sigo. Supongo que no se habrá echado atrás.

- No, en absoluto. Ahora necesitamos ese trabajo. El Despreocupado yace en medio del río Osage, con la tobera empotrada en el inyector.

- ¡Cielos! ¿Se hicieron daño?

- No, sólo algunos rasguños y quemaduras. Saltamos.

Charlie sonrió.

- Casi me trago un pez al caer al río.

Poco después pasaban a hablar de negocios.

- Ustedes dos deberán comprar una nave para mí. No puedo hacerlo abiertamente; mis colegas se darían cuenta de lo que pretendo y me detendrían. Cuenten con todo el dinero que necesiten. Localicen algún tipo de nave que puedan adaptar para el viaje. Imaginen alguna historia plausible, que les han encargado un yate estratosférico para algún playboy, o que planean establecer una ruta turística Ártico - Antártico. Cualquier cosa que no haga sospechar que se trata de un viaje espacial.

»Luego, cuando hayan obtenido la licencia del Departamento de Transporte para vuelos estratosféricos, lleven la nave a un lugar desierto hacia el oeste... les compraré alguna parcela de terreno adecuada, y luego me uniré a ustedes. Luego instalaremos los tanques, cambiaremos los inyectores, los controles y todo lo demás, y la dejaremos lista. ¿Qué les parece?

McIntyre parecía dubitativo.

- Eso va a ser complicado. Charlie, ¿crees que puedes realizar la transformación sin un taller y gente que te ayude?

- ¿Yo? Claro que puedo... siempre que tus manos no teman ensuciarse. Proporcióname tan sólo las herramientas y los materiales que necesito, y no me des muchas prisas. Por supuesto, no va a ser ninguna broma...

- Nadie supone que vaya a ser una broma. Lo único que pido es una nave que no estalle cuando conecte el encendido. El combustible isotópico no es ningún juego.

- No estallará, Mac.

- Eso mismo dijiste del Despreocupado.

- Es muy distinto, Mac. Se lo dijimos, señor Harriman... era un cascajo, y ambos lo sabíamos. Esto será diferente. Gastaremos en él lo que sea necesario. ¿No es así, señor Harriman?

Harriman palmeó su hombro.

- Claro que sí, Charlie. Tendrá todo el dinero que necesite. Ésta es la última de nuestras preocupaciones. ¿Están de acuerdo con los salarios y bonificaciones que les he propuesto? No quisiera quedarme corto.

-...como saben ustedes, mis clientes y sus familiares más próximos están interesados en esto. Opinamos que la conducta del señor Harriman, en las últimas semanas, como queda probado por la evidencia aducida, da una clara indicación de que su mente, hasta ahora brillante en el mundo de las finanzas, ha empezado a volverse senil. Es por ello, y con mi mayor pesar, por lo que debo solicitar de este honorable tribunal, si lo considera oportuno, que declare al señor Harriman incompetente y designe un administrador para que proteja sus intereses financieros y los de sus socios y futuros herederos. - El abogado se sentó, satisfecho consigo mismo.

El señor Kamens tomó la palabra.

- Con el permiso de este tribunal, y si mi estimado colega ya ha terminado, me gustaría hacer notar que sus últimas palabras invalidan toda su tesis. «...Los intereses financieros de sus socios y futuros herederos.» Es evidente que su petición está basada en que mi cliente debe conducir sus asuntos de tal forma que asegure a sus sobrinos y sobrinas, y a su descendencia, una comodidad y un lujo que no se han ganado, y para el resto de sus vidas. La esposa de mi cliente ha fallecido ya, sin dejar hijos. Ha quedado demostrado que mi cliente se ha preocupado generosamente de sus hermanos y su descendencia en el pasado, y que ha establecido pensiones para sus parientes desprovistos de recursos propios.

»Pero ahora, como buitres, peor que buitres, ya que ni siquiera están dispuestos a dejarle morir en paz, quieren impedir que mi cliente goce de su capital en la forma que más le agrade durante los pocos años que le quedan de vida. Es cierto que ha vendido sus acciones; ¿pero es extraño que un hombre ya anciano desee retirarse? Es cierto que algunas de esas acciones han perdido valor en su liquidación. Pero "el valor de una cosa es la satisfacción que proporciona". Mi cliente quiere retirarse y solicita dinero en efectivo. ¿Qué hay en ello de extraño?

»Ha quedado admitido que se negó a discutir sus acciones con sus amados parientes. ¿Pero qué ley, o principio, requiere que un hombre consulte a sus sobrinos sus propias acciones?

»En consecuencia, ruego que este tribunal confirme a mi cliente en su derecho a hacer lo que quiera de sí mismo, deniegue esta demanda, y envíe a esos entrometidos a ocuparse de sus propios asuntos.

El juez se sacó las gafas y las limpió meticulosamente.

- Señor Kamens, este tribunal tiene hacia la libertad individual un respeto tan alto como el que usted manifiesta, y puede estar seguro de que cualquier acción que tome será sólo en interés de su cliente. De todos modos, los hombres envejecen, los hombres se vuelven seniles, y en tales casos deben ser protegidos.

»Así que dejaremos este asunto en consulta hasta mañana. Se levanta la sesión.

Del Kansas City Star:



## «DESAPARECE EXCÉNTRICO MILLONARIO.

»...No se presentó hoy a la audiencia. Los oficiales de justicia regresaron tras buscarle en los lugares habitualmente frecuentados por Harriman con la información de que no había sido visto desde el día anterior. El tribunal lo ha declarado en rebeldía y ha ordenado su busca...»

Un atardecer en el desierto es un estimulante para el apetito mejor que una orquesta de lujo. Charlie dio testimonio de ello limpiando con un trozo de pan los últimos restos de huevos con jamón que quedaban en su plato. Harriman tendió un cigarro a cada uno de los dos hombres y tomó otro para sí.

- Mi médico dice que estas cosas son malas para mi corazón - observó mientras lo encendía -, pero me siento mucho mejor desde que estoy aquí con ustedes en el rancho, de modo que empiezo a dudarlo. - Exhaló una bocanada de humo grisazulado y resumió - : No creo que la salud de un hombre dependa tanto de lo que haga como de lo que desee hacer. Y estoy empezando a hacer lo que realmente deseo.

- Esto es todo lo que un hombre puede pedirle a la vida - admitió McIntyre.

- ¿Cómo va el trabajo, muchachos?

- Estamos casi a punto - respondió Charlie -. Hoy hemos terminado las segundas pruebas de presión de los nuevos tanques y los conductos de combustible. Las pruebas en tierra están todas hechas, excepto las de calibración. Y éstas no van a llevar mucho tiempo... en cuatro horas pueden quedar listas si no surge ningún problema. ¿Y tú, Mac?

McIntyre hizo un gesto con la mano.

- Las reservas de comida y agua están ya a bordo. Tres trajes estancos, uno de reserva, y los repuestos. El botiquín. El aparato ya traía consigo todo el equipo estándar para vuelo estratosférico. El último calendario lunar aún no ha llegado.

- ¿Entonces a qué estamos esperando?

- A nada... podríamos partir ahora mismo. El calendario no tiene importancia. Todo eso acerca de lo difícil que es navegar de aquí a la Luna es puro camelo para impresionar al público. Después de todo uno puede ver su destino... no es como navegar por el océano. Déme un sextante y un buen radar y me comprometo a dejarle en cualquier lugar que quiera de la Luna, sin mirar en absoluto un almanaque ni una tabla estelar, sólo con un conocimiento general de las velocidades relativas implicadas.

- No nos interesan tus habilidades personales, Colón - dijo Charlie -, sabemos que puedes colgar tu sombrero en la percha al primer intento. Lo que queremos saber es si podemos irnos ahora mismo. ¿Podemos?

- Podemos.

- Siendo así, terminaré las pruebas esta noche. Yo también estoy impaciente... las cosas nos han tomado mucho tiempo. Si me echan una mano, podemos irnos a dormir antes de media noche.

- De acuerdo, cuando termine este cigarro.

Fumaron en silencio por un rato, cada uno de ellos pensando en el inminente viaje y lo que representaba para él. El viejo Harriman intentaba reprimir la excitación que lo poseía ante la perspectiva de inmediata realización de su largamente acariciado sueño.

- Señor Harriman...

- ¿Eh? ¿Qué ocurre, Charlie?

- ¿Qué tiene que hacer un tipo para volverse tan rico como lo es usted?

- ¿Volverse rico? No lo sé; nunca intenté volverse rico. Nunca me preocupó ser rico, o famoso, o cualquier cosa así.

- ¿Eh?

- No, yo sólo pretendí vivir mucho tiempo y ver todo lo que ocurría. Y no era nada excepcional; había montones de chicos como yo... radioaficionados, y constructores de

telescopios, y aeromodelistas. Tenían sus clubs científicos, y sus laboratorios improvisados, y sus revistas de ciencia ficción... el tipo de muchachos que pensaban que había más aventura en un número del Electrical Experimenter que en todos los libros que hubiera escrito nunca Dumas. No pretendimos ser nunca héroes nacionales, tan sólo queríamos construir espacionaves. Y bien, algunos lo conseguimos.

- Jesús, hace usted que suene excitante.

- Era excitante, Charlie. Fue un siglo maravillosamente romántico, pese a todo lo malo que tenía. Y a cada año se hacía más maravilloso y más excitante. No, nunca pretendí volverme rico; sólo deseaba vivir lo suficiente para ver a los hombres volar hacia las estrellas y, si Dios era bueno conmigo, ir yo mismo al menos hasta la Luna. - Depositó cuidadosamente un centímetro de blanca ceniza en el cenicero -. Fue una buena vida. No tengo nada de qué quejarme.

McIntyre echó hacia atrás su silla.

- Si ya estás listo, vamos, Charlie.

- De acuerdo.

Se pusieron en pie. Harriman fue a decir algo, pero hizo una mueca y se agarró el pecho con una mano, con el rostro pálido como la tiza.

- ¡Sujétalo, Mac!

- ¿Dónde está su medicina?

- En el bolsillo de su chaqueta.

Lo llevaron hasta su sillón, rompieron una pequeña cápsula de cristal en un pañuelo, y lo acercaron a su nariz. El líquido contenido en la cápsula, al volatilizarse, pareció devolver a su rostro algo de color. Hicieron lo poco que podían hacer, y luego aguardaron a que recuperara el conocimiento.

Charlie rompió el intranquilo silencio.

- Mac, no podemos llevarlo con nosotros así.

- ¿Por qué?

- Sería un asesinato. Nunca podrá aguantar la aceleración inicial.

- Quizá no, pero él quiere intentarlo. Ya lo has oído.

- Pero no podemos permitirselo.

- ¿Por qué no? No es asunto nuestro, ni tampoco asunto de ese maldito gobierno paternalista que tenemos, el decirle a un hombre que no arriesgue su vida si él realmente desea hacerlo.

- De todos modos, no creo que sea correcto. No con una persona tan noble como él.

- Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer con él... llevarlo de vuelta a Kansas City para que todas esas viejas arpías se le echen encima y lo encierren en una casa de salud hasta que se le destroce el corazón?

- Nooooo... eso no.

- Entonces sal afuera y termina de una vez esas malditas pruebas. Yo iré en seguida.

Un destartado coche apareció al día siguiente, levantando nubes de polvo en el desierto, y se detuvo frente a la casa. Un hombre corpulento, con un rostro serio pero afable, salió y avanzó hacia McIntyre, que se dirigía hacia él.

- ¿Es usted James McIntyre?

- Sí, ¿qué ocurre?

- Soy el asistente del comisario federal aquí. Traigo una orden de arresto contra usted.

- ¿Cuáles son los cargos?

- Conspiración para violar la Ley de Seguridad en el Espacio.

Charlie se unió a ellos.

- ¿Qué ocurre, Mac?

- Usted debe ser Charles Cummings, supongo - respondió el asistente -. Traigo otra orden de arresto contra usted. Y también otra contra un hombre llamado Harriman, y otra orden para incautar su nave del espacio.

- No tenemos ninguna nave del espacio.

- Entonces, ¿qué es lo que guardan en ese gran cobertizo?

- Un yate estratosférico.

- ¿De veras? Entonces lo incautará hasta que aparezca la nave. ¿Dónde está Harriman?

- Ahí - señaló Charlie, ignorando las señas de McIntyre.

El asistente giró la cabeza. Charlie no falló el golpe ni por un milímetro; el hombre cayó blandamente al suelo. Charlie se lo quedó mirando, frotándose el puño y murmurando algo para sí mismo.

- Maldita sea... el mismo dedo que me rompí jugando al béisbol. Nunca se me va a curar del todo.

- Mete al viejo en la cabina - le cortó secamente Mac -, y átales las correas.

- A tus órdenes, capitán.

Sacaron la nave fuera del hangar con un tractor, la giraron y la orientaron cara al desierto para tener suficiente campo para el despegue. Subieron a ella. McIntyre vio al asistente del comisionado federal por la ventanilla de estribor; se había puesto en pie y los miraba desconsoladamente tras ellos.

McIntyre se sujetó el cinturón de seguridad, se ajustó el corsé de vuelo y habló por el tubo que comunicaba con la sala de máquinas.

- ¿Todo listo, Charlie?

- Todo listo, capitán. Pero todavía no podemos despegar, Mac... ¡no hemos bautizado la nave!

- ¡No hay tiempo para tus supersticiones!

La débil voz de Harriman les llegó:

- Llámela la Lunática... ¡es el nombre más apropiado!

McIntyre apoyó la cabeza en el respaldo almohadado, empujó dos palancas, luego otras tres en rápida sucesión, y la Lunática alzó el vuelo.

- ¿Cómo se encuentra, Papi?

Charlie estudió ansiosamente el rostro del viejo. Harriman se humedeció los labios y trató de hablar.

- Muy bien, hijo. No podría estar mejor.

- La aceleración ya ha pasado; ahora todo será más fácil. Le voy a desatar para que se sienta más cómodo. Pero creo que será mejor que no se mueva de la litera. - Soltó las correas. Harriman reprimió a duras penas un gemido -. ¿Qué ocurre, Papi?

- Nada. Absolutamente nada. Sólo que no me apriete mucho por este lado.

Charlie pasó sus dedos sobre el costado del anciano con el firme y delicado toque de un mecánico.

- No crea que va a engañarme, Papi. Pero no puedo hacer mucho por usted hasta que alunicemos.

- Charlie...

- ¿Sí, Papi?

- ¿Puedo ir hasta la portilla? Me gustaría ver la Tierra.

- Todavía no puede verla; la nave la oculta. Tan pronto como giremos yo mismo le llevaré. Ahora tómese estas píldoras; duerma un poco, ya le despertaré cuando llegue el momento.

- No.

- ¿En?

- Quiero estar despierto.

- Como usted quiera, Papi.

Charlie trepó como un mono hasta la proa de la nave, y se sujetó a los asideros de la silla del piloto. McIntyre le consultó con la mirada.

- Sí, está vivo y aguanta - dijo Charlie -, pero está mal.

- ¿Qué tiene?

- Como mínimo dos costillas rotas. Y no sé qué más. No sé si llegará al final del viaje. El corazón le latía espantosamente.

- Llegará, Charlie. Lo peor ya ha pasado.

- ¿Tú crees? Es tan delicado como un canario.

- Estoy seguro de que llegará. Él quiere llegar... y eso es lo que cuenta.

- De todos modos, será mejor que procures alunizar lo más suavemente posible para que llegue todo de una pieza.

- Lo haré. Daré toda una vuelta alrededor de la Luna y trataré de aterrizar en una curva de involución suave. Creo que tendremos suficiente combustible.

Ahora estaban en una órbita libre; cuando McIntyre hubo hecho girar la nave, Charlie regresó abajo, soltó la hamaca y movió a Harriman, con hamaca incluida, hasta la portilla lateral. McIntyre situó la nave en un eje transversal, de modo que la popa apuntara hacia el Sol, y luego hizo funcionar una breve fracción de segundo los dos chorros tangenciales opuestos a fin de darle a la nave una ligera rotación sobre su eje longitudinal, creando así una ligera gravedad artificial. La ingravidez inicial de la inercia había causado en el anciano la característica náusea del vuelo libre, y el piloto deseaba evitarle a su pasajero todas las incomodidades posibles.

Pero Harriman no se preocupaba de las condiciones de su estómago.

Allí estaba, tal como la había imaginado tantas veces. La Luna, brillando majestuosamente al otro lado de la portilla, más grande de lo que nunca la hubiera visto, con todos sus familiares detalles absolutamente claros. Luego fue el turno de la Tierra, cuando la nave prosiguió su lento giro, la Tierra tal como siempre la había imaginado, con la apariencia de una Luna mucho más majestuosa, muchas veces más grande de lo que la Luna se ve desde la superficie terrestre, y más luminosa, mucho más sensualmente hermosa de lo que la plateada Luna puede llegar a ser. Era el atardecer en las proximidades de la costa atlántica... la línea de sombra cortaba la línea costera de Norteamérica, partía en dos Cuba, y lo oscurecía todo menos la costa oeste de Sudamérica. Saboreó el suave azul del océano Pacífico, sintió la textura del espléndido verde y marrón de los continentes, admiró el frío blancoazulado de los casquetes polares. Canadá y los estados del norte estaban oscurecidos por nubes, una vasta zona de bajas presiones que se extendía por todo el continente. Las nubes, desde allí, brillaban con un blanco mucho más resplandeciente que el de los casquetes polares.

A medida que la nave iba girando lentamente, la Tierra fue desapareciendo de su vista, y las estrellas empezaron a surgir en la portilla... las mismas estrellas que siempre había conocido, pero más grandes, más brillantes y sin parpadeos, destacando sobre un telón de fondo de un negro purísimo. Luego la Luna apareció de nuevo, reclamando toda su atención.

Se sentía serenamente feliz, en una forma que la mayor parte de hombres no habrían sentido nunca, ni siquiera a lo largo de una fructífera vida. Se sentía como si fuera todos los hombres que habían vivido a lo largo de toda la historia y que habían levantado la vista a las estrellas y habían soñado.

Así fueron transcurriendo las horas, y él siguió observando y dormitando y soñando. Al final debió haberse quedado profundamente dormido, o quizá deliró, ya que se despertó sobresaltado, pensando que su esposa, Charlotte, lo estaba llamando. - «¡Delos! - había dicho la voz -. ¡Delos! ¡Ven dentro! ¡Te vas a resfriar con el frío aire de esta noche!»

¡Pobre Charlotte! Había sido una buena esposa para él, una buena esposa. Estaba casi seguro de que su única preocupación al morir había sido el miedo de que él no supiera cuidarse a sí mismo. No había sido culpa suya el que no compartiera sus sueños y sus necesidades.

Charlie dispuso la hamaca de tal modo que Harriman pudiera mirar por la portilla de estribor mientras la nave se deslizaba en torno a la Luna. Fue descubriendo todos los accidentes topográficos que tan bien conocía de los cientos de fotografías que había visto, y sintió un nostálgico placer, como si estuviera regresando a su país. McIntyre hizo descender lentamente la nave a la cara que mira a la Tierra, y se preparó para aterrizar en el Mare Fecunditatis, a unos quince kilómetros de Luna City.

No fue un mal alunizaje, teniendo en cuenta las circunstancias. Tuvo que posarse sin observador que le diera indicaciones desde el suelo, y no tuvo a su lado ningún segundo piloto para observar el radar por él. En su ansiedad por posarse lo más suavemente posible falló su objetivo en casi cincuenta kilómetros, pero no pudo hacerlo mejor. Y no pudo evitar algún que otro bote.

Apenas se inmovilizaron, con una nube de polvo de piedra pómez a su alrededor, Charlie entró en la cabina de control.

- ¿Cómo está nuestro pasajero? - preguntó Mac.
- Voy a ver, pero no me hago muchas ilusiones. Este alunizaje ha sido duro, Mac.
- Maldita sea, he hecho todo lo que he podido.
- Lo sé, capitán. Olvídalo.

Pero el pasajero estaba vivo y consciente, aunque le sangraba la nariz y en sus labios había una espuma rojiza. Estaba intentando soltarse débilmente de su capullo. Lo ayudaron entre ambos.

- ¿Dónde están los trajes herméticos? - fue su primera pregunta.

- Tranquilo, señor Harriman. No puede salir inmediatamente. Primero tenemos que procurarle los primeros auxilios.

- ¡Denme ese traje/ Los primeros auxilios pueden esperar.

Silenciosamente, hicieron lo que les ordenaba. Su pierna izquierda estaba prácticamente inútil, y tuvieron que ayudarlo a salir por la compuerta estanca, uno a cada lado. Pero con la gravedad lunar su peso era apenas doce kilos, y no les fue difícil. Encontraron un lugar a unos doce metros de la nave donde podían dejarlo cómodamente, y lo recostaron allí, con un trozo de escoria sosteniendo su cabeza.

McIntyre apoyó su casco contra el anciano y dijo:

- Le dejaremos aquí para que contemple el paisaje mientras preparamos el viaje a la ciudad. Está a sesenta kilómetros, muy cerca, y sólo necesitaremos llevar unas botellas de aire de reserva y algunas raciones. Volveremos en seguida.

Harriman asintió sin responder, y estrechó sus enguantadas manos en un apretón que fue sorprendentemente fuerte.

Permaneció sentado muy tranquilo, frotando sus manos contra el áspero suelo lunar y sintiendo la curiosamente leve presión de su cuerpo contra el suelo. Finalmente había paz en su corazón. Sus heridas habían dejado de dolerle. Estaba donde siempre había deseado estar... había cumplido con su mayor deseo. Al oeste, sobre el horizonte, colgaba la Tierra en cuarto menguante, una gigantesca luna grisazulada. Sobre su cabeza, el Sol brillaba en medio de un negro cielo estrellado. Y bajo él estaba la Luna, el ansiado suelo de la Luna. ¡Estaba en la Luna!

Se reclinó, mientras una oleada de felicidad le inundaba hasta lo más profundo de su alma.

Su atención se extravió momentáneamente, y creyó oír de nuevo que le llamaban. «Es ridículo, pensó. Me estoy volviendo viejo... mi mente desvaría.»

En la cabina, Charlie y Mac estaban ajustando las correas de una camilla.

- Ya está - comentó Mac -. Será mejor que traigamos a Papi aquí; lo podremos acomodar mejor.

- Yo iré a buscarle - respondió Charlie -. Le cogeré en brazos y lo traeré. No pesa casi nada.

Tardó más en regresar de lo que McIntyre había esperado. Y volvió solo. Mac aguardó a que estuviera cerca de él, y vio que tras su casco sus ojos estaban húmedos.

- ¿Problemas?

- No te preocupes por la camilla, capitán. No la necesitamos. Papi se quedará ahí afuera. Ya hice todo lo necesario.

McIntyre se inclinó sin decir palabra y recogió los anchos esquíes necesarios para caminar por sobre el polvo y la ceniza. Charlie siguió su ejemplo. Luego tomaron las botellas de aire de reserva y se las cargaron al hombro, y cruzaron la compuerta de entrada.

Ni siquiera se molestaron en cerrar la compuerta a sus espaldas.

## LA LARGA GUARDIA

«Nueve naves partieron de la Base Lunar. Una vez en el espacio, ocho de ellas formaron un globo alrededor de la más pequeña. Conservaron su formación durante todo el camino hasta la Tierra.

»La nave más pequeña llevaba la insignia de almirante... y sin embargo no había nada vivo, de ninguna clase, en su interior. Ni siquiera era una nave de pasajeros, sino un ingenio teledirigido, una nave robot construida para transportar carga radiactiva. En este viaje no llevaba nada más que un ataúd de plomo... y un contador Geiger que no estaba quieto ni un instante.»

- del editorial Después de diez años,  
film 37, 17 de junio de 2009,  
Archivos del N. Y. Times.

John Dahlquist echó una bocanada de humo al contador Geiger. Hizo una mueca irónica y lo intentó de nuevo. Todo su cuerpo estaba radiactivo ahora. Incluso su respiración, el humo de su cigarrillo, hacía que el contador Geiger chirriara.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? El tiempo no tiene mucha importancia en la Luna. ¿Dos días? ¿Tres? ¿Una semana? Dejó que su mente fuera hacia atrás: el último detalle claramente marcado en su mente era cuando el Oficial Ejecutivo lo había mandado llamar, inmediatamente después del desayuno...

- El teniente Dahlquist presentándose al Oficial Ejecutivo.

El coronel Towers levantó la vista.

- Ah, John Ezra. Siéntese, Johnny. ¿Un cigarrillo?

Johnny se sentó, intrigado pero halagado. Admiraba al coronel Towers, por su brillantez, por su habilidad para dominar, y por su hoja de servicios. Johnny aún no tenía hoja de servicios; había sido destinado allí para completar su doctorado en física nuclear, y en aquel momento era el oficial bombardero más joven de la Base Lunar.

El coronel quería hablar de política; Johnny seguía intrigado. Finalmente, Towers había ido al asunto; no era seguro - dijo - dejar el control del mundo en manos políticas; el poder debía ser custodiado por un grupo científico selecto. En una palabra... la Patrulla.

Johnny quedó más sorprendido que impresionado. Como idea abstracta, la opinión de Towers sonaba plausible. La Sociedad de Naciones había fracasado; ¿qué podía impedir que las Naciones Unidas fracasaran también, y entonces se vieran todos abocados a otra Guerra Mundial?

- Y usted ya sabe lo que sería una tal guerra, Johnny.

Johnny asintió. Towers dijo que le alegraba que Johnny captara la idea. El oficial bombardero más antiguo podía realizar el trabajo, pero era mejor tener dos especialistas.

Johnny se puso en pie de un salto.

- ¿Piensa usted realmente hacer algo al respecto? - había pensado que el Oficial Ejecutivo hablaba sólo por hablar.

Towers sonrió.

- Nosotros no somos políticos; no hablamos por hablar. Actuamos.

Johnny lanzó un silbido.

- ¿Cuándo va a empezar?

Towers accionó un interruptor. Johnny se sorprendió al oír su propia voz, luego identificó la grabación de una conversación que había tenido lugar en el comedor de oficiales jóvenes. Recordaba que había sido una discusión política, en la que él había hablado bastante. Pero el hecho de ser espiado le irritaba.

Towers accionó de nuevo el interruptor.

- Hemos actuado - dijo -. Sabemos en quién podemos confiar y en quién no. Tome usted a Kelly... - hizo un gesto hacia el altavoz -. Kelly, políticamente, no es de confianza. ¿Observó usted que no estaba en el desayuno?

- ¿Eh? Pensé que estaba de guardia.

- Los días de guardia de Kelly se han terminado. Oh, relájese; no le ha ocurrido nada malo.

Johnny pensó en todo aquello.

- ¿En qué lista estoy yo? - preguntó -. ¿De confianza o no de confianza?

- Su nombre está señalado con un interrogante. Pero yo he dicho siempre que podía confiarse en usted. - Le sonrió animadamente -. Supongo que no va a dejarme como un mentiroso, Johnny.

Dahlquist no respondió; Towers dijo secamente:

- Veamos... ¿qué piensa usted de todo esto? Hable sinceramente.

- Bueno, si me lo pregunta, creo que han mordido ustedes más de lo que pueden masticar. Si bien es verdad que la Base Lunar controla la Tierra, la Base Lunar es también un blanco fácil para una nave. Una bomba... y ¡booom!

Towers tomó un formulario de mensaje y se lo tendió; pudo leer: Tengo su ropa limpia. - Zack.

- Eso significa que todas las bombas del Trygve Lie han sido puestas fuera de servicio. Tengo informes de todas las naves de las que debemos preocuparnos. - Se levantó -. Piense en todo esto, y véame después del almuerzo. El mayor Morgan necesita inmediatamente su ayuda para cambiar las frecuencias de control de las bombas.

- ¿Las frecuencias de control?

- Naturalmente. No queremos que las bombas estallen antes de dar en sus blancos.

- ¿Qué? Usted dijo que el objetivo era prevenir la guerra.

Towers hizo un gesto como barriendo la idea.

- No habrá guerra... tan sólo una demostración psicológica, una o dos ciudades de poca importancia. Un ligero derramamiento de sangre para evitar una guerra total. Simple aritmética.

Puso una mano en el hombro de Johnny.

- No intente usted escabullirse, o no será oficial bombardero. Piense en ello como en una operación quirúrgica. Y piense en su familia.

Johnny Dahlquist había estado pensando en su familia.

- Por favor, señor, desearía ver al Oficial Comandante.

Towers frunció el ceño.

- El Comodoro no está disponible. Como usted sabe, yo hablo en su nombre. Véame de nuevo... después del almuerzo.

El comodoro no estaba disponible, en absoluto; el comodoro estaba muerto. Pero esto Johnny no lo sabía.

Dahlquist regresó al comedor de oficiales, compró cigarrillos, se sentó y encendió uno. Volvió a levantarse, lo aplastó en el cenicero, y se dirigió a la compuerta estanca oeste de la Base. Allí se puso su traje espacial y se dirigió al jefe de compuerta.

- Abre, Smitty.

El marine pareció sorprendido.

- No puedo dejar salir a nadie a la superficie sin autorización del coronel Towers, señor. ¿No lo sabía usted?

- Oh, sí. Deme usted su libro de ordenes. - Dahlquist lo tomó, redactó un pase para el mismo, y lo firmó «por orden del coronel Towers». Añadió: - Será mejor que llame al Oficial Ejecutivo y lo compruebe.

El jefe de la compuerta se quedó mirando el permiso y se metió el libro en el bolsillo.

- Oh, no, teniente. Basta con su palabra.

- No le gusta molestar al Oficial Ejecutivo, ¿eh?. No se lo censuro. - Entró en la compuerta, cerró la puerta interior, y aguardó a que fuera bombeado el aire.

Ya en la superficie de la luna, parpadeó ante la luz y se dirigió apresuradamente hacia el final de la pista de cohetes, donde había un vehículo aguardando. Lo tomó, bajó la capota, y pulsó el botón de puesta en marcha. El coche cohete se elevó hacia las colinas, las atravesó y surgió a una llanura incrustada con proyectiles - cohete, como velas en un pastel. Rápidamente se dirigió hacia un segundo túnel a través de más colinas. Sintió el malestar propio de la desaceleración y el coche se detuvo en el arsenal subterráneo de bombas atómicas.

Mientras Dahlquist bajaba del coche, conectó su comunicador. El guardia de la entrada, enfundado en su traje espacial se cuadró.

- Buenos días, Lopez - dijo Dahlquist, y se dirigió hacia la compuerta estanca. Tiró de ella para abrirla.

El guardia avanzó tras él.

- ¡Hey! Nadie puede entrar sin un pase del Oficial Ejecutivo. - Dejó su arma a un lado, rebuscó en sus bolsillos y sacó un papel -. Lealo, teniente.

Dahlquist hizo un gesto con la mano.

- Yo mismo redacte esa orden. Es usted quien debe leerla; verá que no la ha interpretado correctamente.

- No se como, teniente.

Dahlquist le arrebató el papel, le echó una ojeada, luego señaló una línea.

- ¿Lo ve? «A excepción de personas específicamente designadas por el Oficial Ejecutivo.» Es decir, los oficiales bombarderos, el mayor Morgam y yo.

El guardia parecía preocupado. Dahlquist dijo:

- Maldita sea, mirelo bien, «especificamente designadas»... esta debajo de «Sala de bombas, Seguridad, procedimiento para» de su manual de ordenes. ¡No me diga que se lo ha olvidado en el cuartel!

- ¡Oh, no, señor! Lo tengo aquí. - El guardia rebuscó en sus bolsillos. Dahlquist le devolvió la hoja; el guardia la tomó, vaciló, luego apoyó el arma contra su cadera, se pasó el papel a su mano izquierda y se lo metió en el bolsillo con la derecha.

Dahlquist agarró el arma, la metió entre las piernas del guardia y tiró. Luego arrojó el arma lejos y se metió en la puerta estanca. Mientras cerraba la puerta pudo ver al guardia



intentando ponerse en pie y alcanzar el arma. Cerró la puerta violentamente, y sintió una vibración en sus dedos cuando un proyectil se estrellaba contra la puerta.

Se precipitó hacia la puerta interior, abrió la válvula de aire, corrió hacia la puerta exterior y apoyó todo su peso contra la palanca de apertura. Sintió cómo se agitaba. El guardia estaba intentando abrirla desde afuera, el teniente apretaba hacia abajo, con solo su escaso peso lunar para conseguirlo. Lentamente, la palanca fue levantándose ante sus ojos.

El aire de las bombas empezó a penetrar en rafagas por la válvula de inyección. Dahlquist sintió su traje aplastarse contra su cuerpo a medida que la presión de la cámara igualaba la presión del traje. Dejó de luchar y permitió que el guardia levantase desde afuera la palanca. No importaba; trece toneladas de aire a presión mantendría la puerta cerrada.

Ancló la puerta interior de la sala de bombas de modo que no pudiera cerrarse de golpe. Mientras permaneciera abierta, la compuerta estanca quedaría inutilizada; nadie podría entrar.

Ante él, en la estancia, una para cada proyectil - cohete, se alineaban las bombas atómicas, en hileras, lo suficientemente distanciadas entre sí como para alejar cualquier remota posibilidad de reacción en cadena espontánea. Eran las cosas más mortíferas del todo el universo conocido, pero eran casi sus hijos. Se había colocado entre ellas y cualquiera que deseara darles un mal uso.

Pero, ahora que estaba allí, no tenía ningún plan para utilizar su ventaja temporal.

El altavoz en la pared cobró vida.

- ¡Hey! ¡Teniente! ¿Que hace usted ahí? ¿Se ha vuelto loco?

Dahlquist no contestó. Dejemos que Lopez siga desconcertado... necesitaria tiempo para decidir lo que tenía que hacer. Y Johnny Dahlquist necesitaria tantos minutos como pudiera aprovechar. Lopez siguió protestando. Finalmente, se calló.

Johnny había seguido un ciego impulso de no dejar que las bombas - ¡sus bombas! - fueran usadas para «demostraciones en ciudades poco importantes». Pero ¿qué hacer a continuación? Bueno, Towers no podía pasar por la compuerta exterior. Johnny podía quedarse sentado allí hasta que se helase el infierno.

¡No te dejes engañar, John Ezra! Towers podía entrar cuando quisiera. Cualquier explosivo de alta potencia contra la puerta exterior... y el aire saldría como un huracán, y ese pobre chico, Johnny, rodaría ensangrentado por el suelo, con los pulmones reventados... y las bombas seguirían allí, incólumes. Habían sido construidas para resistir el salto de la Luna a la Tierra; el vacío no las afectaría en lo más mínimo.

Decidió no quitarse el traje espacial; la descompresión explosiva no le hacía ninguna gracia. Su deseo era morir a una edad muy avanzada.

O podían hacer un agujero, dejar salir el aire, y abrir la puerta sin necesidad de romperla. O Towers podía incluso hacer construir una nueva compuerta estanca fuera de la vieja. No era probable, pensó Johnny; un coup d'état depende de la rapidez. Era casi seguro que Towers utilizaría la vía más rápida... la voladura. Y López debía estar probablemente llamando a la Base en aquel mismo momento. Quince minutos para que Towers se enfundara un traje y llegara hasta allí, incluso menos, y luego... ¡boom!, el juego habría terminado.

En quince minutos las bombas podían caer en manos de los conspiradores; en quince minutos tenía que dejar las bombas inutilizables.

Una bomba atómica es tan sólo dos o más fragmentos de metal fusionable, tales como el plutonio. Separados, no son más explosivos que medio kilo de mantequilla; puestos en contacto, estallan. Las complicaciones estriban en los dispositivos y circuitos y disparadores utilizados para ponerlos en contacto con la forma, lugar y tiempo exactamente requeridos.

Esos circuitos, el «cerebro» de la bomba, pueden ser fácilmente destruidos... pero la bomba en sí es muy difícil de destruir debido a su misma simplicidad. Johnny decidió destruir los «cerebros»... ¡y rápidamente!

Las únicas herramientas a mano eran sencillas, las utilizadas para manejar las bombas. Aparte un contador Geiger, el altavoz del circuito de comunicaciones, la televisión conectada a la base y las propias bombas, la estancia estaba vacía. Si había que trabajar en alguna bomba ésta era llevada a otro sitio... no por temor a una explosión sino para reducir la exposición del personal a las radiaciones. El material radiactivo de una bomba está encerrado en un «bloque»... en aquellas bombas, oro. El oro detiene las radiaciones alfa, beta y gran parte de las mortíferas gamma... pero no los neutrones.

Los sutiles y venenosos neutrones que desprende el plutonio tienen que escapar, o podría producirse una reacción en cadena.. una explosión. La habitación estaba bañada por una invisible, casi indetectable lluvia de neutrones. El lugar era malsano; los reglamentos ordenaban permanecer allí el menor tiempo posible.

El contador Geiger cliqueteó radiación «de fondo», rayos cósmicos, vestigios de radiactividad en la corteza lunar y radiactividad secundaria saturando la estancia con neutrones. Los neutrones libres tienen la desagradable cualidad de infectar todo lo que tocan, convirtiéndolo en radiactivo, sea una pared de cemento o un cuerpo humano. Con el tiempo, la estancia tendría que ser abandonada.

Dahlquist hizo girar un mando del contador Geiger; el instrumento dejó de cliquetear. Había empleado un circuito supresor para eliminar el ruido de la radiación «de fondo» al nivel actual. Aquello le hizo recordar incómodamente el peligro de permanecer allí. Sacó el film de exposición radiactiva que todo el personal de radiación llevaba consigo; era de un tipo de respuesta directa y estaba limpio cuando llegó. Su extremo más sensitivo estaba ya ligeramente ennegrecido. A mitad del film había una línea roja cruzándolo de parte a parte. Teóricamente, si el portador se exponía en una semana a la radiactividad suficiente como para ennegrecer el film hasta aquella línea, era, como recordó Johnny, «pato muerto».

Se quitó el embarazoso traje espacial; lo que necesitaba era rapidez. Hacer el trabajo y rendirse... era mejor ser hecho prisionero que permanecer en un lugar tan «caliente» como aquél.

Tomó un martillo de punta redonda del armario de las herramientas y se puso al trabajo, deteniéndose tan sólo para cerrar el circuito de televisión. La primera bomba le trajo problemas. Empezó a golpear la placa protectora del «cerebro» y luego se detuvo, reluciente. Toda su vida había sido un amante de los aparatos sofisticados.

Pero se obligó a sí mismo y siguió adelante; el vidrio se quebraba, el metal crujía. Su estado de ánimo cambió; empezó a sentir un vergonzoso placer en la destrucción. Siguió con entusiasmo, golpeando, aplastando, destruyendo.

Tan absorto estaba en lo que hacía que al primer momento no oyó que lo llamaban por su nombre.

- ¡Dahlquist! ¡Respóndame! ¿Está usted ahí?

Se secó el sudor y miró a la pantalla de televisión. Las perturbadas facciones de Towers aparecían en ella.

Johnny se sintió desalentado cuando comprobó que solamente había inutilizado seis bombas. ¿Iban a detenerle antes de que pudiera terminar? ¡Oh, no! Tenía que terminar. ¡Aprisa, hijo, aprisa!

- ¿Sí, coronel? ¿Me llamaba?

- ¡Por supuesto que le llamaba! ¿Qué significa esto?

- Lo siento, coronel.

La expresión de Towers se relajó ligeramente.

- Conecte su aparato, Johnny. No puedo verle. ¿Qué era ese ruido?

- El contacto del vídeo no funciona - mintió Johnny -. Debe estar estropeado. Ese ruido... oh, a decir verdad, coronel, estaba arramblando unas cuantas cosas para que nadie pudiera entrar aquí.

Towers vaciló, luego dijo firmemente:

- Voy a suponer que está usted enfermo, y lo enviaré al Oficial Médico. Pero quiero que salga usted de ahí, inmediatamente. Es una orden, Johnny.

Johnny respondió lentamente:

- Todavía no puedo, coronel. He venido aquí para llevar a la práctica mi idea, y aún no he terminado. Usted me dijo que lo viera después del almuerzo.

- Quise decir que permaneciera en sus habitaciones.

- Sí, señor. Pero pensé que sería mejor montar guardia junto a las bombas, en caso de que decidiera que usted estaba en un error.

- No es usted quien debe decidir, Johnny. Soy su oficial superior. Juró usted obedecerme.

- Sí, señor. - Todo aquello era perder tiempo; el viejo zorro podía tener todo un escuadrón actuando ya -. Pero también juré preservar la paz. ¿Podría usted venir aquí y hablar conmigo de ello? No querría hacer ninguna cosa mal hecha.

Towers sonrió.

- Una buena idea, Johnny. Espéreme ahí. Estoy seguro de que verá usted la luz. - Cortó la comunicación.

- Bueno - dijo Johnny -, juraría que está convencido de que estoy medio loco... ¡y pronto se va a dar cuenta del error! - Tomó de nuevo el martillo, dispuesto a aprovechar los minutos ganados.

Se detuvo casi inmediatamente; se dio cuenta de que destruir los «cerebros» no era suficiente. No había «cerebros» de repuesto, pero sí un bien dotado almacén de electrónica. Morgan podía apañar un circuito de control de emergencia para las bombas. Incluso él sería capaz de hacerlo... no resultaría un trabajo perfecto, pero funcionaría. ¡Maldita sea! Tendría que destruir las propias bombas... y en diez minutos.

Pero una bomba era un sólido artefacto metálico encajado en un pesado armazón, todo ello embutido dentro de un enorme contenedor de acero. Era imposible conseguirlo... en diez minutos.

¡Maldición!

Desde luego, había una forma. Conocía los circuitos de control; conocía también cómo manejarlos. Tomemos esta bomba; si quitaba la barra de seguridad, destrababa el circuito de proximidad, acertaba el circuito de demora y cortaba el circuito de armado manualmente... y luego desatornillaba eso y llegaba hasta allí, podía, con un solo alambre lo suficientemente largo y rígido, hacer estallar la bomba.

Que haría estallar a las demás bombas y enviaría el valle al Otro Mundo.

Y también a Johnny Dahlquist. Éste era el problema.

Durante todo este tiempo había estado actuando con la idea de que cumplía con su deber, incluso en su decisión de montar la bomba. Mirando a su alrededor, le pareció que las bombas parecían amenazarle, como dispuestas a estallar. Se puso en pie, sudando.

Se preguntó si tendría suficiente valor. No quería flaquear... y esperaba que no lo haría. Buscó en su bolsillo y sacó una foto de Edith y el chiquillo.

- Cariños - dijo -, si salgo de ésta, nunca más intentaré pasarme un semáforo en rojo. - Besó la foto y la volvió a guardar. No podía hacer otra cosa más que esperar.

¿Qué retenía a Towers? Johnny deseaba asegurarse de que Towers estaría dentro del radio de acción de la explosión. ¡Tenía gracia la situación! Yo... sentado aquí, aguardando a hacerlo saltar todo. Se le ocurrió una idea; le condujo a otra aún mejor; ¿por qué hacerse saltar... vivo?

Había otra forma de hacerlo... instalar un control «hombre muerto». Instalarlo de tal forma que el último paso, el que haría saltar la bomba, no se produjera mientras él

mantuviera apretado en su mano un botón o una palanca o algo por el estilo. Así, si hacían saltar la puerta, o le disparaban, o algo parecido... ¡todo estallaría!

Mejor aún; si podía detenerlos con esa amenaza, tarde o temprano acudiría ayuda - Johnny estaba seguro de que la mayor parte de la Patrulla no estaba metida en aquella conspiración -, y entonces: ¡Johnny regresaría triunfante a casa! ¡Qué reunión! Dimitiría y buscaría un trabajo en la enseñanza; seguiría su camino.

Mientras pensaba en todo aquello iba trabajando. ¿Algo eléctrico? No, demasiado poco tiempo. Haría una simple conexión mecánica. Ya la tenía imaginada, pero apenas había empezado a trabajar en ella cuando el altavoz lo llamó.

- ¿Johnny?

- ¿Es usted, coronel? - sus manos seguían ajetreadas.

- Déjeme entrar.

- Bueno, veré, coronel, éste no fue el trato. - ¿Dónde diablos podría encontrar algo tan indispensable como una palanca larga?

- Entraré solo, Johnny, le doy mi palabra. Hablaremos cara a cara.

¡Su palabra!

- Podemos hablar por el altavoz, coronel. - Hey, eso era... una palanqueta, colgada a un lado del armario de las herramientas.

- Johnny, se lo advierto. Déjeme entrar, o haré volar la puerta.

Un alambre... necesitaba un alambre, lo suficientemente largo y rígido. Arrancó la antena de su traje.

- No hará eso, coronel. Estropeará las bombas.

- El vacío no estropeará las bombas. Deje de poner inconvenientes.

- Será mejor que consulte con el mayor Morgan. El vacío no las estropeará, pero la descompresión explosiva arruinará todos los circuitos. - El coronel no era un especialista bombardero; permaneció varios minutos en silencio. Johnny siguió trabajando.

- Dahlquist - dijo Towers al cabo de un rato -, eso fue una asquerosa mentira. Lo he comprobado con Morgan. Tiene usted sesenta segundos para meterse en su traje, si no lo lleva puesto. Voy a hacer saltar la puerta,

- No, no lo hará - dijo Johnny -. ¿Ha oído hablar usted del interruptor «hombre muerto»? Funciona a base de un contrapeso... y un cabestrillo.

- ¿En? ¿De qué está hablando?

- He conectado la bomba número diecisiete de modo que pueda ser accionada manualmente. Pero he instalado un dispositivo de disparo. No estallará mientras yo mantenga sujeto el alambre que tengo en la mano. Pero si me ocurre alguna cosa... ¡entonces estallará! Están ustedes a menos de veinte metros del centro de la explosión. Piénselo.

Hubo un corto silencio.

- No lo creo.

- ¿No? Pregúnteselo a Morgan. Él me creerá. Puede comprobarlo a través del circuito de televisión. - Johnny ató el cinturón de su traje espacial al extremo de la antena.

- Dijo usted que el circuito vídeo de la televisión estaba estropeado.

- Le mentí. Pero esta vez puedo probarlo. Haga que Morgan me llame.

Un poco más tarde, el rostro del mayor Morgan aparecía en la pantalla.

- ¿Teniente Dahlquist?

- Hola, Stinky. Espere un segundo. - Con gran cuidado, Dahlquist hizo la última conexión mientras sostenía el extremo de la antena. Con el mismo cuidado, aseguró la sujeción con el cinturón, se sentó en el suelo, tendió un brazo y conectó el circuito de televisión.

- ¿Puede verme, Stinky?

- Puedo verle - respondió secamente Morgan -. ¿Qué son todas estas estupideces?

- Una pequeña sorpresa que he preparado. - Se lo explicó... los circuitos que había desconectado, los que había acortado, cómo funcionaría el mecanismo de frecuencia.

Morgan asintió.

- Pero está faroleando, Dahlquist. Estoy seguro de que no ha desconectado el circuito «K». No creo que tenga valor como para volarse a sí mismo.

Johnny se echó a reír.

- Seguro que no. Pero esto es lo divertido del caso. No puede estallar mientras yo siga vivo. Si su grasiento jefe, el ex coronel Towers, hace saltar la puerta, yo moriré, y la bomba estallará. A mí no me importará, pero a él sí. Será mejor que se lo diga. - Cortó la comunicación.

Towers estaba al cabo de un momento en el altavoz.

- ¿Dahlquist?

- Le oigo.

- No hay ninguna necesidad de que sacrifique usted su vida. Salga afuera, y será retirado del servicio con paga completa. Puede irse a casa con su familia. Es una promesa.

Johnny se enfureció.

- ¡Deje a mi familia fuera de esto!

- Piense en ellos, hombre.

- Cállese. Vuelva a su agujero. Siento necesidad de rascarme, y todo este maldito arsenal podría estallar en sus propias narices.

## 2

Johnny se sentó con un estremecimiento. Se había adormecido, su mano había empezado a soltar la antena, pero había vuelto a sujetarla antes de que fuera demasiado tarde. Sintió un frío repentino en todo el cuerpo.

¿Quizá sería mejor desarmar la bomba y confiar en que no se atrevieran a sacarlo de allí? Pero Towers estaba metido hasta el cuello en un asunto de alta traición; podía correr el riesgo. Si lo hacía y la bomba estaba desarmada, Johnny estaría muerto y Towers tendría las bombas. No, las cosas habían ido ya demasiado lejos; no dejaría que su hija viviera en una dictadura tan sólo por descabezar un sueño.

Oyó el contador Geiger cliquetear, y recordó que había utilizado el circuito supresor. La radiactividad en la estancia debía ir en incremento, quizá debido al destrozo de los circuitos de los «cerebros»... seguramente los circuitos habrían quedado contaminados; habían vivido demasiado tiempo muy cerca del plutonio. Sacó su film.

La zona negra se iba extendiendo hacia la línea roja.

Lo volvió a guardar y dijo:

- Muchacho, será mejor que sueltes este empalme mortal o dentro de poco relucirás como la esfera de un reloj. - Era una forma de hablar; los tejidos orgánicos contaminados no relucían... simplemente morían, lentamente.

La pantalla de la televisión se iluminó; el rostro de Towers apareció en ella.

- ¿Dahlquist? Quiero hablar con usted.

- Vayase al diablo.

- Déjeme admitir que nos tiene usted perplejos.

- ¿Perplejos? Infiernos... los tengo parados.

- Por el momento. Estoy arreglando las cosas para disponer de más bombas...

- Mentira.

-...pero usted nos está retrasando. Tengo una proposición.

- No me interesa.

- Espere. Cuando todo esto haya terminado yo seré el jefe del gobierno mundial. Si usted coopera, a partir de ahora, lo nombraré mi jefe administrativo.

Johnny le dijo explícitamente lo que podía hacer con aquel cargo. Towers dijo:

- No sea estúpido. ¿Qué va a ganar muriendo?

Johnny gruñó.

- Towers, es usted un tipo apestoso. Habla usted de mi familia. Preferiría verla muerta que viviendo bajo un Napoleón de pacotilla como usted. Y ahora déjeme en paz... tengo cosas que hacer.

Towers cortó la comunicación.

Johnny sacó de nuevo su film. No parecía más oscuro, pero le recordó que el tiempo iba transcurriendo inevitablemente. Tenía hambre y sed... y no iba a poder permanecer siempre despierto. Se necesitarían cuatro días para que una nave procedente de la Tierra pudiera llegar hasta allí; no podía esperar un rescate antes. Y no aguantaría cuatro días... cuando la creciente zona negra cruzara la línea roja estaría muerto.

Su única salvación era destruir las bombas más allá de cualquier posible reparación, y salir... antes de que el film estuviera mucho más ennegrecido.

Pensó en las posibles formas de hacerlo, y se puso al trabajo. Colgó un peso de la antena y lo ató a una cuerda. Si Towers hacía saltar la puerta, confiaba en tener tiempo de soltar de un tirón el dispositivo antes de morir.

Había un medio sencillo pero arduo de inutilizar las bombas más allá de cualquier posibilidad de ser reparadas en la Base Lunar. El corazón de cada una de ellas era dos hemisferios de plutonio, con sus superficies planas meticulosamente pulidas a fin de permitir un perfecto contacto cuando chocaran entre sí. Cualquier otra cosa distinta a eso evitaría la reacción en cadena de la que dependía la explosión atómica.

Johnny empezó a desmontar una de las bombas.

Tenía que retirar cuatro pasadores, y luego romper el envoltorio de cristal que envolvía el mecanismo interior. Una vez logrado esto, el resto era fácil. Finalmente tuvo ante sí dos relucientes semiesferas, tan pulidas como un perfecto espejo.

Un golpe con el martillo... y una de ellas ya no era tan perfecta. Otro golpe, y la segunda se partió como cristal; había golpeado su estructura cristalina en el punto exacto.

Horas más tarde, exhausto, volvió a la bomba armada. Obligándose a sí mismo a permanecer en pie, la desarmó con extremo cuidado. Al poco tiempo sus dos plateados hemisferios estaban también fuera de uso. Ya no quedaba ninguna bomba aprovechable en la estancia... sino una valiosa fortuna en el más caro, más venenoso y más mortífero metal conocido en el mundo, esparcida por todos lados en el suelo.

Johnny contempló aquel mortífero material.

- Ahora a meterte en tu traje y salir de aquí, hijo - dijo en voz alta -. Veremos qué dirá Towers.

Se dirigió hacia el armario de las herramientas, con la intención de colgar el martillo. Al pasar a su lado, el contador Geiger cliqueteó locamente.

El plutonio difícilmente afecta a un contador Geiger; la contaminación secundaria de plutonio sí. Johnny miró el martillo, y lo acercó al contador Geiger. El contador chilló furiosamente.

Johnny lo arrojó a lo lejos y se dirigió hacia su traje.

Cuando pasó ante el contador, éste cliqueteó de nuevo. Se detuvo en seco.

Puso una mano cerca del contador. El cliqueteó se convirtió en un chirrido continuo. Sin moverse, buscó en su bolsillo y sacó su film de exposición.

Estaba mortalmente negro, de extremo a extremo.

El plutonio que penetra en el cuerpo avanza rápidamente hasta la médula de los huesos. No se puede hacer nada; la víctima está perdida. Sus neutrones se desparraman por todo el cuerpo, ionizando los tejidos, transmutando los átomos en isótopos radiactivos, destruyendo y matando. La dosis fatal es increíblemente pequeña. Una masa de un décimo del tamaño de un grano de sal común es bastante... una dosis lo suficientemente pequeña como para penetrar por el más pequeño rasguño. Durante el histórico «Proyecto Manhattan», la amputación inmediata fue considerada como la única medida posible de urgencia.

Johnny sabía todo esto, pero ya no le preocupaba. Estaba sentado en el suelo, fumando un cigarrillo y pensando. Los acontecimientos de su larga guardia desfilaban por su cabeza.

Lanzó una bocanada de humo al contador Geiger, y sonrió sin humor al oírlo chirriar inmediatamente. Ahora incluso su aliento estaba «caliente»... carbono - 14, supuso, exhalado por su corriente sanguínea en forma de dióxido de carbono. No importaba.

Ya no tenía ninguna ventaja el rendirse, y no quería darle a Towers la satisfacción... acabaría allí mismo su guardia. Además, manteniendo el bluff de que había una bomba lista para ser estallada en cualquier momento, podía evitar que se apoderasen de la materia prima con la que se fabrican las bombas atómicas. Podía ser importante, a la larga.

Aceptó, sin sorpresa, el hecho de que no se sentía desgraciado. Había un cierto dulzor en no tener ya preocupación de ninguna clase. No le dolía nada, no se sentía incómodo, ni siquiera tenía hambre. Físicamente se sentía feliz, y su mente estaba en paz. Estaba muerto... sabía que estaba muerto; pero por un cierto tiempo aún era capaz de hablar y de respirar y de ver y de sentir.

Ni siquiera experimentaba soledad. No estaba solo; había camaradas con él... aquel joven con el dedo atrapado en el dique, el coronel Bowie, demasiado enfermo para moverse pero insistiendo en que podía trasladarse por el cable, el moribundo capitán del Chesapeake aún con el reto mortal en sus labios, Rodger Young mirándole desde las tinieblas. Estaban a su alrededor, todos ellos, en la sombría estancia de las bombas.

Y, por supuesto, estaba Edith. Era la única que contaba. Johnny deseaba poder ver su rostro más claramente. ¿Estaría enfadada? ¿O feliz y orgullosa?

Orgullosa, aunque desgraciada... ahora podía verla mejor, incluso podía sentir su mano. Se la sujetó muy fuerte.

Al cabo de un momento el cigarrillo le quemó los dedos. Dio una última chupada y arrojó el humo contra el contador Geiger, y apagó la colilla. Era su último cigarrillo. Reunió varias colillas y se lió uno grueso e irregular con un trozo de papel que encontró en su bolsillo. Lo encendió cuidadosamente, y se recostó a esperar que Edith volviera. Se sentía muy feliz.

Estaba todavía apoyado contra la carcasa de la bomba, con el último de sus cigarrillos reconstruido a base de colillas apagado y frío a su lado, cuando el altavoz habló de nuevo.

- ¿Johnny? ¡Hey, Johnny! ¿Puede oírme? Soy Kelly. Todo ha terminado. El Lafayette ha alunizado, y Towers se ha saltado la tapa de los sesos. ¿Johnny? ¡Respóndame, por amor de Dios!

Cuando abrieron la puerta exterior, el primer hombre metió un contador Geiger por delante, sujeto al extremo de una larga pértiga. Se detuvo en el umbral y retrocedió precipitadamente.

- ¡Hey, jefe! - llamó -. Será mejor que avisen a un equipo especializado... y que traigan también un ataúd de plomo.

«Cuatro días necesitó la pequeña nave y su escolta para llegar a la Tierra. Cuatro días durante los cuales la gente de la Tierra aguardó su llegada. Durante noventa y ocho horas todos los programas comerciales fueron suprimidos de todas las cadenas de televisión; en su lugar, por todos ellos se retransmitió música fúnebre... la Marcha Fúnebre de Saúl, el tema del Valhalla, el Regreso a Casa, la marcha Órbita de Aterrizaje de la Patrulla.

»Las nueve naves aterrizaron en el Puerto de Chicago. Un tractor auxiliar sacó el ataúd de la pequeña nave; la nave fue entonces reaprovisionada de combustible y lanzada a una trayectoria de escape, en dirección al espacio abierto, de modo que nunca más fuera usada para ningún otro propósito.

»El tractor se dirigió a Illinois, en donde había nacido el teniente Dahlquist, mientras los cantos continuaban. Allí el ataúd fue colocado sobre un pedestal, detrás de una barrera que señalaba el límite de la zona de seguridad. Marines del espacio, con las armas a la funerala y las cabezas inclinadas, montaban guardia a su alrededor; la multitud se apiñaba fuera de aquel círculo. Y los cantos continuaban.

«Cuando hubo pasado el tiempo suficiente, mucho después de que las flores se hubieran marchitado, el ataúd de plomo fue encerrado en un sepulcro de mármol, en el mismo lugar y de la misma forma en que puede ser visitado hoy en día.»

## **CABALLEROS, PERMANEZCAN SENTADOS**

Corresponde a los agoráfobos y a los claustrófobos el colonizar la Luna. O crear agorafílos y claustrófilos, porque los hombres que van al espacio es mejor que no tengan fobias. Si algo sobre un planeta, dentro de un planeta o en los espacios vacíos que rodean a un planeta puede asustar a un hombre, será mejor que no se mueva de la Madre Tierra. Un hombre que quiera hacer su vida fuera de la tierra firme debe estar dispuesto a encerrarse en una atestada nave espacial, sabiendo que puede convertirse en su ataúd, y no desfallecer ante los insondables espacios del espacio en sí. Los hombres del espacio - hombres que trabajan en el espacio, pilotos y mecánicos y tripulaciones de las naves y demás - son hombres a quienes les gusta vivir a unos cuantos millones de kilómetros de la habitación contigua.

Por otra parte, los colonos de la Luna necesitan ser del tipo que se siente feliz viviendo bajo tierra en una angosta madriguera, como si fuera un topo.

En mi segundo viaje a Luna City I pasé por el Observatorio Richardson, tanto para ver el Gran Ocular como para conseguir una historia que pagara mis vacaciones. Mostré mi carné del Sindicato de Periodistas, charlé un rato con la gente, y terminé visitándolo todo con el jefe de pagaduría. Fuimos al túnel del norte, que estaba siendo excavado en el lugar del proyectado coronascopio.

Fue un viaje pesado... subir a un scooter, recorrer un túnel a medio terminar, bajar y cruzar una compuerta estanca, tomar otro scooter y volver a empezar de nuevo. El señor Knowles amenizó el viaje con su charla.

- Todo esto es temporal - explicó -. Cuando hayamos horadado el segundo túnel, los conectaremos, quitaremos las compuertas estancas, abriremos un paseo orientado al norte en éste, un paseo orientado al sur en el otro, y podremos hacer el viaje en menos de tres minutos. Exactamente como en Luna City... o Manhattan.

- ¿Por qué no quitar ya ahora las compuertas estancas? - pregunté, mientras entrábamos en otra... la séptima, calculé -. Hasta ahora la presión siempre ha sido la misma en los dos lados de cada compuerta.

Knowles me miró curiosamente.



- ¿Acaso pretende sacar ventaja de una peculiaridad de este planeta para inventarse una historia sensacional?

Me sentí ofendido.

- Mire - dije -, soy tan de confianza como cualquier mecánico que tenga a sus órdenes, pero si hay algo que no está del todo claro en este proyecto, entonces mejor dejémoslo y olvidémonos de todo. No me gusta ningún tipo de censura.

- Tómesele con calma, Jack - dijo apaciguadoramente... era la primera vez que utilizaba mi nombre de pila; lo observé pero no hice ningún comentario -. Nadie intenta ejercer censura sobre usted. Estamos muy contentos de cooperar con ustedes, pero la Luna está teniendo muy mala publicidad últimamente... una publicidad que no se merece.

No dije nada.

- Cada trabajo de ingeniería tiene sus problemas - insistió -, y sus ventajas. Nuestros hombres no pillan la malaria, ni tienen que vigilar las serpientes de cascabel. Puedo enseñarle cifras que demuestran que es más seguro ser un acarreador de arena en la Luna que oficinista en Des Moines... considerando todos los factores. Por ejemplo, muy pocas veces tenemos huesos rotos en la Luna; la gravedad es tan baja... mientras que en Des Moines cualquier oficinista corre el riesgo de romperse una pierna cada vez que entra y sale de su bañera.

- De acuerdo, de acuerdo - interrumpí -, éste es un lugar seguro. ¿Cómo andan con las compañías?

- Es seguro. No tenemos problemas con ninguna de ellas, fíjese bien, no con la Cámara de Comercio de Luna City, sino ni siquiera con el Lloyd's de Londres.

- Y mantienen compuertas estancas innecesarias. ¿Por qué?

Vaciló antes de responder.

- Temblores.

Temblores. Temblores de tierra... temblores de luna, quiero decir. Miré las curvadas paredes que se extendían hacia lo lejos delante y detrás mío, y deseé estar en Des Moines. Nadie desea ser enterrado vivo, pero si además esto ocurre en la Luna... bueno, no quisiera correr el riesgo. Por muy rápido que corran en tu auxilio, tus pulmones ya han estallado. No hay aire.

- No ocurre muy a menudo - continuó Knowles -, pero estamos preparados. Recuerde, la Tierra tiene ocho veces la masa de la Luna, de modo que las fuerzas de la marea aquí son ocho veces más grandes que el efecto de la Luna sobre las mareas terrestres.

- Hey, aguarde - dije -. No hay agua en la Luna. ¿Cómo puede haber mareas?

- No es necesario que haya agua para notar la fuerza de las mareas. No se rompa la cabeza con ello; tan sólo acéptelo. Lo que tenemos aquí es un desequilibrio de fuerzas. Eso puede producir temblores.

Asentí.

- Entiendo. Puesto que todo en la Luna tiene que estar herméticamente sellado, tienen que vigilar ustedes los temblores. Estas compuertas de aire son para limitar sus pérdidas.

- Empecé a visualizarme a mí mismo como una de esas pérdidas.

- Sí y no. Las compuertas estancas limitarían un accidente, es cierto, en caso que se produjese... cosa que no ocurrirá, ya que este lugar es seguro. Principalmente nos permitiría trabajar en una sección del túnel que no tuviera presión sin alterar el resto de él. Pero hay mucho más que eso; cada una de ellas es una junta temporal de expansión. Usted puede sujetar una estructura compacta y dejar que resista un temblor, pero una cosa tan larga como este túnel tiene que ceder por algún lado, o de lo contrario se agrietaría. Es difícil conseguir una junta flexible en la Luna.

- ¿Por qué no el caucho? - pregunté. Estaba dispuesto a lanzarme a la discusión -. Tengo un coche allí abajo en casa que lleva recorridos casi cuatrocientos mil kilómetros, y nunca he tocado los neumáticos desde que me los sellaron en Detroit.

Knowles suspiró.

- Si hubiera sido posible, alguno de los ingenieros ya lo hubiera hecho, Jack. Los elementos volátiles que mantienen al caucho flexible tienden a escapar en el vacío, y la goma se vuelve rígida. Lo mismo ocurre con los plásticos flexibles. Cuando uno los expone a bajas temperaturas se vuelven tan frágiles como una cascara de huevo.

El scooter se detuvo mientras Knowles terminaba de hablar, y llegamos justo a tiempo para ver a media docena de hombres surgiendo de la próxima compuerta. Llevaban trajes espaciales, o mejor dicho trajes de presión, porque llevaban tubos de conexión en lugar de botellas de oxígeno, y no llevaban visores para el sol. Sus cascos estaban echados hacia atrás, y cada hombre asomaba su cabeza por la abierta cremallera de la parte frontal de su casco, dando la curiosa impresión de que tenía dos cabezas. Knowles alzó la voz y llamó:

- ¡Hey, Konski!

Uno de los hombres se giró. Debía tener metro ochenta de alto y estaba grueso para su talla. Calculé que en la Tierra pesaría sus buenos ciento cuarenta kilos.

- Oh, señor Knowles - dijo alegremente -. No vendrá a decirme que me han aumentado el sueldo.

- Ya está cobrando usted demasiado dinero, Gordo. Déle la mano a Jack Arnold. Jack, éste es Gordo Konski... el mejor especialista en cuatro planetas.

- ¿Sólo cuatro? - inquirió Konski. Deslizó su brazo derecho fuera de su traje y me tendió la mano. Le dije que me alegraba de conocerlo, e intenté retirar mi mano antes de que consiguiera triturármela.

- Jack Arnold querría ver cómo sellan ustedes esos túneles - prosiguió Knowles -. Venga con nosotros.

Konski se le quedó mirando.

- Bueno, ahora que lo menciona, señor Knowles, acabo de terminar precisamente mi turno.

- Gordo - dijo Knowles -, es usted un hombre tan codicioso como inhospitalario. De acordó... ¿sueldo y medio? - Konski se giró y empezó a abrir la compuerta.

El túnel que había al otro lado se parecía mucho a la sección que acabábamos de dejar, excepto que no había pista para scooters y las luces eran provisionales, montadas en extensiones. A unos setecientos metros más allá el túnel estaba bloqueado por un muro con una puerta circular en medio. El grueso hombre siguió mi mirada.

- Es la compuerta móvil - explicó -. No hay aire al otro lado. Acabamos de excavarlo precisamente ahora.

- ¿Puedo ver dónde han estado excavando?

- No antes de que volvamos atrás y le proporcione un traje.

Agité la cabeza. Había quizás una docena de objetos en forma de vejiga en el túnel, del tamaño y forma de balones infantiles. Parecían desplazar exactamente su propio peso en aire; notaban sin evidenciar ninguna tendencia de subir o bajar. Konski apartó uno de su camino y me respondió antes de que yo pudiera hablar. - Esta sección del túnel ha sido presurizada hoy - dijo -. Estos balones - testigo señalan las fisuras y grietas. Su interior es gomoso. Cuando son aspirados hacia una grieta, revientan en ella y su interior es aspirado, helándose y sellando el escape.

- ¿La reparación es permanente? - pregunté.

- ¿Está usted bromeando? Lo único que hace es mostrar al operario dónde tiene que soldar.

- Muéstrole una junta flexible - dijo Knowles.

- Venga. - Nos detuvimos a medio camino del túnel, y Konski señaló un segmento de anillo que corría completamente en torno al túnel tubular -. Ponemos una junta flexible cada treinta metros. Es fibra de vidrio embutida entre dos secciones de juntas de acero. Le da al túnel una cierta flexibilidad.

- ¿Fibra de vidrio? ¿Para hacer un cierre hermético? - objeté.

- La fibra no sella; es la presión la que lo hace. Usted coloca diez capas de fibra, con grasa de silicona esparcida entre las capas. Gradualmente va deteriorándose, de fuera a dentro, pero aguanta cinco años o más antes de que tenga que cambiarse.

Le pregunté a Konski si le gustaba su trabajo, pensando que podría contarme alguna historia. Se alzó de hombros.

- No está mal. No tengo nada que decir contra él. Mi especialidad es trabajar en sitios cerrados. Aquí tan sólo hay una atmósfera de presión. Si pienso en cuando estaba trabajando bajo el Hudson...

- Y cobrando una décima parte de lo que cobra aquí - hizo observar Knowles.

- Señor Knowles, me está ofendiendo - protestó Konski -. No se trata de dinero; es el arte en el oficio. Tome Venus. En Venus pagan mal, y un hombre debe ir siempre de puntillas. El humus es tan blando que te hundes en él. Hay que trabajar dentro de auténticos cajones hidráulicos allí. La mitad de los tipos que hay allí son sólo mineros; el menor contratiempo los aterroriza.

- Dígale por qué se fue usted de Venus, Gordo.

Konski expresó dignidad.

- ¿Desean examinar la protección movible, caballeros? - preguntó.

Avanzamos durante un tiempo, y empecé a sentir deseos de volver atrás. No había mucho que ver, y cuanto más veía de aquel lugar menos me gustaba. Konski estaba abriendo la puerta de la compuerta estanca que conducía al otro lado cuando ocurrió algo.

Me encontré con manos y rodillas en el suelo, y el lugar se volvió repentinamente oscuro. Quizá grité... no lo sé. Había como un timbre sonando en mis oídos. Intenté levantarme, y luego decidí que era mejor quedarme donde estaba. Era la oscuridad más oscura que jamás haya visto, una oscuridad absoluta. Pensé que me había quedado ciego.

El haz de luz de una linterna apareció, me buscó, y luego se apartó.

- ¿Qué ha sido? - grité -. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un temblor?

- Deje de chillar - me respondió la voz de Konski, tranquila -. No ha sido ningún temblor, ha sido una especie de explosión. Señor Knowles... ¿se encuentra bien?

- Espero que sí. - Jadeó, buscando aliento -. ¿Qué ha ocurrido?

- Ni idea. Vamos a echar un vistazo. - Konski se puso en pie y paseó su linterna por todo el túnel, silbando suavemente. Su luz era del tipo que se generaba por acción manual, y oscilaba en intensidad.

- Parece hermético, pero he oído... ¡Oh, oh, hermanos! - el haz de luz se inmovilizó en una parte de la junta flexible, cerca del suelo.

Los balones - testigo iban reuniéndose en aquel punto. Había ya tres; los demás iban derivando lentamente hacia allí. Mientras mirábamos, uno de ellos llegó a su destino y reventó, soltando su pringoso contenido, que marcó la fisura.

La grieta aspiró el balón reventado y empezó a silbar. Otro balón derivó hacia allí, vaciló un instante, luego también estalló. La grieta necesitó algo más de tiempo para absorber la masa viscosa.

Konski me pasó la linterna.

- Siga dándole a la mano, amigo. - Sacó su brazo derecho del traje y colocó la palma de su mano sobre el lugar donde, en aquel momento, estallaba un tercer balón.

- ¿Qué opina, Gordo? - preguntó el señor Knowles.

- No puedo decírselo. Parece como un agujero del tamaño de mi pulgar. Chupa como un demonio.

- ¿Cómo puede haberse producido un agujero así?

- Que me aspen. Quizás haya sido desde fuera.

- ¿Cree que la grieta ha quedado obturada?

- Creo que sí. Vaya allá y compruebe la presión. Jack, déle la luz.

Knowles trotó hacia la compuerta estanca. Al cabo de un momento gritó:

- ¡Presión estabilizada!
- ¿Puede leer usted el vernier? - le preguntó Kanski.
- Seguro. Señala normal.
- ¿Cuánto hemos perdido?
- No más de un kilogramo. ¿Cuál era la presión antes?
- La normal de la Tierra.
- Entonces hemos perdido seiscientos cuarenta gramos.
- No es mucho. Siga adelante, señor Knowles. Hay un armario de herramientas justo detrás de la compuerta de la próxima sección. Tráigame un parche del número tres, o más grande.
- De acuerdo. - Oímos la puerta abrirse y volverse a cerrar, y estuvimos de nuevo en una total oscuridad. Yo debí hacer algún ruido, ya que Kanski me dijo que me estuviera quieto.
- Al cabo de un momento oímos de nuevo la puerta, y la bendita luz se hizo de nuevo.
- ¿Lo tiene? - preguntó Kanski.
- No, Gordo. No... - la voz de Knowles temblaba -. No hay aire del otro lado. La otra puerta no se abre.
- ¿Encajada, quizá?
- No, he comprobado el manómetro. No hay presión en el otro lado.
- Kanski silbó de nuevo.
- Parece que vamos a tener que esperar a que vengan a por nosotros. En este caso... Mantenga la luz sobre mí, señor Knowles. Jack, ayúdeme a salir de este traje.
- ¿Qué está planeando hacer?
- Si no puedo conseguir un parche, tendré que fabricarme uno, señor Knowles. Este traje es lo único de que disponemos. - Empecé a ayudarlo... cosa bastante complicada, ya que él debía seguir manteniendo la mano en la fisura.
- Podría meter mi camisa en el agujero - sugirió Knowles.
- Sería como beber agua con un tenedor. Tiene que ser el traje; no hay otra cosa aquí que aguante la presión. - Cuando se hubo desembarazado del traje, hizo que alisase bien la parte de la espalda; luego, en el momento en que retiraba su mano, aplasté el traje contra la fisura. Kanski se sentó inmediatamente encima -. Bueno - dijo alegremente -, ya lo hemos obturado. Ahora no nos queda más que esperar.
- Empecé a preguntarle por qué simplemente no se había sentado sobre la fisura con el traje puesto; luego me di cuenta de que la parte del traje sobre la que estaba sentado se deformaba con la aspiración... necesitaba un trozo liso para que sujetara la viscosa materia de los balones.
- Déjeme ver su mano - pidió Knowles.
- No es gran cosa. - Pero Knowles se la examinó de todos modos. Miré y me sentí enfermo. Tenía una marca como un estigma en la palma, una rezumante herida sanguinolenta. Knowles hizo una compresa con su pañuelo y utilizamos el mío para vendarlo.
- Gracias, caballeros - dijo Kanski, y luego añadió -: Tenemos que matar el tiempo. ¿Qué les parece una partidita?
- ¿Con sus cartas? - preguntó Knowles.
- ¡Vamos, señor Knowles! Bueno... no importa. No está bien que los pagadores tengan que pagar. Hablando de pagar, ¿se da cuenta de que ahora estamos trabajando en baja presión, señor Knowles?
- ¿Por una diferencia de seiscientos cuarenta gramos?
- Estoy seguro de que el sindicato lo considerará así... dadas las circunstancias.
- Supongamos que soy yo quien se sienta en la grieta.
- Pero la tarifa se aplica también a los ayudantes.
- De acuerdo... ¿triple sueldo?

- Eso concuerda más con su generoso carácter, señor Knowles. Espero que tengamos una larga y agradable espera.

- ¿Cuan larga cree usted que puede ser, Gordo?

- Bueno, no creo que necesiten más de una hora, incluso aunque tengan que venir desde Richardson.

- Hummm... ¿qué le hace creer a usted que nos buscarán?

- ¿En? ¿Es que su oficina no sabe dónde está usted?

- Me temo que no. Les dije que ya no volvería hoy.

Konski pensó en las implicaciones de aquello.

- Yo no he entregado mi tarjeta de horarios. Sabrán que todavía estoy dentro.

- Seguro que lo sabrán... mañana, cuando su tarjeta no aparezca en mi oficina.

- Hay ese tipo de la puerta. Sabrá que somos tres los que estamos aquí dentro.

- Suponiendo que se acuerde de decírselo a su relevo. Y suponiendo que no haya quedado atrapado dentro también.

- Sí, supongo que sí - dijo Konski pensativamente -. Jack... será mejor que deje de darle a esta luz. Lo único que hace es gastar más oxígeno.

Permanecimos sentados allí en la oscuridad durante un largo tiempo, especulando acerca de lo ocurrido. Konski estaba seguro de que había sido una explosión; Knowles decía que le recordaba una ocasión en que había visto un cohete estrellarse contra el suelo. Cuando la conversación empezó a languidecer, Konski contó algunas historias. Yo intenté contar también una, pero estaba tan nervioso... tan asustado, debería decir... que fui incapaz de recordar el final. Sentía deseos de gritar.

Tras un largo silencio, Konski dijo:

- Jack, déle otra vez a la luz. Se me ocurre algo.

- ¿Qué? - preguntó Knowles.

- Si tuviéramos un parche, podría usted ponerse mi traje e ir en busca de ayuda.

- No tenemos oxígeno para el traje.

- Por eso he dicho de ir usted. Es el más pequeño de los tres... hay suficiente aire dentro del propio traje como para permitirle llegar a la otra sección.

- Bien... de acuerdo. Pero ¿qué va a utilizar como parche?

- Me sentaré encima.

- ¿En?

- Sobre esta enorme, redonda y sonrosada cosa que utilizo para sentarme. Me quitaré los pantalones. Si pongo una de mis nalgas sobre este agujero, seguro que queda completamente obstruido.

- Pero... No, Gordo, no puede. Mire lo que le ha ocurrido en la mano. Se le producirá una hemorragia por debajo de la piel y estará desangrado antes de que yo regrese.

- Le apuesto dos contra uno a que no... cincuenta, si quiere.

- Y si gano, ¿cómo lo haré para cobrarle?

- Es usted muy listo, señor Knowles. Pero mire... tengo dos o tres centímetros de grasa envolviéndome. No sangraré mucho..., máximo me quedará una marca como un fresón, no más.

Knowles agitó la cabeza.

- No es necesario. Si no nos movemos mucho, tenemos suficiente aire para varios días.

- No es el aire, señor Knowles. ¿No ha notado que empieza a hacer frío?

Yo lo había notado, pero no le había dado importancia. En mi angustia y temor, el sentir frío me parecía algo de lo más normal. Ahora empezaba a pensar al respecto. Cuando perdimos la línea que nos proporcionaba la energía, también perdimos la que nos proporcionaba el calor. Cada vez haría más frío, y más frío... y más frío.

El señor Knowles también se dio cuenta de aquello.

- De acuerdo, Gordo. Vamos con ello.

Me senté sobre el traje mientras Konski se preparaba. Tras quitarse los pantalones, cogió uno de los balones - testigo, lo reventó y untó con la materia viscosa toda su nalga derecha. Luego se giró hacia mí.

- De acuerdo, muchacho... abandone el nido. - Quitamos rápidamente el improvisado parche, sin perder mucho aire, aunque la fisura silbaba fuertemente. Se sentó encima -. Cómodo como un blando sillón, amigos - sonrió.

Knowles se metió apresuradamente en el traje y se fue, llevándose consigo la linterna. Volvimos a quedarnos en medio de la oscuridad.

Tras un cierto tiempo, oí la voz de Konski:

- Hay un juego al que podríamos jugar en la oscuridad, Jack. ¿Juega usted al ajedrez?

- Bueno, sí... a veces he jugado.

- Es un buen juego. Yo solía jugarlo en la cámara de descompresión, cuando estaba trabajando bajo el Hudson. ¿Qué le parece a veinte por lado, sólo por darle un poco de interés?

- ¿Eh? Bueno, de acuerdo. - Hubiera podido decir cien; no me importaba en absoluto.

- Estupendo. Peón de rey a tres rey.

- Oh... peón de rey a cuatro rey.

- Convencional, ¿eh? Me hace recordar a una chica a la que conocí en Hoboken... - Lo que me contó no tenía nada que ver con el ajedrez, aunque probaba que la chica sí era convencional, según y como se mirara -. Alfil de rey a cuatro alfil de reina. Recuérdeme que le hable también de su hermana. Parece que no siempre había sido pelirroja, aunque ella quería que la gente creyera que sí. Así que ella... oh, perdón. Le toca mover a usted.

Intenté pensar, pero mi cabeza daba vueltas.

- Peón de reina a tres reina.

- Reina a alfil de tres rey. De todos modos, ella... - siguió hablando, con grandes detalles. Lo que contaba no era en absoluto nuevo, y dudo de que realmente le hubiera ocurrido nunca a él, pero me distraía. Sonreí, allá en las tinieblas -. Es su turno - añadió.

- Oh. - Ya no me acordaba del tablero. Decidí enrocar, una maniobra siempre conveniente al principio del juego -. Caballo de reina a tres alfil de reina.

- Reina toma su peón de alfil rey... y jaque mate. Me debe usted veinte, Jack.

- ¿Eh? ¡Es imposible!

- ¿Quiere que comprobemos los movimientos? - Los comprobamos.

Conseguí visualizarlos. Luego dije:

- ¡Me daría de bofetadas! ¡Me ha hecho usted el mate del pastor!

Se echó a reír.

- Debería haber pensado usted en mi dama en lugar de pensar en mi pelirroja.

No me quedó más remedio que echarme a reír yo también.

- ¿Conoce más historias?

- Seguro. - Contó otra. Pero cuando le pedí que siguiese, respondió -: Me parece que voy a descansar un poco, Jack.

Me puse en pie.

- ¿Se encuentra bien, Gordo? - No respondió; me acerqué a él en la oscuridad. Su rostro estaba frío, y no dijo nada cuando lo toqué. Apoyé mi oído en su pecho y pude oír débilmente su corazón, pero sus manos y sus pies eran como hielo.

Tenía que sacarlo de allí; estaba helado. Podía sentir el hielo, pero sabía que tenía que ser sangre. Intenté reanimarlo masajeándolo, pero el silbido de la fisura me detuvo. Me quité mis pantalones, sentí un pánico terrible mientras localizaba el agujero en la oscuridad, y me senté sobre él, con mi nalga derecha firmemente apretada contra la abertura.

Me aspiró como una ventosa, con un frío glacial. Luego sentí que el fuego se desparramaba por toda mi carne. Tras un cierto tiempo, ya no pude sentir absolutamente nada, excepto un dolor embotado, y el frío.

Había una luz en algún lugar. Variaba de intensidad, luego desapareció. Oí el sonido de una puerta al cerrarse. Empecé a gritar.

- ¡Knowles! - chillé -. ¡Señor Knowles!

La luz apareció de nuevo, parpadeante.

- Estoy aquí, Jack...

Empecé a sollozar.

- ¡Oh, ha sido usted! Ha sido usted.

- No he sido yo, Jack. No he podido alcanzar la siguiente sección. Cuando llegué a la compuerta perdí el conocimiento. - Hizo una pausa jadeante -. Hay un cráter... - La luz vaciló y se apagó, y cayó al suelo con un sonido hueco -. Ayúdeme, Jack - dijo quejumbrosamente -. ¿No puede ver que necesito ayuda? He intentado...

Le oí tropezar y caer. Lo llamé, pero no me respondió.

Intenté levantarme, pero sonó un fuerte golpe, como el de una botella al descorcharse...

Recobré el sentido tendido boca abajo... con una sábana limpia bajo mi cuerpo.

- ¿Se siente mejor? - preguntó alguien. Era Knowles, de pie junto a mi cama, vestido con una bata.

- Usted está muerto - dije.

- En absoluto. - Hizo una mueca -. Nos encontraron a tiempo.

- ¿Qué ocurrió? - Le miré, sin dar crédito a mis ojos.

- Exactamente lo que pensamos... un cohete que se estrelló. Un cohete correo teledirigido. Perdió el control, y se estrelló contra el túnel.

- ¿Dónde está Gordo?

- ¡Hey, aquí!

Giré la cabeza hacia un lado; ahí estaba Konski boca abajo como yo.

- Me debe usted veinte dólares - dijo alegremente.

- Le debo... - me di cuenta de que estaba llorando, sin ninguna razón aparente -. De acuerdo, le debo veinte dólares. ¡Pero tendrá que venir usted a Des Moines a cobrarlos!

## LOS NEGROS FOSOS DE LA LUNA

A la mañana siguiente de nuestra llegada a la Luna fuimos a Rutherford. Papá y el señor Latham - el señor Latham es el representante del Trust Harriman, y papá había venido a Luna City para verle - tenían que ir a algún lugar, por negocios. Conseguí que papá me prometiera que yo también iría, ya que tenía la impresión de que aquella era mi única posibilidad de conocer la superficie de la Luna. Luna City es estupenda, desde luego, pero desafío a cualquiera a que distinga un corredor de Luna City de cualquiera de los niveles subterráneos de Nueva York... excepto que aquí uno nota los pies más ligeros, desde luego.

Cuando papá entró en nuestra habitación del hotel para decirnos que ya estábamos listos para irnos, yo estaba sentado en el suelo, jugando a las canicas con mi hermano menor; mamá se había echado un rato, y me había pedido que no le dejara hacer mucho ruido. Había estado mareada durante todo el viaje desde la Tierra e imagino que no debía sentirse demasiado bien. El pequeñajo se había pasado todo el rato jugando con las luces, cambiándolas de «penumbra» a «sol del desierto», y vuelta a empezar. De modo que lo agarré del cogote y lo senté en el suelo.

Por supuesto, yo ya no juego a las canicas, pero en la Luna resulta un juego estupendo. Las bolas prácticamente flotan, y uno puede hacer las mil y una diabluras con ellas. Inventamos un montón de nuevas reglas.

Papá dijo:

- Prepara las cosas, querida. Nos vamos inmediatamente a Rutherford. Iremos todos.

- Oh, Dios me proteja - dijo mamá -. No creo que tenga fuerzas para ir. Idos tú y Dickie. Yo me quedaré con Chiquitito y así podremos descansar un poco.

Chiquitito era el pequeñajo.

Hubiera tenido que decirle a mamá que había empezado mal las cosas. Por poco me salta un ojo con una bola lanzada a toda velocidad antes de decir con su lengua estropajosa:

- ¿Eh? ¿Qué? ¡Yo quiero ir, vamos!

El pequeñajo tiene siete años menos que yo, pero mis padres no tendrían que llamarle Chiquitito si quieren obtener algo de él. Se echó a berrear.

- ¡Dijisteis que yo también iría! - chilló.

- No, Chiquitito. Nunca te hemos dicho esto. Yo...

- ¡Papi dijo que podía ir!

- Richard, ¿le dijiste al chico que podía ir?

- ¿Qué? No, querida, no lo recuerdo. Quizá yo...

El pequeñajo cortó en seco la cuestión:

- Dijiste que podía ir allá donde fuera Dickie. Me lo prometiste, me lo prometiste, me lo prometiste. - Algunas veces uno tiene que ceder ante el pequeñajo; los tuvo allí gritándose mutuamente sobre quién le había dicho qué, hasta que al final transigieron. Sea como fuere, el resultado fue que veinte minutos más tarde los cuatro nos dirigíamos al cohete con el señor Latham y tomábamos la lanzadera de Rutherford.

El viaje apenas dura diez minutos, y uno no ve mucha cosa, sólo una breve visión de la Tierra cuando el cohete está cerca de Luna City, y en aquella ocasión ni siquiera esto, ya que las plantas atómicas donde nos dirigíamos están todas en la otra cara de la Luna, por supuesto. Éramos quizás una docena de turistas, y la mayor parte se marearon tan pronto entramos en vuelo libre. Mamá también. Alguna gente no se acostumbrará nunca a utilizar cohetes.

Pero mamá volvió a sentirse bien tan pronto alunizamos de nuevo y volvimos a pisar suelo. Rutherford no es como Luna City; en lugar de extender un tubo hasta la nave, envían un coche presurizado que se adapta a la compuerta estanca del cohete, y luego te llevan hasta la entrada del subterráneo, situada a algo más de un kilómetro de distancia. Me gustó aquello, y al pequeñajo también. Papá tuvo que irse a tratar de negocios con el señor Latham, dejándonos a mamá, a mí y al pequeñajo para que nos uniéramos al grupo de turistas y fuéramos a dar una vuelta por los laboratorios.

No estaban mal, pero no eran ninguna cosa excitante. Por lo que pude ver, una planta atómica es igual que cualquier otra; Rutherford podía haber sido perfectamente la planta principal de las afueras de Chicago. Quiero decir que todo lo que realmente puede interesar está fuera de la vista, oculto, protegido. Todo lo que uno puede ver son algunos indicadores y cuadros de mandos y la gente que los controla. Un personal de control remoto, como en Oak Ridge. El guía te habla de las experiencias que se están realizando y te pasan algunas películas... y eso es todo.

Me gustó nuestro guía. Se parecía a Tom Jeremy en Tropas del Espacio. Le pregunté si era un hombre del espacio, y me miró con una mirada extraña y me dijo que no, que simplemente era un explorador de los Servicios Coloniales. Luego me preguntó dónde había ido a la escuela y si pertenecía a los Scouts. Me dijo que él era maestro de scouts, Tropa Uno, Rutherford City, Patrulla Murciélagos Lunar.



Luego supe que tan sólo había una patrulla... supongo que no hay demasiados scouts en la Luna.

Papá y el señor Latham se unieron a nosotros justo cuando terminábamos la visita, mientras el señor Perrin - nuestro guía - nos anunciaba la excursión por el exterior.

- La visita guiada a Rutherford - estaba diciendo, como si recitara una lección - incluye una excursión con traje espacial a la superficie de la Luna, sin ningún pago extra, para ver el Cementerio del Diablo y el lugar del Gran Desastre de 1984. Esta excursión es opcional. No hay nada particularmente peligroso en ella y nunca hemos tenido ningún herido, pero la Comisión exige que firmen ustedes un documento conforme la realizan bajo su propia responsabilidad si desean hacerla. La excursión dura aproximadamente una hora. Aquellos que prefieran quedarse encontrarán películas y refrescos en el bar.

Papá estaba frotándose las manos.

- Esto es para mí - anunció -. Señor Latham, me alegro de haber llegado a tiempo. No me perdería esto por nada del mundo.

- Le gustará - asintió el señor Latham -, y también a usted, señora Logan. Estoy incluso tentado de acompañarles.

- ¿Por qué no lo hace? - preguntó papá.

- No, quiero tener los documentos listos para que usted y el director los firmen cuando usted regrese y antes de que vuelvan a Luna City.

- ¿Por qué tomarse tantas molestias? - insistió papá -. Si la palabra de un hombre no vale, un contrato firmado no servirá de mucho más. Puede enviarme todos los papeles a Nueva York.

- No, de veras... he estado en la superficie docenas de veces. Pero les acompañaré y les ayudaré a ponerse los trajes.

- Oh, Dios - dijo mamá. No parecía muy entusiasmada con la idea de ir; no estaba segura de soportar el verse encerrada en un traje espacial, y además el resplandor del sol siempre le daba dolor de cabeza.

- No seas tonta, querida - dijo papá -; es la oportunidad de tu vida. - Y el señor Latham le explicó que los filtros de los cascos impiden que la luz deslumbre. Mamá siempre pone objeciones y luego cede. Supongo que las mujeres no tienen fuerza de carácter. Como la noche anterior - la de la Tierra quiero decir, no la de Luna City -, cuando se compró un traje lunar de fantasía para llevar en la cena en el Mirador de la Tierra del hotel, y luego su decisión empezó a enfriarse. Se quejó a papá de que estaba demasiado llenita como para llevar un vestido como aquél.

La verdad es que dejaba al descubierto demasiada carne. Papá dijo:

- Tonterías, querida. Te ves encantadora. - Así que al final se lo puso, y se lo pasó estupendamente, sobre todo cuando aquel piloto intentó conquistarla.

Lo mismo ocurrió esta vez. Vino con nosotros. Penetramos en los vestuarios, y miré a mi alrededor mientras el señor Perrin ayudaba a todo el mundo tras hacerles firmar la renuncia. En el extremo más alejado de la sala estaba la compuerta estanca que daba a la superficie, con una ventana en forma de ojo de buey en cada una de las dos puertas, la interior y la exterior. Uno podía mirar por ellas y ver la superficie lunar al otro lado, resplandeciente de tal forma que era imposible mirarla mucho rato pese a los cristales ámbar de las ventanas. Y había una doble hilera de trajes espaciales colgados, que daban la impresión de ser hombres vacíos. Me metí por todos lados hasta que el señor Perrin se hizo cargo de nuevo de nuestro grupo.

- Podemos arreglarlo de forma que el pequeño se quede al cuidado de la encargada del bar - le estaba diciendo a mamá. Adelantó una mano y revolvió el pelo del pequeño. Éste trató de darle un mordisco, y retiró la mano apresuradamente.

- Gracias, señor Perkins - dijo mamá -. Supongo que es lo mejor... aunque quizá sería preferible que yo me quedara con él.

- Me llamo Perrin - dijo el señor Perrin sonriendo cordialmente -. No va a ser necesario. La encargada puede hacerse cargo perfectamente.

¿Por qué los adultos hablan frente a los niños como si éstos no entendieran el inglés? Hubiera bastado con llevarlo al bar y dejarlo allí. Ahora el pequeñajo sabía que lo iban a dejar. Miró beligerantemente a su alrededor.

- Yo también voy - dijo en voz alta -. Me lo prometisteis.

- No, Chiquitito - mamá intentó tranquilizarlo -. Tu mamá querida no te dijo que... - pero era como hablar para ella misma; el pequeñajo recurrió de nuevo a los efectos sonoros.

- Dijiste que podía ir a donde fuera Dickie; me lo prometiste cuando me puse enfermo. Me lo prometiste, me lo prometiste... - y así una y otra vez, aumentando el tono de su voz.

El señor Perrin parecía azarado. Mamá dijo:

- Richard, tienes que hacérselo comprender a tu hijo. Al fin y al cabo, fuiste tú quien se lo prometió.

- ¿Yo, querida? - papá pareció sorprendido -. De todos modos, no veo qué tiene esto de complicado. Supongamos que le prometimos que podría ir allá donde fuera Dickie... bueno, entonces simplemente que venga con nosotros y ya está.

El señor Perrin carraspeó.

- Me temo que no. Podemos arreglar las cosas con su hijo mayor utilizando un traje de mujer; es bastante alto para su edad. Pero no tenemos trajes para niños pequeños.

Bien, nos hallábamos metidos en un lío antes de darnos cuenta de ello. El pequeñajo conseguía siempre lo que quería de mamá. Mamá conseguía lo mismo de papá. Éste se ponía rojo rojo y descargaba todo contra mí. Es como una especie de reacción en cadena, conmigo al final sin nadie a quien poder seguir pasando la pelota. Llegaron a una sencilla solución... yo también me quedaría, y me haría cargo del pequeñajo.

- Pero, papá, me dijiste... - empecé.

- ¡No importa lo que te dijera! - cortó -. No quiero una discusión familiar en público. Ya has oído lo que ha dicho tu madre.

Yo estaba desesperado.

- Mira, papá - dije, tratando de mantener la voz baja -, si vuelvo a la Tierra sin haberme metido dentro de un traje espacial y haber puesto un pie en la superficie, tendrás que buscarme otro colegio. Yo no vuelvo a Lawrenceville; no quiero ser el hazmerreír de todos mis compañeros.

- Ya arreglaremos eso cuando volvamos a casa.

- Pero, papá, me prometiste específicamente...

- Ya basta, muchacho. El asunto queda cerrado.

El señor Latham había permanecido todo el rato a nuestro lado, pero no abrió la boca. Al llegar a ese punto le hizo un guiño a papá y dijo muy suavemente:

- Bueno, R. J... supongo que su palabra es ley.

Fingí no haber oído aquellas palabras... cosa muy conveniente, ya que se supone que papá no debe saber que nosotros sabemos que está equivocado; eso lo único que hace es empeorar las cosas. Cambié apresuradamente de tema.

- Mira, papá, quizá podamos salir todos. ¿Y aquel traje de allí? - señalé a un traje que colgaba al otro lado de una puerta enrejada. El largo perchero tenía un par de docenas de trajes colgando, y el último, que casi no se veía, era pequeño... sus botas apenas llegaban al pecho del traje que tenía al lado.

- ¿En? - Papá miró hacia allá -. Oh, justo lo que necesitamos. ¡Señor Perrin! Esto, señor Perrin... aguarde un instante. Creía que no tenía usted trajes pequeños, pero ahí hay uno que nos irá perfectamente.

Papá estaba abriendo ya el picaporte de la puerta enrejada. El señor Perrin lo detuvo.

- No podemos usar ese traje, señor.

- ¡Oh! ¿Por qué no?

- Todos los trajes que están detrás de esta puerta son propiedad privada, no para alquilar.

- ¿Qué? Esto es una tontería... Rutherford es una empresa pública; quiero ese traje para mi hijo.

- Bueno, no puede usted usarlo.

- Hablaré con el director.

- Me temo que tendrá que hacerlo. Ese traje fue hecho especialmente para su hija.

Y eso fue lo que hicimos. El señor Latham llamó al director, papá habló con él, luego el director habló con el señor Perrin, luego volvió a hablar de nuevo con papá. El director no tenía ningún inconveniente en prestar el traje, no a papá, pero no iba a ordenar al señor Perrin que sacara a un niño de corta edad a la superficie si él no lo creía conveniente.

El señor Perrin se mostró obstinado, y no se lo censuro, pero papá le engrasó las plumas y poco después estábamos todos metidos en nuestros trajes, introduciéndoles la presión necesaria y comprobando nuestras reservas de oxígeno y conectando nuestros comunicadores. El señor Perrin hizo las debidas comprobaciones por la radio y nos recordó que todos estábamos en el mismo circuito, de modo que sería mejor que lo dejáramos hablar a él y no hiciéramos observaciones inútiles o de otro modo no íbamos a entendernos. Luego nos metimos en la compuerta estanca y nos advirtió que nos mantuviéramos juntos y no intentáramos comprobar cuan rápido podíamos correr ni a qué altura podíamos saltar. Mi corazón parecía querer salirse del pecho.

La puerta exterior se abrió, y nos hallamos en la superficie de la Luna. Era exactamente tan maravilloso como lo había soñado, pero estaba tan excitado que apenas me di cuenta de ello. El resplandor del sol era la cosa más brillante que hubiera visto nunca, y las sombras tan negras que uno difícilmente podía ver en ellas. Era imposible oír otra cosa que no fueran las voces en tu radio, y no podías cortar la comunicación.

La piedra pómez era ligera, y nuestros pies la levantaban como humo, flotando lentamente y volviendo a caer en un movimiento terriblemente pausado. Nada más se movía. Era el lugar más muerto que uno pueda imaginar.

Seguimos una especie de sendero, manteniéndonos muy juntos para hacernos compañía, excepto en dos ocasiones que tuve que salir corriendo tras el pequeñajo porque había descubierto que podía dar saltos de ocho metros. Quise abofetearle, pero ¿han intentado ustedes alguna vez abofetear a alguien que lleva un traje espacial? Es imposible.

El señor Perrin, al cabo de un rato, nos dijo que nos detuviéramos y empezó a hablar.

- Están ustedes ahora en el Cementerio del Diablo. Los picos gemelos que tienen ustedes delante se elevan a mil setecientos metros sobre el nivel de la llanura, y nunca han sido escalados. Los picos, o monumentos, han sido llamados con los nombres de personajes apócrifos o mitológicos debido a la imaginaria semejanza de esta fantástica escena con un cementerio de gigantes. Belcebú, Thor, Siva, Caín, Set... - Hizo un gesto circular -. Los selenólogos no están de acuerdo en el origen de estas extrañas formas. Algunos pretenden ver indicios de la acción del aire y el agua junto con la acción volcánica. De ser así, esos picos deben erguirse aquí desde tiempos inmemoriales, puesto que hoy, como todos ustedes saben, la Luna... - Era el mismo tipo de charla que uno puede leer cada día en la Revista de las Rutas del Espacio, sólo que nosotros lo estábamos viendo y eso cambiaba mucho las cosas, no sé si me explico.

Los picos me recordaban un poco las rocas que dominan la cueva del Jardín de los Dioses en Colorado Springs, donde estuvimos el pasado verano, sólo que estos picos eran mucho más grandes y, en lugar de un cielo azul, sobre ellos no hay más que tinieblas y unas estrellas grandes y muy nítidas. Algo fantasmagórico.

Otro guía con una cámara fotográfica había venido con nosotros. El señor Perrin intentó decir algo más, pero el pequeñajo se puso a berrear y tuve que cortar la radio

para que los demás pudiéramos oír algo. La mantuve cerrada hasta que el señor Perrin terminó de hablar.

Quería que nos pusiéramos juntos para tomar una foto con los Picos y el oscuro cielo sobre nosotros como fondo.

- Pongan sus rostros pegados a la parte delantera de sus cascos para que puedan verse sus caras. Todo el mundo quedará bien. ¿Preparados? ¡Ya está! - El otro tipo disparó la cámara -. Las copias estarán a su disposición cuando regresen, a diez dólares cada una.

Pensé en ello. Evidentemente, necesitaba una para mi dormitorio en el colegio, y me gustaría tener otra para dársela a... bueno, necesitaba otra. Me quedaban dieciocho dólares de las propinas de mi cumpleaños; lo que faltaba podía sacárselo a mamá. Así que encargué dos.

Trepamos por una larga cuesta, y de pronto estábamos mirando el cráter, el cráter del desastre, todo lo que quedaba del primer laboratorio. Se extendía ante nosotros, treinta kilómetros de suelo cubierto por una capa cristalina brillante y llena de burbujas en lugar de la piedra pómez. Había un monumento. Leí:

AQUÍ, DELANTE DE VOSOTROS, YACEN LOS RESTOS MORTALES DE  
Kurt Schaeffer  
Maurice Feinstein  
Thomas Dooley  
Hazel Hayakawa  
G. Washington Slappey  
Sam Houston Adams  
QUE MURIERON POR LA VERDAD QUE HACE A LOS HOMBRES LIBRES  
En el día once de agosto de 1984.

Sentí algo extraño, y retrocedí para escuchar lo que estaba diciendo el señor Perrin. Papá y algunos otros le estaban haciendo preguntas.

- No se sabe exactamente - estaba diciendo -. No quedó nada. Ahora telemetramos todos los datos directamente a Luna City apenas salen de los instrumentos, pero esto ocurrió antes de que se instalara la línea de relevos ópticos.

- ¿Qué hubiera ocurrido - preguntó alguien - si esta explosión se hubiera producido en la Tierra?

- No quisiera intentar explicárselo... pero por eso pusieron el laboratorio aquí, en la Luna. - Miró su reloj -. Es hora de irse, señores. - Estábamos dando la vuelta para volver por el mismo sendero por el que habíamos venido, cuando mamá gritó:

- ¡Chiquitito! ¿Dónde está Chiquitito?

Me impresioné pero no me asusté, todavía no. El pequeñajo suele meterse por todos lados, primero aquí y luego allá, pero nunca se aleja demasiado, debido a que siempre necesita a alguien a quien poder fastidiar.

Mi padre pasó un brazo alrededor de mamá y me hizo una seña.

- Dick - gritó, y su voz sonó aguda en mis auriculares -, ¿qué has hecho con tu hermano?

- ¿Yo? - dije -. A mí no me mires... la última vez que lo vi mamá lo llevaba de la mano, subiendo la colina.

- No vengas con disculpas, Dick. Mamá se sentó para descansar y te lo envió a ti.

- Bueno, si lo hizo, no vino. - Ante eso, mamá empezó a llorar lastimosamente. Todo el mundo nos había oído, por supuesto... no les quedaba más remedio; tan sólo había un circuito de radio. El señor Perrin avanzó y cerró el micrófono de mamá, creando un repentino silencio.

- Ocúpese de su esposa, señor Logan - ordenó, y luego añadió -: ¿Cuándo ha visto usted a su hijo por última vez?

Papá no podía ayudarle; cuando intentaron conectar de nuevo a mamá con el circuito, tuvieron que desconectarlo de nuevo inmediatamente. Ella no podía ayudarnos, y además nos ensordecía. El señor Perrin se dirigió al resto de nosotros.

- ¿Ha visto alguno de ustedes el chico pequeño que venía con nosotros? No responden a menos que tengan algo que decir. ¿Alguien lo ha visto alejarse?

Nadie lo había visto. Me imaginé que probablemente se habría escondido cuando todo el mundo estaba mirando al cráter y le daba la espalda. Se lo dije al señor Perrin.

- Es probable - admitió -. ¡Atención todo el mundo! Voy a ir en busca del chico. Quédense aquí donde están. No se muevan para nada de este lugar. No tardaré más de diez minutos.

- ¿Por qué no vamos todos? - quiso saber alguien.

- Porque - dijo el señor Perrin - hasta ahora tenemos un solo desaparecido. No quiero que haya una docena. - Se fue, dando grandes saltos de más de quince metros cada uno.

Papá empezó a ir tras él, luego se lo pensó mejor, puesto que mamá cayó bruscamente sobre sus rodillas, deslizándose casi flotando hasta el suelo. Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Algún idiota intentó quitarle el casco, pero papi no es ningún tonto. Cerré mi radio de manera que sólo me pudiera oír a mí mismo pensar y empecé a mirar a mi alrededor, sin abandonar el grupo pero permaneciendo en el borde del cráter e intentando ver lo máximo posible.

Miraba hacia el camino por el que habíamos venido; no tenía ningún sentido mirar hacia el cráter... si hubiera estado allí lo hubiéramos visto inmediatamente como una mosca en un plato.

Fuera del cráter era distinto; tras cualquier roca podía ocultarse un regimiento, rocas puestas sobre el suelo en todas las posiciones, rocas grandes como casas con agujeros por todos lados, espirales, agujas... era un caos. Podía ver de vez en cuando al señor Perrin rondando arriba y abajo como un perro tras un conejo, apresurándose todo lo que podía. Prácticamente volaba. Cuando llegaba frente a un enorme peñasco lo salvaba de un enorme salto, aprovechando para mirar hacia abajo mientras saltaba para poder ver mejor.

Luego volvió de nuevo junto a nosotros y conecté otra vez la radio. Todo el mundo seguía hablando. Alguien estaba diciendo: «Tenemos que encontrarlo antes de la puesta del sol», y algún otro respondió: «No diga tonterías; el sol no se pondrá hasta dentro de una semana. El problema es su reserva de aire, se lo digo. Estos trajes sólo sirven para cuatro horas.» La primera voz dijo: «¡Oh!», y luego añadió suavemente: «Como un pez fuera del agua...» Fue entonces cuando empecé a sentir miedo.

Una voz de mujer, sonando compasiva y acongojada, dijo: «¡Oh, pobre, pobre criaturita! Tenemos que encontrarlo antes de que se asfixie», y la voz de mi padre la cortó secamente: «¡Dejen de decir esas cosas!» Oí a alguien que sollozaba. Podía ser mamá.

Él señor Perrin estaba ya junto a nosotros y cortó:

- ¡Silencio todo el mundo! Tengo que llamar a la base. - Y añadió urgentemente -: ¡Aquí Perrin, llamando al control de la compuerta estanca!

Una voz de mujer respondió:

- Adelante, Perrin.

Perrin le explicó lo que sucedía, y añadió:

- Mande a Smythe para que lleve al grupo de vuelta; yo me quedo aquí. Necesito a todos los exploradores disponibles, y mándeme algunos voluntarios entre aquellos que tengan más experiencia en rastreo lunar. Diga por radio que los primeros salgan lo antes posible.

No tuvo que esperar mucho; los primeros llegaron brincando como saltamontes. Debían avanzar a unos setenta u ochenta kilómetros por hora. Hubiera sido un espectáculo digno de verse, si no sintiera aquel terrible peso en mi estómago.

Papá empezó a discutir sobre la conveniencia de regresar, pero el señor Perrin lo atajó con un gesto.

- Si no hubiera sido usted tan obstinado en salirse con la suya, no nos veríamos en este problema. Si se hubiera preocupado usted por su hijo, no lo hubiéramos perdido. Yo también tengo hijos, y no pienso dejarlos salir nunca a la superficie de la Luna hasta que sepan cuidarse de sí mismos. Así que vayase... no quiero tener que preocuparme por usted también.

Creo que papá se las hubiera tenido a las malas con él si mamá no se hubiera desmayado de nuevo. Regresamos con el grupo.

Las dos horas siguientes fueron de lo más horrible. Las pasamos sentados junto a la sala de control, desde donde podíamos oír al señor Perrin dirigiendo la búsqueda a través del altavoz. Al principio pensé que podrían encontrar al pequeñajo en cuanto pusieran en funcionamiento el radiodetector direccional - quizá por el zumbido de su energía, aunque él no dijera nada -, pero no hubo suerte; no consiguieron nada con él. Y los buscadores tampoco encontraron nada.

Lo peor era que ni mamá ni papá intentaban siquiera censurarme por lo ocurrido. Mamá lloraba suavemente y papá intentaba consolarla, cuando de pronto levantó la vista y se me quedó mirando con una expresión extraña. Creo que realmente ni siquiera me veía, pero imaginé que estaba pensando que si yo no hubiera insistido en ir a la superficie nada de aquello hubiera ocurrido. Dije:

- No me mires a mí, papá. Nadie me dijo que lo vigilara. Pensaba que estaba con mamá.

Papá simplemente agitó la cabeza sin responder. Parecía cansado y en cierto modo abrumado. Pero mamá, en vez de echarme a mí la culpa y gritar, dejó de llorar y consiguió esbozar una sonrisa.

- Ven aquí, Dickie - dijo, y puso su otro brazo rodeándome -. Nadie te reprocha nada, Dickie. Ocurra lo que ocurra, no ha sido culpa tuya. Recuérdalo siempre, Dickie.

Así que dejé que me besara y me senté con ellos durante un rato, pero me sentía peor que antes. No hacía nada más que pensar en el pequeñajo, en algún lugar ahí fuera, con su oxígeno consumiéndose. Quizá no fuera culpa mía, pero hubiera podido evitarlo y lo sabía. No hubiera debido confiar en mamá para que lo vigilara; ella no sirve para estas cosas. Es del tipo de personas que llegarían a perder la cabeza si no la llevaran bien atornillada a los hombros... del tipo exclusivamente ornamental. Una buena madre, entiendan, pero no una madre práctica.

Iba a ser muy duro para ella si el pequeñajo no volvía. Y también para papá... e igualmente para mí. El pequeñajo era un engorro espantoso en todos lados, pero nos parecería extraño no encontrárnoslo siempre entre los pies. Estaba pensando en aquella observación que habían hecho: «Como un pez fuera del agua.» Una vez rompí accidentalmente un acuario; aún recuerdo el aspecto que tenían los peces. No era agradable. Si el pequeñajo tenía que morir de aquella forma...

Me callé y decidí buscar alguna forma de ayudar a que aquello no ocurriera.

Tras un instante estuve convencido de que podía encontrarlo, tan sólo si me dejaban ayudar a buscarlo. Pero no querían, por supuesto.

El doctor Evans, el director, apareció de nuevo - había salido a recibirnos cuando llegamos - y preguntó si podía hacer algo por nosotros y cómo se encontraba la señora Logan.

- Saben ustedes que por nada del mundo hubiera deseado que ocurriera esto - añadió - . Estamos haciendo todo lo que podemos. He hecho que lancen algunos detectores de

metales desde Luna City. Quizá consigamos localizar al chiquillo por el metal de su traje.

Mamá preguntó si no podrían utilizar perros rastreadores, y el doctor Evans ni siquiera se rió de ella. Papá sugirió helicópteros, luego se corrigió a sí mismo y los sustituyó por cohetes. El doctor Evans hizo notar que era imposible examinar detalladamente el suelo desde un cohete.

Entonces me lo llevé aparte y le pedí que me dejase participar en la búsqueda. Se mostró cortés pero no me hizo ningún caso, así que insistí.

- ¿Qué te hace creer que tú puedes encontrarlo? - me preguntó -. Tenemos ahí fuera a los hombres más experimentados en la Luna de que disponemos. Me temo, muchacho, que terminarías perdiéndote tú también o haciéndote daño al querer igualarte a ellos. En este lugar, si pierdes de vista las señales de orientación, puedes considerarte perdido sin remedio.

- Pero mire, doctor - le dije -, conozco al pequeñajo... quiero decir a mi hermano pequeño, mejor que cualquier otra persona en el mundo. No me perderé... quiero decir que sí me perderé, pero exactamente como se ha perdido él. Puede usted hacer que me sigan.

Se lo quedó pensando.

- Vale la pena intentarlo - dijo de pronto -. Iré contigo. Vamos a vestirnos.

Salimos rápidamente, dando zancadas de diez metros... lo mejor que conseguía hacer, incluso con el doctor Evans agarrando mi cinturón para evitar que cayera. El señor Perrin nos estaba esperando. Parecía dudar de la viabilidad de mi idea.

- Quizás el viejo truco de la «mula perdida» funcione - admitió -, pero seguiré manteniendo la búsqueda normal pese a todo. Toma, chico, agarra esta linterna. La vas a necesitar en las zonas de sombra.

Me detuve en el borde del cráter e intenté imaginar que yo era el pequeñajo, sintiéndome aburrido y un poco irritado por la falta de atención hacia mí. ¿Qué es lo que haría?

Empecé a bajar la cuesta, sin ir a ningún sitio en particular, en la misma forma que suponía haría el pequeñajo. Luego me detuve y miré hacia atrás, para ver si mamá y papá y Dickie se habían fijado en mí. Yo era seguido, por supuesto; el doctor Evans y el señor Perrin iban pegados a mis talones. Pretendí no darme cuenta y seguí adelante. Estaba ya muy cerca del primer amontonamiento de rocas, y me agaché detrás de la primera que encontré. No era lo suficientemente alta como para ocultarme por completo; pero sí habría cubierto al pequeñajo. Imaginé que eso era lo que había hecho; le gustaba jugar al escondite... eso lo convertía en el centro de la atención.

Pensé un poco. Cuando el pequeñajo jugaba al escondite, su idea de esconderse era siempre agazaparse debajo de algo, una cama, o un sofá, o un coche, o incluso bajo la fregadera. Miré a mi alrededor. Había un montón de lugares idóneos; las rocas estaban llenas de agujeros y grietas. Empecé a examinarlas. Parecía un trabajo sin esperanzas; debía haber cientos de sitios así sólo en aquella pequeña zona.

El señor Perrin se me acercó cuando salía arrastrándome del cuarto posible escondrijo.

- Los hombres han lanzado destellos con sus linternas a cada uno de estos lugares - me dijo -. Creo que es inútil, pequeño.

- De acuerdo - dije, pero seguí con lo mío. Sabía que podía llegar a rincones que un hombre adulto no podría alcanzar; tan sólo esperaba que el pequeñajo no hubiera escogido uno que yo no pudiera alcanzar.

Seguí examinándolos, uno, y otro, y otro más, y empecé a sentir frío y a notarme terriblemente cansado. La luz directa del sol es terriblemente caliente en la Luna, pero al segundo siguiente de meterte en una sombra tienes frío. Bajo todas aquellas rocas no noté ni el más mínimo calor. Los trajes que nos dan a los turistas están bastante bien aislados, pero la base del aislamiento está en los guantes y en las botas y en la junta de

los pantalones y yo me pasaba la mayor parte del tiempo tendido sobre mi estómago, arrastrándome por los sitios más inverosímiles.

Me sentía tan entumecido que casi no podía moverme, y toda mi parte delantera parecía un bloque de hielo. Además, aquello me daba otro motivo de preocupación: ¿qué le pasaría al pequeñajo? ¿Estaría frío también?

Si no hubiera vuelto a pensar en el aspecto de aquellos peces y en que quizás el pequeñajo estuviera ya helado antes de que consiguieran llegar hasta él, hubiera abandonado. Me sentía vencido. Además, impresiona meterte en todos esos profundos fosos... nunca sabes lo que vas a encontrar allí.

El doctor Evans me agarró del brazo y me sacó de uno de ellos, y juntó su casco con el mío para hacerme llegar directamente su voz.

- Será mejor que lo dejes, hijo. Estás agotado, y ni siquiera has cubierto una hectárea. - No dije nada; simplemente lo aparté.

El próximo sitio era una pequeña hendidura, a no más de treinta centímetros del suelo. Dirigí el haz de mi linterna hacia allí. Estaba vacía y no parecía haber nada. Entonces vi que formaba como un recodo. Me arrastré dentro y miré. Tras la esquina la hendidura se ensanchaba y descendía. No creí que el pequeñajo se hubiera metido tan adentro en la oscuridad, y arrastrándose además, pero avancé un poco e iluminé con la linterna.

Vi una bota que sobresalía.

Eso fue todo. Estuve a punto de romperme el casco al salir de allí, pero arrastraba al pequeñajo conmigo. Estaba fofo como un gato y su rostro tenía una expresión curiosamente divertida. El señor Perrin y el doctor Evans estaban encima de mí cuando aún no había terminado de salir, palmeándome la espalda y gritando.

- ¿Está muerto, señor Perrin? - pregunté, cuando pude recuperar el aliento -. Se ve muy mal.

El señor Perrin lo examinó por encima.

- No... puedo ver latir el pulso en su garganta. La exposición y el shock, pero este traje fue construido especialmente... volverá pronto en sí. - Tomó al pequeñajo en sus brazos y yo eché a andar tras él.

Diez minutos más tarde el pequeñajo estaba envuelto en mantas y bebiéndose un cacao bien caliente. Yo también tomé un poco. Todo el mundo estaba hablando a la vez y mamá estaba llorando de nuevo, pero esta vez era normal, y papá se había marchado.

Intentó darle un cheque al señor Perrin, pero éste lo rechazó

- No quiero ninguna recompensa; es su hijo quien lo ha encontrado. Sólo le pido que me haga un favor...

- ¿Sí? - papá era todo almíbar.

- Vayase de la Luna. Usted no pertenece a ella; no es del tipo pionero.

Papá asintió.

- Ya se lo he prometido a mi mujer - dijo, sin parpadear -. No hace falta que se preocupe.

Seguí al señor Perrin cuando se marchaba, y le dije en privado:

- Señor Perrin... yo sólo quería decirle que yo pienso volver, si a usted no le importa.

Me estrechó fuertemente las manos y me dijo:

- Sé que lo harás, pequeño.

## **«¡QUÉ GRANDE ES ESTAR DE VUELTA!»**

- ¡Apresúrate, Allan! ¡Volver a casa... estar de nuevo en la Tierra! - Su corazón latía alocadamente.



- Espera un segundo - ella se afanaba arriba y abajo, mientras su marido comprobaba que no quedara nada en el apartamento vacío. Las tarifas del viaje Luna - Tierra son demasiado elevadas como para embarcarlo todo; excepto una maleta pequeña con lo más personal, habían vendido todo lo demás. Satisfecho, se reunió con ella en el ascensor; subieron a la planta de administración y se dirigieron a una puerta señalada: ASOCIACIÓN DE LA COMUNIDAD DE LUNA CITY - Ana Stone, Administradora.

La señorita Stone aceptó las llaves de su apartamento con una sonrisa.

- El señor y la señora McRae. Así que nos dejan ustedes.

Josephine pareció enojarse ligeramente.

- ¿Creía que íbamos a cambiar de idea?

La administradora se alzó de hombros.

- No. Hace tres años que sabía que iban a irse... por sus quejas.

- ¿Por mis que...? Señorita Stone, he sido tan paciente con los increíbles inconvenientes de esta... esta conejera presurizada, como cualquier otro. No le culpo a usted personalmente, pero...

- Tranquilízate, Jo - le dijo su marido apaciguadoramente.

Josephine enrojeció.

- Perdona, señorita Stone.

- No importa. Simplemente, vemos las cosas de un modo distinto. Yo estaba ya aquí cuando Luna City era tan sólo tres cabañas Quonset herméticas, conectadas por túneles que había que recorrer de rodillas. - Tendió una cuadrada mano -. Deseo que se lo pasen bien siendo de nuevo unas marmotas, se lo deseo honestamente. Chorros potentes, buena suerte y un feliz aterrizaje.

De nuevo en el ascensor, Josephine estalló.

- ¡«Marmotas», hay que ver! Sólo porque preferimos nuestro planeta nativo, donde una persona puede aspirar siempre que desee una buena bocanada de aire fresco...

- Tú empleaste la palabra - le recordó Allan.

- Pero lo hice para designar a la gente que nunca ha abandonado la Tierra.

- Ambos hemos dicho más de una vez que nos hubiera gustado haber tenido el buen sentido de no abandonar nunca la Tierra. Somos marmotas de corazón, Jo.

- Sí, pero... Oh, Allan, te estás volviendo odioso. Éste es el día más feliz de mi vida. ¿No estás contento de volver a casa? ¿No lo estas?

- Por supuesto que lo estoy. Es grande estar de vuelta. Montar a caballo. Esquiar.

- E ir a la ópera. Auténtica ópera, en vivo. Allan, simplemente tenemos que pasar una o dos semanas en Manhattan antes de ir al campo.

- Creí que querías sentir la lluvia en tu rostro.

- También lo quiero. Lo quiero todo a la vez y no puedo esperar. Oh, querido, es como salir de la cárcel. - Se agarró a él.

Él la apartó cuando el ascensor se detuvo.

- No te pongas a llorar como un crío.

- Allan, eres un bestia - dijo ella soñadoramente -. Soy tan feliz.

Se detuvieron de nuevo en el banco. El empleado de la oficina del National City Bank tenía la transferencia de su cuenta a punto.

- De vuelta a casa, ¿eh? Sólo firme aquí, y ponga su huella dactilar. Les envidio. Cazar, pescar.

- Me gusta más bañarme y practicar el surf. Y navegar.

- Yo - dijo Jo - simplemente me conformo con ver árboles verdes y un cielo azul.

El empleado asintió.

- Sé lo que quieren decir. Hace mucho tiempo de ello, y está muy lejos. Bueno, que lo pasen bien. ¿Van a estar tres meses o seis?

- No vamos a volver - declaró Allan orgullosamente -. Tres años de vivir como un pez en un acuario ya es bastante.

- ¿Sí? - El empleado les tendió los papeles y añadió inexpresivamente -: Bueno... buen viaje.

- Gracias. - Subieron al nivel inmediatamente debajo de la superficie y tomaron la acera rodante que cruzaba la ciudad hasta el cohete puerto. El túnel de la acera rodante emergía a la superficie en un punto, convirtiéndose en una especie de cobertizo presurizado; una ventana - observatorio en la parte occidental mostraba la superficie lunar... y, más allá de las colinas, la Tierra.

La contemplaron, grande y verde y acogedora, contra el negro cielo lunar y las duras y fijas estrellas, y las lágrimas brotaron de los ojos de Jo. El hogar... ¡qué encantador planeta era! Allan lo miró más serenamente, observando el meridiano de Greenwich. La línea solar acababa de tocar Sudamérica... debían ser cerca de las ocho y veinte, tenían que apresurarse.

Salieron de la acera rodante para caer en brazos de algunos de sus amigos, que habían acudido a despedirlos.

- Hey, ¿dónde está vuestro equipaje? El Duendecillo parte dentro de siete minutos.

- Pero si no nos vamos en él - respondió McRae -. No, en absoluto.

- ¿Qué? ¿No os vais? ¿Habéis cambiado de parecer? Josephine se echó a reír.

- No le hagas caso, Jack. Nos vamos en el exprés; tenemos hechas ya las reservas. Así que aún nos quedan veinte minutos.

- ¡Vaya! Un par de turistas ricos, ¿eh?

- Oh, la sobretasa no es mucha, y no me seducía demasiado la idea de hacer dos trasbordos y pasar toda una semana en el espacio cuando podemos estar en casa en dos días. - Se frotó el estómago en un gesto significativo.

- No puede soportar el vuelo libre, Jack - explicó su marido.

- Bueno, yo tampoco puedo... estuve enfermo durante todo el viaje. De todos modos, no creo que fueras a sentirte mal, Jo; ahora ya estás acostumbrada al peso lunar.

- Quizá - admitió ella -; pero hay una enorme diferencia entre un sexto de gravedad y la ingravidez.

La esposa de Jack Crail interrumpió:

- Josephine McRae, ¿estás dispuesta a arriesgar tu vida en una nave movida por energía atómica?

- ¿Por qué no, querida? Tú trabajas en un laboratorio atómico.

- ¡Hummm! En el laboratorio tomamos precauciones. La Comisión de Comercio no hubiera debido autorizar nunca esos expresos. Quizá parezca chapada a la antigua, pero regresaré del mismo modo que vine, vía Terminal y Supra-Nueva York, en un bien viejo cohete de combustible químico en el que pueda confiar.

- No intentes asustarla, Emma - objetó Crail -. Estas naves han hecho ya infinidad de viajes.

- No a mi gusto. Yo...

- No importa - interrumpió Allan -, Ya está decidido, y tenemos que llegar aún al embarcadero del exprés. Así que adiós a todo el mundo. Gracias por haber acudido a despedirnos. No os olvidaremos. Si alguna vez bajais al buen mundo de Dios, venid a vernos.

- ¡Adios, muchachos! Adios, Jo... adios, Allan.

- ¡Dadle recuerdos de mi parte a Broadway!

- ¡Hasta otra... y escribidnos!

- ¡Adiós! ¡Alona... chorros potentes!

Mostraron sus billetes, entraron en la compuerta estanca, y subieron a la lanzadera presurizada que unía la terminal de Leyport con la pista de despegue del expreso.

- Apresúrense, señores - dijo el operador de la lanzadera por encima del hombro; Jo y Allan se instalaron apresuradamente en unos almohadones. La compuerta se abrió; el

túnel delante de ellos no tenía aire. Cinco minutos más tarde salían treinta kilómetros más allá, pasadas las colinas que protegían el emplazamiento de Luna City de las explosiones radiactivas de las naves expreso.

En el Gavilán compartían el camarote con una familia de misioneros. El reverendo doctor Simmons se creyó en la obligación de explicar por qué viajaban de forma lujosa.

- Es por la niña - les dijo, mientras su esposa sujetaba a su hija en una pequeña litera de aceleración instalada a modo de camilla entre las literas de sus padres -. Como nunca ha estado en el espacio, no nos hemos atrevido a que se pusiera enferma todos los días que dura el viaje. - Se tendieron todos en sus literas y se sujetaron cuando sonó la señal de aviso. Jo sintió que su corazón latía fuertemente. Por fin... ¡el momento tan esperado!

Los chorros entraron en acción, aplastándolos contra el almohadillado. Jo no sabía que pudiera sentirse tan pesada. Era peor, mucho peor, que el viaje de ida. La chiquilla lloró durante todo el tiempo que duró la aceleración, en un inexplicable terror y angustia.

Tras un tiempo interminable, se sintieron de repente ingravidos. Cuando la terrible presión de aquel peso desapareció de su pecho, el corazón de Jo se sintió tan ligero como su cuerpo. Allan se desató las correas y se sentó.

- ¿Cómo va eso, muchacha?

- ¡Oh, me siento estupendamente! - Jo también se desató y se sentó frente a él. Luego empezó a hipar -. Es decir, me lo parece. Cinco minutos más tarde ya no cabía ninguna duda; simplemente deseaba morir. Allan salió del camarote a toda prisa y localizó al médico de la nave, que le administró a Jo una inyección. Allan aguardó hasta que la droga hizo efecto, y luego se dirigió al salón para probar su propia cura contra el mareo espacial... el Remedio contra el Mareo de la Abuela Mary disuelto en champán. Al cabo de un rato tuvo que admitir que aquellos dos remedios soberanos no habían hecho efecto en él... o quizá no había sabido mezclarlos correctamente.

La pequeña Gloria Simmons no se sentía afectada por el mareo del espacio. Consideraba que el estar ingravida era divertido, y daba saltos hasta el techo, volteretas, e iba de un lado para otro como una pelota. Jo pensó seriamente en estrangular a la chiquilla si flotaba hasta su alcance... pero representaba demasiado esfuerzo para lo débil que se sentía.

La deceleración, por pesados que les hiciera sentir, fue un alivio tras las náuseas... excepto para la pequeña Gloria, que volvió a gritar, despavorida, mientras su madre intentaba explicárselo. Su padre rezaba.

Tras un largo, largo tiempo, oyeron una ligera sacudida y el sonido del avisador. Jo consiguió levantar la cabeza.

- ¿Qué ocurre? ¿Ha habido algún accidente?

- No lo creo. Imagino que hemos aterrizado.

- ¡No es posible! Seguimos frenando... me siento pesada como el plomo.

Allan hizo una débil mueca.

- Yo también. La gravedad de la Tierra... ¿recuerdas?

La niña seguía llorando.

Se despidieron de la familia de misioneros, mientras la señora Simmons decidía aguardar a una azafata del espaciopuerto. Los McRae salieron de la nave sosteniéndose mutuamente.

- No puede tratarse sólo de la gravedad - protestó Jo, con los pies atrapados en unas invisibles arenas movedizas -. Hemos practicado aceleración terrestre normal en la centrífuga en «Y», allá en casa... quiero decir allá en Luna City. Nos sentimos débiles por el mareo espacial.

Allan se tranquilizó a sí mismo.

- Eso es. Hace dos días que no hemos comido nada.

- Allan... ¿tú tampoco has comido nada?
- No. No permanentemente, por decirlo de algún modo. ¿Estás hambrienta?
- Me muero de hambre.
- ¿Qué te parece una buena cena en la brasería de Kean?
- Maravilloso. ¡Oh, Allan, estamos de vuelta! - Sus lágrimas brotaron de nuevo.

Vieron de nuevo a los Simmons, después de bajar por el valle del Hudson y meterse en la estación Grand Central. Mientras aguardaban la maleta en el andén subterráneo, Jo vio al reverendo doctor salir penosamente de la siguiente cápsula, llevando a su hija en brazos y seguido por su esposa. Dejó cuidadosamente a la niña en el suelo. Gloria permaneció de pie unos instantes, temblando sobre sus delgadas piernas, y luego se dejó caer en el andén. Se quedó allí, llorando débilmente.

Un hombre del espacio - un piloto, por su uniforme - se detuvo a su lado y se quedó mirando con miseratamiento a la niña.

- ¿Nacida en la Luna? - preguntó.

- ¿Qué? Oh, sí... sí, señor - la educación de Simmons pasó por delante de sus preocupaciones.

- Levántela y llévala en brazos. Va a tener que aprender a andar otra vez. - El hombre del espacio agitó tristemente la cabeza y se marchó. Simmons adoptó una expresión aún más preocupada, luego se sentó en el andén junto a su hija, sin preocuparse por lo sucio que estaba.

Jo se sentía demasiado débil para ayudarles. Miró a su alrededor buscando a Allan, pero éste estaba ocupado: su maleta acababa de llegar. La habían dejado a sus pies y se inclinó para tomarla, y de repente se sintió ridículo. Parecía como si la maleta estuviera clavada al suelo. Sabía lo que contenía, rollos de microfilms y películas en color, unos pocos recuerdos, artículos de aseo personal, cosas irremplazables... veintitrés kilos de masa. No podía pesar lo que parecía. Pero lo pesaba. Había olvidado lo que pesan veintitrés kilos en la Tierra.

- ¿Maletero, señor? - El hombre tenía el cabello gris y era delgado, pero tomó la maleta con descuidada facilidad. Allan llamó:

- Vamos, Jo - y siguió al maletero, sintiéndose atontado. El maletero redujo el paso para amoldarlo al dificultoso caminar de Allan.

- ¿Recién llegados de la Luna? - preguntó.

- Oh, sí.

- ¿Tienen hecha alguna reserva?

- No.

- Entonces vengan conmigo. Tengo un amigo en la recepción del Comodoro. - Los llevó hasta la acera rodante, y de allí al hotel.

Se sentían demasiado cansados como para cenar fuera; Allan encargó que les subieran la cena a su habitación. Después, Jo se quedó dormida en la bañera y tuvo trabajo para hacerla salir de allí... se encontraba a gusto con la disminución de peso que le proporcionaba el agua. Pero logró persuadirla de que un colchón de espuma era casi tan bueno. Se fueron a dormir muy temprano.

Ella se despertó, forcejeando y pataleando, a las cuatro de la madrugada.

- ¡Allan! ¡Allan!

- ¿En? ¿Qué ocurre? - Su mano tanteó buscando el interruptor de la luz.

- Oh... nada, supongo. Soñé que estaba otra vez en la nave. Los chorros estaban fuera de control. Allan, ¿qué es lo que hace que el aire sea tan denso aquí? Tengo una jaqueca horrible.

- ¿Qué? No puede ser denso. La habitación tiene aire acondicionado. - Husmeó el aire -. Yo también tengo jaqueca - admitió.

- Bueno, pues haz algo. Abre la ventana.

Él se tambaleó fuera de la cama, se estremeció cuando le golpeó el aire del exterior, y se apresuró a meterse de nuevo bajo las sábanas. Estaba preguntándose si conseguiría dormir con el ruido de la ciudad penetrando por la ventana cuando su esposa habló de nuevo.

- ¿Allan?
- Sí. ¿Qué ocurre?
- Cariño, tengo frío. ¿Puedo meterme en tu cama?
- Seguro.

La luz del sol penetraba por la ventana, cálida y agradable. Cuando tocó sus ojos, Allan se despertó y encontró a su mujer ya despierta a su lado. Suspiró y murmuró:

- Oh, querida, mira. El cielo azul... estamos en casa. Había olvidado lo maravilloso que es.

- Es grande estar de vuelta, sí. ¿Cómo te sientes?
- Mucho mejor. ¿Cómo te sientes tú?
- Estupendamente, creo. - Apartó las sábanas.

Jo se sobresaltó y volvió a subirlas.

- ¡No hagas eso!

- ¿Eh?

- El muchachito de mamá va a levantarse y cerrar esa ventana mientras mamá se queda tranquila bajo las sábanas.

- Bueno... de acuerdo. - Allan caminaba más fácilmente que la noche anterior... pero fue agradable volver a la cama. Una vez allí, giró el rostro hacia el teléfono y dijo en voz alta -: ¡Servicio!

- Ordene, por favor - respondió una suave voz de contralto.

- Jugo de naranja y café para dos... café extra... seis huevos revueltos, bastante hechos, y pan integral tostado. Y tráigame el Times y el Saturday Evening Post.

- En diez minutos.

- Gracias. - El montacargas zumbó mientras se estaba afeitando. Recogió el contenido y le sirvió a Jo el desayuno en la cama. Una vez hubieron terminado, dejó a un lado su periódico y dijo -: ¿Podrías levantar un momento tu nariz de esa revista?

- Encantada. Es demasiado grande y pesada para sostenerla mucho rato.

- ¿Por qué no te haces enviar por correo la edición de Luna City? No te costaría más que ocho o nueve veces ésta.

- No seas tonto. ¿En qué estás pensando?

- En qué te parecería si abandonáramos este sofocante nidito y nos fuéramos a comprar alguna ropa.

- Oh... No, no puedo salir fuera con mi traje lunar.

- ¿Tienes miedo a que la gente te mire? ¿Te has vuelto recatada, a tu edad?

- No, Dios mío, simplemente me niego a mostrarme al aire libre con doscientos gramos de nilón y un par de sandalias. Primero quiero algo que abrigue un poco más. - Se metió más dentro en las sábanas.

- La Perfecta Pionera. ¿Vas a enviar delegados primero?

- No podemos permitirnoslo. Mira... ve tú primero. Cómprame lo que sea con tal de que dé un poco de calor.

McRae parecía obstinado.

- Ya he intentado comprarte cosas en otras ocasiones.

- Sólo por esta vez... por favor. Ve a Saks y cómprame un traje de calle y un jersey de lana azul, talla diez. Y un par de medias.

- Bueno... de acuerdo.

- Eres un encanto. No voy a ser holgazana. Tengo una lista larga como tu brazo de gente a la que he prometido llamar, ver, comer con ella.

Allan hizo primero sus propias compras; su ligero pantalón corto y su camiseta eran tan acogedores como un sombrero de paja en medio de una tormenta de nieve. No es que hiciera realmente frío, y al sol se estaba francamente bien, pero la temperatura parecía un tanto baja para un hombre que estaba acostumbrado a unos veintitrés grados constantes. Intentó permanecer en el metro en la sección cubierta de la Quinta Avenida.

Tuvo la sospecha de que el dependiente le había endosado unas ropas que le daban un aspecto más bien provinciano. Pero se sentía abrigado. Quizás incluso excesivamente abrigado; al menos pesaban demasiado, y aumentaban la opresión que sentía en el pecho, haciéndole caminar aún más inseguro. Se preguntó cuánto tiempo debería transcurrir antes de que aprendiera a utilizar de nuevo correctamente sus piernas.

Una vendedora maternal se encargó de proporcionarle lo que pedía Jo, vendiéndole además una capa que abrigaba mucho. Volvió al hotel, tambaleándose bajo sus paquetes e intentando inútilmente parar un taxi libre. ¡Todo el mundo parecía tener tanta prisa! En una ocasión estuvo a punto de ser derribado por un muchacho quinceañero que le dijo:

- ¡Vigila por donde andas, viejo! - y desapareció de su vista antes de que pudiera responderle.

Llegó con todo el cuerpo dolorido, suspirando por un buen baño caliente. No pudo tomarlo; Jo tenía una visita.

- Señora Appleby, mi marido... Allan, es la madre de Emma Crail.

- Oh, ¿cómo está usted, doctor... o debo decir «profesor»?

- Sólo señor...

-...cuando supe que estaban ustedes aquí en la ciudad me ha sido imposible esperar más para saber noticias de mi pobre hija. ¿Cómo se encuentra? ¿Está muy delgada? ¿Tiene buen aspecto? Esas chicas modernas... le he dicho mil veces que tiene que salir de vez en cuando al aire libre... yo doy cada día un paseo por el parque, y míreme... Me envió una foto... la debo tener aquí por algún lugar; al menos creo que la tengo... y no tiene buen aspecto, parece desnutrida. Esos alimentos sintéticos...

- No toma alimentos sintéticos, señora Appleby.

-...son totalmente imposibles. Estoy segura. Sin mencionar el sabor. ¿Qué decía usted?

- Su hija no vive de alimentos sintéticos - repitió Alian -. Frutas frescas y vegetales los tenemos en exceso en Luna City. La planta de acondicionamiento de aire, ya sabe.

- Eso es precisamente lo que estaba diciendo. Confieso que no sé cómo pueden obtener comida de los aparatos de aire acondicionado sobre la Luna...

- En la Luna, señora Appleby.

-...pero no puede ser sana. En casa nuestro aire acondicionado se estropea cada dos por tres, y produce los más horribles olores... sencillamente insoportables, queridos... creo que tendrían que construir los aparatos de aire acondicionado de forma que... claro que sí, además, esperan ustedes que les fabriquen alimentos sintéticos...

- Señora Appleby...

- ¿Sí, doctor? ¿Qué estábamos diciendo? No me deje...

- Señora Appleby - dijo McRae desesperado -, la planta de acondicionamiento de aire de Luna City es una granja hidropónica, extensiones de plantas creciendo, cosas verdes. Las plantas toman el anhídrido carbónico del aire y restituyen el oxígeno.

- Pero... ¿está usted seguro, doctor? Juraría que Emma me: dijo...

- Completamente seguro.

- Bueno... no pretendo entender de esas cosas. Lo mío es más bien lo artístico. El pobre Herbert decía a menudo... Herbert era el padre de Emma; siempre absorto en sus trabajos de ingeniería, pese a que yo intentaba constantemente hacerle oír buena música y ver las mejores obras y leer los best - sellers. Me temo que Emma ha salido a su padre... me gustaría que dejase ese trabajo que tiene. Es un trabajo excesivamente duro para una mujer, ¿no cree usted, señora McRae? Todos esos átomos y neutrones y cosas

flotando a su alrededor en el aire. Lo he leído todo al respecto en la columna de Ciencia Para Profanos del...

- Es muy buena para ese trabajo, y al parecer le gusta.

- Bueno, sí, supongo. Eso es lo importante, sentirse feliz con lo que una está haciendo, sin importar lo tonto que sea. Pero me preocupa la pobre chiquilla... desterrada de la civilización, sin nadie de su clase con quien hablar, sin teatros, sin vida cultural, ¡sin sociedad...

- Luna City recibe estereotranscripciones de todas las obras de éxito en Broadway - la voz de Jo tenía un cierto tono de acidez.

- ¡Oh! ¿Realmente? Pero no es como ir al teatro, querida; es el público de personas distinguidas lo que da calor a una obra. Recuerdo que, cuando era una muchacha, mis padres...

Allan se puso impacientemente en pie.

- Es la una. ¿Has comido ya, querida?

La señora Appleby dio un respingo.

- ¡Oh, válgame el cielo! Debo irme volando. Mi modisto... es un tirano, pero es un genio; tengo que darles su dirección. He estado encantada, queridos, y no saben cuánto les agradezco todo lo que me han dicho de mi pobre niña. Desearía que fuese tan sensible como ustedes dos; sabe que estoy dispuesta a recibirla siempre de vuelta a casa... a ella y a su marido, por supuesto. Vengan a verme a menudo. Me encanta hablar con gente que ha estado sobre la Luna...

- En la Luna.

- Me hace sentir más cerca de mi querida hija. Adiós.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Jo dijo:

- Allan, necesito una copa.

- Yo también.

Jo dejó sus compras para otra ocasión; era demasiado cansado. A las cuatro de la tarde estaban paseando por el Central Park, gozando del paisaje y del rítmico clop - clop de los cascos de los caballos. Los helicópteros, los pichones, el rastro en el cielo allá donde había cruzado el cohete de los Antípodas, daban a la escena un idílico carácter de belleza y serenidad. Jo tragó saliva y susurró:

- Allan, ¿no es maravilloso?

- Seguro que lo es. Es grande estar de vuelta. Oye, ¿no te has dado cuenta de que volvemos a estar en la Calle 42?

De regreso a su habitación, Jo se desplomó en su cama, mientras Allan se quitaba los zapatos. Se sentó, frotándose los pies, y observó:

- Voy a ir descalzo todo el resto de la tarde. ¡Dios, cómo me duelen los pies!

- Los míos también. Pero vamos a casa de tu padre, cariño.

- ¿En? Oh, maldita sea, lo había olvidado. Jo, ¿cómo se te ha ocurrido? Llámalo y dile que iremos en otra ocasión. Estamos todavía medio muertos del viaje.

- Pero, Allan, ha invitado a un montón de amigos tuyos.

- Tonterías, no tengo ningún auténtico amigo en Nueva York. Dile que iremos la semana próxima.

- «La semana próxima»... humm... mira, Allan, vamos inmediatamente al campo. - Los padres de Jo les habían buscado una pequeña casita en Connecticut, una antigua granja.

- Pensé que querías un par de semanas de diversión y música primero. ¿Por qué ese cambio repentino?

- Te lo mostraré. - Se dirigió a la ventana, abierta desde el mediodía -. Mira el alféizar de esta ventana. - Escribió sus iniciales en el polvo -. Allan, esta ciudad es sucia.

- No esperarás que no haya polvo en una ciudad de diez millones de habitantes.

- Pero nuestros pulmones lo están respirando. ¿Qué ha ocurrido con las leyes de control de la contaminación?
- Eso no es contaminación; es la suciedad propia de una ciudad.
- Luna City nunca fue así. Podía usar un traje blanco hasta que me cansara de él. Aquí no iba a durar ni un día.
- Manhattan no tiene techo... ni filtros en cada conducción de aire.
- Bueno, pues debería tenerlos. O estoy helada, o me sofoco.
- Creí que estabas ansiosa por sentir la lluvia en tu rostro.
- No seas irónico. Deseo ir a un sitio limpio y verde.
- De acuerdo. Voy a empezar mi libro de todos modos. Llamaré a tu agente inmobiliario.
- Lo he llamado esta mañana. Podemos ir cuando queramos; lo arregló todo apenas recibió mi carta.

Era una cena informal, a pie derecho, en casa de su padre, pero Jo se sentó inmediatamente y dejó que le trajeran la comida.

Allan hubiera deseado sentarse también, pero su condición de huésped de honor lo obligaba a permanecer sobre sus doloridos pies. Su padre lo agarró de la solapa y lo llevó hasta el bufete.

- Ven aquí, hijo, prueba este paté. Creo que va a gustarte, tras una dieta de queso verde.

Allan admitió que era bueno.

- Mira, muchacho, realmente tienes que contarle a toda esa gente tu viaje.
- Nada de discursos, papá. Déjales que lean el National Geographic.
- ¡Tonterías! - Se giró en redondo -. ¡Quieto todo el mundo! Allan va a contarnos cómo viven los lunáticos.

Allan se mordió el labio. De acuerdo, los ciudadanos de Luna City utilizaban ese término para designarse a sí mismos, pero no sonaba del mismo modo aquí.

- Bueno, realmente, no tengo nada que decir. Sigán comiendo.
- Usted hable y nosotros seguiremos comiendo. Háblenos de la Ciudad de los Lunáticos.

- ¿Ha visto usted al Hombre-de-la-Luna?
- Vamos, Allan, ¿cómo se vive en la Luna?
- No en la Luna... dentro de la Luna.
- ¿Cuál es la diferencia?

- Bueno, ninguna, supongo. - Vaciló; realmente no había ninguna forma de explicar el porqué los colonos de la Luna ponían tanto énfasis en el hecho de que vivían bajo la superficie del satélite... pero lo irritaba de la misma forma que a los habitantes de San Francisco llamaran a su ciudad «Prisco» -. En la Luna lo expresamos así. No pasamos mucho tiempo en la superficie, excepto el personal del Observatorio Richardson, y los prospectores, y gente así. Los núcleos de habitación están bajo el suelo, naturalmente.

- ¿Por qué «naturalmente»? ¿Por temor a los meteoritos?

- No mayor del temor que tengan ustedes a los rayos. Vivimos bajo el suelo para aislarnos del calor y del frío y mantener una presión constante. Ambas cosas son más económicas y más fáciles bajo la superficie. El suelo es fácil de trabajar y los intersticios actúan como el vacío en una jarra termo. Son el vacío.

- Pero, señor McRae - preguntó una señora de aspecto serio -, ¿no les duelen los oídos viviendo bajo presión?

Allan agitó una mano en el aire.

- Hay la misma presión que aquí... siete kilos aproximadamente.

Pareció sorprendida, y finalmente dijo:



- Sí, supongo que sí, pero es difícil de imaginar. Creo que me aterrorizaría el vivir encerrada en una caverna. Suponga que se produce una explosión.

- Mantener los siete kilos de presión no representa ningún problema; algunos ingenieros trabajan a cientos de kilos por centímetro cuadrado. De todos modos, Luna City está compartimentada como un buque. Es bastante segura. Los holandeses viven detrás de diques; en el bajo Mississippi hay diques. Los metros, los transatlánticos, los aviones... todos son formas artificiales de vivir. Luna City parece extraña simplemente porque está muy lejos.

La mujer se estremeció.

- Me asusta.

Un hombrecillo de aspecto pretencioso se abrió camino hacia él.

- Señor McRae... aceptando que sea bueno para la ciencia y todo lo demás, ¿por qué malgastar el dinero de los contribuyentes en una colonia en la Luna?

- Parece que usted mismo se ha respondido - dijo Allan lentamente.

- Entonces, ¿cómo lo justifica? Dígamelo, señor.

- No es necesario justificarlo; la colonia lunar ha sido amortizada ya varias veces. Las corporaciones lunares pagan dividendos. Minas Artemis, Rutas del Espacio, Corporación de Abastecimiento de las Rutas del Espacio, Diversiones Diana, Compañía de Investigaciones Electrónicas, Laboratorios Biológicos Lunares, sin mencionar todo Rutherford... son prósperas. Admito que el Proyecto de Investigación Cósmica inquieta un poco al contribuyente, pero se trata de una empresa conjunta de la Fundación Harriman y el gobierno.

- Entonces lo admite. Es el principio del asunto.

Los pies de Allan le dolían atrozmente.

- ¿Qué principio? Históricamente, la investigación siempre ha costado dinero. - Se giró de espaldas en busca de algo más de paté.

Un hombre le tocó el brazo; Allan reconoció a un antiguo discípulo.

- Allan, muchacho, felicitaciones por la forma como te has quitado de encima al viejo Beetle. Se lo estaba buscando... creo que es una especie de radical.

Allan gruñó.

- No debería haber perdido la calma.

- Lo has hecho muy bien. Oye, Allan, mañana por la noche voy a llevar a un par de compradores de fuera de la ciudad a dar una vuelta. Venios con nosotros.

- Muchas gracias, pero nos vamos al campo.

- Oh, no debes perderte esta salida. Después de todo, has estado mucho tiempo enterrado en la Luna; necesitas un poco de distracción tras toda aquella mortal monotonía.

Allan sintió que sus mejillas enrojecían.

- Gracias de todos modos, pero... ¿has visto alguna vez el Mirador de la Tierra en el Hotel Puerto Luna?

- No. Tengo intención de hacer el viaje cuando haya ganado el suficiente dinero, por supuesto.

- Bien, aquello es como un night club para ti. ¿Has visto alguna vez a una bailarina saltar diez metros en el aire y volver a bajar dando vueltas? ¿Has probado alguna vez un cóctel lunar? ¿Has visto nunca a un malabarista trabajar en baja gravedad? - Echó una mirada a Jo a través de la habitación -. Esto... perdóname, muchacho. Mi mujer me llama.

- Se dio la vuelta, y terminó por encima del hombro -: Y el propio Puerto Luna no es tan sólo un lugar de reunión de los hombres del espacio, por supuesto... está recomendado por la Asociación Duncan Hines.

Jo estaba muy pálida.

- Querido, sácame de aquí. Me ahogo. Estoy enferma.

- Inmediatamente. - Se excusaron, y se fueron.

Jo se despertó con un fuerte resfriado, de modo que tomaron un helitaxi directamente hacia su casa de campo. Bajo ellos el cielo estaba cargado de nubes bajas, pero sobre sus cabezas el tiempo era espléndido. El calorcillo del sol y el latir de los rotores despertaba en ellos la alegría de estar en casa.

Allan rompió la perezosa ensoñación.

- Es algo curioso, Jo. No conseguirías convencerme por nada del mundo de volver a la Luna... pero ayer por la noche estuve defendiendo a los lunáticos cada vez que abría la boca.

Ella asintió.

- Lo sé. Tan seguro como que hay cielo, Allan, alguna gente actúa como si la Tierra fuese plana. Algunos de ellos no creen realmente en nada... y no sé cuál de los dos tipos me aburre más.

Había niebla cuando aterrizaron, pero la casa estaba limpia, y el agente había encendido el fuego y preparado la nevera. Estaban tomándose un ponche caliente y quitándose el entumecimiento de los huesos apenas diez minutos después de haber aterrizado.

- Esto está bien - dijo Allan, estirándose -. Realmente, es grande estar de vuelta a casa.

- Uh - uh. Todo excepto la carretera. - Una nueva supercarretera de carga de alta velocidad rodaba a menos de cincuenta metros de la casa. Podían oír el rugir de los grandes diesels impulsando los rodillos.

- Olvida la carretera. Vuélvele la espalda y hunde tu mirada en los bosques.

Se habían recuperado lo suficiente de sus doloridas piernas como para gozar de cortas caminatas por el bosque; se vieron favorecidos con un largo y cálido veranillo de San Martín; la mujer de servicio era eficiente y taciturna. Allan trabajaba en los resultados de tres años de investigaciones preparatorias para empezar su libro. Jo le ayudaba con las estadísticas, y había vuelto a tomar contacto con las delicias de cocinar, soñar y descansar.

Fue el día de la primera helada cuando el baño dejó de funcionar.

Convencieron al fontanero del pueblo de que subiera al día siguiente. Mientras tanto recurrieron a un antiguo retrete sin pretensiones que se erguía tras el depósito de leña. Estaba infestado de arañas y excesivamente ventilado.

El fontanero no se mostró muy optimista.

- Hay que cambiar la fosa séptica. Habrá que hacer un nuevo desagüe. Y casi vale la pena renovar la instalación. De mil quinientos a mil seiscientos dólares. Tendré que calcularlo.

- De acuerdo - dijo Allan -. ¿Puede empezar hoy mismo?

El hombre se echó a reír.

- Puedo darme cuenta, señor, de que no conoce usted lo que es encontrar materiales y mano de obra en estos días. La próxima primavera tal vez... tan pronto como el suelo se libre de la escarcha.

- Pero esto es imposible. No me importa el precio. Hágalo inmediatamente.

El hombre se alzó de hombros.

- Lamento no poder complacerle. Buenos días.

Cuando se hubo ido, Jo estalló.

- Allan, no quiere ayudarnos.

- Bueno... quizá. Intentaré encontrar a alguien en Norwalk, o quizás incluso en la City. No podemos ir a ese retrete allá abajo todo el invierno, cruzando la nieve.

- Espero que no tengamos que hacerlo.

- No podemos. Tú ya te has resfriado. - Miró melancólicamente el fuego -. Supongo que la culpa es mía y de mi inoportuno sentido del humor.

- ¿Por qué?

- Bueno, ya sabes que nos hemos visto convertidos en el blanco de todas las bromas desde que corrió el rumor de que habíamos sido colonos. No tenían mucha importancia, pero algunas escocían. ¿Recuerdas que fui solo al pueblo el pasado sábado?

- Sí. ¿Qué ocurrió?

- Empezaron a meterse conmigo en la barbería. Al principio les dejé decir, pero las cosas empezaron a cambiar de cariz. Entonces comencé a hablarles de la Luna, a decirles cosas con doble sentido... tonterías como los gusanos del vacío y el aire petrificado. Pasó un cierto tiempo antes de que se dieran cuenta de que me estaba burlando de ellos... y cuando se dieron cuenta nadie se rió. Nuestro amigo el rústico fontanero era uno de los del grupo. Lo siento.

- No te preocupes - ella le besó -. Si tengo que cruzar la nieve hasta el retrete, me consolaré el saber que les has devuelto alguna de sus bromas.

El fontanero de Norwalk colaboró un poco más, pero la lluvia, y luego el granizo, retrasaron los trabajos. Ambos se resfriaron. Al noveno miserable día Allan estaba trabajando en su escritorio cuando oyó a Jo entrar por la puerta trasera, volviendo de la compra. Siguió con su trabajo, y al cabo de un rato se dio cuenta de que ella no había entrado a decirle «hola». Salió a investigar.

La encontró desplomada en una silla de la cocina, llorando silenciosamente.

- Querida - dijo apresuradamente -, cariño, ¿qué te ocurre?

Ella le miró.

- No quería que lo supieses.

- Vamos, suénate la nariz y sécate los ojos. ¿Qué quieres decir con eso de que «no querías que lo supiese»? ¿Qué ha ocurrido?

Ella se lo contó, puntuándolo con su pañuelo. Primero, el empleado de la droguería le había dicho que no tenía toallas de papel; luego, cuando ella se las mostró, le dijo que «ya estaban vendidas». Finalmente, había mencionado algo acerca de «traer mano de obra de fuera para quitarnos el pan de la boca a la gente honesta».

Jo había estallado y había contado el incidente de Allan en la barbería. El de la droguería simplemente se había vuelto aún más grosero.

- «Señora», me dijo, «no sé si usted y su marido han estado en la Luna o no, ni me importa. No les doy ninguna importancia a esas cosas. De todos modos, no les necesitamos a ninguno de los dos.» Oh, Allan, me siento tan desgraciada.

- ¡No tan desgraciada como va a sentirse él! ¿Dónde está mi sombrero?

- ¡Allan! No te dejaré salir de esta casa. No quiero que te pelees con nadie.

- No voy a permitir que te insulten.

- No volverá a pasar. Oh, querido, lo he intentado con todas mis fuerzas, pero ya no puedo resistir más aquí. No se trata tan sólo de la gente del pueblo; es el frío, y las cucarachas, y siempre esta nariz chorreante. Estoy cansada, y mis pies me duelen constantemente. - Se echó a llorar de nuevo.

- Vamos, vamos. Nos iremos de aquí, querida. Nos iremos a Florida. Terminaré mi libro mientras tú disfrutas del sol.

- Oh, no quiero ir a Florida. /Quiero volver a casa!

- ¿Eh? ¿Quieres decir... volver a Luna City?

- Sí. Oh, querido, sé que tú no querrás, pero ya no puedo soportar por más tiempo. No es sólo la suciedad y el frío y el episodio cómico con el fontanero... es que no somos comprendidos. Y en Nueva York no era mejor que aquí. Esas marmotas no saben nada.

Él le sonrió.

- Sigue radiando, querida; he captado tu frecuencia.

- ¡Allan!

Él asintió.

- Hace tiempo que me di cuenta de que era un lunático de corazón... pero tenía miedo de decírtelo. Mis pies me duelen también... y me siento malditamente asqueado de verme tratar como un fenómeno. He intentado ser tolerante, pero no puedo vivir entre marmotas. Echo de menos a la gente de nuestra querida vieja Luna. Ellos son civilizados.

Ella asintió.

- Es posible que sea un prejuicio, pero yo siento lo mismo.

- No es un prejuicio. Seamos honestos. ¿Qué se necesita para ir a Luna City?

- Un billete.

- No te pases de lista. No me refiero como turista; me refiero a encontrar un trabajo allí. Tú sabes la respuesta: inteligencia. Cuesta mucho dinero enviar a un hombre a la Luna, y más aún mantenerlo allí. Para que salga a cuenta tiene que valer mucho. Un alto C.I., un buen índice de compatibilidad, una educación superior... todo lo que hace a una persona agradable y fácil para los que viven a su alrededor. Nos hemos viciado; la basta obstinación humana que estas marmotas consideran normal es para nosotros intolerable, porque los lunáticos son diferentes. El hecho de que Luna City sea el lugar más comfortable que jamás haya construido el hombre para sí mismo no tiene nada que ver con el asunto... es la gente la que cuenta. Volvamos a casa.

Fue al teléfono - un trasto antiguo por el que sólo se podía hablar - y llamó a las oficinas en Nueva York de la Fundación. Mientras aguardaba, con el «receptor» pegado a su oído, dijo:

- Supongamos que no quieren saber nada de nosotros.

- Eso es lo que me preocupa. - Sabía que las compañías lunares rara vez contrataban de nuevo a personal que se les había ido; se decía que el examen físico era mucho más severo la segunda vez.

- ¿Oiga... oiga... la Fundación? ¿Puedo hablar con la oficina de reclutamiento?... Oiga... No, no puedo conectar mi pantalla, el instrumento desde donde le hablo procede casi de la edad media. Al habla Allan McRae, fisicoquímico, contrato número 1340729. Y mi esposa, Josephine McRae, 1340730. Desearíamos firmar de nuevo. He dicho que desearíamos firmar de nuevo... Muy bien, espero.

- ¡Reza, querido, reza!

- Estoy rezando... ¿Qué? ¿Mi puesto está aún vacante? ¡Estupendo! ¿Y el de mi esposa? - Escuchó con expresión preocupada; Jo contuvo el aliento. Escuchó al empleado -, Hey, Jo... tu puesto ha sido cubierto. Quieren saber si estarías dispuesta a aceptar un trabajo interino en el departamento de contabilidad.

- ¡Diles que sí!

- De acuerdo también. ¿Cuándo podemos ir a pasar el examen? Sí, estupendo, gracias. Adiós. - Colgó y se giró a su esposa -. Los exámenes físicos y psíquicos tan pronto como queramos; los profesionales no son necesarios.

- ¿A qué estamos esperando entonces?

- A nada. - Disco el Servicio Norwalk de Helicópteros -. ¿Pueden llevarnos hasta Manhattan? Sí, es una lástima, no tienen radar. De acuerdo, de acuerdo, adiós. - Lanzó un bufido -. Todos

los taxis están en tierra debido al mal tiempo. Llamaré a Nueva York e intentaré encontrar alguno moderno.

Noventa minutos más tarde aterrizaban en el techo de la Torre Harriman.

El psicólogo se mostró muy cordial.

- Mejor quítense todas estas ropas antes de que empiecen a latirles las sienes. Siéntense. Cuéntenme algo de ustedes. - Les escuchó atentamente, asintiendo de tanto en tanto -. Sí, comprendo. ¿Consiguieron que les repararan los desagües?

- Bueno, casi lo logramos.

- Simpatizo con los problemas de sus pies, señora McRae; a mí me duele la espalda una barbaridad. Es ésa su auténtica razón, ¿verdad?

- ¡Oh, no!

- Entonces, señora McRae...

- Realmente no es... cierto. Deseo estar con gente con la que pueda hablar y que entiendan lo que yo digo. Lo que no funciona conmigo es que en cierto modo soy una nostálgica. Deseo volver a casa... y hacer mi trabajo allí. Me sentiré segura allí, sé que me lo sentiré.

El doctor adoptó una actitud más seria.

- ¿Y usted, señor McRae?

- Bueno... es aproximadamente la misma historia. Estoy intentando escribir un libro, pero no puedo trabajar. También soy un nostálgico. Deseo volver.

Feldman sonrió de pronto.

- No creo que haya ninguna dificultad.

- ¿Quiere decir que podemos volver? ¿Si pasamos el examen físico?

- No importa el examen físico... el último que les hicieron es bastante reciente. Claro que tendrán que ir a Arizona para el acondicionamiento y cuarentena. Ustedes se estarán preguntando seguramente por qué las cosas parecen tan fáciles cuando se supone que son tan difíciles. Es muy sencillo: no queremos a gente que vuelva por la alta paga que ofrecemos. Queremos gente que se sienta feliz allí y se quede todo el tiempo que sea posible... de hecho, queremos gente que piense que Luna City es su «hogar». Si ustedes son realmente unos lunáticos soñadores, queremos que vuelvan. - Se puso en pie y les tendió la mano.

De vuelta al Comodoro aquella noche, a Jo se le ocurrió una idea.

- Allan... ¿crees que podremos volver a tener nuestro mismo apartamento allá?

- Bueno, no sé. Podemos enviarle a la vieja señorita Stone un radiotelegrama.

- Mejor llámala, Allan. Podemos permitirnoslo.

- De acuerdo. Lo haré.

Tardaron unos diez minutos en conseguir la comunicación. El rostro de la señorita Stone pareció un poco menos huraño cuando los reconoció.

- ¡Señorita Stone, volvemos a casa!

Hubo la demora normal de tres segundos, y luego:

- Sí, ya lo sé. Llegó por el teletipo hará unos veinte minutos.

- Oh. Dígame, señorita Stone, ¿aún está libre nuestro viejo apartamento? - Esperaron.

- Se lo tenía reservado; sabía que iban a volver... al cabo de un tiempo. Bienvenidos a casa, lunáticos.

Cuando la pantalla se apagó, Jo dijo:

- ¿Qué es lo que ha querido decir, Allan?

- Parece como si nos hubieran hecho Miembros de la Logia.

- Creo que sí... ¡Oh, Allan, mira! - Se había detenido delante de la ventana; la cortina de nubes se había apartado, y dejaba al descubierto la Luna. Estaba en cuarto creciente y el Mare Fecunditatis - la cabellera en la parte de atrás de la cabeza de la Dama de la Luna - brillaba bajo la luz del naciente sol. Cerca de la orilla derecha del enorme y oscuro «mar» había un punto tenue, visible sólo con sus ojos interiores... Luna City.

El creciente colgaba, sereno y plateado, sobre los altos edificios.

- Querido, ¿no es maravilloso?

- Ciertamente que lo es. Será grande estar de vuelta. Ya no volverá a chorrearnos nunca más la nariz.

**«...TAMBIÉN PASEAMOS PERROS»**

- Servicios Generales... al habla la señorita Cormet. - Se dirigió a la pantalla visora con la dosis exacta de equilibrio entre la hospitalaria amistad y la eficiencia impersonal. La pantalla centelleó unos instantes, luego se fijó en la estereoinmagen de una respetable matrona, gorda e irritable, exageradamente vestida y acicalada.

- Oh, querida - dijo la inmagen -. Estoy tan desesperada. Me pregunto si usted podrá ayudarme.

- Estoy segura de poder - dijo la señorita Cormet, mientras estimaba rápidamente el coste de la ropa y las joyas de la mujer (si estas últimas eran auténticas... puso en cuarentena), y decidía que era una clienta que podía dejar un buen beneficio -. Ahora cuénteme usted su problema. Su nombre primero, por favor. - Pulsó un botón de sobre el escritorio que la rodeaba formando una herradura, un botón señalado DEPARTAMENTO DE CRÉDITO.

- Pero es que es todo tan complicado - insistió la inmagen -. A Peter no se le ha ocurrido otra cosa que romperse la cadera. - La señorita Cormet pulsó inmediatamente el botón señalado SERVICIO MÉDICO -. Yo ya le había dicho que el polo es peligroso. No tiene usted idea, querida, de lo que sufre una madre. Y precisamente ahora. Es tan inoportuno...

- ¿Desea usted que nos hagamos cargo de él? ¿Dónde está ahora?

- ¿Hacerse cargo de él? ¡Oh, qué tontería! El Memorial Hospital se encargará de eso. Le hemos dado suficientes donativos como para eso, estoy segura. Es mi cena lo que me preocupa. La Princesa se sentirá tan aburrida.

La luz de respuesta del Departamento de Crédito estaba destellando furiosamente. La señorita Cormet la ignoró.

- Oh, entiendo. Arreglaremos eso por usted. Ahora su nombre, por favor, y su dirección habitual y la de ahora.

- ¿Pero no conoce usted mi nombre?

- Es posible que lo sepa - esquivó diplomáticamente la señorita Cormet -, pero Servicios Generales respeta siempre el incógnito de sus clientes.

- Oh, sí, por supuesto. Qué considerados. Soy la señora Peter van Hogbein Johnson. - La señorita Cormet controló su reacción. No necesitaba consultar al Departamento de Crédito para ella. Pero su transparencia destelló inmediatamente, señalando AAA... ilimitado -. Pero no veo qué puedan hacer ustedes - continuó la señora Johnson -. No puedo estar en dos sitios a la vez.

- A Servicios Generales le gustan las misiones difíciles - le aseguró la señorita Cormet -. Ahora... si pudiera darme usted los detalles...

Insistió, y consiguió que la mujer le proporcionara una historia casi coherente. Su hijo, Peter III, una especie de Peter Pan ya adulto, cuyas facciones le eran familiares a Grace Cormet a través de años de estereogrados, ataviado con las más estafalarias ropas concebibles para distraer su ociosa vida, había cometido la imprudencia y la descortesía de elegir el día antes de la función social más importante de su madre para hacerse daño... y seriamente además. Y para agravar la situación, lo había hecho a medio continente de distancia de su progenitora.

La señorita Cormet comprendió que la técnica de la señora Johnson para mantener a su hijo sano y salvo bajo su tutela requería que corriera a la cabecera de su cama desde donde, incidentalmente, seleccionaría a sus enfermeras. Pero la cena de aquella noche representaba la culminación de meses de cuidadosos preparativos. ¿Qué podía hacer?

La señorita Cormet reflexionó acerca de que la prosperidad de Servicios Genérales y sus propios y sustanciosos ingresos estaban ampliamente basados en la estupidez, falta de recursos y desidia de personas como aquel parásito tonto, y le explicó que Servicios Generales se encargaría de que su cena fuera un completo éxito social mediante la instalación de una enorme pantalla estéreo en su salón, de modo que ella pudiera recibir

a sus huéspedes; y darles las explicaciones convenientes mientras corría al lado de su hijo. La señorita Cormet se encargaría también de que el mejor organizador de fiestas sociales se hiciera cargo de todo, alguien cuya posición en la alta sociedad era irreprochable y cuya conexión con Servicios Generales era ignorada por todos. Con la dosis correspondiente de habilidad, el desastre podría convertirse en un triunfo social, elevando la reputación de la señora Johnson como excelente anfitriona y como devota madre.

- Un aerocoche estará ante su puerta en veinte minutos - añadió, mientras conectaba el circuito señalado SERVICIO DE TRANSPORTE - y la llevará al cohete. Uno de nuestros jóvenes colaboradores irá con usted para que le dé detalles adicionales de camino. Le reservamos un compartimento para usted y una litera para su doncella en el cohete de las 16:45 a Newark. Ahora descanse un poco. Servicios Generales se ocupará de todo.

- Oh, gracias, querida. Me ha sido usted de tanta ayuda. No tiene usted ni idea de las responsabilidades que tiene una persona de mi posición.

La señorita Cormet sonrió con simpatía profesional mientras decidía que aquella vieja en particular estaba madura para sacarle más dinero.

- Parece usted agotada, señora - dijo solícitamente -. ¿Desea que una masajista la acompañe en el viaje? ¿Está usted delicada de salud? Quizás un médico le serviría mejor.

- ¡Qué atenta es usted!

- Le enviaré a los dos - decidió la señorita Cormet, y cortó, con un vago pesar de no haberle sugerido un cohete fletado especialmente. El servicio especial, no listado en las tarifas de servicios fijos, se calculaba con un fuerte recargo. En casos como aquél el «fuerte» representaba la totalidad de lo que el tráfico podía soportar.

Conectó con SERVICIO EJECUTIVO; un hombre joven de mirada alerta llenó la pantalla.

- Transcriba, Steve - dijo -. Servicio especial, triple - A. He iniciado el servicio inmediato. El joven enarcó las cejas.

- ¿Prima... triple - A?

- Indudablemente. Déle a la vieja gruñona las cifras... cuidadosamente. Y alerta... el hijo de la clienta está en un hospital. Hay que vigilar a sus enfermeras. Si alguna de ellas tiene el menor asomo de sex - appeal, sustituyala por una zombie.

- De acuerdo, muchacha. Transcribo.

Apagó de nuevo la pantalla; el «disponible para servicio» se iluminó de nuevo en verde sobre su cabina; casi inmediatamente volvió a ponerse en rojo, y una nueva imagen apareció en su pantalla.

No perdió el tiempo en tonterías. Grace Cormet vio a un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, ojos penetrantes, rudo pero educado. La capa de su elegante traje de mañana estaba echada hacia atrás con un cuidado deliberadamente casual.

- Servicios Generales - dijo ella -. Al habla la señorita Cormet.

- Oh, señorita Cormet - empezó -. Deseo ver a su jefe.

- ¿Al jefe de departamento?

- No. Deseo ver al presidente de Servicios Generales.

- ¿Quiere decirme de qué se trata? Quizá yo pueda ayudarle.

- Lo siento, pero no puedo dar explicaciones. Necesito verle, inmediatamente.

- Y Servicios Generales también lo siente. El señor Clare es un hombre muy ocupado; es imposible verle sin una cita previa y sin una explicación.

- ¿Está usted grabando?

- Por supuesto.

- Entonces, por favor, desconecte la grabación.

Sobre la consola, muy a la vista del cliente, desconectó la grabadora. La volvió a conectar de nuevo por debajo del escritorio. A veces se le pedía a Servicios Generales que realizara algunos actos ilegales; sus empleados confidenciales no corrían riesgos. El hombre buscó algo entre los pliegues de su camisa y se lo mostró. El efecto estereoscópico hizo que pareciera como si saliese fuera de la pantalla.

Sus entrenados rasgos reflejaron su sorpresa... era el sello de un oficial planetario, y el color del distintivo era verde.

- Haré los arreglos necesarios - dijo la señorita Cormet.

- Muy bien. ¿Puede usted encontrarse conmigo en la sala de espera? ¿Dentro de diez minutos?

- Estaré allí, señor... señor... - pero él ya había cortado.

Grace Cormet se puso en comunicación con el jefe del departamento y pidió un relevo. Luego, con su tablero fuera de servicio, retiró la cinta donde estaba grabada su conversación clandestina, la contempló indecisa, y tras un momento de duda la introdujo en una abertura en la parte superior de su escritorio, en donde un intenso campo magnético borró las señales aún no definitivamente fijadas en el blando metal.

Una chica entró por la puerta trasera. Era rubia, decorativa, y parecía casi una muñeca. Pero no lo era.

- Bien, Grace - dijo -. ¿Algo pendiente?

- No. Tablero limpio.

- ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

- No. - Sin más explicaciones, Grace salió de la cabina, pasó por delante de las demás cabinas que albergaban a las operadoras que tomaban nota de los servicios, y penetró en la enorme sala donde trabajaban cientos de operadores de los servicios tarifados. Ellos no disponían de un equipo tan completo como el que Grace acababa de abandonar. Un enorme volumen, una copia de la lista actualizada de tarifas de todos los servicios normales de Servicios Generales, y un conjunto normal de videoescucha permitían a un operador de servicios tarifados informar al público de casi todo lo que un cliente ordinario podía desear. Si una llamada se salía de los cauces tarifados, era transferida a las aristócratas de la improvisación, como Grace.

Acortó camino a través del archivo, siguió por un corredor entre docenas de máquinas perforadoras de tarjetas, y entró en el núcleo de aquella planta. Un ascensor neumático la llevó hasta el nivel donde estaba situada la oficina del presidente. La recepcionista del presidente ni la detuvo ni aparentemente la anunció. Pero Grace observó que las manos de la muchacha se ajetreaban en los mandos de su poder.

Las operadoras de distribución no suelen entrar en la oficina del presidente de una corporación de mil millones de volumen de negocio al año. Pero Servicios Generales no estaba organizada como los demás negocios del planeta. Era un negocio sui generis en el cual un entrenamiento especial era una comodidad que había que tener en cuenta, comprada y vendida, pero donde una habilidad especial en los recursos y una adecuada rapidez de reacción eran lo más importante. En su jerarquía, Jay Clare, el presidente, venía en primer lugar; su mano derecha, Saunders Francis, era el segundo, y las dos docenas de operadoras, de las cuales formaba parte Grace, que recibían llamadas en el tablero de recepción ilimitado, venían inmediatamente después. Ellos, y los operadores de campo que ejecutaban las más difíciles comisiones no clasificadas... de hecho un solo grupo, ya que los operadores de tablero de recepción ilimitada y los operadores de campo ilimitado cambiaban indiscriminadamente sus lugares.

Tras ellos venían los cientos de miles de otros empleados esparcidos por todo el planeta, desde el jefe contable, la cabeza visible del departamento legal, pasando por el jefe administrativo, los directores locales, los operadores de servicios tarifados, hasta el último de los empleados a tiempo libre... estenógrafas dispuestas a tomar dictados donde



y cuando se les ordenase, gigolós dispuestos a ocupar un lugar vacío en una cena, el hombre que alquilaba armadillos o pulgas amaestradas.

Grace Cormet entró en la oficina del señor Clare. Era la única habitación de todo el edificio que no estaba provista de dispositivos electromagnéticos y equipo de comunicaciones. No contenía más que un escritorio (vacío), un par de sillas y una pantalla estéreo, que cuando no era utilizada daba la imagen de la famosa pintura de Krantz «El Buda llorando». El original, de hecho, estaba en los sótanos, a trescientos metros bajo el suelo.

- Hola, Grace - la saludó el presidente, y le tendió una hoja de papel -. Dígame qué opina de esto. Sance dice que huele mal. - Saunders Francis giró sus prominentes ojos de su jefe a Grace Cormet, pero ni confirmó ni negó la afirmación.

La señorita Cormet leyó:

¿PUEDE USTED PERMITÍRSELO?

¿Puede usted permitirse los SERVICIOS GENERALES?

¿Puede usted permitirse el NO utilizar los Servicios Generales?

En esta era de aviones a chorro, ¿puede usted permitirse el perder el tiempo haciendo sus compras, pagar personalmente sus facturas, ocuparse de sus apartamentos?

Nosotros distraeremos a su niño y le daremos de comer al gato.

Nosotros le alquilaremos un piso y compraremos sus zapatos.

Nosotros escribiremos a su madre política y llevaremos su cuenta corriente.

Ningún trabajo es demasiado grande; ningún trabajo es demasiado pequeño...

¡y todos son asombrosamente baratos!

SERVICIOS GENERALES

Marque A-P-R-I-S-A.

P.S. - TAMBIÉN PASEAMOS PERROS.

- ¿Y bien? - dijo Clare.

- Sance tiene razón. Huele mal.

- ¿Por qué?

- Demasiado lógico. Demasiado verboso. No motiva.

- ¿Cuál es su idea para captar el mercado marginal?

Ella se lo pensó un instante, luego tomó su estilo y escribió:

¿QUIERE USTED VER A ALGUIEN ASESINADO?

(Entonces no llame a SERVICIOS GENERALES.)

Pero para cualquier otro servicio

marque A-P-R-I-S-A... ¡vale la pena!

P.S. - También paseamos perros.

- Hummm... Bien, quizá - dijo el señor Clare cautelosamente -, lo probaremos. Sance, organice una campaña de cobertura tipo B, dos semanas, América del Norte, y dígame los resultados.

- Francis guardó el papel en su portadocumentos, sin cambiar en absoluto su expresión impasible -. Ahora, como iba diciendo...

- Jefe - interrumpió Grace Cormet -,le he concretado una entrevista para dentro de... - consultó su reloj de dedo -...hace exactamente dos minutos y cuarenta segundos. Un hombre del gobierno.

- Haga que se quede contento y despidalo. Estoy ocupado.

- Distintivo verde.

Clare levanto rapidamente la mirada. Incluso Francis parecio interesado.

- ¿De veras? - observó Clare -. ¿Ha grabado su conversacion con usted?

- La he borrado.

- ¿La ha borrado? Bueno, quiza sepa mejor que yo el porque. Me gustan sus intuiciones. Hagalo pasar.

Ella asintio pensativamente y se fue.

Encontro a su hombre en el preciso momento en que entraba en la sala de espera, y lo escoltó a traves de una docena de puertas cuyos guardianes le hubieran pedido su identidad y la naturaleza de los asuntos que le traian de haber ido solo. Una vez sentado en la oficina de Clare, miro a su alrededor.

- ¿Puedo hablar con usted en privado, señor Clare?

- El señor Francis es mi brazo derecho. Ademas, ya ha hablado con la señorita Cormet

- Muybien. - Sacó su distintivo verde y se lo tendio -. De momento no creo que sea necesario dar nombres. Estoy seguro de su discrecion.

El presidente de Servicios Generales se puso impacientemente en pie.

- Vayamos al asunto. Es usted Pierre Beaumont, jefe de Protocolo. ¿Acaso la Administracion desea encargarnos algun trabajo?

Beaumont permanecio imperturbable ante el cambio de actitud.

- Usted me conoce. Muy bien. Asi que vamos al asunto. Es probable que el gobierno desee encararles algun trabajo. En cualquier caso, nuestra discusion no debe salir nunca de aqui...

- Todas las relaciones de Servicios Generales son confidenciales.

- Esto no es confidencial; es secreto. - Hizo una pausa.

- Le entiendo - admitio Clare -. Adelante.

- Tiene usted aqui una organizacion muy interesante, señor Clare. Tengo entendido que acepta usted cualquier comision que se le encargue...por un precio determinado.

- Siempre que sea legal.

- Oh, si, por supuesto. Pero legal es una palabra susceptible de muchas interpretaciones. Admire la forma de como llevó su compañía el asunto de la Segunda Expedicion Plutoniana. Algunos de sus metodos fueron, esto, ingeniosos.

- Si tiene alguna critica que hacer a nuestras acciones, en ese caso sera mejor que se dirija a nuestros departamentos juridicos a traves de los canales habituales.

Beaumont levantó hacia el la palma de su mano.

- ¡Oh, no señor Clare... por favor! No me ha entendido bien. No estaba criticandoles; estaba admirandoles. ¡Que recursos! ¡Que gran diplomático hubiera sido usted!

- No hagamos mas esgrima. ¿Que es lo que desea?

El señor Beaumont frunció los labios.

- Supongamos que tiene usted que entretener a doce representantes de cada una de las razas inteligentes de este sistema planetario, y desea que todos ellos se sientan completamente comodis y felices. ¿Podria usted conseguirlo?

Clare pensó en voz alta.

- Presion de aire, humedad, densidad de radiacion, atmosfera, quimica, temperatura, condiciones culturales... esas cosas son sencillas. Pero ¿que ocurre con la aceleracion? Podemos usar una centrifuga para los jovianos, pero los marcianos y los titanos... son otro problema. No hay forma de reducir la gravedad normal de la Tierra. No, habria que tenerlos en el espacio, o en la Luna. Esto queda fuera de nuestro alcance; no ofrecemos ningun servicio mas alla de la estratosfera.

Beaumont agitó la cabeza.

- No sería más allá de la estratosfera. Una condición absoluta es que tendría que hacerlo usted todo en la superficie de la Tierra.

- ¿Por qué?

- ¿Es costumbre de Servicios Generales preguntarle a un cliente el porqué desea un determinado tipo de servicio?

- No. Lo siento.

- No importa. Pero necesita usted más información a fin de comprender lo que tiene que conseguir y el porqué debe ser secreto. Va a celebrarse una conferencia, en la superficie de este planeta, en un futuro próximo... dentro de noventa días como máximo. Hasta que sea anunciada la conferencia no ha de existir ninguna sospecha de que se supone que debe celebrarse. Si sus planes fueran anticipados en algunos medios, no valdría la pena celebrarla. Sugiero que piense usted en esa conferencia como en una mesa redonda de eminentes, esto, científicos del sistema, algo de la misma forma e importancia que la sesión que celebró la Academia en Marte la primavera pasada. Debe usted hacer todos los preparativos para recibir a los delegados; pero debe ocultar usted esos preparativos a las Ramificaciones de su propia organización mientras sea necesario. En cuanto a los detalles...

Pero Clare le interrumpió.

- Parece que supone usted que vamos a aceptar este encargo. Tal como lo ha explicado, nos llevaría a un ridículo fracaso. A Servicios Generales no le gustan los fracasos. Usted sabe tan bien como yo que esa gente, acostumbrada a la baja gravedad, no pueden pasar más de unas cuantas horas en un medio de alta gravedad sin poner gravemente en peligro su salud. Las reuniones interplanetarias se han realizado siempre en planetas de baja gravedad, y así será en el futuro.

- Sí - respondió pacientemente Beaumont -, siempre ha sido de este modo. ¿Se da cuenta del tremendo handicap diplomático con que trabajarían la Tierra y Venus como consecuencia?

- No lo entiendo.

- No es necesario que lo haga. La psicología política no es de su incumbencia. Dé por descontado que es así y que la Administración está determinada a que esta conferencia tenga lugar en la Tierra.

- ¿Por qué no en la Luna?

Beaumont agitó la cabeza.

- No es lo mismo, en absoluto. Aunque nosotros la administremos, Luna City es un puerto abierto. Psicológicamente, no es lo mismo.

Clare agitó la cabeza.

- Señor Beaumont, no creo que comprenda usted la naturaleza de Servicios Generales, aunque yo no consiga apreciar las sutiles exigencias de la diplomacia. Nosotros no hacemos milagros, ni prometemos hacerlos. Somos tan sólo los expertos en todo de este siglo, dispuestos a hacer las cosas rápidas y unidos en corporación. Somos el equivalente moderno de la antigua clase sirviente, pero no somos el genio de Aladino. Ni siquiera mantenemos laboratorios de investigación, en su sentido científico. Simplemente hacemos el mejor uso posible de los adelantos modernos en comunicación y organización para hacer todo lo que pueda hacerse.

- Hizo un gesto con la mano hacia la pared más alejada, donde había un bajorrelieve con la marca registrada de la empresa... un terrier escocés tirando de una correa y husmeando un poste - Éste es el espíritu del tipo de trabajo que hacemos. Paseamos perros de gente que está demasiado ocupada para pasearlos ellos mismos. Mi abuelo hizo su fortuna desde que iba al colegio paseando perros. Yo sigo paseándolos. No prometo milagros, no hago malabarismos con la política.

Beaumont juntó cuidadosamente las puntas de sus dedos.

- Ustedes pasean perros por una tarifa determinada. Lo hacen y lo hacen bien... pasean también al mío. Cinco créditos mínimos me parecen una tarifa bastante barata.

- Lo es. Pero cien mil perros, dos veces al día, suman una buena tarifa.

- La «tarifa» para pasear este «perro» sería considerable.

- ¿Como cuánto? - preguntó Francis. Fue su primer signo de interés.

Beaumont dirigió su mirada hacia él.

- Mi querido señor, el resultado de esta, digamos, mesa redonda puede marcar una diferencia de literalmente centenares de miles de millones de créditos en este planeta. No amordazaremos la boca de la vaca que nos trilla el maíz, si me perdona la forma de decirlo.

- ¿Como cuánto?

- ¿Sería razonable un treinta por ciento sobre el coste?

Francis agitó la cabeza.

- Podría no ser mucho.

- Bueno, ciertamente no regatearé. Supongamos que dejamos en sus manos, caballeros... ¡perdón, señorita Cormet!, decidir cuánto vale el servicio. Creo que puedo confiar en su patriotismo planetario y racial para que el cálculo sea razonable y adecuado.

Francis se sentó, sin decir nada, pero pareció complacido.

- Aguarde un minuto - protestó Clare -. No hemos aceptado este trabajo.

- Hemos discutido el precio - observó Beaumont.

Clare miró de Francis a Grace Cormet, luego se examinó las uñas.

- Déme veinticuatro horas para decidir si es o no posible - dijo finalmente -, y le diré si pasaremos o no su perro.

- Estoy seguro de que lo harán - respondió Beaumont.

- De acuerdo, lumbreras - dijo Clare amargamente -, ustedes lo han querido.

- Yo estaba deseando estar fuera del asunto - dijo Grace.

- Ponga un equipo a trabajar en todo menos en el problema de la gravedad - sugirió Francis -. Es el único problema. El resto es rutina.

- Evidentemente - admitió Clare -, pero será mejor que encargue también a alguien de ello. Si usted no puede, vamos a encontrarnos con algunos preparativos bastante costosos de los que nunca podremos reembolsarnos. ¿A quién quiere? ¿A Grace?

- Supongo que sí - respondió Francis -. Sabe contar hasta diez.

Grace Cormet lo miró fríamente.

- Hay veces, Sance Francis, que lamento haberme casado contigo.

- Mantengan sus asuntos domésticos fuera de esta oficina - advirtió Clare -. ¿Por dónde van a empezar?

- Primero averiguaremos quién sabe más acerca de gravitación - decidió Francis -. Grace, será mejor que llamemos al doctor Krathwohl por la pantalla.

- De acuerdo - asintió ella, mientras se dirigía hacia los controles estéreo -. Ésta es la belleza de este negocio. No necesitas saber nada; sólo tienes que saber dónde averiguarlo.

El doctor Krathwohl formaba parte del personal permanente de Servicios Generales. No tenía ningún trabajo asignado. La compañía consideraba que era más rentable mantenerlo confortablemente mientras le suministraba una cantidad ilimitada de recursos para adquirir los periódicos científicos y para que asistiera a las reuniones que los científicos daban de vez en cuando. El doctor Krathwohl carecía de la aptitud especializada del científico investigador; era un dilettante por naturaleza.

Ocasionalmente le hacían alguna pregunta. Salía a cuenta.

- ¡Oh, hola, querida! - el afable rostro del doctor Krathwohl le sonrió desde la pantalla -. Mire... acabo de toparme con la cosa más divertida en el último número de Nature. Arroja una interesante luz acerca de la teoría de Brownlee sobre...

- Un momento, doctor - interrumpió Grace -. Tengo algo de prisa.

- ¿Sí, querida?
- ¿Quién sabe más sobre gravitación?
- ¿En qué sentido lo dice? ¿Desea usted un astrofísico, o quiere tratar el tema desde el punto de vista de la mecánica teórica? Farquarson es su hombre en el primer caso.
- Deseo saber qué es lo que la hace actuar.
- La teoría del campo gravitatorio, ¿eh? En ese caso no le sirve Farquarson. Es, ante todo, un balístico descriptivo. Los trabajos del doctor Julián sobre este tema son muy bien fundados, posiblemente definitivos.
- ¿Dónde podemos ponernos en contacto con él?
- Oh, no puede. Murió el año pasado, pobre hombre. Fue una gran pérdida. Grace se contuvo de decirle hasta qué punto lo consideraba una pérdida y preguntó:
- ¿Quién se ha calzado sus botas?
- ¿Quién qué? ¡Oh, estaba usted bromeando! Entiendo. Desea saber el nombre de la primera personalidad actual en la teoría del campo. Yo diría que O'Neil.
- ¿Dónde está?
- Tendré que averiguarlo. Lo conozco muy superficialmente... es un hombre difícil.
- Hágalo, por favor. Entretanto, ¿a quién podríamos contactar para saber un poco de todo eso?
- ¿Por qué no prueba con el joven Carson, de su departamento de ingeniería? Estaba interesado por esas cosas antes de entrar a trabajar con nosotros. Es un muchacho inteligente... he tenido muchas conversaciones interesantes con él.
- Lo haré. Gracias, doc. Llame a la oficina del jefe tan pronto como haya localizado a O'Neil. Es urgente. - Cortó.

Carson estuvo de acuerdo con la opinión de Krathwohl, pero pareció dudar.

- O'Neil es arrogante y no cooperativo. He trabajado a sus órdenes. Pero indudablemente sabe más de la teoría del campo y de la estructura del espacio que cualquier otro hombre viviente.

Carson había sido llamado al círculo interior, donde se le había explicado el problema. Admitió que no le veía solución.

- Quizás estemos poniendo las cosas demasiado difíciles - sugirió Clare -. Tengo algunas ideas. Corrijame si me equivoco, Carson.

- Adelante, jefe.

- Bien, la aceleración de la gravedad es producida por la proximidad de una masa... ¿correcto? La gravedad normal de la Tierra es, pues, producida por la proximidad de la Tierra. Bien, ¿cuál sería el efecto de situar una gran masa exactamente sobre un punto en particular de la superficie de la Tierra? ¿No serviría eso para contrarrestar la atracción de la Tierra?

- Teóricamente, sí. Pero tendría que ser una masa condenadamente enorme.

- No importa.

- No lo comprende, jefe. Para neutralizar completamente la atracción de la Tierra en un determinado punto necesitaríamos otro planeta del mismo tamaño que la Tierra en contacto con la propia Tierra en ese punto exacto. Claro que, puesto que usted no quiere anular completamente la gravitación, sino tan sólo reducirla, tendría una cierta ventaja usando una masa más pequeña que tendría su centro de gravedad más cerca del punto en cuestión que el centro de gravedad de la Tierra. Pero, sin embargo, sería suficiente. Con la atracción actuando en forma inversamente proporcional al cuadrado de la distancia, en este caso la mitad del diámetro, la masa y la consecuente atracción equivale directamente al cubo del diámetro.

- ¿Qué resultado nos da eso?

Carson sacó una regla de cálculo y trabajó en ella durante unos instantes. Levantó la vista.

- Casi me da miedo contestar. Necesitaría usted un asteroide de tamaño medio, de plomo, para conseguir algo.

- Se han movido asteroides antes de ahora.

- Sí, pero ¿cómo detenerlo? No, jefe, no hay fuente de energía concebible, ni medios de aplicarla, que sea capaz de colgar un planeta grande sobre un punto particular de la superficie de la Tierra y mantenerlo allí.

- Bueno, fue una buena idea mientras duró - dijo Clare pensativamente.

La lisa frente de Grace se había fruncido mientras seguía la discusión. Intervino:

- Supongo que podría utilizarse una masa más pequeña y extremadamente pesada para conseguir una mayor eficiencia. Creo haber leído en algún lugar algo acerca de un material que pesa toneladas por centímetro cuadrado.

- En el corazón de las estrellas enanas - admitió Carson -. Lo único que necesitamos es una nave capaz de recorrer unos cuantos años - luz en pocos días, alguna forma de minar el interior de una estrella, y una nueva teoría del espacio - tiempo.

- Oh, bueno, desarróllela.

- Espere un minuto - observó Francis -. El magnetismo es muy parecido a la gravedad, ¿no?

- Bueno... sí.

- ¿Habría alguna manera de magnetizar a esos mirones de los pequeños planetas? Quizás haya algo extraño en su química orgánica.

- Una interesante idea - admitió Carson -, pero por muy extraño que sea su metabolismo interno nunca es tan extraño. Siguen siendo orgánicos.

- Supongo que no. Si los cerdos tuvieran alas serían palomas.

El estéreo anunciador parpadeó. El doctor Krathwohl anunció que O'Neil podía ser localizado en su casa de veraneo en Portage, Wisconsin. No lo había llamado y prefería no tener que hacerlo, a menos que el jefe insistiera.

Clare le dio las gracias y se giró hacia los demás.

- Estamos perdiendo el tiempo - anunció -. Tras todos los años que llevamos en el negocio, deberíamos ser capaces de hacer algo mejor que intentar decidir cuestiones técnicas. No soy físico y me importa una maldita cosa el cómo funciona la gravitación. Eso es asunto de O'Neil. Y de Carson. Carson, salga inmediatamente hacia Wisconsin y ponga a O'Neil al trabajo.

- ¿Yo?

- Usted. Usted es el operador en este asunto... con el sueldo correspondiente. Vaya al cohete... tendrá un cohete y una carta de crédito esperándole. Tiene que ser capaz de despegar dentro de siete u ocho minutos.

Carson parpadeó.

- ¿Y mi trabajo aquí?

- El departamento de ingeniería recibirá las instrucciones pertinentes, al igual que el de contabilidad. En marcha.

Sin responder, Carson se dirigió a la puerta. Cuando la alcanzó ya estaba corriendo.

La marcha de Carson los dejó sin nada que hacer hasta que informara a su regreso... nada que hacer, es decir, excepto iniciar las actuaciones de cuidarse de los innumerables detalles de reproducir las particularidades físicas y culturales de otros tres planetas y cuatro satélites mayores, exclusivos en sus características de aceleración gravitatoria normal de sus superficies. La tarea, aunque nueva, no presentaba auténticas dificultades... para Servicios Generales. En algún lugar estaban las personas que conocían todas las respuestas a esas materias. La enorme organización llamada Servicios Generales estaba estructurada para encontrarlas, contratarlas y ponerlas al trabajo. Cualquiera de los operadores ilimitados y un considerable tanto por ciento de los

operadores de los servicios tarifados podía hacerse cargo de ellas y llevarlas adelante sin excitación ni apresuramiento.

Francis llamó a uno de los operadores ilimitados. Ni siquiera se tomó la molestia de seleccionarlo, sino que llamó al primero disponible del panel... todos ellos eran gente «capaz». Le explicó con detalle su tarea, y luego lo olvidó inmediatamente. Todo sería hecho, y en su tiempo. Las máquinas perforadoras harían un poco más de ruido, las pantallas estéreo destellarían, y brillantes jóvenes de todos lados de la Tierra dejarían lo que estaban haciendo y buscarían a los especialistas que hicieran el trabajo necesario.

Se giró hacia Clare, que dijo:

- Me gustaría saber tras de qué anda Beaumont. Conferencia de científicos... ¡puah!

- Creí que no estaba usted interesado en política, Jay.

- No lo estoy. Me importa un rábano la política, interplanetaria o de otra clase, excepto si afecta a este negocio. Pero si supiéramos qué es lo que estaba planeando, tal vez consiguiéramos sacar una tajada mejor.

- Bueno - intervino Grace -, creo que puede dar usted por descontado que los auténticos pesos pesados de todos los planetas están a punto de dividirse las Galias en tres partes.

- Sí, pero ¿quién queda al margen?

- Marte, supongo.

- Parece probable. Y un hueso echado a los venusianos. En este caso podremos especular un poco con la Corporación Comercial Panjoviana.

- Tranquilo, amigo, tranquilo - advirtió Francis -. Haga eso, y puede tener usted gente interesada. Éste es un trabajo muy secreto.

- Creo que tiene razón. De todos modos, mantenga los ojos bien abiertos. Debe haber alguna manera de cortar un trozo de la tarta antes de que se termine.

El teléfono de Grace Cormet zumbó. Lo sacó de su bolsillo y dijo:

- ¿Sí?

- Una tal señora Hogbein Johnson desea hablar con usted.

- Atiéndala usted. Estoy fuera.

- No quiere hablar con nadie más excepto usted.

- De acuerdo. Pásela al estéreo del jefe, pero manténgase usted en paralelo. Se hará cargo de ella cuando yo haya terminado de hablarle.

La pantalla cobró vida, mostrando sólo la carnosa cara de la señora Johnson encuadrada en medio de la pantalla en una imagen plana.

- Oh, señorita Cormet - se lamentó -, debe haberse producido algún lamentable error. En esta nave no hay estéreo.

- Será instalado en Cincinnati. Dentro de veinte minutos.

- ¿Está usted segura?

- Absolutamente segura.

- ¡Oh, gracias! Es un alivio tan grande hablar con usted. ¿Sabe?, estoy pensando en nombrarla mi secretaria social.

- Gracias - respondió Grace sin inmutarse -, pero estoy bajo contrato.

- ¡Pero qué tontería! Puede usted romperlo.

- No, lo siento, señora Johnson. Adiós. - Desconectó la pantalla y habló de nuevo por el teléfono -: Díganle a contabilidad que doblen su tarifa. Y no quiero volver a hablar con ella. - Desconectó de nuevo y se metió furiosamente el pequeño instrumento en su bolsillo -. ¡Secretaria social!

Tras la cena, Clare se había retirado a sus habitaciones antes de que Carson llamara. Fue Francis quien recibió la llamada en su propia oficina.

- ¿Ha habido suerte? - preguntó, cuando la imagen de Carson apareció en la pantalla.

- Bastante. He visto a O'Neil.

- ¿Y bien? ¿Va a hacerlo?
- Quiere decir usted si puede hacerlo, ¿no?
- Bueno... ¿puede?
- Esto es lo más curioso... yo pensaba que era teóricamente imposible. Pero después de hablar con él, estoy convencido de que es posible. O'Neil tiene un nuevo concepto de la teoría del campo... algo que no ha sido publicado nunca. Ese hombre es un genio.
- No me importa - dijo Francis - si es un genio o un idiota mongólico... ¿puede construir alguna especie de gravedad exterior?
- Creo que puede. Realmente creo que puede.
- Estupendo. ¿Lo ha contratado?
- No. Ése es el problema. Por eso le he llamado. La cosa es así: sucedió que lo pillé en un momento de buen humor, y como habíamos trabajado juntos hace tiempo y yo no había despertado sus iras tan frecuentemente como sus otros ayudantes, me invitó a que me quedara a cenar. Hablamos de un montón de cosas (uno no puede apresurarse con él) y finalmente le hice la proposición. Le interesó medianamente... la idea, me refiero; no la proposición... y discutió la teoría conmigo, mejor dicho, contra mí. Pero no quiere trabajar en ella.
- ¿Por qué no? No debió ofrecerle usted el suficiente dinero. Me parece que será mejor que hable yo con él.
- No, señor Francis, no. No entiende usted. Él no está interesado en el dinero. Tiene más del que necesita para sus investigaciones o cualquier otra cosa que desee. Pero precisamente ahora está muy atareado con la teoría de la mecánica ondulatoria y no quiere ser molestado con ninguna otra cosa.
- ¿No le hizo comprender usted que era algo muy importante?
- Sí y no. En definitiva, no. Lo intenté, pero para él no hay nada importante excepto lo que él quiere. Es una especie de esnobismo intelectual. El resto de la gente simplemente no cuenta.
- Está bien - dijo Francis -. Hasta ahora ha llevado usted bien el asunto. Ahora quiero que haga esto: cuando yo cuelgue, llame a la SECCIÓN EJECUTIVA y haga una transcripción de todo lo que pueda recordar de lo que haya hablado con él acerca de la teoría gravitacional. Buscaremos al mejor hombre después de él, y veremos si nos proporciona algunas ideas sobre las que trabajar. Mientras tanto, pondré a un equipo a trabajar en los detalles de lo que haya dicho O'Neil. Tiene que tener algún punto débil en algún lugar; es sólo cuestión de encontrarlo. Quizás alguna mujer...
- Hace tiempo que le pasó eso.
- ...o quizá lleve alguna otra idea en la cabeza. Ya veremos. Quiero que se quede ahí, en Portage. Puesto que no puede usted contratarlo, quizá pueda persuadirle de que él lo contrate a usted. Es usted nuestro oleoducto, y quisiera conservarlo abierto. Tenemos que averiguar qué es lo que quiere o a qué le teme.
- No le teme a nada. En eso estoy seguro.
- Entonces quiere algo. Si no es dinero, ni mujeres, es alguna otra cosa. Es una ley de la naturaleza.
- Lo dudo - respondió Carson lentamente -. ¡Oiga! ¿Le he hablado a usted de su hobby?
- No. ¿Cuál es?
- La porcelana china. En particular, la Ming. Posee la mejor colección de todo el mundo, creo. ¡Entonces sí sé lo que quiere!
- Bueno, pues dígalos de una vez, hombre, dígalos. No sea dramático.
- Es un pequeño plato de porcelana chino, o un bol, de unos diez centímetros de diámetro por cinco de alto. Tiene un nombre chino que significa «Flor del Olvido».
- Hummm... no me parece significativo. ¿Cree que lo desea tanto?



- Sé que lo desea. Tiene una litografía en colores en tres dimensiones en su estudio, y no hace más que mirarla. Pero le duele hablar de ello.

- Averigüeme quién es su propietario y dónde está.

- Lo sé. Está en el Museo Británico. Por eso no puede comprarlo.

- ¿Ah, sí? - murmuró Francis -. Está bien, olvídalo. Siga adelante.

Clare bajó al despacho de Francis, y hablaron del asunto.

- Creo que aquí necesitamos a Beaumont - comentó, cuando hubo oído el informe -. Será necesario que el Gobierno se desprenda de algo del Museo Británico. - Francis parecía melancólico - Bueno... ¿qué le pasa? ¿Qué hay de malo en ello?

- Sé lo que es - intervino Grace -. ¿Recuerda usted el tratado por el cual la Gran Bretaña entraba a formar parte en la confederación planetaria?

- Nunca he estado muy fuerte en historia.

- La cosa está así: dudo que el gobierno planetario pueda tocar nada que pertenezca al museo sin pedírselo al Parlamento Británico.

- ¿Por qué no? Con tratado o sin tratado, el gobierno planetario es soberano. Eso quedó bien establecido en el Incidente Brasileño.

- Oh, sí, seguro. Pero podría acarrear preguntas en la Cámara de los Comunes, y eso conduciría a lo único que Beaumont quiere evitar a toda costa... publicidad.

- De acuerdo. ¿Qué es lo que propone usted?

- Yo diría que Sance y yo podríamos dar un salto hasta Inglaterra y ver cuan fuerte tienen clavada la «Flor del Olvido»... y quién sostiene el clavo y qué debilidades tiene.

Los ojos de Clare pasaron de Grace a Francis, que estaba pálido, lo cual significaba en él asentimiento para sus íntimos.

- De acuerdo - asintió Clare -, es su idea. ¿Tomarán un especial?

- No, tenemos tiempo de tomar el de media noche de Nueva York. Adiós.

- Adiós. Llámenme mañana.

Cuando Grace apareció en la pantalla del jefe al día siguiente, este se la quedó mirando y exclamó:

- ¡En nombre de Dios, muchacha! ¿Qué le ha hecho usted a su pelo?

- Localizamos al tipo - explicó ella sucintamente -. Su debilidad son las rubias.

- Pero tiene usted también la piel más pálida.

- Desde luego. ¿Qué le parezco?

- Se la ve estupenda... pero la prefería tal como era. ¿Pero qué dice Sance de ello?

- No le importa... cosas del negocio. Pero volviendo al asunto, jefe, no hay mucho que informar. Va a ser un trabajo de mucha mano izquierda. Por el procedimiento normal se necesitaría un terremoto para sacar algo de aquella tumba.

- ¡No hagan nada que no sea efectivo!

- Usted ya me conoce, jefe. No voy a meterle en problemas. Pero va a ser caro.

- Por supuesto.

- Eso es todo por ahora. Llamaré mañana.

A la mañana siguiente volvía a ser morena.

- ¿Qué significa esto? - preguntó Clare -. ¿Un baile de disfraces?

- No daba el tipo de rubia que a él le gusta - explicó ella -. Pero he encontrado a una que sí le interesa.

- ¿Ha funcionado?

- Creo que funcionará. Sance está obteniendo en estos momentos un facsímil integrado. Con suerte, le llamaremos mañana.

Aparecieron al día siguiente, aparentemente con las manos vacías.

- ¿Y bien? - dijo Clare -. ¿Y bien?

- Aisle esto, Jay - sugirió Francis -. Luego hablaremos.

Clare pulsó el interruptor que controlaba un escudo de interferencias que convertía a su oficina en algo más privado que un ataúd.

- ¿Qué hay de aquello? - preguntó -. ¿Lo han conseguido?

- Muéstraselo, Grace.

Grace se giró de espaldas, rebuscó por un momento entre sus ropas, luego se giró de nuevo y colocó suavemente el objeto en el escritorio del jefe.

No era que fuera bello... era la belleza. Sus sutiles y sencillas curvas no tenían ninguna ornamentación, cualquier decoración lo hubiera estropeado. Uno hablaba en voz baja en su presencia, por miedo a que un súbito ruido lo rompiera.

Clare avanzó una mano para tocarlo, pero se lo pensó mejor y la retiró. Pero inclinó la cabeza y se lo quedó mirando fijamente. Era sorprendentemente difícil enfocar, mirar, el fondo del bol. Parecía como si la vista se hundiera más y más profundamente en él, como si se ahogara en un pozo de luz.

Levantó la cabeza y parpadeó.

- Dios - susurró -. Dios... Nunca creí que estas cosas existieran.

Miró a Grace, luego a Francis. Éste tenía lágrimas en los ojos, o quizás eran los suyos los que estaban anegados.

- Mire, jefe - dijo Francis -. Verá... ¿no podríamos simplemente quedarnos con esto y olvidar todo el asunto?

- No tiene sentido seguir hablando más al respecto - dijo Francis desalentado -. No podemos quedárnoslo, jefe. No debía habérselo sugerido, y usted no hubiera debido escucharme. Llamemos a O'Neil.

- Podríamos esperar, aunque fuera tan sólo un día antes de hacer nada - aventuró Clare. Sus ojos se posaron de nuevo en la «Flor del Olvido».

Grace agitó la cabeza.

- Es inútil. Mañana será todavía más difícil. Lo sé. - Avanzó con decisión hacia el estéreo y manipuló los controles.

O'Neil se mostró contrariado de que lo molestaran, y doblemente contrariado de que hubieran utilizado la señal de emergencia para llamarle por su desconectada pantalla.

- ¿Qué ocurre? - preguntó -. ¿Qué pretenden molestando a un ciudadano privado cuando está desconectado? Hablen... y será mejor que sea algo importante, ¡o de lo contrario los demandaré!

- Desearíamos que hiciera un pequeño trabajo para nosotros, doctor - empezó Clare suavemente.

- ¿Qué? - O'Neil parecía casi demasiado sorprendido como para irritarse -. ¿Quieren decir que están aquí, señores, invadiendo la intimidad de mi hogar, para pedirme a mí que trabaje para ustedes?

- La paga será satisfactoria para usted.

O'Neil pareció contar hasta diez antes de contestar.

- Señor - dijo muy pausadamente -, hay hombres en el mundo que parecen pensar que pueden comprarlo todo, o a todos. Admito que su creencia tiene un cierto fundamento. Pero yo no estoy en venta. Como parece que es usted una de esas personas, ¡Voy a hacer todo lo posible para que esta entrevista le salga muy cara. Tendrá noticias de mis abogados. ¡Buenas noches!

- Espere un momento - dijo Clare precipitadamente -. Tengo entendido que está usted interesado en la porcelana china...

- ¿Qué tiene eso que ver?

- Muéstraselo, Grace. - Grace trajo la «Flor del Olvido» cerca de a pantalla, manejiéndola cuidadosamente, reverentemente.

O'Neil no dijo nada. Se inclinó hacia adelante y miró. Daba la impresión de que iba a salirse de la pantalla.

- ¿De dónde han sacado ustedes eso? - dijo finalmente.  
- Eso no importa.  
- Se lo compro... al precio que pida.  
- No está en venta. Pero puede usted obtenerlo... si llegamos a un acuerdo.  
- Es un objeto robado - O'Neil les miró fijamente.  
- Está usted equivocado. No encontrará usted a nadie que preste atención a una tal acusación. Ahora, respecto a su trabajo...  
O'Neil consiguió apartar sus ojos del bol.  
- ¿Qué es lo que quieren que haga?  
Clare le explicó el problema. Cuando hubo terminado, O'Neil agitó la cabeza.  
- Es ridículo - dijo.  
- Tenemos razones para creer que es teóricamente posible.  
- ¡Oh, ciertamente! Es teóricamente posible vivir eternamente también. Pero hasta ahora nadie lo ha conseguido.  
- Creemos que usted puede hacerlo.  
- Gracias por nada. ¡Oiga! - O'Neil clavó un dedo en la pantalla -. ¡Ustedes han sido quienes me han enviado a ese chico, Carson!  
- Actuaba bajo mis órdenes.  
- Entonces, señor, no me gusta su forma de obrar.  
- ¿Qué hay del trabajo? ¿Y de esto? - Clare señaló el bol.  
O'Neil lo miró de nuevo, mordiéndose el bigote.  
- Sponga - dijo al cabo - que hago una honesta tentativa, al límite de mis facultades, para conseguir lo que desean... y fracaso.  
Clare agitó la cabeza.  
- Pagamos solamente por los resultados. Oh, tendrá usted su sueldo, desde luego, pero no esto. Esto es una gratificación como complemento a su salario, si tiene usted éxito.  
O'Neil pareció a punto de aceptar, y luego dijo de pronto:  
- Pueden estar ustedes engañándome con una colorografía. No puedo estar seguro a través de esta maldita pantalla.  
Clare se alzó de hombros.  
- Venga a verlo personalmente.  
- Lo haré. Ahora voy. Quédense donde están. ¿Quién es usted? ¡Maldita sea, señor!, ¿cuál es su nombre?  
Dos horas más tarde aparecía como un huracán.  
- ¡Me han engañado! ¡La «Flor del Olvido» sigue estando en Inglaterra! Lo he investigado. Les... ¡les castigaré con mis propias manos!  
- Véalo por usted mismo - respondió Clare. Se apartó a un lado, de modo que su cuerpo no interfiriera a O'Neil en la visión de su escritorio.  
Le dejaron mirar. Respetaron su necesidad de quietud y le dejaron mirar. Tras un largo tiempo se giró hacia ellos, pero no dijo nada.  
- ¿Y bien? - preguntó Clare.  
- Les construiré su maldito cacharro - dijo hoscamente -. Voy a hacer aquí mismo los primeros cálculos aproximativos.

Beaumont fue en persona a verles el día antes de la primera sesión de la conferencia.  
- Sólo una visita de cortesía, señor Clare - anunció -. Simplemente deseaba expresarles mi agradecimiento personal por el trabajo que han efectuado. Y para entregarles esto. - «Esto» resultó ser un cheque del Central Bank por el importe convenido. Clare lo aceptó, le echó una mirada, asintió, y lo guardó en su escritorio.  
- Esto - observó - quiere decir que el Gobierno está satisfecho con el servicio prestado.

- Esto es decirlo muy conservadoramente - le aseguró Beaumont -. Para ser perfectamente sinceros, no creí que pudieran hacer tanto. Parece que han pensado en todo. La delegación calistana está ahora fuera, dando una vuelta e inspeccionando las cosas en uno de esos pequeños tanques que ustedes han preparado. Se sienten encantados. Confidencialmente, creo que podemos contar con su voto en las próximas sesiones.

- Los protectores de gravedad funcionan correctamente, ¿eh?

- A la perfección. He entrado en su tanque de observación antes de entregárselo. Me sentí tan ligero como la proverbial pluma. Demasiado ligero... casi noté el mareo del espacio. - Sonrió, medio divertido -. También entré en los apartamentos jovianos. Aquello es otra cuestión.

- Sí, por supuesto - admitió Clare -. Dos veces y media el peso normal es como mínimo opresivo.

- Es un final feliz para una tarea difícil. Tengo que irme. Oh, sí, otra pequeña cuestión... he discutido con el doctor O'Neil la posibilidad de que la Administración esté interesada en otros usos de su nuevo desarrollo. Para simplificar las cosas sería deseable que usted me firmara una renuncia de Servicios Generales sobre el efecto O'Neil.

Clare miró pensativamente al «Buda Llorando» y se mordió el pulgar.

- No - dijo lentamente -, no. Me temo que eso va a ser difícil.

- ¿Por qué no? - preguntó Beaumont -. Esto evitaría la necesidad de una adjudicación y la consiguiente pérdida de tiempo. Estamos dispuestos a reconocer sus servicios y recompensarlos.

- Hummm. Me parece que no acaba usted de captar la situación, señor Beaumont. Hay una cierta cantidad de terreno libre entre nuestro contacto con el doctor O'Neil y el contrato del Gobierno con nosotros. Usted nos pidió algunos servicios y algunos dispositivos con los cuales conseguir esos servicios. Nosotros se los proporcionamos... por un precio. Eso es todo. Pero nuestro contacto con el doctor O'Neil lo convierte en un empleado nuestro a tiempo completo durante todo el período de su empleo. Los resultados de sus investigaciones y las patentes que los amparan son propiedad de Servicios Generales.

- ¿Realmente? - dijo Beaumont -. El doctor O'Neil tiene una impresión muy distinta.

- El doctor O'Neil está en un error. En serio, señor Beaumont... usted nos pidió que desarrolláramos un cañón de asedio, hablando figuradamente, para matar a un mosquito. ¿Esperaba acaso que nosotros, como hombres de negocios, tiráramos el cañón de asedio tras un solo disparo?

- No, supongo que no. ¿Qué se proponen hacer?

- Esperamos explotar comercialmente el modulador de gravedad. Imagino que podríamos obtener un buen precio para algunas adaptaciones de él en Marte.

- Sí. Sí, supongo que podrían. Pero para ser brutalmente franco, señor Clare, me temo que eso es imposible. Es una cuestión de imperativa política pública el que este desarrollo sea limitado a los terrestres. De hecho la Administración considerará necesario intervenir y hacer de él un monopolio del Gobierno.

- ¿Ha considerado usted cómo mantener quieto a O'Neil?

- En vistas de un cambio en las circunstancias, no. ¿Cuál es su idea?

- Una corporación, de la cual tendría un bloque de acciones y sería presidente. Uno de nuestros brillantes jóvenes valores sería el director general. - Clare estaba pensando en Carson -. Habría suficiente stock como para seguir adelante - añadió, y observó el rostro de Beaumont.

Beaumont ignoró el cebo.

- Supongo que esta corporación estaría bajo contrato con el Gobierno... ¿su único cliente?

- Ésa es la idea.

- Hummm... sí, parece factible. Quizá sea mejor hablar con el doctor O'Neil.

- Usted mismo.

Beaumont llamó a O'Neil por la pantalla y habló con él en voz baja. O, más exactamente, Beaumont habló en voz baja. O'Neil mostró una tendencia a hacer añicos el micrófono. Clare envió a por Francis y Grace y les explicó lo que estaba ocurriendo.

Beaumont se apartó de la pantalla.

- El doctor desea hablar con usted, señor Clare.

O'Neil lo miró fríamente.

- ¿Qué es esa tontería que he tenido que escuchar, señor? ¿Qué significa eso de que el efecto O'Neil es de su propiedad?

- Estaba en su contrato, doctor. ¿No lo recuerda?

- ¡Contrato! Jamás he leído esa maldita cosa. Pero sí puedo decirle esto: voy a llevarles ante los tribunales. Los ataré con cien mil nudos antes de dejar que se burlen de mí de esta manera.

- ¡Un momento, doctor, por favor! - suavizó Clare -. No deseamos sacar ninguna ventaja de un mero tecnicismo legal, y nadie disputa sus intereses. Déjeme esbozarle qué es lo que tengo en mente... - Le explicó rápidamente sus planes. O'Neil escuchó, pero su expresión no se había suavizado cuando terminó.

- No estoy interesado - dijo bruscamente -. En lo que a mí concierne, el Gobierno puede quedarse con todo. Y ya veré de que así sea.

- Aún no he mencionado la otra condición - añadió Clare.

- No importa.

- Pero debo hacerlo. Será únicamente un acuerdo entre caballeros, pero es esencial. Usted posee la custodia de la «Flor del Olvido».

O'Neil se puso inmediatamente en guardia.

- ¿Qué quiere decir con «la custodia»? Me pertenece. Entiéndalo bien... me pertenece.

- Le pertenece - repitió Clare -. De todos modos, a cambio de las concesiones que le hacemos respecto a nuestro contrato, deseáramos algo.

- ¿Qué? - preguntó O'Neil. La mención del bol había minado su confianza.

- Es propiedad suya, y retiene usted su completa posesión. Pero quiero su palabra de que tanto yo como el señor Francis y la señorita Cormet podremos venir a verlo de vez en cuando... frecuentemente.

O'Neil pareció incrédulo.

- ¿Quiere decir que simplemente desean venir a verlo?

- Eso es todo.

- ¿Simplemente disfrutar de él?

- Exacto.

O'Neil lo miró con un nuevo respeto.

- No le entendí antes, señor Clare. Le pido disculpas. En cuanto a esa tontería de la corporación... haga lo que quiera. No me importa. Tanto usted como el señor Francis y la señorita Cormet pueden acudir y ver la «Flor» siempre que lo deseen. Tienen ustedes mi palabra.

- Gracias, doctor O'Neil... en nombre de los tres. - Cortó la comunicación tan pronto como se lo permitió su educación.

Beaumont estaba mirando también a Clare con renovado respeto.

- Creo - dijo - que la próxima vez no interferiré con su forma de llevar los detalles. Me voy. Adiós, caballeros... y señorita Cormet.

Cuando la puerta se cerró tras él, Grace observó:

- Creo que nos lo hemos quitado de encima.

- Sí - dijo Clare -. Le hemos «paseado el perro»; O'Neil tiene lo que quería; Beaumont lo tiene también... y quizás incluso más.

- ¿Tras qué va, exactamente?

- No lo sé, pero sospecho que le gustaría ser el primer presidente de la Federación del Sistema Solar, si y cuando exista algo así. Con los ases que le hemos metido en su juego puede conseguirlo. ¿Se dan cuenta de las potencialidades del efecto O'Neil?

- Vagamente - dijo Francis.

- ¿Han pensado en lo que representará para la navegación espacial? ¿O en las posibilidades que añade como medio de colonización? ¿O en su empleo como diversión? Sólo en eso último hay una fortuna.

- ¿Y qué vamos a sacar de ello?

- ¿Qué qué vamos a sacar de ello? Dinero, muchacho. Montones y montones de dinero. Siempre da dinero el proporcionarle a la gente lo que desea. - Miró hacia la marca registrada con el terrier.

- Dinero - repitió Francis -. Sí, supongo que sí.

- De todos modos - añadió Grace -, siempre podremos ir a contemplar la «Flor».

## RAYO DE LUZ

- ¿Le oirá?

- Si se halla en esta cara de la Luna. Si fue capaz de salir de la nave. Si la radio de su traje no se estropeó. Si la tiene conectada. Si está viva. Puesto que la nave no responde y el radar no da ninguna señal, es difícil creer que ella o el piloto hayan sobrevivido.

- ¡Hay que encontrarla! Estación Espacial, permanezca a la escucha. Base de Tycho, informe.

La respuesta se demoró tres segundos, de Washington a la Luna y retorno.

- Base Lunar, comandante en jefe.

- ¡General, ponga a todos los hombres disponibles en la Luna en busca de Betsy!

El lapso motivado por la velocidad de la luz hizo que la respuesta sonara reluctante.

- Señor, ¿sabe usted lo grande que es la Luna?

- ¡No importa! Betsy Barnes está ahí en algún lugar... así que todos los hombres deben buscarla hasta que la encuentren. ¡Si está muerta, será preferible que su precioso piloto esté muerto también!

- Señor, la Luna tiene casi treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados. Si utilizo a todos los hombres de que dispongo, a cada uno de ellos le corresponderá buscar en un área de más de tres mil kilómetros cuadrados. Betsy iba con mi mejor piloto. No voy a escuchar amenazas contra él cuando él no puede responderlas. ¡De nadie, señor! Estoy cansado de oír lo que tengo que hacer a gente que no sabe nada de las condiciones lunares. Mi consejo... mi consejo oficial, señor, es que lo intente la Estación Meridional. Quizás ellos puedan conseguir un milagro.

La respuesta sonó con furia.

- ¡Muy bien, general! Hablaré con usted luego. ¡Estación Meridional! Informe de sus planes.

Elizabeth Barnes, «la Ciega Betsy», niña prodigio del piano, había estado realizando una gira de la Organización de los Estados Unidos por la Luna. Había obtenido un éxito clamoroso en la Base de Tycho, y luego partió en un jeep cohete hacia la Base de la Cara Oculta para entretener a nuestros solitarios hombres de los misiles del otro lado de la Luna. Debería haber llegado en una hora. Su piloto era un experto; aquellas naves hacían el oficio de enlace, sin piloto, diariamente entre Tycho y la Cara Oculta.

Tras el despegue, la nave desapareció de los radares de Tycho. Estaba... en algún lugar.

No en el espacio, ya que desde allí podía pedir ayuda por radio y su radiofaro sería visto por otras naves, las estaciones del espacio y las bases de la superficie. Se había estrellado - o efectuado un aterrizaje de emergencia - en algún lugar de la vastedad de la Luna.

- Estación Meridional, al habla el director... - La demora apenas era perceptible; el enlace radiofónico entre Washington y la estación, a tan sólo treinta y cinco mil setecientos kilómetros de altura, tardaba en llegar un cuarto de segundo -. Hemos ordenado a todas las estaciones de la Cara Visible que cubran la Luna con nuestra llamada. Otra emisora cubrirá la otra cara a partir de la Estación Newton desde una posición de enlace constante. Las naves de Tycho están orbitando el borde de la Luna... esa franja en el límite que no alcanzamos radiofónicamente ni nosotros ni Newton. Si oímos...

- ¡Sí, sí! ¿Y la búsqueda por radar?

- Señor, un cohete en la superficie aparece en el radar como cualquiera del otro millón de accidentes del mismo tamaño. Nuestra única posibilidad es conseguir que respondan... si pueden. Un radar de resolución ultraelevada tardaría meses en localizarlos... y los trajes que llevan esos pequeños cohetes llevan una reserva de aire de tan sólo seis horas. Estamos rezando para que nos oigan y contesten.

- Cuando contesten, enviará un buscador direccional radiofónico, ¿eh?

- No, señor.

- ¡En nombre de Dios!, ¿por qué no?

- Señor, un buscador direccional no tiene utilidad en este caso. Sólo nos dirá que la señal procede de la Luna... lo cual no nos ayudará en nada.

- Doctor, ¿está diciendo usted que podrá oír a Betsy... y no saber dónde está?

- Estamos tan ciegos como ella. Confiamos en que sea capaz de conducirnos hasta donde se halla... si es que nos oye.

- ¿Cómo?

- Con un láser. Un intenso y muy delgado rayo de luz. Ella lo escuchará...

- ¿Escuchar un rayo de luz?

- Sí, señor. Estamos adaptándolo para utilizarlo como un radar... aunque esto en sí no nos indicará nada. Pero estamos modulándolo para que nos proporcione una onda portadora de radiofrecuencia; luego, lo modularemos en radiofrecuencia... y controlaremos esta modulación con un piano. Si ella nos oye, entonces le diremos que escuche mientras rastreamos la Luna y recorremos la escala del piano...

- ¿Todo esto mientras la pequeña se está muriendo?

- ¡Señor presidente... cállese!

- ¿Quién ha dicho ESO?

- Soy el padre de Betsy. Me han puesto en contacto desde Omaha. Por favor, señor presidente, permanezca tranquilo y déjeles trabajar. Quiero a mi hija de vuelta.

El presidente contestó, conteniéndose:

- Sí, señor Barnes. Prosiga, director. Ordene cualquier cosa que necesite.

En la Estación Meridional, el director se pasó una mano por el rostro.

- ¿Todavía nada?

- No. Jefe, ¿no podemos hacer algo con esa estación de Río? ¡Está emitiendo precisamente en esta frecuencia!

- Les tiraremos un ladrillo. O una bomba. Joe, llame al presidente.

- Le he oído, director. ¡Les haremos callarse!

- ¡Chissst! ¡Cállense! Betsy... ¿puedes oírme? - El operador, escrupulosamente, hizo un ajuste.

Del altavoz surgió una débil y suave voz de niña:

-...¡oír a alguien! ¡Cascaras, estoy contenta! Será mejor que vengan rápido... el mayor está herido.

El director se arrojó sobre el micrófono.

- Sí, Betsy, nos apresuraremos. Pero tienes que ayudarnos. ¿Sabes dónde estás?

- En algún lugar de la Luna, supongo. Dimos un bote muy fuerte, e iba a burlarme del mayor cuando la nave cayó en picado. Me quité las correas y encontré al mayor Peters, y no se movía. No está muerto... creo que no; su traje está hinchado como el mío, y oigo algo cuando aprieto mi casco contra él. Ahora acabo de arreglármelas para abrir la puerta.

- Añadió -: Esto no puede ser la Cara Oculta; se supone que es de noche allí. Estoy bajo el sol, estoy segura. Este traje es muy caluroso.

- Betsy, debes quedarte fuera. Debes estar donde puedas vernos.

Ella se echó a reír.

- Ésa sí que es buena. Veo con mis oídos.

- Sí. Nos verás, con tus oídos. Escucha, Betsy. Vamos a rastrear la Luna con un rayo de luz. Lo oirás como las notas de un piano. Tenemos la Luna dividida en las ochenta y ocho notas del piano. Cuando oigas una, grita: «¡Ahora!», y nos dices qué nota has oído. ¿Puedes hacerlo?

- Por supuesto - dijo ella, segura de sí misma -, siempre que el piano esté afinado.

- Lo está. De acuerdo, vamos a empezar...

- ¡Ahora!

- ¿Qué nota, Betsy?

- Mi bemol, la primera octava sobre Do mayor.

- ¿Esta nota, Betsy?

- Ésa es la que dije.

El director gritó con voz fuerte:

- ¿A qué zona corresponde? ¿El Mare Nubium? ¡Dígaselo al general! - Volvió a tomar el micrófono -. ¡Te estamos localizando, Betsy, cariño! Ahora vamos a rastrear sólo la parte donde tú estás. Vamos a hacer los ajustes. ¿Quieres hablar con tu papá mientras?

- ¡Cáspita! ¿Puedo?

- ¡Por supuesto que sí!

Veinte minutos más tarde interrumpió la conversación en el momento en que oía:

-...claro que no, papi. Oh, me asusté un poco cuando la nave cayó. Pero la gente me cuida mucho, como siempre.

- ¿Betsy?

- ¿Sí, señor?

- Prepárate para avisarnos otra vez.

- ¡Ahora! - Y añadió -: Ésta es sol, tres octavas por debajo.

- ¿Esta nota?

- Exacto.

- ¡Búsquenla en el mapa e informen al general para que envíe sus naves! ¡Esto reduce el rastreo a un cuadrado de dieciséis kilómetros de lado! Betsy, ahora ya sabemos casi dónde estás. Vamos a enfocar el rayo mucho más cerca. ¿Quieres irte un rato dentro y refrescarte?

- No tengo tanto calor. Sólo estoy sudando un poco.

Cuarenta minutos más tarde la voz del general rugía:

- ¡Han localizado la nave! ¡Han visto a la niña haciendo señas!

## PRUEBA EN EL ESPACIO



Quizá no hubiéramos debido aventurarnos en el espacio. Nuestra raza tiene dos temores básicos, innatos: el ruido y el miedo a caer. Esas terribles alturas... ¿Por qué tendría que situarse un hombre en su sano juicio en un lugar donde puede caer... y caer... y caer...? Pero todos los hombres del espacio están locos. Todo el mundo lo sabe.

Los médicos habían sido muy atentos, supuso.

- Está usted de suerte. Quiero que lo recuerde, muchacho. Es todavía joven, y la paga de su retiro le permitirá vivir sin preocupaciones. Tiene usted ambos brazos y ambas piernas, y está en buena forma.

- ¡Buena forma! - su voz era intencionadamente despectiva.

- Sí, de veras - había insistido suavemente el jefe psiquiatra -. El pequeño complejo que tiene no le hará ningún daño... excepto que no puede volver usted al espacio. No puedo, honestamente, llamarle neurosis a una acrofobia; el miedo a caer es algo normal y sano. Usted la tiene quizás un poco más desarrollada que la mayoría... pero esto no es anormal, después de lo que le ha ocurrido.

El recuerdo le hizo estremecerse de nuevo. Cerró los ojos y vio otra vez las estrellas girando bajo él. Estaba cayendo... cayendo interminablemente. La voz del psiquiatra se abrió camino hacia él y lo hizo volver.

- ¡Tranquilo, muchacho! ¡Mire a su alrededor!

- Lo siento.

- No se preocupe. Ahora dígame, ¿qué es lo que piensa hacer?

- No lo sé. Buscar un empleo, supongo.

- La Compañía le proporcionará un empleo, ya lo sabe.

Agitó la cabeza.

- No quiero ni acercarme a un espaciopuerto. - Llevar una insignia en el pecho para demostrar que antes había sido un hombre, ver a la gente dirigirse a él por cortesía con el título de capitán, exigir los privilegios de utilizar las salas reservadas a los pilotos en las bases, oír cómo las conversaciones languidecen y mueren cuando uno se acerca al grupo, pensar en lo que estarán diciendo a sus espaldas... ¡no, gracias!

- Creo que hace usted bien. Es mejor romper totalmente, por un tiempo al menos, hasta que se sienta mejor.

- ¿Cree usted que lo superaré?

El psiquiatra frunció los labios.

- Es posible. Se trata de algo funcional. No es un trauma.

- Pero usted no cree que pueda.

- No he dicho eso. Honestamente, no lo sé. Sabemos todavía muy poco acerca de las enfermedades de los hombres.

- Entiendo. Bien, será mejor que me vaya.

El psiquiatra se puso en pie y le tendió la mano.

- Holler, si desea algo... Y venga a vernos, en cualquier caso.

- Gracias.

- Se pondrá usted bien. Lo sé.

Pero el psiquiatra agitó la cabeza cuando su paciente se hubo marchado. No caminaba como un hombre del espacio; aquella suave, felina confianza en sí mismo había desaparecido.

Sólo una pequeña parte del Gran Nueva York estaba techada por aquellos días; permaneció bajo la superficie hasta llegar a la sección que buscaba, entonces salió a un corredor donde se alineaban las residencias para solteros. Metió una moneda en la ranura de la primera que ostentaba un letrero luminoso de «Vacante», metió dentro su equipaje y se fue. El monitor del cruce le dio la dirección de la oficina de colocación más próxima. Fue allá, se sentó ante el escritorio de entrevistas, estampó sus huellas dactilares y

empezó a llenar formularios. Aquello le produjo un curioso sentimiento de volver al principio; no había buscado empleo desde sus días anteriores a cadete.

No puso su nombre hasta el final, y aun entonces vaciló. Su caso había gozado de una buena publicidad; no deseaba ser reconocido; no quería que hicieran comentarios al respecto... y principalmente no quería que nadie le dijera que era un héroe. Finalmente escribió el nombre «William Saunders» y echó los formularios en el buzón.

Había terminado su tercer cigarrillo y se preparaba a encender otro cuando la pantalla frente a él se iluminó. Se encontró mirando a una agradable chica morena.

- Señor Saunders - dijo la imagen -, ¿tiene la bondad de pasar dentro, por favor? Puerta diecisiete.

La chica morena en persona estaba allí para ofrecerle un asiento y un cigarrillo.

- Póngase cómodo, señor Saunders. Soy la señorita Joyce. Quisiera hablar con usted acerca de su solicitud.

Se sentó y aguardó, sin decir nada.

Cuando ella vio que no tenía intención de hablar, añadió:

- Ahora retire ese nombre de «William Saunders» que nos ha dado... sabemos quién es, por supuesto, por sus huellas dactilares.

- Sí, supongo que sí.

- Por supuesto, sé lo que todo el mundo sabe acerca de usted, pero su acción de llamarse a sí mismo «William Saunders», señor...

- Saunders.

-...señor Saunders, me ha hecho revisar los expedientes. - Sacó un rollo de microfilms, y lo hizo pasar hasta que él pudo leer su propio nombre -. Ahora sé algunas cosas más acerca de usted... más de lo que sabe el público y más de lo que usted puso en su solicitud. Son unos buenos informes, señor Saunders.

- Gracias.

- Pero no puedo utilizarlos para proporcionarle un empleo. Ni siquiera puedo referirme a ellos si usted insiste en hacerse llamar «Saunders».

- Mi nombre es Saunders. - Su voz era más átona que enfática.

- No se precipite, señor Saunders. Hay muchas situaciones en las cuales el factor del prestigio puede ser utilizado legítimamente para obtener de un cliente un sueldo inicial mucho más elevado que...

- No estoy interesado.

Ella se lo quedó mirando, y decidió no insistir.

- Como usted quiera. Si quiere ir usted a la sala de recepción B, podrá empezar sus tests de clasificación y conocimientos.

- Gracias.

- Si cambia usted de opinión más tarde, señor Saunders, nos sentiremos muy contentos de reabrir el caso. Por esa puerta, por favor.

Tres días más tarde estaba trabajando para una pequeña firma especializada en sistemas de comunicación por encargo. Su trabajo consistía en calibrar el equipo electrónico. Era un trabajo descansado, que le exigía lo suficiente como para mantener su mente ocupada, y lo suficientemente fácil para un hombre de su entrenamiento y experiencia. Al final de los tres meses de prueba fue promovido a una categoría superior.

Se estaba construyendo una rutina perfectamente aislada, trabajando, durmiendo, comiendo, pasando una velada ocasional en la biblioteca pública o trabajando en la Asociación de Jóvenes Cristianos... y nunca, bajo ninguna circunstancia, saliendo al cielo abierto o subiendo a ninguna altura, ni tan sólo al primer piso de un teatro.

Intentó mantener su vida pasada fuera de su mente, pero sus recuerdos seguían estando frescos; con frecuencia se descubría a sí mismo soñando despierto... la dura nitidez de las estrellas, el helado cielo de Marte o la rugiente vida nocturna de Venusburg.

Veía de nuevo la enorme y áspera masa de Júpiter suspendida sobre el puerto de Ganímedes, con su oblonga e hinchada forma llenando todo el espacio.

O podía, algunas veces, sentir de nuevo la suave quietud de las largas guardias en los solitarios espacios interplanetarios. Pero tales sueños eran peligrosos; rozaban muy de cerca el borde de su nueva paz mental. Era muy fácil resbalar y encontrarse de nuevo aferrado, luchando por su vida, a su última esperanza, el costado de acero de la Valquiria, con los dedos entumeciéndose y resbalando, y nada bajo sus pies excepto el abismo insondable del espacio.

Entonces volvía a la Tierra, estremeciéndose incontrolablemente y aferrándose a su silla o a su banco de trabajo.

La primera vez que le ocurrió esto en el trabajo se dio cuenta de que uno de sus compañeros, Joe Tully, le estaba mirando con curiosidad.

- ¿Qué te ocurre, Bill? - le preguntó -. ¿Alguna resaca?

- No, nada - consiguió decir -. Sólo un escalofrío.

- Será mejor que tomes alguna pildora. Anda... vamos a comer.

Tully abrió camino hacia el ascensor; estaba atestado. La mayoría de los empleados - incluso las mujeres - preferían bajar en caída libre, pero Tully tomaba siempre el ascensor. «Saunders», por supuesto, nunca había utilizado la caída; esto había creado la costumbre de ir a comer juntos. Sabía que la caída era segura, que, aunque fallase la energía, las redes de seguridad dispuestas en cada piso entrarían en acción... pero no conseguía obligarse a sí mismo a asomarse al borde.

Tully decía en público que el aterrizaje en la caída hacía que le dolieran los tobillos, pero en privado le confió a Saunders que no creía en los dispositivos automáticos. Saunders asintió, pero no dijo nada. Aquello hizo que su afecto hacia Tully aumentara. Por primera vez desde que había iniciado su nueva vida empezó a sentir amistad y no una reacción defensiva hacia otro ser humano. Empezó a sentir deseos de contarle a Tully la verdad sobre sí mismo. Si pudiera estar seguro de que Joe no insistiría en tratarlo como a un héroe... no era que realmente pusiera objeciones al papel de héroe. De chiquillo, rondando los espaciopuertos, intentando conseguir una oportunidad de meterse en las naves, faltando a clase para ver los despegues, había soñado con convertirse en «héroe» algún día, un héroe de las rutas del espacio, regresando triunfante de alguna increíble y peligrosa exploración. Pero se sentía turbado por el hecho de que seguía teniendo la misma imagen de cómo debía ser y cómo debía comportarse un héroe; eso no incluía alejarse precipitadamente de las ventanas abiertas, temer cruzar una plaza al aire libre, y ni siquiera poder hablar de la mera noción de las profundidades del espacio.

Tully le invitó en una ocasión a cenar a su casa. Deseaba ir, pero demoró aceptar la invitación hasta saber dónde vivía Tully. En los Hogares Shelton, le dijo Tully, nombrando una de aquellas enormes madrigueras en forma de caja que desfiguraban las llanuras de Jersey.

- Es muy lejos para volver luego a casa - dijo Saunders dubitativamente, dándole vueltas a su cabeza sobre la forma de ir sin exponerse a las cosas que temía.

- No tendrás que volver a casa - le aseguró Tully -. Tenemos una habitación vacía. Ven. Mi mujer es una excelente cocinera... por eso la aguanto.

- Bueno, de acuerdo - aceptó -. Gracias, Joe. - El metro de La Guardia lo dejaría a menos de medio kilómetro; si no encontraba ningún camino cubierto, tomaría un taxi de superficie y correría las cortinillas.

Tully lo recibió en el salón y se disculpó en un susurro.

- Pensaba traer también una chica para ti, Bill. Pero en lugar de ella tenemos a mi cuñado. Es un idiota. Lo siento.

- No te preocupes, Joe. Estoy contento de estar aquí. - Realmente lo estaba. El descubrimiento de que el piso de Bill estaba en la planta treinta y cinco lo desalentó al principio, pero se sintió encantado al descubrir que no notaba la altura. Las luces estaban

encendidas, las ventanas cerradas, el suelo bajo sus pies era sólido; se sintió reconfortado y seguro. La señora Tully resultó ser, efectivamente, una muy buena cocinera, para su sorpresa... sentía la normal desconfianza de los solteros hacia la cocina de aficionados. Se abandonó al placer de sentirse en un hogar y seguro y estimado; incluso consiguió no oír la mayor parte de las agresivas y obstinadas observaciones del cuñado de Joe.

Tras la cena se relajó en un cómodo sillón, con una jarra de cerveza en la mano, y miró la pantalla del vídeo. Se trataba de una comedia musical; se rió más a gusto de lo que había hecho en meses. Tras la comedia hubo un programa religioso, el Coro de la Catedral Nacional; lo escuchó distraídamente con un oído, mientras con el otro seguía la conversación.

El coro estaba ya a más de la mitad de la Plegaria para los Viajeros antes de que fuera completamente consciente de lo que estaban cantando:

...óyenos cuando oramos a Ti,  
por aquellos que están en peligro en el mar.

Todopoderoso Señor de todos nosotros  
cuyo poder se extiende a lo grande y a lo pequeño,  
que guías las estrellas con leyes inmutables,  
cuya más pequeña creación nos llena de temor;  
oh, concede Tu merced y Tu gracia  
a todos aquellos que se aventuran en el espacio.

Hubiera deseado cortar la emisión, pero tenía que oírlo, no podía dejar de escucharlo, pese a que lo estaba hiriendo en lo más profundo de su corazón con la intolerable añoranza de los exiliados sin remedio. Incluso cuando cadete, aquel himno había llenado siempre sus ojos de lágrimas; ahora sollozó, con la cabeza vuelta de espaldas a los otros para intentar ocultarles las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Cuando el «amén» entonado por el coro se lo permitió, cambió rápidamente a otro - cualquier otro - programa y permaneció inclinado sobre el aparato, pretendiendo ajustarlo, mientras se tranquilizaba un poco. Luego se giró hacia los demás, aparentemente sereno, aunque tenía la sensación de que todos podrían ver el terrible nudo que tenía en su garganta. El cuñado seguía con su disertación.

- Tenemos que anexionarlos - estaba diciendo -. Esto es lo que tenemos que hacer. El Tratado de los Tres Planetas... ¡vaya basura! ¿Qué derecho tienen a decirnos lo que podemos y lo que no podemos hacer en Marte?

- Bueno, Ed - dijo Tully tímidamente -, es su planeta, ¿no? Estaban allí primero.

Ed apartó la idea con un gesto.

- ¿Les preguntamos a los indios si nos querían o no en Norteamérica? Nadie tiene ningún derecho a aferrarse a algo que no sabe utilizar. Con una explotación adecuada...

- ¿Estás especulando, Ed?

- ¿En? No habría especulación si el gobierno no estuviera formado por un puñado de viejos seniles. «El derecho de los nativos», claro. ¿Qué derechos tiene un grupo de degenerados?

Saunders se descubrió a sí mismo contrastando a Ed Schultz con Knath Sooth, el único marciano al que había conocido un poco bien. El gentil Knath, que ya era viejo antes de que Ed naciese, y que, sin embargo, era considerado como un joven por su propia especie. Knath... Knath, que podía permanecer sentado durante horas con un amigo o alguien de confianza, sin decir nada, sin necesidad de decir nada. «Creciendo juntos», lo había llamado... toda su raza, que había crecido junta de tal manera que no había necesitado ningún gobierno hasta que llegaron los hombres de la Tierra.

Saunders había preguntado en una ocasión a su amigo por qué se esforzaba tan poco, por qué se sentía satisfecho con tan poco. Pasó más de una hora, y Saunders empezaba a lamentar haber hecho aquella pregunta cuando Knath respondió:

- Mis padres trabajaron, y soy rico.

Saunders se puso en pie y se enfrentó al cuñado.

- No son degenerados.

- ¿Eh? ¡Supongo que usted debe ser un experto!

- Los marcianos no son degenerados, simplemente están cansados - insistió Saunders. Tully sonrió irónicamente. Su cuñado se dio cuenta y aquello lo irritó.

- ¿Qué le da a usted derecho a opinar? ¿Ha estado alguna vez en Marte?

Saunders se dio cuenta, de pronto, de que se había metido por un mal camino.

- ¿Ha estado usted? - respondió, cautelosamente.

- Esto no tiene nada que ver. Las mentes más preclaras han admitido... - Bill le dejó desahogarse sin contradecirle. Fue un alivio que Tully sugiriera que, puesto que todos tenían que levantarse temprano, quizá fuera hora de empezar a pensar en irse a la cama.

Le dio las buenas noches a la señora Tully y le dio las gracias por la maravillosa cena, y siguió a Tully a la habitación de los invitados.

- Ésta es la única forma de quitarme de encima a esa familia que me ha caído, Bill - se disculpó -. Quédate levantado todo el tiempo que quieras. - Tully se dirigió a la ventana y la abrió -. Dormirás bien aquí. Estamos lo suficientemente altos como para disfrutar de un aire honestamente bueno.

- Asomó la cabeza y aspiró un par de amplias bocanadas -. No hay nada como las cosas auténticas

- continuó, apartándose de la ventana -. En el fondo de mí corazón, soy un hombre de campo. ¿Qué te pasa, Bill?

- Nada. Nada en absoluto.

- Me había parecido que te ponías un poco pálido. Bueno, que duermas a gusto. Te llamaré a las siete; tendremos tiempo suficiente.

- Gracias, Joe. Buenas noches. - Tan pronto como Tully hubo salido de la habitación, reunió valor y fue a cerrar la ventana. Sudando, dio media vuelta y conectó la ventilación. Hecho esto, se sentó en el borde de la cama.

Estuvo sentado allí mucho tiempo, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo. Sabía demasiado bien que la paz mental que había conseguido era ficticia. Ya no quedaba nada en él, excepto la vergüenza y una larga, larga herida. Hasta el punto de enzarzarse en una discusión con un cretino de décima clase como Ed Schultz... hubiera sido mejor no haber salido nunca del asunto de la Valquiria.

Finalmente tomó cinco cápsulas antimareo de su bolsillo, las tragó, y se metió en la cama. Se levantó casi inmediatamente, se obligó a sí mismo a abrir un poco la ventana, luego cambió ligeramente la posición de la cama de modo que la luz no se apagara automáticamente al quedarse dormido.

Durmió y soñó durante un tiempo indefinidamente largo. Estaba de nuevo en el espacio... por supuesto, nunca se había alejado de él. Se sentía feliz, con la plena felicidad de un hombre que se despierta dándose cuenta de que todo no ha sido más que un mal sueño.

El llanto turbó su serenidad. Al principio tan sólo lo molestó vagamente, luego empezó a sentirse en cierto modo responsable... tenía que hacer algo al respecto. La transición a caída era tan sólo un resultado de la lógica del sueño, pero para él era real. Se aferraba, sus manos resbalaban, se soltaba... y bajo él no había nada más que el negro vacío del espacio...

Estaba despierto y jadeante, en la cama de la habitación de huéspedes de Joe Tully; las luces estaban encendidas.

Pero el llanto persistía.

Agitó la cabeza, luego escuchó. Era completamente real. Ahora podía identificarlo... un gato, un cachorro, a juzgar por el sonido.

Se sentó en la cama. Aunque no hubiera experimentado la tradicional inclinación de los hombres del espacio hacia los gatos, hubiera investigado. De todos modos, le gustaban los gatos por sí mismos, independientemente de sus limpios hábitos a bordo de las naves, su fácil adaptabilidad al cambio de aceleraciones, y su inapreciable ayuda en mantener la nave limpia de todas esas criaturas que van siempre a donde va el hombre. Se puso inmediatamente en pie y lo buscó.

Una rápida mirada a su alrededor le dijo que el cachorro no estaba en la habitación, y su oído le llevó en la dirección correcta; el sonido procedía de la entreabierta ventana. Se dirigió hacia allá, se detuvo, e intentó ordenar sus pensamientos.

Se dijo a sí mismo que era innecesario hacer nada más; si el sonido procedía del otro lado de la ventana, era evidente que procedía de alguna otra ventana cercana. Pero sabía que se estaba engañando a sí mismo; el sonido era demasiado cercano. Por imposible que pareciera, el gato estaba exactamente fuera de su ventana, a treinta y cinco pisos sobre el nivel de la calle.

Se sentó e intentó encender un cigarrillo, pero se le rompió entre los dedos. Dejó que los trozos cayeran al suelo, se levantó y anduvo seis nerviosos pasos hacia la ventana, como si le estuvieran empujando. Se arrodilló junto a ella, sujetó la ventana y la abrió del todo, y se agarró al antepecho, con los ojos fuertemente cerrados.

Tras un tiempo le pareció que el antepecho se inmovilizaba. Abrió los ojos, jadeó, volvió a cerrarlos. Finalmente los abrió de nuevo, tomando buen cuidado de no mirar a las estrellas, de no mirar abajo a la calle. Había esperado encontrar al gato en la cornisa que formaba la ventana fuera de la habitación... parecía la única explicación razonable. Pero no había ninguna cornisa, ningún lugar donde un gato pudiera mantenerse razonablemente.

Y, sin embargo, el maullido sonaba más fuerte que antes. Parecía provenir directamente de debajo de él. Lentamente, obligó a su cabeza a asomarse, siempre agarrado al antepecho, y miró hacia abajo. Bajo él, aproximadamente a un metro del borde de la ventana, circulaba una estrecha cornisa que iba de lado a lado del edificio. Sentado en ella se hallaba un medroso y aterrorizado gatito. Levantó la vista hacia él y maulló de nuevo lastimeramente.

Era vagamente posible que, sujetándose con una mano al antepecho y alargando la otra todo lo posible, pudiera alcanzarlo sin tener que salir afuera, pensó... si era capaz de obligarse a sí mismo a hacerlo. Pensó en llamar a Tully, pero cambió de idea. Tully era más bajo que él, y, por lo tanto, alcanzaría aún menos. Y el cachorro tenía que ser rescatado pronto, antes de que el muy idiota saltase o cayese.

Lo intentó. Sacó los hombros fuera, agarrándose con la mano izquierda y tendiendo todo lo posible la derecha. Luego abrió los ojos y vio que llegaba a unos veinticinco o treinta centímetros del lugar donde estaba el gatito. Éste husmeó curiosamente en dirección a su mano.

Se estiró hasta que sus huesos crujieron. El gatito se alejó precipitadamente de sus asientes dedos, deteniéndose a un buen metro de distancia por la cornisa. Allí se sentó de nuevo y comenzó a lavarse la cara.

Se echó hacia atrás y se desplomó en el suelo, al pie de la ventana, sollozando.

- No puedo hacerlo - susurró -. No puedo. No otra vez...

La nave cohete Valquiría se hallaba a doscientos cuarenta y nueve días de la Terminal del Espacio Tierra - Luna, acercándose a la Terminal de Marte en Deimos, el satélite exterior marciano. William Colé, el oficial jefe de Comunicaciones y piloto de enlace, estaba durmiendo tranquilamente cuando su ayudante lo sacudió.

- ¡Hey! ¡Bill! Despierte... hay problemas.

- ¿En? ¿Qué? - Pero ya se estaba poniendo los calcetines -. ¿Qué problemas, Tom?

Cinco minutos más tarde sabía que su oficial subalterno no había exagerado; informó rápidamente de los hechos al Viejo... el radar principal de pilotaje estaba fuera de uso. Tom Sandburg lo había descubierto durante una comprobación de rutina, efectuada en el momento en que Marte estaba dentro del máximo radio de acción del radar de pilotaje. El capitán se alzó de hombros.

- Repárelo... y rápido. Lo vamos a necesitar.

Bill Colé agitó la cabeza.

- No hay nada que no funcione, capitán... dentro. Actúa como si la antena hubiera desaparecido por completo.

- Eso es imposible. Ni siquiera hemos tenido una alarma de meteorito.

- Puede ser cualquier cosa, capitán. Puede ser fatiga del material, y simplemente se ha caído. Pero tenemos que reemplazar esa antena. Detenga el giro de la nave y saldré a arreglarlo. Puedo fijar una de repuesto mientras detenemos la rotación.

La Valquiría era una nave de lujo, en aquellos días. Había sido construida antes de que nadie tuviera idea de cómo producir un campo de gravedad artificial. Sin embargo, poseía pseudogravedad para la comodidad de sus pasajeros. Giraba interminablemente en torno a su eje mayor, como la bala en un cañón estriado; la aceleración angular resultante - mal llamada «fuerza centrífuga» - mantenía a sus pasajeros sujetos a sus camas, o firmes sobre sus pies. El giro se iniciaba tan pronto como sus cohetes dejaban de funcionar al principio del viaje, y se detenía tan sólo cuando era necesario para maniobrar en el aterrizaje. Se conseguía no por medios mágicos, sino por simple reacción a un giro en sentido contrario de un volante en el eje central.

El capitán pareció contrariado.

- He empezado a detener la rotación, pero no puedo esperar tanto tiempo. Adapte el radar de astrogación para pilotar.

Colé empezó a explicar que el radar de astrogación no podía ser adaptado a trabajar a cortas distancias, pero luego decidió no intentarlo.

- Es imposible, señor. Es técnicamente imposible.

- Cuando yo tenía su edad era capaz de adaptar cualquier cosa. Bueno, busque alguna otra solución. No puedo gobernar esta nave a ciegas. Ni siquiera por la Medalla Harriman.

Bill Colé dudó un momento antes de responder.

- Tendré que salir mientras aún seguimos girando, capitán, y hacer el cambio. No hay ninguna otra forma de hacerlo.

El capitán miró a lo lejos, con los músculos de su mandíbula sobresaliendo.

- Haga la sustitución, rápido. Apresúrese.

Colé encontró de nuevo al capitán en la compuerta estanca cuando llegó con las herramientas necesarias para la reparación. Para su sorpresa, el Viejo estaba vestido.

- Explíqueme lo que hay que hacer - ordenó a Bill.

- No pensará usted salir. - El capitán asintió simplemente con la cabeza.

Bill echó una mirada al cable en la cintura del capitán, o al lugar donde se suponía debería estar. Bueno, el Viejo debía tener ya sus buenos treinta y cinco años. ¡Como si fuese un día!

- Me temo no poder explicárselo con la suficiente claridad. Esperaba hacer yo mismo la reparación.

- Nunca le he pedido a un hombre que haga un trabajo que yo mismo no pueda hacer. Explíquemelo.

- Perdone, señor... pero ¿puede usted afeitarse con una sola mano?

- ¿Qué tiene que ver con esto?

- Bueno, llevamos a bordo cuarenta y ocho pasajeros, señor, y...

- ¡Cállese!

Sandburg y él, ambos con trajes espaciales, ayudaron al Viejo a salir por el agujero una vez se cerró la puerta interior y se vació de aire la cámara. El espacio al otro lado de la compuerta era una gran inmensidad moteada de estrellas. Con la rotación de la nave aún funcionando, cualquier dirección donde se mirara era «abajo», abajo por millones y millones de kilómetros. Lo sujetaron con un cable de seguridad, por supuesto, aunque les produjo una extraña sensación ver la cabeza del capitán desaparecer en el negro agujero sin fondo.

El cable se desenrolló y se tensó algunos metros, luego se detuvo. Bill se inclinó y apoyó su casco contra el de Sandburg.

- Agárrate a mis pies. Voy a echar un vistazo.

Salió cabeza abajo por la escotilla y miró a su alrededor. El capitán estaba inmóvil, sujeto por las dos manos, pero no cerca de la fijación de la antena. Volvió a entrar y dijo:

- Voy a salir.

No fue tarea difícil, se dio cuenta, sujetarse con las dos manos e impulsarse hasta donde estaba el capitán. La Valquiria era una nave espacio - a - espacio, no como los pulidos artefactos que uno puede ver en los espaciopuertos de la Tierra; toda ella estaba cubierta de asideros para las reparaciones en las Terminales. Cuando llegara junto a él, le sería posible, sujetándose en el mismo asidero que el capitán, ayudarle a regresar al último que había abandonado. Cinco minutos más tarde Sandburg tiraba del Viejo a través del agujero y Bill penetraba tras él.

Empezó inmediatamente a sacar las herramientas del traje del capitán y transferirlas al suyo. Se metió de nuevo por el agujero, y estaba ya de camino antes de que el hombre se hubiera recuperado lo suficiente como para objetar algo, si es que pensaba objetar.

Avanzar hasta el lugar donde debía ser reemplazada la antena no fue muy difícil, pese a que tenía toda la eternidad bajo sus pies. El traje le molestaba un poco - los guantes eran burdos -, pero estaba acostumbrado a utilizar trajes espaciales. Estaba un poco cansado tras ayudar al capitán, pero no podía pararse a pensar en ello. El incremento de la rotación le molestaba un poco; la compuerta estanca estaba más cerca del eje de rotación que la antena... se sentía más pesado a medida que avanzaba.

Instalar la antena de reemplazo ya era otro asunto. No era grande ni pesada, pero consideró que era imposible situarla en su lugar. Necesitaba una mano para sujetarse, otra para mantener la antena en su lugar, y otra para utilizar la llave inglesa. Así que le faltaba una mano, lo mirara como lo mirase.

Finalmente dio un tirón a su cable de seguridad para indicarle a Sandburg que le largara un poco más. Luego lo soltó de su cintura, trabajando con una sola mano, pasó dos veces su extremo por un asidero y lo sujetó allí; dejó que colgara libre por casi metro y medio. Enganchó el extremo libre a otro asidero. El resultado fue una lazada, una especie de arco, un improvisado sillín que podría soportar su peso mientras sujetaba la antena en su lugar. El trabajo progresó a partir de entonces.

Ya casi había terminado. Quedaba tan sólo un perno por atornillar en el extremo más alejado, fuera de alcance desde donde se balanceaba. La antena estaba ya asegurada en dos puntos y la conexión efectuada. Decidió que podía terminar el trabajo con una mano. Abandonó su percha y avanzó colgándose de ella, como un mono.

La llave inglesa se le escapó cuando terminaba de atornillar el perno; se deslizó de entre sus dedos y la vio alejarse, caer y caer y caer, hasta que fue tan pequeña que ya no pudo divisarla. Sintió una extraña impresión al verla desaparecer, brillando al sol contra la profunda negrura del espacio. Hasta entonces había estado demasiado ocupado para mirar hacia abajo. Lo hizo ahora.

Se estremeció.

- Menos mal que ya había terminado - dijo en voz alta -. Tendría que recorrer un buen trecho para recuperarla. - Inició el regreso.

Se dio cuenta de que no podía.



Había llegado hasta más allá de la antena para alcanzar su actual posición, utilizando su cable de seguridad como una comba para conseguir avanzar algunos centímetros más. Ahora el lazo que formaba el cable colgaba inmóvil, fuera de su alcance. No había ninguna forma de invertir el proceso.

Colgado de las dos manos, se dijo que no debía dejarse dominar por el pánico... encontraría la forma de salir de aquello. ¿Por el otro lado? No, el casco de acero de la Valquiría era liso por aquel lugar... no había ningún asidero en no menos de dos metros. Incluso aunque no estuviera cansado - y tenía que admitir que lo estaba, cansado y sintiendo cada vez más frío -, aunque estuviera completamente fresco, era un salto imposible para alguien que no fuera un chimpancé.

Miró hacia abajo... y lo lamentó.

Bajo él no había nada excepto las estrellas, abajo, muy abajo, interminablemente. Las estrellas, girando a medida que la nave giraba con él, un vacío eterno, y la oscuridad, y el frío.

Se descubrió a sí mismo intentando izarse sobre el asidero donde se sujetaba para intentar colocar los pies en él. Era un esfuerzo inútil y agotador: Acalló su pánico lo suficiente como para detenerlo, y siguió colgado.

Era fácil si mantenía los ojos cerrados. Pero al cabo de un momento tenía que abrirlos y mirar. La Osa Mayor estaba pasando ahora, y luego Orion. Intentó calcular los minutos que transcurrían en términos del número de rotaciones de la nave, pero su mente no podía trabajar con claridad y, tras un tiempo, tuvo que cerrar de nuevo los ojos.

Sus manos empezaban a entumecerse... y a enfriarse. Intentó descansarlas sujetándose sólo con una, cambiando alternativamente. Quedó colgado de la mano izquierda, empezó a sentir picazón en ella, cambió de lado. Al cabo de un rato le pareció que ya era tiempo de volver a cambiar de mano.

Ya no le quedaban fuerzas para izarse y sujetarse con su mano izquierda. Le faltaba el empuje; su cuerpo estaba completamente extendido por la fuerza de la rotación y no era capaz de encogerse lo suficiente como para conseguir asirse con la otra mano.

Ya no podía sentir su mano derecha.

El súbito cese de la tensión le dijo que se había soltado y que estaba cayendo... cayendo. La nave se alejó de él con rapidez.

Lo primero que vio al volver en sí fue al capitán inclinado sobre él.

- Quédese quieto, Bill.

- ¿Dónde?

- Esté tranquilo. La patrulla de Deimos estaba ya cerca cuando usted se soltó. Lo localizaron con el telescopio, igualaron órbita con usted y lo pescaron. La primera vez en la historia, creo. Ahora quédese quieto. Está usted enfermo... permaneció colgado de allí más de dos horas, Bill.

El maullido volvió a dejarse oír, más fuerte que antes. Se puso de rodillas y miró de nuevo fuera por sobre el antepecho. El cachorro seguía sentado sobre la cornisa, a su izquierda. Incluyó cuidadosamente la cabeza un poco más, recordando que no debía mirar otra cosa que no fueran la cornisa y el cachorro.

- ¡Hey, gatito, aquí! - llamó -. ¡Aquí, gatito, gatito, gatito! ¡Ven aquí, gatito, corre, gatito!

El gatito dejó de lavarse y pareció perplejo.

- Ven, gatito - repitió suavemente. Soltó su mano derecha del antepecho y le hizo señas invitadoras. El gatito se acercó unos diez centímetros, luego volvió a sentarse -. Hey, gatito, aquí - suplicó, y alargó el brazo todo lo que le fue posible.

La bolita de pelo se alejó de nuevo rápidamente.

Retiró su brazo y pensó. Eso no llevaba a ningún lado, decidió. Si fuera capaz de salir a la cornisa y mantenerse en ella, podría sujetarse con un brazo y estar perfectamente a salvo. Lo sabía, sabía que estaría a salvo... ¡no necesitaba mirar hacia abajo!

Se echó un poco atrás, se dio la vuelta y, con grandes precauciones, sujetándose al antepecho con ambas manos, deslizó sus piernas a la fachada del edificio. Enfocó intensamente sus ojos en la esquina de la cama.

La cornisa parecía haberse movido. No podía encontrarla, y estaba empezando a estar seguro de que la había pasado cuando la tocó con un pie... luego pudo apoyar los dos pies firmemente en ella. Parecía tener unos doce centímetros de ancho. Inspiró profundamente.

Soltando su brazo derecho, se giró y miró al gatito. Parecía interesado en lo que estaba haciendo, pero no dispuesto a investigarlo de más cerca. Si tenía que avanzar por la cornisa, sujetándose sólo con su mano izquierda, tan sólo podría agarrarlo justo desde el ángulo de la ventana...

Movió sus pies alternativamente, uno tras otro, deslizándolos al estilo de los chiquillos, sin pasar uno delante del otro. Doblando un poco las rodillas e inclinándose era probable que consiguiera cogerlo. El gatito olisqueó sus dedos y luego se echó hacia atrás. Una de sus patitas falló el borde; vaciló, pero mantuvo el equilibrio.

- ¡Pequeño idiota! - dijo Bill indignado -. ¿Es que quieres partirme los sesos?

Si los tienes, añadió para sí. La situación parecía ahora desesperada; el cachorro estaba demasiado lejos como para alcanzarlo desde su asidero de la ventana, por mucho que se estirase. Llamó:

- Gatito, gatito... - pero era inútil; se detuvo a reflexionar sobre el asunto.

Podía abandonar su empeño.

Podía prepararse para esperar toda la noche con la esperanza de que el gatito se decidiera a acercarse. O podía ir a por él.

La cornisa era lo suficientemente ancha como para soportar su peso. Si avanzaba lentamente, pegado a la pared, no reposaría ningún peso sobre su brazo izquierdo. Avanzó con cuidado, manteniendo su presa en la ventana todo el tiempo que le fue posible, progresando tan lentamente que casi parecía que no se moviese.

Cuando el marco de la ventana estuvo fuera de su alcance, cometió el error de mirar hacia abajo, hacia abajo, a lo largo de la desnuda fachada hasta el brillante pavimento allá a lo lejos.

Apartó rápidamente los ojos y los clavó en un punto de la pared, al nivel de sus ojos y a sólo unos centímetros de distancia. ¡Aún estaba aquí!

Y también estaba el gatito. Separó lentamente los pies, moviendo el derecho hacia adelante, y se puso de rodillas. Tendió su mano derecha por la pared, hasta que estuvo un poco más allá de donde se hallaba el gatito.

Lo atrajo hacia sí con un gesto repentino, como si cazara una mosca. Se encontró con una bolita de piel que bufaba y mordía y arañaba.

Estaba perfectamente sereno, y no trató de impedir los pequeños ultrajes que el gatito le infligía. Con los brazos extendidos, el cuerpo pegado contra la pared, inició su regreso. No podía ver hacia dónde se dirigía, y no podía girar la cabeza sin perder el escaso margen de equilibrio que tenía. Le pareció un regreso terriblemente largo, mucho más largo que la ida, hasta que finalmente los dedos de su mano izquierda tocaron la ventana abierta.

Recorrió el resto del camino en unos pocos segundos, pasó ambos brazos sobre el antepecho, luego su rodilla derecha. Permaneció unos instantes inmóvil así, e inspiró profundamente.

- ¡Muchacho! - dijo en voz alta -. Ha sido difícil. Eres una amenaza para el tráfico, gatito.

Miró hacia abajo, hacia la calle. Realmente había un largo camino hacia abajo... y parecía duro además.

Levantó la vista hacia las estrellas. Se veían hermosas y brillantes. Se sentó en el antepecho de la ventana, con la espalda contra uno de los lados, un pie apoyado en el otro, y las contempló. El gatito se removió hasta encontrar un nido caliente sobre su estómago, y empezó a ronronear. Lo acarició distraídamente y tomó un cigarrillo. Al día siguiente iría al espaciopuerto y pediría que le hicieran el examen físico y psíquico, decidió. Le rascó las orejas al gatito.

- Pequeña cabecita peluda - dijo -, ¿qué te parecería hacer un largo, largo viaje conmigo?

## **LAS VERDES COLINAS DE LA TIERRA**

Ésta es la historia de Rhysling, el Cantor Ciego de las Rutas del Espacio... pero no la versión oficial. Ustedes cantan sus palabras en la escuela:

Rezo por un último aterrizaje  
en el globo que me vio nacer;  
dejadme reposar mis ojos en los lanudos cielos  
y en las frescas y verdes colinas de la Tierra.

O quizá lo canten ustedes en francés, o en alemán. O tal vez lo hagan en esperanto, mientras el arco iris de la Tierra se despliega sobre sus cabezas.

La lengua no tiene importancia... es seguramente una lengua terrestre. Nadie ha traducido nunca «Verdes colinas» al ceceante idioma venusiano; ningún marciano la ha susurrado en los áridos corredores. Es nuestra. Nosotros los terrestres lo hemos exportado todo, desde las películas de Hollywood hasta los elementos radiactivos sintéticos, pero esto pertenece exclusivamente a la Tierra, y a sus hijos, dondequiera que se encuentren.

Todos hemos oído muchas historias acerca de Rhysling. Cualquiera de ustedes puede ser incluso uno de los muchos que han intentado graduarse o hacer sus tesis con estudios de sus obras publicadas... Canciones de las Rutas del Espacio, el Gran Canal y otros poemas, Alto y Lejos y ¡Arriba, Nave!

Sin embargo, pese a que hayan cantado sus canciones y leído sus versos en la escuela y en otros muchos sitios durante toda su vida, podría apostar lo que quisiera contra ustedes - a menos que ustedes sean también hombres del espacio - que nunca han oído hablar de la mayor parte de las canciones de Rhysling no publicadas, tales como Desde que el Impulsor tropezó con mi primo, Esa chica pelirroja de Venusburg, Conserva tus pantalones, capitán o Un traje espacial hecho para dos.

Ni tampoco es posible reproducirlas en una revista familiar.

La reputación de Rhysling quedó protegida por un cuidadoso ejecutor literario y por la feliz casualidad de que no fue nunca entrevistado. Canciones de las Rutas del Espacio apareció la misma semana de su muerte; cuando se convirtió en un best - seller, las historias publicitarias referidas a él fueron reunidas partiendo de lo que el público recordaba más las anécdotas fuertemente coloreadas de sus editores.

El retrato tradicional resultante de Rhysling es casi tan auténtico como el hacha de guerra de George Washington o las galletas del Rey Alfredo.

En realidad ninguno de ustedes hubiera deseado tenerlo en sus salones; no era socialmente aceptable. Tenía constantemente quemaduras producidas por el sol, que se rascaba sin parar, lo cual no añadió nada a su discutible belleza.

Su retrato hecho por Van der Voort para la edición del Centenario de Harriman de sus obras nos muestra una figura de gran tragedia, una boca solemne, unos ojos sin vista ocultos tras un vendaje de seda negra. ¡Nunca fue solemne! Siempre tenía la boca abierta, ya fuera cantando, riendo, bebiendo o comiendo. Su venda era apenas un harapo, siempre sucio. Tras perder la vista se volvió cada vez más y más descuidado para con su persona.

«Ruidoso» Rhysling era un operador de chorros de segunda clase, con unos ojos tan buenos como los de ustedes, cuando firmó para un vuelo de enlace a los asteroides jovianos con la R. S. Azor. Las tripulaciones firmaban enganches para cualquier cosa en aquellos días; un socio de la Lloyd's se les hubiera reído a ustedes en la cara ante la insinuación de asegurar a un hombre del espacio. De la Ley de Seguridad en el Espacio no había oído hablar nadie, y la compañía era responsable únicamente de los sueldos, si los había. La mitad de las naves que fueron más allá de Luna City no regresaron nunca. A los hombres del espacio no les preocupaba; preferentemente firmaban a cambio de acciones, y cualquiera de ellos hubiera apostado a que era capaz de saltar del piso 200 de la Torre Harriman y aterrizar felizmente en el suelo, con sólo ofrecerle un tres a dos y dejarle usar suelas de goma para el aterrizaje.

Los hombres de los chorros eran los más despreocupados y los más insignificantes de todos. Comparados con los capitanes, los operadores de radar y los astrogadores (no había superintendentes ni camareros en aquellos días) eran tranquilos vegetarianos. Los operadores de los chorros sabían demasiado. Los otros confiaban en la pericia del capitán para llevarles a destino sanos y salvos; los operadores de los chorros sabían que toda pericia era inútil frente a los ciegos y caprichosos demonios encadenados dentro de los motores cohete.

La Azor era la primera de las naves de Harriman que fue convertida de combustible químico a energía atómica... o mejor dicho, la primera que no estalló. Rhysling la conocía bien; era un viejo cacharro que había realizado el circuito Luna City, estación del espacio de Supra-Nueva York, Leyport, y regreso, antes de ser convertida para el espacio profundo. Había trabajado en ella en el circuito de la Luna, y estaba también en ella en el primer viaje al espacio profundo, a Drywater en Marte... y regreso, ante la sorpresa de todos.

Seguramente hubiera sido nombrado ingeniero jefe cuando firmó para el vuelo de enlace joviano, pero, tras el primer viaje a Drywater, había sido despedido, colocado en la lista negra y desembarcado en Luna City por haber malgastado su tiempo escribiendo canciones y algunos versos cuando hubiera debido estar vigilando sus instrumentos. La canción era la escandalosa El capitán es un padre para su tripulación, con su ignominioso e impublicable verso final.

La lista negra no le preocupó. Ganó un acordeón en una taberna china en Luna City, haciendo trampas, y desde entonces se dedicó a cantar a los mineros a cambio de propinas y bebida hasta que el rápido desgaste de los hombres del espacio hizo que el agente de la compañía le ofreciese otra oportunidad. Mantuvo su nariz fuera de la ruta de la Luna durante uno o dos años, volvió al espacio profundo, ayudó a darle a Venusburg su reputación original, recorrió las orillas del Gran Canal cuando fue establecida una segunda colonia en la antigua capital marciana, y se heló los dedos de los pies y las orejas en el segundo viaje a Titán.

Las cosas se movían aprisa en aquellos tiempos. Una vez aceptada la impulsión por pilas de energía, el número de naves que hacían el recorrido del sistema Luna - Tierra quedó limitado a la disponibilidad de tripulaciones. Los operadores de chorros eran escasos; la protección era reducida al mínimo a fin de ganar peso, y pocos hombres

casados querían correr el riesgo de una posible exposición a la radiactividad. Rhysling no tenía la menor intención de ser padre, así que los empleos estuvieron siempre abiertos para él durante los dorados días del bullicioso apogeo. Cruzó y recruzó el sistema, cantando las monstruosidades que bullían en su cabeza y acompañándolo todo con su acordeón.

El capitán de la Azor le conocía; el capitán Hicks había sido astrogador durante el primer viaje de Rhysling.

- Bienvenido a casa, Ruidoso - le saludó -. ¿Está sobrio, o debo firmar el libro registro por usted?

- Uno no puede emborracharse con el jugo de chinche que venden aquí, capitán. - Firmó y se fue abajo, arrastrando su acordeón.

Diez minutos más tarde estaba de regreso.

- Capitán - declaró sombríamente -, ese chorro número dos no está en condiciones. Los reguladores de cadmio están torcidos.

- ¿Por qué me lo dice a mí? Dígaselo al Jefe.

- Se lo he dicho, pero afirma que funcionará. Está equivocado.

El capitán se inclinó sobre el libro registro.

- Borre su nombre y largúese. Partimos dentro de treinta minutos.

Rhysling se lo quedó mirando, se alzó de hombros y volvió abajo.

Es un buen salto hasta los planetoides jovianos; un cacharro del tipo Halcón tiene que hacer funcionar los chorros durante tres guardias antes de alcanzar vuelo libre. Rhysling tenía la segunda guardia. La regulación se efectuaba a mano entonces, con un multiplicador vernier y una válvula de seguridad. Cuando la válvula se puso al rojo, trató de corregirlo... no tuvo suerte.

Los operadores de chorros no esperan; por eso son operadores de chorros. Se precipitó hacia el armario de herramientas de emergencia y se lanzó hacia la ardiente válvula con las tenazas. Las luces se apagaron, pero él siguió adelante. Un operador de chorros tiene que conocer su cuarto de máquinas como tu lengua conoce el interior de tu boca.

Echó una rápida mirada por encima del deflector de plomo antes de que las luces se apagasen. El azul resplandor radiactivo no le ayudó en nada; echó la cabeza hacia atrás y siguió orientándose por el tacto.

Cuando llegó a su destino gritó por el tubo:

- ¡Número dos fuera de servicio! ¡Y por lo que más quieran, traigan hacia aquí un poco de luz!

Había luz - el circuito de emergencia -, pero no para él. El resplandor radiactivo azul fue lo último a lo que respondió su nervio óptico.

## 2

Mientras Tiempo y Espacio se arquean nuevamente para conformar esta estrellada escena, las tranquilas lágrimas de la trágica alegría siguen derramando su plateado resplandor; a lo largo del Gran Canal se yerguen aún las frágiles Torres de la Verdad; su etérea gracia defiende su Lugar de Belleza, calmado y pálido.

Quebrantados los huesos de la raza que erigió las Torres, olvidado su saber; desaparecidos desde hace mucho los dioses que vertieron las lágrimas que lamieron esas cristalinas orillas.

Lento late el agotado corazón de Marte bajo ese helado cielo; el tenue aire susurra mudamente que todo lo que vive tiene que morir...

Pero todavía los encajes de las Espiras de la Verdad cantan madrigales de Belleza ¡y ella seguirá morando para siempre a lo largo del Gran Canal!

(De El Gran Canal, con autorización de Lux Transcripciones, Ltd., Londres y Luna City.)

En el vuelo de regreso dejaron a Rhysling en Marte, en Drywater; los muchachos pasaron el sombrero, y el capitán metió en él la paga de medio mes. Eso fue todo - se acabó -, sólo otra víctima del espacio que no tuvo la buena fortuna de acabar su carrera cuando lo abandonó la suerte. Permaneció con los prospectores y arqueólogos en ¿Cuan Lejos? durante un mes o así, y probablemente hubiera podido quedarse para siempre a cambio de sus canciones y de su acordeón. Pero los hombres del espacio mueren si están mucho tiempo en un mismo sitio; se enganchó en un tractor que partía de Drywater y se dirigió a Marsópolis.

La capital estaba en pleno boom; las plantas de procesamiento flanqueaban el Gran Canal por ambos lados y polucionaban las antiguas aguas con sus detritus. Esto ocurría antes de que el Tratado Triplanetario prohibiera deteriorar reliquias culturales con fines comerciales; la mitad de las esbeltas y etéreas torres habían sido derribadas, y otras habían sido desfiguradas para adaptarlas a los edificios presurizados de los terrestres.

Pero Rhysling nunca llegó a ver aquellos cambios y nadie se los describió; cuando «vio» de nuevo Marsópolis la visualizó tal como había sido, antes de que fuera racionalizada con fines comerciales. Su memoria era buena. Se detuvo en la explanada ribereña donde los antiguos grandes de Marte habían distraído sus ocios y vio su belleza desplegarse ante sus ciegos ojos... una pelada llanura azul de agua no alterada por las mareas, intocada por la brisa, y reflejando serenamente las nítidas y brillantes estrellas del cielo marciano, y más allá del agua las cúpulas de encaje y las estilizadas torres de una arquitectura demasiado delicada para nuestro vasto y pesado planeta.

El resultado fue El Gran Canal.

El sutil cambio de su orientación que lo convertía en capaz de ver belleza en Marsópolis, donde la belleza ya no existía, empezó a afectar su vida. Todas las mujeres eran hermosas para él. Las reconocía por su voz, y amoldaba su apariencia a los sonidos. Ha de ser un espíritu muy mezquino el que le hable a un ciego de otra forma que con una suave gentileza; mujeres regañosas que no habían dejado nunca en paz a sus maridos dulcificaban su voz al hablarle a Rhysling.

Pobló su mundo de hermosas mujeres y de hombres amables. El paso de la Estrella Oscura, la Cabellera de Berenice, Canción de Muerte de un Potro Salvaje, y sus demás canciones de amor de los vagabundos, de los hombres del espacio privados de mujeres, fueron el resultado directo del hecho de que su concepción de las cosas no resultaba mancillada por abyectas verdades. Eso suavizaba su enfoque, cambiaba su obstinación en versos, y algunas veces incluso en poesía.

Ahora tenía todo el tiempo para pensar, tiempo para evocar las más hermosas palabras y obstinarse en un verso hasta que sonara como una verdad en su oído. El monótono compás de la Canción de los Chorros...

Cuando el campo está libre, los informes ya listos,  
cuando la compuerta se cierra, cuando las luces son verdes,  
cuando todo está comprobado, cuando es hora de rezar,  
cuando el capitán asiente, cuando los motores rugen...

¡Oye los chorros!  
Óyelos rugir a tus espaldas  
cuando estás atado a tu litera;  
siente tus costillas aplastar tu pecho,

siente tu cuello crujir y resistir.  
Siente el dolor en tu nave.  
Siente la tensión de su fuerza.  
¡Siente cómo sube! ¡Siente cómo avanza!  
Acero potente, cobrando vida,  
¡sobre sus chorros!

...se le ocurrió no mientras era un operador de chorros sino más tarde, cuando vagaba entre Marte y Venus y compartía el tiempo de guardia con un viejo camarada.

En Venusburg cantó sus nuevas canciones y algunas de las antiguas en los bares. Alguien pasaba siempre el sombrero por él; normalmente terminaba con la recaudación habitual de los trovadores doblada o triplicada en reconocimiento del galante espíritu que se ocultaba tras aquellos ojos vendados.

Era una vida fácil. Cualquier espaciopuerto era su hogar y cualquier nave su transporte privado. Ningún capitán se negaba a transportar la masa extra del ciego Rhysling y su caja de música; viajaba de Venusburg a Leyport y a Drywater y a Nueva Shangai, o al revés, según su antojo.

Jamás fue más cerca de la Tierra que la Estación Espacial de Supra-Nueva York. Incluso cuando firmó el contrato para Canciones de las Rutas del Espacio, puso su huella dactilar en un camarote de primera clase en algún lugar entre Luna City y Ganimedes. Horowitz, el editor original, estaba a bordo en su segunda luna de miel y oyó a Rhysling cantar en una fiesta de la nave. Horowitz supo que era una gran cosa para el negocio editorial apenas lo oyó; todo el contenido de Canciones fue grabado en directo en una cinta en la sala de comunicaciones de aquella nave antes de dejar que Rhysling se perdiera de vista. Los siguientes tres volúmenes le fueron estrujados a Rhysling en Venusburg, a donde Horowitz envió a un agente para que lo hiciera beber hasta que hubiera cantado todo lo que era capaz de recordar.

¡Arriba, Nave! no es auténticamente propia de Rhysling. Mucho de ella es de Rhysling, no hay duda, y Canción de los Chorros es incuestionablemente suya, pero la mayor parte de los versos fueron recogidos después de su muerte por gente que lo había conocido durante sus vagabundeos.

Las verdes colinas de la Tierra fue creciendo a lo largo de veinte años. Su primitiva versión que conocemos fue compuesta antes de que Rhysling se quedara ciego, durante una sesión de bebidas con algunos de los desdentados hombres de Venus. Los versos se refieren principalmente a las cosas que los trabajadores pensaban hacer cuando volvieran a la Tierra, si alguna vez conseguían pagar todas sus deudas y conseguían regresar a casa. Algunas de las estrofas eran vulgares, algunas no, pero el coro era reconocible como el de Las verdes colinas.

Sabemos exactamente cómo nació la versión definitiva de Las verdes colinas, y cuándo.

Había una nave en la Isla Ellis de Venus que estaba previsto que efectuara el salto directo de allí hasta los Grandes Lagos, Illinois. Era la vieja Falcon, la más reciente de las de la clase Halcón y la primera en aplicar la nueva política del Trust Harriman de tarifas especiales para un servicio expreso entre las ciudades de la Tierra y cualquier colonia con paradas previstas.

Rhysling decidió viajar hasta la Tierra. Quizá su propia canción se le había metido bajo la piel... o quizá simplemente deseara ver su nativo Ozarks una vez más.

La compañía ya no permitía viajeros gratuitos; Rhysling lo sabía, pero nunca se le había ocurrido que aquella regla pudiera ser aplicable a él. Se estaba haciendo viejo para un hombre del espacio, y se sentía un poco creído de sus privilegios. No senil... simplemente sabía que era uno de los hitos del espacio, junto con el cometa Halley, los

Anillos y la sierra de Brewster. Entraba como un tripulante más en cualquier puerto, bajaba, y se encontraba como en su casa en la primera litera de aceleración vacía.

El capitán lo vio cuando hacía la última ronda de inspección en la nave.

- ¿Qué está haciendo usted aquí? - preguntó.

- Volviendo a la Tierra, capitán - Rhysling no necesitaba ojos para ver los cuatro galones de capitán.

- No puede volver en esta nave; conoce las reglas. Levante una pierna y salga de aquí. Vamos a despegar inmediatamente. - El capitán era joven; había entrado en servicio después del período activo de Rhysling, pero éste conocía su tipo... cinco años en el Harriman Hall con sólo prácticas de viaje como cadete en lugar de la sólida y profunda experiencia en el espacio. Los dos hombres no tenían ningún punto de contacto ni en fondo ni en espíritu; el espacio estaba cambiando.

- Vamos, capitán, no le negará usted a un viejo el derecho a volver a casa.

El oficial vaciló... algunos miembros de la tripulación se habían parado a escuchar.

- No puedo. «Ley de Seguridad en el Espacio, cláusula número seis: nadie puede penetrar en el espacio salvo los miembros con licencia de la tripulación de una nave legalizada o un pasajero de pago de tal nave, bajo los reglamentos establecidos por esta ley.» Levántese y vayase.

Rhysling se echó hacia atrás, con las manos tras la cabeza.

- Si tengo que marcharme, maldita sea mi estampa si voy a andar. Lléveme.

El capitán se mordió el labio y dijo:

- ¡Oficial de guardia! Llévase a este hombre.

El policía de la nave clavó sus ojos en el techo.

- No puedo, capitán. Me he dislocado un hombro. - Los otros miembros de la tripulación, presentes un momento antes, habían desaparecido misteriosamente.

- ¡Bien, que venga un grupo a hacerlo!

- De acuerdo, señor. - Él también desapareció.

Rhysling habló de nuevo.

- Oiga, capitán... no nos hagamos mala sangre por esto. Puede usted llevarme si quiere... hay la cláusula del «Hombre del espacio en peligro».

- ¡«Hombre del espacio en peligro» y un cuerno! Usted no es un hombre del espacio en peligro; es un abogado del espacio. Sé quién es; lleva años rondando por todo el sistema. Bien, no lo hará en mi nave. Esa cláusula se supone que está para socorrer a hombres que han perdido su nave, no para hombres que quieren darse una vuelta gratis.

- Bueno, capitán, ¿no podría decir usted que soy un hombre que ha perdido su nave? No he vuelto a casa desde mi último viaje como miembro enrolado en una tripulación. La ley dice que tengo derecho a un viaje de vuelta.

- Pero eso fue hace años. Ha tenido usted muchas oportunidades.

- ¿No la tengo ahora? La cláusula no dice una palabra de cuándo debe un hombre efectuar su regreso; tan sólo dice que es su derecho. Vaya a comprobarlo, capitán. Si estoy equivocado, no solamente me iré por mis propios pies, sino que le pediré humildemente excusas ante toda su tripulación. Vaya a verlo... compruébelo. Sea un buen deportista.

Rhysling casi podía sentir la mirada del hombre, pero éste se limitó a dar media vuelta y salir del compartimento. Rhysling sabía que había utilizado su ceguera para poner al capitán en una posición imposible, pero en vez de preocuparle le divertía.

Diez minutos más tarde sonaron los avisos, oyó dar las órdenes, y luego la sirena que indicaba que se iniciaba la ascensión. Cuando el suave suspiro de las compuertas y el ligero cambio de presión en sus oídos le indicaron que la partida era inminente, se dirigió a la sala de energía, porque quería estar cerca de los chorros cuando entraran en acción. No necesitaba a nadie que lo guiara en ninguna nave del tipo Halcón.



Los problemas empezaron durante la primera guardia. Rhysling había estado sentado en el sillón del inspector, jugueteando con las llaves de su acordeón y buscando una nueva versión de Las verdes colinas.

Dejadme respirar de nuevo el aire no racionado  
donde no hay carencia ni escasez.

Y «algo, algo, algo, Tierra». Pero no acababa de gustarle. Lo intentó de nuevo.

Dejad que la fresca brisa me cure  
mientras gira en torno a la circunferencia  
de nuestro amado planeta madre,  
de las frescas y verdes colinas de la Tierra.

Eso estaba mejor, pensó.

- ¿Qué te parece así, Archie? - preguntó por encima del rugido.

- Precioso. Cántalo todo. - Archie Macdougall, jefe de Chorros, era un viejo amigo, tanto en el espacio como en los bares; había sido aprendiz bajo las órdenes de Rhysling muchos años y muchos millones de kilómetros atrás.

Rhysling lo complació, y luego dijo:

- Vosotros los jóvenes lo tenéis todo muy fácil. Todo automático. Cuando yo le retorció la cola tenía que estar muy atento.

- Todavía hay que estar muy atento. - Les gustaba hablar de su oficio, y Macdougall le mostró el nuevo dispositivo automático de distribución que había reemplazado al control manual vernier que Rhysling había usado. Rhysling probó los controles e hizo preguntas hasta que se hubo familiarizado con la nueva instalación. Su vanidad era seguir considerándose un operador de chorros y que su presente ocupación como trovador era simplemente un expediente durante una de las múltiples querellas con la compañía que cualquiera podía tener.

- Veo que todavía tenéis las viejas placas de distribución instaladas - observó, con sus ágiles dedos palpando el equipo.

- Todo menos las conexiones. Las desmonté porque tapaban los diales.

- Deberías tenerlas en la nave. Puedes necesitarlas.

- Oh, no sé. Las tengo, pero creo que... - Rhysling nunca llegó a saber lo que creía Macdougall, ya que en aquel momento empezaron los problemas. Macdougall fue alcanzado de lleno, una explosión de radiactividad que lo quemó allí mismo donde estaba.

Rhysling sintió lo que había ocurrido. Los reflejos automáticos de los viejos tiempos se apoderaron de él. Cerró el inyector y dio simultáneamente la alarma a la sala de control. Luego recordó las conexiones desmontadas. Tendría que buscarlas a tientas hasta que las encontrara, mientras intentaba mantener el nivel tan bajo como fuera posible para obtener el máximo beneficio de los deflectores. Lo único que le preocupaba era localizar las conexiones. El lugar estaba tan iluminado para él como podía estarlo cualquier otro sitio; conocía cada rincón, cada control, de la misma forma que conocía las llaves de su acordeón.

- ¡Sala de energía! ¡Sala de energía! ¿Qué es esa alarma?

- ¡Quédense fuera! - gritó Rhysling -. El lugar está «caliente». - Podía sentirlo en su rostro y en sus huesos, como el sol del desierto.

Colocó las conexiones en su lugar, tras maldecir a todo el mundo, a todo, por no encontrar en su sitio la llave inglesa que necesitaba. Luego comenzó a intentar reducir la situación a mano. Era un trabajo largo y delicado. Finalmente decidió que habría que cortar el chorro, pila incluida.

Primero informó.

- ¡Control!

- ¡Aquí control!
- Cerrando el chorro tres... emergencia.
- ¿Es Macdougall?
- Macdougall está muerto. Aquí Rhysling, de guardia. Preparados para registrar.

No hubo respuesta; indudablemente el capitán estaba atónito, pero no podía interferir en una emergencia en la sala de energía. Tenía que tener en cuenta la nave, y los pasajeros y la tripulación. Las puertas tenían que permanecer cerradas.

El capitán debió quedar aún más atónito de lo que Rhysling dictó para ser registrado. Era:

Nos pudrimos en los mohos de Venus,  
nos arqueamos bajo su pútrido aliento.  
Asquerosas son sus inundadas junglas,  
donde nos arrastramos con la sucia muerte.

Rhysling siguió catalogando el Sistema Solar mientras trabajaba: «...el duro y brillante suelo de la Luna...», «...los anillos irisados de Saturno...», «...la helada noche de Titán...», todo ello mientras abría y vertía el chorro y lo dejaba limpio. Terminó con un coro alternativo...

Hemos explorado cada girante átomo del espacio  
y reconocido su verdadero valor;  
llévanos de vuelta a los hogares de los hombres,  
a las frescas y verdes colinas de la Tierra.

...y luego, casi inconscientemente, recordó volver a su revisado primer verso:

El arqueante cielo está llamando  
a los hombres del espacio fuera de su ruta.  
¡Todos preparados! ¡Listos! ¡Caída libre!  
y las luces bajo nuestro se apagan.  
Los hijos de la Tierra se marchan  
a lejanos lugares sobre estruendosos chorros,  
hacia arriba marcha la raza de los terrestres,  
afuera, lejos, y alejándose más aún...

La nave estaba a salvo y preparada para volver a casa con un solo chorro. En cuanto a sí mismo, Rhysling no estaba seguro. Aquel «ardiente sol» parecía muy fuerte, pensó. Era incapaz de ver la brillante y rosada neblina en medio de la cual trabajaba, pero sabía que estaba allí. Siguió con su tarea de renovar el aire a través de la válvula exterior, repitiendo la operación varias veces para permitir que el nivel de radiación descendiera hasta un límite que un hombre pudiera soportar bajo una armadura adecuada. Mientras lo hacía envió otro coro, lo más auténticamente Rhysling que jamás hubiera existido:

Recemos por un último aterrizaje  
en el globo que nos vio nacer;  
dejadnos reposar nuestros ojos en los lanudos cielos  
y en las frescas y verdes colinas de la Tierra.

## LÓGICA DEL IMPERIO

- ¡No seas un loco sentimental, Sam!

- Sentimental o no - persistió Jones -, reconozco la esclavitud humana cuando la veo. Esto es lo que tenéis en Venus.

Humphrey Wingate se echó a reír.

- Esto es totalmente ridículo. La mano de obra de la compañía son empleados que trabajan bajo contratos legales, absolutamente por su propia voluntad.

Jones enarcó levemente las cejas.

- ¿Realmente? ¿Qué clase de contrato es ese que envía a un hombre a la cárcel si abandona su trabajo?

- Ése no es el caso. Cualquier operario puede abandonar su trabajo con las habituales dos semanas de preaviso... es necesario saberlo; yo...

- Sí, ya sé - admitió Jones con voz cansada -. Tú eres abogado. Lo sabes todo acerca de contratos. Pero lo malo contigo, loco estúpido, es que de lo único que entiendes es de frases legales. Contratos libres... ¡narices! Estoy hablando de hechos, no de legalismos. No me importa lo que diga el contrato... ¡esa gente son esclavos!

Wingate vació su vaso y lo dejó sobre la mesa.

- Así que soy un loco estúpido, ¿eh? Bueno, pues entonces te diré lo que eres tú, Sam Houston Jones... eres un disparatado izquierdista de salón. Nunca has tenido que trabajar para vivir, y consideras que es terrible el que alguien tenga que hacerlo. No, espera un minuto - continuó, cuando Jones fue a abrir la boca -, escúchame. Los obreros de la compañía en Venus están condenadamente mucho mejor que la mayor parte de la gente de su misma categoría aquí en la Tierra. Tienen la seguridad de un empleo, comida y un lugar donde dormir. Si están enfermos, tienen la seguridad de recibir atención médica. El problema con la gente de esa clase es que no quieren trabajar...

- ¿Y quién lo hace?

- No te hagas el gracioso. El problema es que, si no estuvieran ligados por un contrato debidamente ajustado, abandonarían su excelente empleo en el mismo momento en que se cansaran, con la esperanza de que la compañía les pagaría el viaje de regreso a la Tierra. Ahora bien, es probable que no se le haya ocurrido a tu ingeniosa, libre y caritativa mente, pero la compañía tiene obligaciones con respecto a sus accionistas... tú, por ejemplo... y no puede mantener un ferry interplanetario en beneficio de la clase de gente que cree que el mundo les debe a ellos la vida.

- Esta vez me has cogido, compañero - admitió Jones, con el rostro rígido -. Con eso de que yo también soy accionista. Me avergüenzo de ello.

- Entonces, ¿por qué no vendes?

Jones pareció disgustado.

- ¿Qué tipo de solución es ésta? ¿Crees que puedo eludir la responsabilidad de saber lo que ocurre simplemente vendiendo mis valores?

- Oh, al diablo con ello - dijo Wingate -. Bebamos.

- De acuerdo - aceptó Jones. Era su primera noche en tierra después de un crucero de prácticas como oficial de reservas; necesitaba animarse un poco bebiendo. Era una lástima, pensó Wingate, que el crucero hubiera tocado Venus...

- ¡Arriba todos! ¡Arriba todos! ¡Arriba toooodos, holgazanes! ¡Saquen la pierna! ¡Saquen la pierna y pónganse los calcetines! - la ronca voz se abrió camino a través de la dolorida cabeza de Wingate. Abrió los ojos, quedó cegado por la intensa luz blanca, y los volvió a cerrar precipitadamente. Pero la voz no quería dejarlo tranquilo -. ¡Diez minutos para el desayuno!

- graznó -. ¡Vayan a por él, ó lo tiraré todo por la ventana!

Abrió de nuevo los ojos, y con un esfuerzo de voluntad se obligó a mantenerlos abiertos. Ante él pasaban piernas, algunas ya cubiertas por los monos de trabajo, pero algunas aún desnudas... una desnudez repulsivamente peluda. Una confusión de voces masculinas, de las cuales podía captar palabras pero no frases, iba acompañada por un fondo persistente de sonidos metálicos, apagados pero insistentes... shrrg, shrrg, ¡thump! Shrrg, shrrg, ¡thum! El thump que cerraba el ciclo hería su dolorida cabeza, pero no desgarraba sus nervios como otro ruido, un silbido átono que no podía localizar y del que no podía escapar.

El aire estaba lleno del olor de cuerpos humanos, demasiados para un espacio tan reducido. No era algo que pudiera llamarse propiamente hedor, ni que el suministro de oxígeno fuera inadecuado. Pero la habitación estaba saturada con el cálido y ligeramente almizcleño olor de los cuerpos aún calientes por las ropas de las camas, cuerpos no sucios pero todavía no lavados. Era opresivo e indeseado... en su estado actual casi nauseabundo.

Empezó a tener algún indicio de la naturaleza de lo que le rodeaba; se hallaba en un dormitorio común de alguna clase. Estaba atestado de hombres, hombres que se levantaban, charlaban, se vestían. Permanecía echado en la litera inferior de una hilera vertical de cuatro. A través de los intersticios entre las piernas que cruzaban a su alrededor y pasaban ante su rostro podía ver más hileras de camas pegadas a las paredes hasta el fondo de la estancia, del suelo hasta el techo, sostenidas por montantes.

Alguien se sentó a los pies de la litera de Wingate, apoyando su gordo trasero en sus tobillos mientras se ponía los calcetines. Wingate apartó sus pies de la intrusión. El desconocido giró su rostro hacia él.

- ¿Te he chafado, chico? Lo siento. - Luego añadió, sin ninguna animosidad -: Será mejor que salgas de aquí. El oficial de guardia te va a hacer levantar todas las camas.

Bostezó ruidosamente e hizo ademán de levantarse, apartando visiblemente a Wingate y los problemas de Wingate de su cabeza.

- ¡Espera un momento! - exclamó Wingate rápidamente.

- ¿Eh?

- ¿Dónde estoy? ¿En la cárcel?

El desconocido estudió los ojos inyectados de sangre de Wingate y su abotagado y sucio rostro con un desprendido y no malicioso interés.

- Muchacho, oh muchacho, la agarraste buena anoche. Seguro que te bebiste todo el dinero de la prima.

- ¿Dinero de la prima? ¿De qué infiernos estas hablando?

- Honestamente, por la salud de Dios, ¿no sabes dónde estás?

- No.

- Bueno... - el otro parecía reluciente a proclamar una verdad hecha tonta por la evidencia misma, hasta que la expresión de Wingate le convenció de que realmente lo deseaba saber -. Bueno, estás en la Estrella Vespertina, rumbo a Venus.

Un par de minutos más tarde el desconocido le tocó un brazo.

- No te lo tomes así, chico. No es para excitarse tanto.

Wingate apartó las manos de su rostro y las apretó contra sus sienes.

- Esto no es real - dijo, hablando más para sí mismo que para el otro -. No puede ser real...

- Cállate. Ven y vamos a desayunar.

- No podré comer nada.

- Tonterías. Comprendo lo que sientes... algunas veces yo también me siento así. Lo que necesitas es comida. - El oficial de guardia selló la cuestión llegando y clavándole a Wingate su porra en las costillas.

- ¿Qué te crees que es esto... una enfermería, un camarote de primera clase? Levanta esas literas.

- Tranquilo, compañero, tranquilo - concilio el nuevo conocido de Wingate -, nuestro chico no es el mismo hoy. - Mientras hablaba obligó a Wingate a ponerse en pie con una de sus masivas manos, luego con la otra levantó la fila de literas contra la pared. Los pernos penetraron en sus encajes con un chasquido, y la fila de literas quedó fijada verticalmente a la pared.

- Va a encontrarse condenadamente peor si interfiere con mi rutina - predijo el oficial subalterno. Pero se fue. Wingate permaneció de pie descalzo sobre el piso, inmóvil y abrumado por una sensación de desalentada indecisión que se vio reforzada por el hecho de que iba vestido solamente con ropa interior. Su defensor lo estudió.

- Has olvidado tu almohada. Aquí está... - Tendió una mano hacia la bolsa formada por la litera inferior y la pared y extrajo un paquete plano cubierto por un plástico transparente. Lo desprecintó y sacudió el contenido, un simple mono de trabajo de gruesa tela. Wingate se lo puso, agradecido -. Puedes conseguir que te den un par de zapatillas después del desayuno

- añadió su amigo -. Ahora vamos a comer.

El último de la cola había abandonado ya la ventanilla de la cocina cuando llegaron, y la ventanilla estaba cerrada. El compañero de Wingate llamó.

- ¡Abran aquí!

Se abrió bruscamente.

- No hay reenganche - anunció un rostro.

El desconocido impidió con una mano que la ventanilla se cerrara de nuevo.

- No queremos reenganche, aún no nos has dado nada.

- ¿Por qué diablos no podéis venir a la hora? - gruñó el funcionario de la cocina. Pero dejó sobre el mostrador dos raciones en sus cartones correspondientes. El fornido compañero de Wingate le tendió a éste una, y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared de la cocina.

- ¿Cuál es tu nombre, chico? - inquirió, mientras quitaba la tapa de su ración -. El mío es Hartley... «Talego» Hartley.

- El mío Humphrey Wingate.

- De acuerdo, Hump. Encantado de conocerte. Ahora, ¿qué cuento es ese que me has estado contando? - Se metió en la boca un trozo imposible de huevo duro y sorbió el café del fondo de su cartón.

- Bueno - dijo Wingate, con el rostro contorsionado por la preocupación -. Me temo que he sido raptado. - Intentó emular el método de Hartley de beber, y sólo consiguió echarse todo el líquido por el rostro.

- Hey... no es así como se hace - dijo Hartley apresuradamente -. Ponte un extremo en la boca, y luego sorbe tan sólo lo que puedas tragar. Así. - Hizo una demostración -. Tu teoría no me suena verdadera. La compañía no necesita obligar a nadie con tantos tipos que tiene haciendo cola para firmar. ¿Qué ocurrió? ¿Puedes recordarlo?

- Lo último que recuerdo - dijo - es una discusión con un piloto de giroscopios acerca de su oficio.

Hartley asintió.

- Siempre están armando líos. ¿Crees que te puso alguna droga?

- Bueno... no, creo que no. Parece que me encuentro perfectamente bien, excepto por esa condenada resaca que puedes imaginarte.

- Se te pasará. Puedes dar gracias a que la Estrella Vespertina sea una nave de alta gravedad en lugar de una de trayectoria normal. Entonces sí estarías realmente enfermo, y no es ninguna broma.

- ¿Cómo es eso?

- Quiero decir que se pasa acelerando y desacelerando todo el trayecto. Tiene que hacerlo, puesto que lleva cabinas de pasajeros. Si nos hubiesen enviado en un cargo, la cosa hubiera sido diferente. La envían a su trayectoria prefijada, y hace sin peso el resto del viaje. ¡Muchacho, cómo sufren los que no están acostumbrados! - soltó una risita.

Wingate no estaba en condiciones de discutir los inconvenientes de las molestias del espacio.

- Lo que no acabo de comprender - dijo - es cómo he ido a parar aquí. ¿Supones que pueden haberme traído a bordo por error, pensando que era otra persona?

- No puedo decirlo. Oye, ¿no piensas terminar tu desayuno?

- No me apetece. - Hartley tomó su afirmación como una invitación, y terminó rápidamente la ración de Wingate. Luego se levantó, hizo una bola con los cartones, los metió en un dispositivo de caída y dijo:

- ¿Qué vas a hacer al respecto?

- ¿Que qué voy a hacer al respecto? - una expresión decidida apareció en el rostro de Wingate. Voy a ir directamente a ver al capitán y a pedirle una explicación, ¡eso es lo que voy a hacer!

- Yo me tomaría las cosas con calma, Hump - comentó dubitativamente Hartley.

- ¡Infiernos, con calma! - Se puso en pie de un salto -. ¡Huau! ¡Mi cabeza!

El oficial de guardia los mandó al oficial en jefe para quitárselos de encima. Hartley aguardó con Wingate en el exterior del camarote del oficial en jefe para hacerle compañía.

- Será mejor que le sueltes todo el asunto en seguida - advirtió.

- ¿Por qué?

- Aterrizaremos en la Luna dentro de pocas horas. La parada para reaprovisionarnos de combustible en Luna City antes de entrar en el espacio profundo puede ser tu última oportunidad de largarte de aquí, a menos que quieras volver a pie.

- No había pensado en ello - admitió Wingate más animado -. Pensé que tendría que hacer todo el viaje de ida y vuelta en cualquier caso.

- No me sorprendería, pero siempre podrás tomar el Estrella Matutina dentro de una o dos semanas. Si es un error suyo, deberán enviarte de vuelta.

- Eso no me preocupa - dijo Wingate furiosamente -. Puedo ir directamente al banco en Luna City, hacer que me extiendan una carta de crédito sobre mi banco, y comprar un billete en la lanzadera Tierra - Luna.

La actitud de Hartley sufrió un sutil cambio. Nunca en su vida había hecho que le «extendieran una carta de crédito». Quizás un hombre así pudiera llegar hasta el capitán y ampararse en la ley.

El oficial en jefe escuchó la historia de Wingate con obvia impaciencia, y le interrumpió a la mitad para consultar su lista de emigrantes. Puso su índice sobre la W, y marcó una línea. Wingate leyó con un súbito desfallecimiento. Era su propio nombre, correctamente escrito.

- Ahora largúese - ordenó el oficial - y deje de hacerme perder el tiempo.

Pero Wingate se plantó ante él.

- Usted no tiene autoridad en este asunto... ninguna en absoluto. Insisto en que me lleve a presencia del capitán.

- ¿Que usted in...? - Wingate tuvo la momentánea sensación de que el hombre iba a golpearle. Le interrumpió.

- Vaya con cuidado con lo que hace. Aparentemente es usted víctima de un honesto error... pero su posición legal puede verse muy comprometida si olvida usted las disposiciones de la ley del espacio bajo las cuales navega esta nave. No creo que a su capitán le gustara mucho tener que explicar tales acciones por su parte ante un tribunal federal.

Que había conseguido poner furioso al hombre era evidente. Pero un hombre no llega a ser oficial jefe de policía de un transporte importante poniendo en aprietos a sus oficiales superiores. Los músculos de su mandíbula se crisparon, pero pulsó un botón sin decir nada. Un oficial de guardia más joven apareció.

- Lleve a este hombre al sobrecargo. - Le volvió la espalda como despedida y disco un número en el sistema intercomunicador de la nave.

Wingate tuvo que aguardar para ver al sobrecargo, un ex agente comercial de la compañía.

- ¿Qué es lo que pasa? - preguntó el oficial -. Si tiene usted alguna queja, ¿por qué no la presenta en las audiencias matutinas en la forma reglamentaria?

Wingate le explicó su caso tan clara, convincente y persuasivamente como le fue posible.

- Y como puede usted ver - concluyó -, deseo desembarcar en Luna City. No deseo causar a la compañía ninguna molestia con respecto a este indudable e inintencionado error... particularmente cuando me veo obligado a admitir que estuve de celebración la noche anterior y quizás, en algún modo, yo mismo contribuí a ese error.

El sobrecargo, que había escuchado impasiblemente toda la exposición, no respondió. Buscó en una alta pila de expedientes que tenía en una esquina de su escritorio, seleccionó uno y lo abrió. Contenía un fajo de papeles de aspecto legal sujetos por arriba con un clip. Los estudió atentamente durante algunos minutos, mientras Wingate aguardaba.

El sobrecargo respiraba con un jadeo asmático mientras leía, y de vez en cuando tamborileaba sus descubiertos dientes con las uñas. Wingate ya casi había decidido, en su estado de nervios, que si el hombre acercaba la mano a su boca tan sólo una vez más, él, Wingate, gritaría y empezaría a arrojar cosas. En ese punto, el sobrecargo empujó el dossier hacia Wingate a través del escritorio.

- Será mejor que le eche un vistazo a eso - dijo.

Wingate lo hizo. El documento principal era un contrato, debidamente extendido, entre Humphrey Wingate y la Compañía para el Desarrollo de Venus, para seis años de trabajo reglamentario en el planeta Venus.

- ¿Es ésta su firma? - preguntó el sobrecargo.

La cautela profesional de Wingate le hizo no precipitarse. Estudió atentamente la firma a fin de ganar tiempo mientras intentaba recuperar el dominio de sí mismo.

- Bueno - dijo finalmente -, debo reconocer que se parece mucho a mi firma, pero no puedo afirmar que sea mi firma... no soy un experto calígrafo.

El sobrecargo apartó de sí la objeción con expresión de fastidio.

- No tengo tiempo de discutir con usted. Comprobemos la huella dactilar de su pulgar. Aquí.

- Tendió un tampón. Por un momento Wingate consideró sus derechos legales a negarse, pero no, aquello no haría más que perjudicar su caso. No tenía nada que perder; no podía ser su huella dactilar en el contrato. Así que...

Pero lo era. Incluso sus no entrenados ojos podían ver que las dos huellas coincidían. Trató de dominar una oleada de pánico. Aquello era probablemente una pesadilla, inspirada por su discusión de la pasada noche con Jones. O, si por alguna loca casualidad era real, se trataba de un fraude que no tardaría en descubrir. Los hombres de su estilo no se dejaban engañar; todo aquello era ridículo. Midió cuidadosamente sus palabras.

- No discutiré su posición, querido señor. En alguna forma tanto usted como yo hemos sido víctimas de alguna lamentable broma. No creo que sea necesario hacer notar que a un hombre inconsciente, como debía estarlo yo la pasada noche, pueden tomársele sus huellas dactilares sin su consentimiento. Superficialmente este contrato es válido, y

naturalmente asumo su buena fe en el asunto. Pero, de hecho, el documento carece de un elemento necesario en un contrato.

- ¿Cuál es?

- La intención por ambas partes de establecer ese contrato. Pese a la firma y a la huella dactilar, yo no tenía intención de contratarme, lo cual puede ser demostrado fácilmente por otros factores. Soy un abogado muy conocido, con una buena clientela, como lo demuestra mi declaración de impuestos. No es razonable creer, y ningún tribunal lo creerá, que yo abandone voluntariamente mi vida habitual por seis años de trabajo duro a una paga muy inferior.

- Así que es usted abogado, ¿eh? Quizá sí que haya habido fraude... por su parte. ¿Cómo es que se presenta usted aquí como técnico en radio?

Wingate trató de serenarse de nuevo ante aquel inesperado ataque de flanco. Realmente era experto en radio... era su hobby preferido, pero ¿cómo podían saberlo? Cállate, se dijo. No admitas nada.

- Todo esto es ridículo - protestó -. Insisto en ser llevado a ver al capitán... puedo romper ese contrato en tan sólo diez minutos.

El sobrecargo aguardó unos momentos antes de responder.

- ¿Ha dicho usted ya todo lo que tenía que decir?

- Sí.

- Muy bien. Ha sido su turno, ahora llega el mío. Escúcheme, Señor Abogado del Espacio. Ese contrato fue concebido por algunas de las mentes legales más preclaras de los dos planetas. Tuvieron específicamente presente que podía ser firmado por inútiles granujas que se beberían el dinero de su prima y luego decidirían que después de todo no tenían malditas ganas de trabajar. Ese contrato ha sido sometido a todos los tipos de ataques posibles y revisado de tal forma que ni siquiera el propio diablo pueda romperlo.

»En este momento no está usted discutiendo interpretaciones de la ley con otro leguleyo de su calaña; está usted hablando con un hombre que sabe exactamente cuál es su posición legalmente. En cuanto a ver al capitán... si usted cree que el oficial comandante de una nave como ésta no tiene otra cosa que hacer que oír los desvarios de cualquier loco o granuja que se lo pida, será mejor que cambie de opinión. ¡Regrese a su alojamiento!

Wingate empezó a hablar, luego se lo pensó mejor y se dirigió hacia la puerta. Aquello necesitaba una mayor reflexión. El sobrecargo lo detuvo.

- Espere. Aquí tiene su copia del contrato. - Se la lanzó, y la delgada hoja de papel revoloteó sobre el escritorio y cayó al suelo. Wingate la tomó y salió silenciosamente.

Hartley estaba aguardándole en el corredor.

- ¿Cómo lo has arreglado, Hump?

- No demasiado bien. No, no quiero hablar de ello. Tengo que pensar. - Anduvieron silenciosamente de regreso por donde habían venido, en dirección a la escalera que daba acceso a las cubiertas inferiores. Una figura ascendía por la escalera y avanzó hacia ellos. Wingate la miró distraídamente.

Volvió a mirarla. Repentinamente, toda la cadena de hechos que presumiblemente lo habían llevado hasta allí se abrió lugar en su mente; se sobresaltó, aliviado.

- ¡Sam! - gritó -. ¡Sam... viejo granuja, maldito sinvergüenza! Tenía que haber descubierto tu sucia mano en todo esto. - Ahora las cosas estaban claras; Sam lo había preparado todo después de emborracharle. Probablemente el capitán, un oficial de reserva quizás, estaba de acuerdo con Sam, y entre los dos habían tramado el asunto. Era una broma de mal gusto, pero se sentía demasiado aliviado como para irritarse por ello. Ya le haría pagar caro a Jones su broma, de algún modo, cuando regresaran de Luna City.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Jones no se estaba riendo.



Más aún, iba vestido - de la forma menos razonable - con el mismo mono azul de los trabajadores contratados.

- Hump - estaba diciendo -, ¿todavía sigues estando borracho?

- ¿Yo? No. ¿Qué signifi...?

- ¿No te das cuenta de que estamos metidos en un lío?

- Oh, infiernos, Sam, una broma es una broma, pero creo que ya ha durado bastante. Me has cogido, de acuerdo. No importa... fue una buena broma.

- Broma, ¿eh? - dijo Jones amargamente -. Supongo que era una broma cuando me dijiste que firmáramos.

- ¿Yo te persuadí a ti que firmáramos?

- Claro que lo hiciste. Estabas tan malditamente seguro de saber de lo que estabas hablando. Proclamaste que podíamos firmar, pasarnos un mes o dos en Venus, y luego volver a casa. Estabas dispuesto a hacer una apuesta. Y fuimos a los muelles, y firmamos. Parecía una buena idea entonces... la única forma de terminar aquella discusión.

Wingate silbó suavemente.

- Bueno, yo... Sam, no tengo el menor recuerdo de nada de eso. Creo que se me corrió un velo antes de perder la cabeza.

- Sí, imagino que sí. Lástima que no la hubieras perdido antes. No es que te lo reproche; no me arrastraste. De todos modos, voy a ver si arreglo las cosas.

- Será mejor que esperes un momento y sepas lo que me ha ocurrido a mí. Oh, sí... Sam, éste es, uh, Talego Hartley. Un buen muchacho. - Hartley había permanecido algo apartado, aguardando indeciso; se adelantó y estrechó su mano.

Wingate le contó a Jones lo ocurrido, y añadió:

- Así que es probable que el recibimiento que te dispensen no sea más amistoso que el mío. Me temo que he cometido un error. Pero estoy seguro de que podremos romper el contrato tan pronto como podamos conseguir ser oídos, a su debido tiempo.

- ¿Qué quieres decir?

- Hemos firmado menos de doce horas antes de la partida de la nave. Eso es contrario a la Ley de Seguridad en el Espacio.

- Sí... sí, entiendo lo que quieres decir. La Luna en su último cuarto; debieron zarpar poco después de la media noche para aprovechar la situación ventajosa de la Tierra. Me pregunto qué hora sería cuando firmamos.

Wingate tomó la copia de su contrato. El sello del notario señalaba las once y treinta y dos.

- ¡Estupendo! - exclamó -. Sabía que tenía que haber un fallo en alguna parte. Este contrato es nulo de la cabeza a los pies. El diario de la nave lo probará.

Jones lo estudió más atentamente.

- Mira de nuevo - dijo. Wingate obedeció. El sello marcaba las once treinta y dos, pero A.M., no P.M.

- Pero esto es imposible - protestó.

- Por supuesto que lo es. Pero es oficial. Pienso que descubriremos que la historia es que firmamos por la mañana, recibimos el dinero de nuestra prima de enganche y nos corrimos la gran juerga antes de ser llevados a bordo. Creo recordar que tuvimos ciertas dificultades en conseguir que nos reclutaran. Quizá les convencimos dándoles un buen pellizco de nuestra prima.

- Pero nosotros no firmamos por la mañana. Esto no es cierto, y yo puedo probarlo.

- Seguro que puedes probarlo... ¿pero cómo piensas hacerlo sin regresar antes a la Tierra?

- Así que puedes ver que no hay otro camino - decidió Jones tras algunos minutos de infructuosa discusión -. No tiene sentido el intentar romper nuestros contratos aquí y ahora; se reirían de nosotros. Lo que hay que hacer es dejar que hable el dinero, y que hable alto. La única forma que veo de salirnos de esto en Luna City es depositar una fianza por incumplimiento de contrato en el banco de la compañía de allí... al contado, y condenadamente elevada también.

- ¿Cuan elevada?

- Veinte mil créditos como mínimo, calculo.

- Pero esto no es equitativo... está fuera de toda proporción.

- Deja de preocuparte por lo equitativo, ¿quieres? ¿No te das cuenta de que es la única forma de salirnos rápidamente de esto? No se trata de una fianza impuesta por un tribunal; ha de ser lo suficientemente grande como para que cualquier oficial menor de la compañía esté dispuesto a correr el riesgo de hacer algo que no está en los reglamentos.

- No puedo disponer de tanto dinero.

- No te preocupes por eso.. Yo me encargaré de ello.

Wingate intentó discutir aquel punto, pero se lo pensó mejor. Hay veces en que es muy conveniente tener amigos ricos.

- Tendré que mandar un radiograma a mi hermana - prosiguió Jones - para que ella se encargue...

- ¿Por qué tu hermana? ¿Por qué no la empresa de tu familia?

- Porque necesitamos actuar rápidamente, por esto. Los abogados que se ocupan de las finanzas familiares deberán reunirse y discutir tratando de confirmar el mensaje. Enviarán un mensaje al capitán, preguntándole si Sam Houston Jones está realmente a bordo, y él contestará «No», puesto que firmé como Sam Jones. Tuve la mala idea de evitar las noticias por la radio, a causa de la familia.

- No puedes reprochárselo entonces - protestó Wingate, sintiendo una imprecisa lealtad hacia sus colegas legales -. Están administrando el dinero de otras personas.

- No se lo estoy reprochando. Pero hay que actuar rápidamente, y mi hermana hará lo que yo le pida. Redactaré el mensaje de forma que sepa que es mío. El único problema ahora es convencer al sobrecargo de que me deje enviar un mensaje en clave.

Estuvo ausente durante largo rato en su misión. Hartley aguardó con Wingate, tanto para darle compañía como por un fuerte interés humano por los poco habituales acontecimientos. Cuando finalmente apareció Jones, con los labios prietos y la expresión contrariada, Wingate, viéndole, sintió un repentino y estremecedor desfallecimiento.

- ¿No has podido enviarlo? ¿No te lo ha permitido?

- Oh, me lo ha permitido... al final - admitió Jones -. Pero ese sobrecargo... ¡muchacho, es un tipo duro!

Aun sin las señales de aviso, Wingate se hubiera dado cuenta de que estaban alunizando en Luna City. El repentino cambio de la alta deceleración de gravedad de su aproximación a la débil gravedad de la superficie de la Luna - una sexta parte de la normal de la Tierra - hizo presa inmediatamente en su estragado estómago. Fue una suerte que no hubiera comido mucho. Tanto Hartley como Jones eran hombres acostumbrados al espacio profundo, y los cambios de aceleración no perturbaban sus procesos normales de ingestión. Existe una curiosa falta de simpatía entre aquellos que están sujetos al mareo del espacio y los que son inmunes a él. El porqué el espectáculo de un hombre regurgitando, ahogándose, con los ojos llenos de lágrimas, el estómago dolorosamente anudado, puede resultar divertido es difícil de decir, pero así es. Divide a la raza humana en dos grupos distintos y antagónicos... irónico desprecio por un lado, irrefrenable odio asesino por el otro.

Ni Hartley ni Jones experimentaban el inherente sadismo que es tan frecuente en estos casos

- por ejemplo aquel que sugiere cerdo salado como remedio -, pero, no sintiendo ellos ninguna molestia, simplemente eran incapaces de comprender (habiendo olvidado la terrible intensidad de sus propias experiencias como noveles) que Wingate estaba literalmente sufriendo «un destino peor que la muerte»... mucho peor, puesto que estaba sumido en una sensible eternidad por una distorsión del sentido del tiempo, conocida tan sólo por aquellos que sufren el mareo del espacio, el mareo del mar y (dicen) los fumadores de hachís.

De hecho, la parada en la Luna duraba menos de cuatro horas. Casi al final de la espera, Wingate se había recuperado lo suficiente como para interesarse en la esperada respuesta al mensaje de Jones, particularmente después de que Jones le aseguró de que podrían esperar el anhelado depósito de la fianza en Luna City, en un hotel equipado con fuerza centrífuga.

Pero la respuesta se retrasaba. Jones había esperado tener noticias de su hermana en el plazo de una hora, quizás antes de que la Estrella Vespertina alunizara en los muelles de Luna City. A medida que pasaban las horas consiguió hacerse notoriamente impopular en la cabina de radio con sus constantes preguntas. Un operador sobrecargado de trabajo lo envió bruscamente a ocuparse de sus propios asuntos por decimoséptima vez cuando oyó las señales de aviso de que la nave iba a despegar de nuevo; regresó abajo y tuvo que admitirle a Wingate que aparentemente su plan había fracasado.

- Por supuesto, tenemos aún diez minutos - terminó, sin demasiadas esperanzas -; si el mensaje llega antes de que la nave despegue, el capitán puede desembarcarnos todavía en el último minuto. Voy a volver y molestarles hasta el último momento. Pero parece una esperanza muy pequeña.

- Diez minutos - dijo Wingate -. ¿No podemos arreglarlo de alguna manera para salir y largarnos?

Jones parecía exasperado.

- ¿Has intentado alguna vez echar a correr en un vacío total?

Wingate tuvo muy poco tiempo para permanecer ocioso durante el trayecto de Luna City a Venus. Aprendió mucho acerca de la limpieza y cuidado de los lavabos, y pasó diez horas diarias perfeccionando su nueva actitud. Los oficiales de servicio tienen buena memoria.

La Estrella Vespertina cruzó los límites de alcance de las comunicaciones por radio nave - Tierra poco después de abandonar Luna City; no había otra cosa que hacer excepto aguardar la llegada de Adonis, puerto de la colonia del Polo Norte. La radio de la compañía tenía fuerza suficiente como para permanecer en comunicación en cualquier momento excepto durante los sesenta días de la conjunción superior y un corto período de interferencias solares en la conjunción inferior.

- Probablemente estarán esperando por nosotros con una orden de liberación cuando desembarquemos - aseguró Jones a Wingate -, y podremos volver en el viaje de regreso de la Estrella Vespertina... y esta vez en primera clase. O, en el peor de los casos, tendremos que esperar a la Estrella Matutina. No será tan malo, una vez nos transfieran algo de crédito; podremos gastarlo en Venusburg.

- Supongo que estuviste allí en tu crucero - dijo Wingate, con un tono de curiosidad en su voz. No era un sibarita, pero la extraordinaria reputación de la más infame, o famosa (dependía de la valoración de cada uno) ciudad de placer de los tres planetas era suficiente para despertar la imaginación del más hedonista.

- No... ¡mala suerte! - negó Jones -. Estuve todo el tiempo realizando una inspección completa del casco. Algunos de mis compañeros estuvieron, sin embargo... ¡muchacho! - silbó suavemente y agitó la cabeza.

Pero nadie les esperaba a su llegada, ni había ningún mensaje. Permanecieron rondando de nuevo la cabina de comunicaciones hasta que se les dijo categórica y

oficialmente que se fueran a sus dependencias y permanecieran allí hasta el desembarco... ¡y aprisa!

- Te veré en los barracones de recepción, Hump - fueron las últimas palabras de Jones antes de dirigirse apresuradamente a sus alojamientos.

El oficial de guardia responsable del alojamiento donde estaban Hartley y Wingate hizo formar a sus hombres en una irregular columna de a dos, y cuando el metálico bramido del altavoz de la nave dio la orden, los condujo a través del corredor central y cuatro cubiertas más abajo hasta el puerto inferior de pasajeros. Estaba abierto; penetraron en la compuerta y salieron de la nave... no al aire libre de Venus sino a un túnel metálico que conducía, tras unos cincuenta metros de recorrido, a un edificio.

El aire en el interior del túnel era todavía áspero debido al antiséptico atomizado que se le había inyectado, pero Wingate lo encontró fresco y estimulante tras el denso y repetidamente reacondicionado aire del transporte. Eso, más la gravedad de la superficie de Venus, cinco sextas partes de la normal de la Tierra, lo suficientemente fuerte como para prevenir las náuseas proporcionando, sin embargo, una sensación de ligereza y de fuerza... esas cosas combinadas le proporcionaron un irracional optimismo, un estado mental capaz de todo.

La salida del túnel daba a una habitación moderadamente amplia, sin ventanas pero brillantemente iluminada con una luz fría y sin sombras que surgía de fuentes ocultas. No contenía ningún mueble.

- ¡Escuadraaaaa... ALTO! - gritó el oficial de guardia, y tendió un fajo de papeles a un hombrecillo delgado con aspecto de funcionario que permanecía de pie en la puerta interior. El hombre echó una ojeada a los papeles, contó el destacamento, luego firmó una hoja, se la devolvió al oficial subalterno de la nave, y éste la aceptó y regresó al túnel.

El funcionario se giró hacia los inmigrantes. Iba vestido, observó Wingate, con tan sólo un insignificante pantaloncillo corto, casi una tira, y todo su cuerpo, incluso sus pies, tenía un suave tono bronceado.

- Ahora, muchachos - dijo con voz suave -, quitaos las ropas y colgadlas en esas perchas -. Señaló una hilera de perchas clavadas a la pared.

- ¿Por qué? - preguntó Wingate. Su actitud no era irrespetuosa, pero no hizo ningún ademán de obedecer.

- Vamos - respondió el hombrecillo, aún con voz suave pero con un tono de ligera irritación -, no discutamos. Es para vuestra propia protección. No podemos permitir el importar enfermedades.

Wingate reprimió su respuesta y bajó la cremallera de su mono. Algunos que se habían detenido para ver en qué terminaba aquello siguieron su ejemplo. Ropas, zapatos, ropa interior, calcetines, todo fue a las perchas.

- Seguidme - dijo su guía.

En la siguiente habitación el desnudo rebaño se enfrentó a cuatro «barberos» armados con maquinillas eléctricas y guantes de goma, que procedieron a raparlos al cero. De nuevo Wingate

estuvo a punto de discutir, pero decidió que el resultado no valía la pena. Pero se preguntó si la mano de obra femenina se vería obligada a someterse también a tan drásticas precauciones de cuarentena. Le parecía que era una lástima sacrificar una hermosa cabellera que podía haber tardado veinte años en crecer.

La habitación contigua era la de las duchas. Una cortina de agua caliente bloqueaba completamente el paso a través de toda la habitación. Wingate entró decididamente, casi alegre, y disfrutó del primer baño decente que había podido tomar desde que salió de la Tierra. Se les dio una abundante cantidad de un verdoso jabón líquido, fuerte y perfumado, pero que se disolvía muy aprisa. Media docena de ayudantes, vestidos tan sucintamente como su guía, aguardaban al otro extremo de la gran cortina de agua y vigilaban que la escuadra permaneciera bajo los chorros el tiempo establecido. En

algunos casos realizaban sugerencias personales para asegurarse de que se cumplían las normas. Cada uno de ellos llevaba una cruz roja sobre el fondo blanco fijada a su cinturón, como justificación de su oficio.

Chorros de aire caliente en el corredor de salida lo secaron rápidamente y por completo.

- No se mueva. - Wingate obedeció, el enfermero que había hablado frotó la parte superior del brazo de Wingate con un algodón que daba una sensación de frío al tacto, luego hizo un rasguño en su piel con un pequeño estilete -. Listo. Adelante. - Wingate se situó en la cola de la siguiente mesa. La experiencia fue repetida en el otro brazo. Cuando llegó al otro lado de la habitación, la parte superior de sus brazos estaba cubierta de rojizos rasguños, más de veinte.

- ¿Eso es todo? - preguntó a un auxiliar sanitario al final de la fila, que contó el número de rasguños y comprobó su nombre en una lista.

- Pruebas de piel... para comprobar su resistencia e inmunidades.

- ¿Resistencia a qué?

- A todo. Tanto las enfermedades terrestres como las venusianas. En Venus la mayoría son fungoides. Siga adelante, está bloqueando la fila.

Se enteró de más cosas después. Necesitó dos o tres semanas para reacondicionar su naturaleza terrestre a las condiciones de Venus. Hasta que ese reacondicionamiento fue completo y quedó establecida su inmunidad a los nuevos azares de otro planeta, era literalmente la muerte para un terrestre el exponer su piel y particularmente sus membranas mucosas a los devoradores parásitos invisibles de la superficie de Venus.

La incesante lucha de la vida por la vida que es la característica dominante de la vida en todas partes actúa con especial intensidad, bajo condiciones de alto metabolismo, en las húmedas junglas de Venus. El bacteriófago general que tan rápidamente eliminó las enfermedades causadas por los microorganismos patógenos de la Tierra fue capaz de una sutil modificación que lo volvió potente contra las análogas aunque distintas enfermedades de Venus. Los hongos voraces fueron otro asunto.

Imaginen la peor enfermedad de la piel de tipo fungoide que hayan encontrado nunca: gusano anular, comezón dhobie, pie de atleta, raíz china, comezón del agua salada, urticaria. Añadan a eso su concepción de humus, de humedad podrida, de costra, de seta venenosa cayéndose en podredumbre. Luego concíbanlo todo acelerado en su proceso, arrastrándose visiblemente mientras lo están contemplando... imagínenlo atacando sus globos oculares, sus sobacos, los suaves tejidos húmedos del interior de su boca, haciendo su trabajo en sus pulmones.

La primera expedición a Venus se perdió enteramente. La segunda llevaba un médico con la suficiente imaginación como para proveerse de lo que parecía una cantidad suficiente de ácido salicílico y salicilato de mercurio, de un pequeño radiador ultravioleta. Tres de ellos regresaron.

Pero una colonización permanente depende de la adaptación al medio, no del aislamiento de él. Luna City puede citarse como un caso que refuta esta proposición, pero es así tan sólo superficialmente. Aunque es cierto que los «lunáticos» dependen absolutamente de su burbuja de aire herméticamente sellada del tamaño de su ciudad, Luna City no es una colonia autosuficiente; es un puesto de avanzada, útil como estación minera, como observatorio, como parada de avituallamiento más allá de la porción más densa del campo gravitatorio de la Tierra.

Venus es una colonia. Los colonizadores respiran el aire de Venus, comen su comida y exponen sus pieles a su clima y a sus peligros naturales. Sólo las frías regiones polares

- equivalentes aproximadamente en condiciones climáticas a la jungla amazónica en un día caluroso de la estación de las lluvias - son soportables a los terrestres, pero deben chapotear descalzos por el pantanoso suelo en un auténtico equilibrio ecológico.

Wingate comió la comida que le ofrecían - abundante pero vulgarmente servida y de mala calidad, excepto el agridulce melón de Venus, una porción del cual como la que le daban hubiera alcanzado en un restaurante de gourmets de Chicago un precio equivalente al presupuesto alimentario de una semana para una familia de clase media -, y localizó el lugar que le habían asignado para dormir. Luego intentó localizar a Sam Houston Jones. No consiguió hallar el menor signo de él entre el resto de la mano de obra, ni a nadie que recordara haberlo visto. Uno de los miembros del personal permanente de la estación de acondicionamiento le aconsejó que preguntara al jefe de personal. Así lo hizo, en la sumisa manera que había aprendido que era conveniente dirigirse siempre a los funcionarios subalternos.

- Vuelva por la mañana. Las listas estarán expuestas.

- Gracias, señor. Lamento haberle molestado, pero no puedo encontrarle, y temía que estuviera enfermo o algo así. ¿Puede decirme usted si está en la lista de enfermos?

- Oh, bueno... espere un minuto. - El hombre recorrió sus listas con el dedo -. Hummm... ¿ha dicho usted que estaba en la Estrella Vespertina?

- Sí, señor.

- Bien, pues no está... Hummm, no... Oh, sí, aquí está. No desembarcó aquí.

- ¿Qué dice?

- Siguió con la Estrella Vespertina hacia Nueva Auckland, en el polo sur. Se alistó como ayudante maquinista. Si me lo hubiera dicho usted lo hubiéramos encontrado en seguida. Todos los operarios metalúrgicos fueron enviados a trabajar en la Nueva Estación de Energía del Sur.

Tras un momento, Wingate consiguió recuperarse lo suficiente para murmurar:

- Gracias por la molestia.

- Está bien. No importa. - El hombre le dio la espalda.

¡La colonia del Polo Sur!, murmuró para sí mismo. Su único amigo en la colonia del Polo Sur, a dieciocho mil kilómetros de allí. Wingate se sintió solo, solo y atrapado, abandonado. Durante el corto intervalo entre su despertar a bordo del transporte y el encontrar a Jones también a bordo no había tenido tiempo de apreciar completamente su situación, no había perdido su arrogancia de clase superior, la innata convicción de que aquello no era serio... que tales cosas no le ocurren a la gente, no a la gente que uno conoce.

Pero en todo aquel tiempo había sufrido tantos asaltos a su dignidad humana (el oficial en jefe se había encargado de algunos de ellos) que ya no estaba seguro de su inviolabilidad esencial contra todo tratamiento injusto o arbitrario. Y ahora, afeitado y bañado sin su consentimiento, despojado de sus ropas y con sólo un asomo de pantalón a modo de taparrabos, transportado a millones de kilómetros de su matriz social, sujeto a las órdenes de personas indiferentes a sus sentimientos y que asumían un control legal sobre su persona y acciones, ahora, más amargamente separado del único contacto humano que podía darle fuerzas para soportar todo aquello, y valor y esperanza, se daba finalmente cuenta, con una estremecedora lucidez, de que cualquier cosa podía ocurrirle, a él, a él, Humprey Belmont Wingate, conocido abogado y miembro de los más distinguidos clubs.

- ¡Wingate!

- Eres tú, Jack. Entra, no te quedes ahí esperando. - Wingate empujó la puerta y se encontró en una habitación atestada. Una treintena de hombres estaban sentados alrededor de la habitación. Cerca de la puerta había un funcionario sentado ante un escritorio, atareado con unos papeles. Un hombre de gestos bruscos estaba de pie en el espacio libre entre las sillas, cerca de una plataforma baja donde estaba concentrada toda la luz de la habitación. El funcionario del escritorio levantó la mirada y dijo:

- Suba donde puedan verlo - señaló con su estilo a la plataforma.

Wingate avanzó e hizo lo que le decían, parpadeando ante la brillante luz.

- Contrato número 482 - 23 - 06 - leyó el funcionario -, operario Humphrey Wingate, seis años, radiotécnico no certificado, paga grado seis - D, contrato disponible para la firma. - Tres semanas habían transcurrido para acondicionarlo, tres semanas sin noticias de Jones. Había pasado su prueba de exposición sin infección alguna; estaba a punto de entrar en el período activo de su contrato. El hombre de gestos bruscos empalmó con las últimas palabras del funcionario:

- Ahora, patronos, por favor... aquí tenemos a un hombre excepcionalmente prometedor. Casi no me atrevo a decirles los índices que hemos obtenido de su inteligencia, adaptabilidad y tests de información general. De hecho no voy a hacerlo, excepto para decirles que la Administración ha hecho una oferta protectora de mil créditos. Pero sería una lástima utilizar a un operario como éste en el trabajo rutinario de la administración cuando necesitamos tantos buenos hombres para arrancarle sus riquezas a las regiones salvajes. Me atrevería a predecir que el afortunado postor que obtenga los servicios de este operario estará utilizándolo como capataz antes de un mes. Pero véanlo por ustedes mismos, hablen con él, compruébenlo.

El funcionario le susurró algo al orador. Éste asintió y añadió:

- Me piden que les notifique, caballeros y patronos, que este operario ha presentado la habitual renuncia legal hace dos semanas, sujeta por supuesto a los lazos del contrato. - Se rió jovialmente, y guiñó un ojo como si bajo sus palabras se ocultara algún chiste gracioso. Nadie prestó atención a su advertencia; Wingate apreció hasta cierto punto la naturaleza de la broma. Había presentado su renuncia al día siguiente de saber que Jones había sido enviado a la colonia del Polo Sur, y había descubierto que si bien teóricamente era libre de despedirse en cualquier momento, esto representaba en realidad ser libre de morir de hambre en Venus, a menos que primero trabajase lo suficiente como para ganarse su manutención y su pasaje, tanto de ida como de vuelta.

Algunos de los patronos se habían reunido alrededor de la plataforma y lo miraban, discutiendo entre ellos mientras lo hacían. «No se le ve muy musculoso.» «Nunca me ha entusiasmado contratar a esos chicos listos; siempre traen problemas.» «No, pero un obrero estúpido no vale la pena mantenerlo.» «¿Que qué podemos hacer? Yo voy a echar un vistazo a su expediente.» Se acercaron al escritorio del funcionario y escrutaron los resultados de los numerosos tests y exámenes que había sufrido Wingate durante su período de cuarentena. Todos menos uno, un individuo de ojos saltones que se quedó mirando de cerca a Wingate y, apoyando un pie en la plataforma para verle aún de más cerca, habló con tonos confidenciales.

- Muchacho, no estoy interesado en esos tipos llenos de pretensiones. Cuéntame algo de ti.

- No hay mucho que contar.

- Dejémoslo, pues, le gustará mi casa. Es como un hogar... tengo un bar gratuito para mis muchachos en Venusburg. ¿Tienes alguna experiencia en manejar negros?

- No.

- Bueno, los nativos no son en absoluto negros, es sólo una manera de hablar. Tendrías que ver cómo podrías manejar una pandilla de ellos. ¿No tienes ninguna experiencia?

- No mucha.

- Bueno... quizá seas modesto. Me gustan los hombres que saben tener la boca cerrada. Y mis muchachos me quieren. Nunca dejo que mi pie se plante en sus traseros.

- No - dijo otro patrono, que había vuelto junto a la plataforma -, lo planta en otro sitio, Rigsbee.

- ¡No se meta en esto, Van Huysen!

El recién llegado, un hombre grueso de mediana edad, ignoró al otro y se dirigió a Wingate.

- Ha presentado usted su renuncia. ¿Por qué?
- Todo esto fue un error. Estaba borracho.
- ¿Quiere usted trabajar honradamente mientras tanto?

Wingate se lo pensó.

- Sí - dijo finalmente. El hombre grueso asintió y regresó pesadamente a su silla, apretándose cuidadosamente el cinturón y tirando de su escasa indumentaria.

Cuando los otros se hubieron sentado, el portavoz anunció alegremente:

- Y ahora, caballeros, si ya han terminado ustedes... vamos a iniciar las ofertas para su contrato. Les confieso que me gustaría conservarlo como ayudante mío, ¡y por los cielos que voy a hacerlo! Y ahora... ¿he oído alguna oferta?

- Seiscientos.

- ¡Por favor, patronos! ¿No me han oído mencionar que hay una protección de mil?

- No creía que lo dijera en serio. Es un dormido.

El agente de la compañía enarcó las cejas.

- Lo siento. Voy a tener que decirle al operario que baje de la plataforma.

Pero antes de que Wingate lo hiciera, otra voz dijo:

- Mil.

- ¡Bueno, esto está mejor! - exclamó el agente -. Sabía que no iban a dejar escapar una auténtica oportunidad como ésta, caballeros. Pero una nave no puede volar con un solo chorro. ¿He oído mil cien? Vamos, patronos, no pueden hacer sus fortunas sin mano de obra. ¿He oído...?

- Mil cien.

- ¡Mil cien del patrón Rigsbee! Y una buena ganga, a este precio. Pero dudo que pueda conseguirla. ¿He oído mil doscientos?

El hombre gordo levantó un dedo.

- Mil doscientos del patrón Van Huysen. Veo que he cometido un error y les estoy haciendo perder el tiempo; las pujas no pueden ser de menos de doscientos. ¿He oído mil cuatrocientos? ¿He oído mil cuatrocientos? Mil doscientos a la una... mil doscientos...

- Cuatrocientos - dijo Rigsbee, cariacontecido.

- Setecientos - saltó inmediatamente Van Huysen.

- Ochocientos - restalló Rigsbee.

- Nooo - dijo el agente -. No pujas inferiores a los doscientos por favor.

- ¡De acuerdo, maldita sea, novecientos!

- Novecientos, he oído. Es un número difícil de escribir; ¿quién ofrece dos mil cien? - El dedo de Van Huysen se elevó de nuevo -. Dos mil cien ahí. Cuesta dinero el ganar dinero. ¿Qué he oído? ¿Qué he oído? - Hizo una pausa -. Dos mil cien a la una... Dos mil cien a las dos... ¿Tan fácilmente abandona usted, patrón Rigsbee?

- Van Huysen es un... - el resto fue un murmullo indistinto, imposible de oír.

- Una posibilidad más, caballeros. A la una, a las dos... ¡adjudicado! - dio una fuerte palmada -. Vendido al patrón Van Huysen por dos mil cien créditos. Mi enhorabuena, señor, por su buena compra.

Wingate siguió a su nuevo dueño hacia la puerta más lejana. En el corredor fueron detenidos por Rigsbee.

- Muy bien, Van, ya ha conseguido lo que quería. Le indemnizo la pérdida en dos mil.

- Fuera de mi camino.

- No sea estúpido. No es negocio. Usted no sabe cómo hacer sudar a un hombre... yo sí. - Van Huysen lo ignoró y siguió su camino. Wingate lo siguió al exterior, bajo una cálida llovizna invernal, hacia un aparcamiento lleno de hileras paralelas de cocodrilos de acero. Van Huysen se detuvo al lado de un Remington de diez metros.

- Entre.



El largo cuerpo del cocodrilo, en forma de caja, estaba repleto hasta la línea de carga con mercancías que Van Huysen había comprado en la base. Tendidos en la lona que cubría la embarcación había media docena de hombres. Uno de ellos se incorporó al ver a Wingate subir.

- ¡Hump! ¡Oh, Hump!

Era Hartley. Wingate se sintió sorprendido de su propia emoción. Aferró la mano de Hartley y cambiaron amistosos insultos.

- Chicos - dijo Hartley -, os presento a Hump Wingate. Es un buen muchacho. Hump, te presento a la pandilla. Este que hay detrás de ti es Jimmie. Es quien lleva este velocípedo.

El hombre designado dirigió a Wingate un enérgico movimiento de cabeza y se dirigió hacia la silla del operador. A una señal de Van Huysen, que había acomodado su persona en la Pequeña cabina cubierta de atrás, movió las dos palancas de control y el cocodrilo avanzó arrastrándose, con sus orugas resonando y chapoteando en el barro.

Tres de los seis hombres eran veteranos, incluido Jimmie, el conductor. Habían venido a traer carga, los productos del rancho que el patrón había vendido en el mercado, y a llevarse las mercancías que había comprado. Van Huysen había adquirido los contratos de otros dos trabajadores, además de Wingate y Talego Hartley. Wingate los reconoció como hombres a los que había visto ocasionalmente en la Estrella Vespertina y en la estación de clasificación y acondicionamiento. Parecían algo asustados, lo cual Wingate podía comprender perfectamente, pero los hombres del rancho parecían estarse divirtiendo enormemente. Parecían considerar la oportunidad de ir a la ciudad a vender mercancía como una evasión. Permanecían tendidos en la lona, y pasaban el tiempo charlando y trabando amistad con los nuevos compañeros.

Pero no hicieron preguntas personales. Ningún trabajador en Venus hace nunca preguntas a nadie acerca de lo que ha sido antes de embarcarse con la compañía, a menos que éste dé voluntariamente la información. Son cosas que «no se hacen».

Poco después de abandonar Adonis, el vehículo empezó a descender una pendiente, siguió una baja ribera y se metió pesadamente en el agua. Van Huysen abrió una ventanilla en su cabina que le separaba del resto de la embarcación y gritó:

- ¡Dumkopf! ¿Cuántas veces debo decirte que entres suavemente en el agua?

- Lo siento, jefe - respondió Jimmie -. Lo olvidé.

- ¡Será mejor que prestes más atención, o voy a tener que cambiar de conductor! - Cerró la ventanilla de golpe. Jimmie miró a su alrededor y guiñó un ojo a los demás. Tenía las manos ocupadas; el pantano que estaban atravesando parecía tierra firme, tan cubierta estaba el agua de espesa vegetación. El cocodrilo funcionaba ahora como una barca, con las amplias palmas de sus patas actuando como paletas. La aguzada proa apartaba a un lado las hierbas y demás plantas acuáticas, o golpeaba y hundía los pequeños troncos de árboles. Ocasionalmente el vehículo topaba con un pequeño promontorio a ras de agua, y volvía a convertirse temporalmente en un vehículo terrestre. Las finas y nerviosas manos de Jimmie se movían constantemente en los controles, evitando los grandes árboles y buscando siempre el camino más fácil y directo, compartiendo su atención entre el terreno que tenía ante sí y la brújula direccional.

La conversación fue languideciendo, y uno de los hombres del rancho empezó a cantar. Tenía una aceptable voz de tenor, y muy pronto se le unieron los demás. Wingate se dio cuenta de que él también se unía al coro tan pronto como aprendía la letra. Cantaron Libro de Paga y Desde que el Impulsor tropezó con mi primo y una canción triste llamada Lo encontraron en la selva. Pero ésta fue seguida por otra canción alegre, La noche en que paró la lluvia, que parecía ser una sucesión interminable de versos contando los varios e increíbles acontecimientos que habían ocurrido en aquella ocasión. («El Exprimidor pagó una ronda...»)

Jimmie consiguió el aplauso y la entusiasta aprobación del coro con una cancioncilla titulada Esa chica pelirroja de Venusburg, pero Wingate la consideró inexcusablemente vulgar. No tuvo tiempo, sin embargo, de reflexionar al respecto; fue enseguida inmediatamente por otra que le hizo perder la cabeza.

La empezó el tenor, suave y lentamente. Los demás cantaban el estribillo cuando él paraba... todos menos Wingate; éste permanecía silencioso y pensativo. En medio de la segunda estrofa el tenor calló, y los demás cantaron en su lugar.

Oh, sellas tu papel y firmas tu nombre  
(¡Ve adelante! ¡Ve adelante!)  
Pagan tu bonificación y compran tu vergüenza  
(¡Lamenta el día! ¡Lamenta el día!)  
Te dejan en la isla Ellis y te dan una pluma;  
Allí ves lo que les ocurre a los hombres con Seis Años...  
¡No te pagan bonificación y te hacen firmar de nuevo!  
(¡Quedarse aquí! ¡Quedarse aquí!)  
Pero yo ahorraré mi paga y un billete para la nave  
(¡Eso es lo que dices! ¡Eso es lo que dices!)  
Y luego me veréis marchar en el próximo vuelo  
(¡Que venga el día! ¡Que venga el día!)  
Oh, hemos oído esa historia mil y una veces.  
¡No te pagan bonificación y te hacen firmar de nuevo!  
¡Te veremos la próxima vez en Venusburg pagando tus diversiones!  
(Hablando lentamente)  
¡Y nunca cobrarás tu prima en este enganche!  
(¡Vete ya!)

Dejó a Wingate con una sensación depresiva no enteramente atribuible a la tibia llovizna o al poco atractivo paisaje, ni a la cortina de pálida niebla que era el invariable sustituto venusiano del cielo. Se retiró a un rincón y se concentró en sí mismo, hasta que, mucho más tarde, Jimmie gritó:

- ¡Luces a proa!

Wingate se asomó y miró ansiosamente hacia su nuevo hogar.

Cuatro semanas, y ni una palabra de Sam Houston Jones. Venus había girado otra vez sobre su eje, el largo «invierno» quincenal de Venus había dado paso a un «verano» igualmente corto... indistinguible del «invierno» excepto porque la lluvia era un poco más intensa y un poco más cálida... y ahora era «invierno» de nuevo. El rancho de Van Huysen, al estar cerca del polo, nunca se encontraba, como la mayor parte de la zona habitable de Venus, en la oscuridad. La siempre presente capa de nubes, de kilómetros de espesor, atenuaba la luz del cercano sol durante el largo día, e igualmente conservaba el calor y difundía la luz de un sol por debajo mismo del horizonte para producir un constante crepúsculo durante el período de dos semanas que oficialmente era denominado «noche» o «invierno».

Cuatro semanas, y ni una palabra. Cuatro semanas sin sol, sin luna, sin estrellas, sin amanecer. Ninguna fresca brisa de la mañana, ninguna aceleración de los latidos del sol del mediodía, ninguna bienvenida de las sombras del atardecer, nada en absoluto que permitiera distinguir una pegajosa y taciturna hora de la siguiente, excepto la rutina circular del dormir y trabajar y comer y dormir de nuevo... nada excepto el creciente dolor en su corazón por la nostalgia de los fríos cielos azules de la Tierra.

Tuvo que acceder a la invariable costumbre de que los recién llegados pagaran una ronda a los demás trabajadores, y firmó los vales del Exprimidor para obtener agua de felicidad - rhira - para ello... para descubrir, cuando firmó por primera vez el libro de paga, que su gesto de compañerismo le había costado otros cuatro meses de retraso antes de que pudiera abandonar legalmente su «trabajo». Así que resolvió no firmar nunca más un vale, abandonó su propósito de pasar unas breves vacaciones en Venusburg, y se prometió a sí mismo ahorrar todos los créditos que le fuera posible para pagar su prima y el transporte.

Mientras tanto, descubrió que la bebida ligeramente alcohólica no era ni un vicio ni un lujo, sino una necesidad, tan necesaria para la vida humana en Venus como el factor ultravioleta presente en todos los sistemas de iluminación coloniales. Produce no embriaguez, sino ligereza de corazón, libra de las preocupaciones, y sin ella es imposible dormir. Tres noches de autorrecreaciones y lucha, tres días de drogarse inútilmente bajo la enemistosa mirada del capataz, y había firmado por su botella aun siendo consciente de que su precio se había llevado más de la mitad del microscópico progreso de aquel día hacia su libertad.

Tampoco había sido asignado a las operaciones de radio. Van Huysen tenía un operador. Wingate, aunque inscrito en los libros como operador auxiliar, fue a los pantanos como todos. Descubrió, releendo su contrato, una cláusula que permitía a su patrón hacerlo, y admitió con la mitad de su mente - la fría mitad judicial y legalista - que la cláusula era razonable y lógica y equitativa.

Fue a los pantanos. Aprendió a lisonjear y a intimidar a la pequeña y apacible raza anfibia en el cultivo de los bulbos subacuáticos del *Hyacinthus veneris johnsoni* - el alga acuática de Venus - y a sobornar la cooperación de sus matriarcas con promesas de bonos en forma de «thigarek», un término que significaba no sólo cigarrillo, sino tabaco en cualquier forma, la moneda de cambio usual en los tratos con los nativos.

Ocupó su turno en la tala de troncos y aprendió, lenta y torpemente, a cortar y arrancar la esponjosa corteza de la médula del diámetro de un guisante que es lo único que tiene valor comercial y que debe ser extraída intacta, sin romperla, sin ni siquiera arañarla. El jugo de las vainas dejó sus manos endurecidas, y el olor le hizo toser y lloriquear, pero le gustó más que su trabajo en los pantanos, ya que aquí gozaba de la compañía de operarias femeninas. Las mujeres eran más rápidas que los hombres en aquel trabajo, y sus dedos más hábiles en arrancar la valiosa y fácilmente dañable médula. Los hombres eran usados en ese trabajo sólo cuando la acumulación de cosecha requería ayuda extra.

Aprendió su nuevo oficio de una vieja maternal a la que las demás mujeres llamaban Hazel. Hablaba mientras trabajaba, con sus nudosas y viejas manos moviéndose sistemáticamente y sin esfuerzo aparente. Podía cerrar los ojos e imaginar que estaba de vuelta en la Tierra y era de nuevo un muchacho, rondando alrededor de la cocina de su abuela mientras ella mondaba guisantes y cocinaba.

- No te apresures, muchacho - le dijo Hazel -. Trabajas que le vas a dar envidia al diablo. Se acerca un gran día.

- ¿Qué tipo de gran día, Hazel?

- El día en que los Ángeles del Señor se levantarán y destruirán las fuerzas del mal. El día en que el Príncipe de las Tinieblas será arrojado al abismo y el Profeta reinará sobre los hijos del Cielo.

Así que no te preocupes; no importa que estés aquí o de vuelta a casa cuando llegue el gran día; lo único que importa es tu estado de gracia.

- ¿Estás segura de que viviremos lo suficiente como para ver ese día?

Ella miró a su alrededor, luego se inclinó confidencialmente hacia él.

- El día está ya casi sobre nosotros. Incluso ahora el Profeta está andando por el mundo reuniendo sus fuerzas. De la hermosa región agrícola del valle del Mississippi

surgirá el hombre, conocido en este mundo - bajó aún más su voz - como ¡el Mensajero de Nehemías!

Wingate confió que su movimiento de sorpresa y diversión no se reflejara exteriormente. Recordó el nombre. Era el de una secta de toscos y chiflados evangelistas, de poca importancia allí en la Tierra, el inicio de una nueva religión transitoria, un hombre sin la menor trascendencia.

El capataz lo sacudió en su banco.

- ¡Hey, tú, manten tus ojos en el trabajo! Te estás quedando rezagado. - Wingate se apresuró a obedecer, pero Hazel vino en su ayuda.

- Déjalo que trabaje a su aire, Joe Tompson. Se necesita tiempo para aprender esto.

- De acuerdo, mami - respondió el capataz con una sonrisa -. Pero haz que se espabile, ¿eh?

- Lo haré. Tú preocúpate de los demás. Nosotros haremos nuestra cuota. - Wingate había sido castigado con dos días de paro por estropear parte de su producción. Hazel le estaba prestando ahora de su género y el capataz lo sabía, pero todo el mundo la quería, incluso los capataces, que tenían la reputación de no querer a nadie, ni siquiera a sí mismos.

Wingate estaba de pie en la parte exterior de la puerta del barracón de solteros. Faltaban unos quince minutos para que pasaran lista; había salido afuera con la intención subconsciente de liberarse de la persistente sensación de claustrofobia que lo dominaba desde que había llegado allí. Su intento había sido inútil; no había «afuera» más allá de ninguna puerta en Venus; la maleza trepaba por todos lados, el plomizo cielo parecía hacer presión sobre su cabeza, y el húmedo calor saturaba su pecho. Sin embargo, se estaba mejor allí que dentro de la sala, pese a los deshidratadores.

Aún no había obtenido su ración de la tarde de rhira y, en consecuencia, se sentía nervioso e inquieto, pero un autorrespeto residual lo inducía a permanecer unos pocos minutos con la mente clara antes de entregarse al anhelado soporífero. Se está apoderando de mí, pensó, en unos pocos meses voy a intentar lo imposible por ir a Venusburg o, quizá peor, firmaré un contrato para trasladarme a los barracones de casados y me condenaré a mí y a mis hijos a una sentencia de por vida. Cuando llegaron por primera vez las operarias femeninas, todas ellas le parecieron completamente carentes de atractivos. Ahora se daba cuenta con desaliento de que ya no era tan exigente. Incluso estaba empezando a balbucear, como hacía el resto de la mano de obra, en una imitación inconsciente de los anfibios.

Pronto se había dado cuenta de que los trabajadores podían ser divididos en líneas generales en dos categorías, los hijos de la naturaleza y los hombres destrozados. Los primeros eran aquellos de escasa imaginación y necesidades sencillas. Todos ellos probablemente no habían conocido nada mejor en la Tierra; en aquel cultivo colonial no veían esclavitud sino una liberación de sus responsabilidades, una seguridad, y alguna diversión ocasional. Los otros eran los hombres derrotados, los descartados, aquellos que en un tiempo habían sido alguien pero que, debido a algún defecto de carácter o algún accidente, habían perdido sus lugares en la sociedad. Quizás el juez hubiera dicho: «La sentencia queda en suspenso si se embarca usted para las colonias.»

Se daba cuenta, con un pánico repentino, de que su propio status estaba cristalizando; estaba empezando a convertirse en uno de los hombres destrozados. Su pasado en la Tierra estaba comenzando a borrarse de su mente; hacía tres días que posponía el trabajo de escribirle otra carta a Jones; había pasado todo su último turno de trabajo racionalizando la necesidad de tomarse un par de días de vacaciones en Venusburg. Haz frente a ello, hijo, hazle frente, se decía. Te estás deslizando, tu mente resbala hacia una psicología de esclavo. Has descargado el problema de sacarte de esto en Jones... ¿cómo sabes que puede ayudarte? Por lo que sabes, podría estar muerto. En medio de las

brumas de sus recuerdos captó de nuevo una frase que había leído en alguna parte, de algún filósofo de la historia: «Ningún esclavo es liberado, si no se libera él a sí mismo.»

De acuerdo, de acuerdo... ayúdame a ti mismo, muchacho. Date ánimos. Basta de rhira... no, eso no era práctico; un hombre necesita dormir. Muy bien entonces, nada de rhira hasta que se apaguen las luces, manten tu mente clara durante las tardes y planea. Mantén los ojos abiertos, descubre todo lo que puedas, cultiva amistades, y espera una oportunidad.

A través de la bruma vio a una figura humana que se acercaba a la puerta del barracón. Cuando se acercó vio que era una mujer, y supuso que era una de las operarias femeninas. Se acercó más, y entonces vio que se había equivocado. Era Annek van Huysen, la hija del patrón.

Era una chica rubia, alta, algo vulgar, con unos ojos melancólicos. La había visto muchas veces, contemplando a los operarios cuando regresaban de su trabajo, o vagando sola por los claros del rancho. No era fea, no carecía de atractivos; su maciza figura de adolescente necesitaba algo más para realzarla que el simple indumento que todos los colonos llevaban como única ropa tolerable.

Se detuvo frente a él y, abriendo una bolsa unida a su cinturón que hacía el oficio de bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos.

- He encontrado esto ahí abajo. ¿Lo ha perdido usted?

Sabía que estaba mintiendo; no había recogido nada del suelo desde que había aparecido a la vista. Y la marca era de las que fumaban en la Tierra y los patronos; ningún obrero podía permitirse ese lujo. ¿Qué era lo que pretendía?

Observó la vehemencia en su rostro y la rapidez de su respiración, y se dio cuenta, confuso, de que la chica estaba intentando hacerle indirectamente un regalo. ¿Por qué?

Wingate no estaba particularmente orgulloso de su belleza física ni de su encanto, no tenía ninguna razón para estarlo. Pero de lo que no se había dado cuenta era de que entre la común zafiedad de los operarios destacaba como un faisán macho entre las gallinas. Tenía que admitir que le gustaba a Annek; no cabía ninguna otra explicación a aquella absurda historia infantil y a su patético regalo.

Su primer impulso fue rechazarla. No quería saber nada de ella y le molestaba la invasión de su intimidad, y era vagamente consciente de que la situación podía ser comprometida, incluso peligrosa para él, ya que involucraba una violación de las costumbres que regían toda la estructura social y económica. Bajo el punto de vista de los patronos, la mano de obra estaba casi tan al otro lado de la empalizada como los anfibios. Una relación entre un obrero y una mujer de la clase de los patronos podía despertar fácilmente la antigua Ley de Lynch.

Pero no tenía el valor de mostrarse brusco con ella. Podía ver la turbia adoración en sus ojos; se hubiera necesitado una fría ausencia de corazón para rechazarla. Además, no había nada

concreto ni provocativo en su actitud; sus modales eran ingenuos, casi infantiles en su falta de sofisticación. Recordó su determinación de conseguir amigos; allí le ofrecían una amistad, una amistad peligrosa, pero una amistad que podía resultar útil para conseguir la libertad.

Sintió una momentánea oleada de vergüenza al darse cuenta de que estaba calculando la utilidad potencial de aquella indefensa chiquilla, pero la suprimió afirmándose de que no iba a hacerle ningún daño y que, en cualquier caso, siempre quedaba la vieja tradición de las vindicaciones de una mujer despreciada.

- Bueno, quizá sí que lo haya perdido - dijo evasivamente, y añadió -: Es mi marca favorita.

- ¿Lo es? - dijo ella alegremente -. Entonces quédeselo de todos modos.

- Gracias. ¿Quiere fumarse uno conmigo? No, me temo que no podrá; su padre no querrá que permanezca aquí mucho tiempo.

- Oh, está muy atareado con sus cuentas. Me he asegurado de ello antes de venir - respondió, y pareció no darse cuenta de que había abandonado su lastimera pequeña decepción -. Pero hágalo usted, yo... yo casi nunca fumo.

- Quizá prefiera una pipa de espuma de mar, como su padre.

Ella se rió mucho más de lo que merecía la tonta broma. Después de aquello charlaron animadamente, poniéndose ambos de acuerdo en que la cosecha se presentaba magnífica, en que el tiempo parecía un poco más fresco que la semana anterior y en que no había nada como un poco de aire fresco después de cenar.

- ¿No sale usted nunca a pasear para hacer un poco de ejercicio después de cenar? - preguntó ella.

Él no dijo que todo un día en los pantanos ofrecía ejercicio más que suficiente, sino que admitió que lo hacía.

- Yo también - dijo ella inmediatamente -. Muchas veces voy hasta la torre del agua.

Él se la quedó mirando.

- ¿De veras? Lo recordaré. - La señal de llamada llegó como una proverbial excusa para despedirse; tres minutos más, pensó, y hubiera terminado pidiéndole una cita.

Wingate fue llamado al día siguiente para ir a trabajar a los pantanos; el trabajo en la cosecha había aumentado. El cocodrilo fue dando tumbos y chapoteando por el largo circuito lleno de meandros, dejando a uno o más terrestres en cada estación de control. El vehículo llevaba cuatro ocupantes, Wingate, Talego, el encargado y Jimmie, el conductor, cuando el capataz señaló otra parada. Las planas cabezas de brillantes ojos de los anfibios nativos surgieron del agua por tres lados apenas se hubieron detenido.

- Bien, Talego - ordenó el encargado -, éste es su lugar. Salte por la borda.

Talego miró a su alrededor.

- ¿Dónde está mi esquife? - Los rancheros usaban pequeños esquifes de duraluminio con el fondo plano donde metían su cosecha diaria. No había ninguno en el cocodrilo.

- No lo necesitas. Tienes que limpiar ese campo para plantar.

- De acuerdo. De todos modos... no veo a nadie por aquí, y no veo ninguna tierra firme.

- Los esquifes tenían una doble finalidad; si un hombre estaba trabajando fuera del contacto de otro terrestre y a una cierta distancia de tierra firme, el esquife se convertía en su bote salvavidas. Si el cocodrilo que supuestamente tenía que recogerle se estropeaba, o si por cualquier otra razón necesitaba sentarse o echarse en su puesto, el esquife le permitía hacerlo. Los viejos operarios referían tristes historias de hombres que se habían pasado con cuarenta centímetros de agua durante veinticuatro, cuarenta y ocho, setenta y dos horas, y finalmente habían muerto horriblemente agotados, perdida la cabeza de puro cansancio.

- Ahí hay tierra firme - el capataz señaló con la mano hacia un grupo de árboles que se erguían quizás a unos cuatrocientos metros de allí.

- Quizá sí - respondió Talego tranquilamente -. Vamos a verlo. - Miró a Jimmie, luego se giró hacia el capataz, aguardando instrucciones.

- ¡Maldita sea! ¡No discutas conmigo! ¡Salta por la borda!

- No - dijo Talego - hasta que vea algo mejor que medio metro de barro donde acurrucarme.

El pequeño grupo acuático había seguido la discusión con un agudo interés. Cuchicheaban y balbuceaban entre sí en su propia lengua; aquellos que conocían algo del corrompido inglés que se hablaba allí parecían estar dando personales e indudablemente deformadas explicaciones de lo que estaba ocurriendo a sus menos sofisticados hermanos. Furioso como estaba, aquello pareció aumentar la irritación del capataz.

- ¡Por última vez... fuera de aquí!

- Bien - dijo Talego, arrellanando sus gruesas posaderas más confortablemente en el suelo -. Me alegro de que hayamos terminado con este tema.

Wingate estaba detrás del capataz. Aquella circunstancia salvó probablemente a Talego de una herida en la cabeza, porque sujetó el arma en el momento en que el capataz iba a golpear. Hartley se puso en pie de un salto; los tres lucharon breves segundos en el fondo del cocodrilo.

Hartley se sentó en el pecho del capataz mientras Wingate le arrancaba un grueso palo de su mano derecha.

- Me alegro de que hayas intervenido, Hump - dijo Talego en agradecimiento -, o de lo contrario ahora necesitaría aspirina.

- Sí, imagino que sí - respondió Wingate, y tiró el arma tan lejos como pudo al pantano. Algunos de los anfibios se precipitaron tras ella y se sumergieron -. Me parece que ya podemos dejarlo.

El capataz no dijo nada mientras se limpiaba, pero se giró hacia el conductor, que había permanecido inmóvil ante los controles durante todo el tiempo.

- ¿Por qué infiernos no me has ayudado?

- Supuse que podía defenderse solo, jefe - respondió Jimmie sin querer comprometerse.

Wingate y Hartley terminaron aquel período de trabajo como ayudantes de otros operarios ya establecidos. El capataz los ignoró completamente excepto para dar las órdenes necesarias en sus puestos respectivos. Pero mientras se estaban lavando para cenar, de vuelta a los barracones, recibieron órdenes de presentarse en la Casa Grande.

Cuando fueron introducidos al despacho del patrón encontraron ya allí al capataz, con una amplia sonrisa de satisfacción en su rostro, mientras que la expresión de Van Huysen era más bien sombría.

- ¿Qué es lo que he oído de vosotros dos? - estalló -. Negativa a trabajar. Agresión a mi capataz. ¡Por los infiernos que voy a enseñaros unas cuantas cosas!

- Un momento, patrón Van Huysen - empezó Wingate pausadamente, sintiéndose de pronto en su casa en aquella atmósfera de tribunal -, nadie se ha negado a trabajar. Hartley simplemente ha protestado contra un trabajo peligroso sin una razonable seguridad. En cuanto a la agresión, su capataz nos atacó primero; simplemente actuamos en legítima defensa, y desistimos tan pronto como lo hubimos desarmado.

El capataz se inclinó hacia Van Huysen y le susurró algo al oído. El patrón pareció más irritado que antes.

- Y habéis hecho eso mientras los nativos estaban mirando. ¡Nativos! ¿No conocéis la ley colonial? Os podría mandar a las minas por eso.

- No - negó Wingate -, fue su capataz quien lo hizo en presencia de nativos. Nuestro papel fue pasivo, y únicamente defensivo...

- ¿Llamáis pacífico saltar sobre mi capataz? Ahora escuchadme... vuestra misión aquí es trabajar. La misión de mi capataz es decirnos dónde y cómo debéis trabajar. No es tan tonto como para hacerme perder mi inversión en un hombre. Él es quien juzga si un trabajo es peligroso, no vosotros. - El capataz le susurró de nuevo algo a su jefe. Van Huysen agitó la cabeza. El otro insistió, pero el patrón lo cortó con un gesto y se volvió hacia sus dos operarios -. Ahora escuchad... le doy a cada perro un bocado, pero no dos. Así que para vosotros no habrá ni cena ni rhira esta noche. Mañana veremos cómo os comportáis.

- Pero, patrón Van Huys...

- Eso es todo. Idos a vuestros alojamientos.

Cuando Wingate se arrastró, a oscuras, para meterse en su litera, encontró que alguien había metido entre las sábanas una escudilla con comida. Se la comió agradecido en la oscuridad, preguntándose qué amigo habría podido ser. La comida calmó las quejas de su estómago, pero no era suficiente, en ausencia del rhira, para permitirle dormir. Yació

allí tendido, mirando la opresiva oscuridad del dormitorio y escuchando los variados e irritantes sonidos que los hombres pueden producir mientras duermen, y considerando su posición. Había sido mala hasta entonces, pero tolerable; ahora estaba lógicamente seguro de que iba a ser tan parecida a un infierno como pudiese lograr aquel capataz. Estaba preparado para creer, por lo que había visto y las historias que había oído, que ambos se parecían.

Seguía alimentando sus inquietudes haría quizás una hora cuando notó que una mano tocaba su costado.

- ¡Hump! ¡Hump! - susurró alguien -. Sal afuera. Ocurre algo. - Era Jimmie.

Caminó cautelosamente entre las hileras de camastros y salió afuera detrás de Jimmie. Talego estaba ya allí, y con él una cuarta figura.

Era Annek van Huysen. Se preguntó cómo habría sido capaz de meterse en aquel recinto cerrado. Sus ojos estaban hinchados, como si hubiera estado llorando.

Jimmie habló en tono bajo y precavido:

- La chica dice que tengo que volveros a llevar a vosotros dos a Adonis mañana.

- ¿Para qué?

- No lo sabe. Pero teme que sea para venderos al Sur. No parece probable. El Viejo nunca ha vendido a nadie al Sur... pero hasta ahora nadie había atacado nunca a uno de sus capataces. No lo sé.

Perdieron algunos minutos en fútiles discusiones; luego, tras un pensativo silencio, Wingate preguntó a Jimmie:

- ¿Sabes dónde guardan las llaves del cocodrilo?

- No. Yo no...

- Yo puedo proporcionároslas - ofreció Annek vigorosamente.

- Tú no sabes conducir un cocodrilo.

- He estado observándolo durante semanas.

- Bueno, supongamos que puedes - siguió pretextando Jimmie -. Supongamos que te marchas en el cocodrilo. Estarás perdido a los quince kilómetros. Si no te pescan, morirás de hambre.

Wingate se alzó de hombros.

- No quiero ser vendido al Sur.

- Yo tampoco - añadió Hartley.

- Esperad un minuto - insistió Jimmie, haciendo chasquear los dedos -. ¿No veis que estoy tratando de pensar?

Los otros tres permanecieron en silencio durante largo rato. Finalmente, Jimmie dijo:

- De acuerdo. Muchacha, será mejor que se marche y nos deje hablar. Cuanto menos sepa de esto mejor para usted. - Annek pareció ofendida, pero obedeció dócilmente y se apartó lejos del alcance de sus palabras. Los tres hombres conferenciaron durante algunos minutos. Finalmente Wingate le hizo señas a Annek de que volviera a acercarse.

- Eso es todo, Annek - le dijo -. Muchas gracias por todo lo que ha hecho. Hemos encontrado una forma de marcharnos. - Se detuvo, luego añadió ceñudamente -: Bueno, buenas noches.

Ella se le quedó mirando.

Wingate se preguntó qué debía hacer o decir a continuación. Finalmente la acompañó hasta una esquina de los barracones y le dio de nuevo las buenas noches. Regresó apresuradamente, como avergonzado. Volvieron a entrar en el barracón.

También el patrón Van Huysen tenía problemas para conciliar el sueño. Odiaba tener que aplicar la disciplina entre su gente. Pero, maldita sea, ¿por qué no podían ser todos buenos chicos y dejarle en paz? No había mucha paz para un rancharo por aquellos días. Costaba más cosechar que lo que valía la cosecha puesta en Adonis... al menos así era una vez pagados todos los gastos.



Aquella noche se había dedicado a llevar las cuentas después de cenar, con el fin de apartar de su cabeza todas aquellas ideas desagradables, pero le resultaba difícil concentrarse en los números. Aquel hombre, Wingate... lo había comprado tanto para quitárselo de las manos a aquel mercader de esclavos de Rigsbee como para tener otra mano que ayudara. Tenía demasiado dinero invertido en mano de obra, pese a que su capataz se quejaba siempre de que andaba escaso de brazos. O tendría que vender algunos de ellos, o pedir al banco que refinanciara la hipoteca.

La mano de obra ya no valía lo que antes. No se encontraba la misma clase de hombres en Venus que cuando él era un muchacho. Se inclinó de nuevo sobre sus libros. Si el mercado subía aunque fuera tan sólo un poco, el banco podría descontarle un poco más de papel que en la anterior estación. Quizás esto lo arreglara.

Fue interrumpido por la visita de su hija. Siempre era agradable ver a Annek, pero lo que esta vez tenía que decirle ella, lo que finalmente le dijo, sólo sirvió para irritarle aún más. Ella, preocupada por sus propios pensamientos, no podía darse cuenta de que hería el corazón de su padre con un dolor que era realmente físico.

Pero aquello había arreglado las cosas en lo que se refería a Wingate. Se libraría de aquel creaproblemas. Van Huysen ordenó a su hija que se fuera a la cama con una rudeza que nunca antes había utilizado con ella.

Desde luego, todo era culpa suya, se dijo después de que ella se hubiera ido. Un rancho en Venus no era lugar para criar a una muchacha sin su madre. Su Annekhen era casi una mujer ahora; ¿cómo iba a encontrar un marido allí en aquellas desoladas tierras? ¿Qué sería de ella si él moría? Ella no lo sabía, pero no iba a quedarle nada, nada, ni siquiera un billete de vuelta a la Tierra. No, no se convertiría en la esposa de un operario; no mientras quedara un soplo de vida en su cansado cuerpo.

Bien, Wingate tendría que desaparecer de allí, y también aquel otro al que llamaban Talego. Pero no los vendería al Sur. No, nunca había hecho algo así con su gente. Pensó con repugnancia en aquellas grandes plantaciones industrializadas a algunos centenares de kilómetros más allá del polo, donde la temperatura era siempre veinte o treinta grados superior a la de sus pantanos y la mortalidad entre la mano de obra era un capítulo importante en el cálculo de costes. No, los llevaría y trataría el asunto con el centro de contratación; lo que ocurriera luego con ellos ya no sería responsabilidad suya. Pero no los vendería directamente al Sur.

Aquello le dio una idea; hizo un rápido cálculo mental, y estimó que lo que podría conseguir por los dos contratos aún sin expirar le permitiría comprarle a Annek un billete a la Tierra. Estaba casi seguro de que su hermana se haría cargo de ella, razonablemente seguro al menos, pese a que había reñido con ella cuando se había casado con la madre de Annek. Podría mandarle un poco de dinero de tanto en tanto. Y quizá podría aprender a ser secretaria o alguno de esos otros empleos distinguidos que una chica puede conseguir en la Tierra.

¿Pero qué sería del rancho sin Annekhen?

Estaba tan inmerso en sus propios problemas que no oyó a su hija salir fuera de su habitación y de la casa.

Wingate y Hartley aparentaron sorprenderse al no ser llamados al trabajo. Avisaron a Jimmie para que se presentara en la Casa Grande; le vieron regresar pocos minutos más tarde y sacar el gran Remington de su garaje. Los recogió a los dos, luego volvieron a la Casa Grande y aguardaron a que apareciera el patrón. Van Huysen salió poco después y se metió en su cabina sin dirigir ni una palabra ni una mirada a nadie.

El cocodrilo inició su camino hacia Adonis, avanzando lentamente a quince kilómetros por hora. Wingate y Talego conversaban en voz muy baja, esperaban, se hacían preguntas. Tras un tiempo interminable, el cocodrilo se detuvo. La ventanilla de la cabina se abrió.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Van Huysen -. ¿Se te ha parado el motor?

Jimmie le dirigió una mueca.

- No. Lo he parado yo.

- ¿Por qué?

- Será mejor que venga aquí y lo averigüe.

- ¡Maldita sea, claro que voy a hacerlo! - La ventanilla se cerró violentamente; poco después aparecía Van Huysen, asomando su voluminosa anatomía por el lado de la cabina -. Ahora, ¿qué es toda esta payasada?

- Será mejor que siga a pie, patrón. Éste es el final de la línea.

Van Huysen pareció no encontrar ninguna respuesta adecuada, pero su expresión hablaba por él.

- No, estoy hablando en serio - siguió Jimmie -. Éste es el final de la línea para usted. Hemos viajado todo el camino por tierra firme, de modo que puede volver a pie. Le será fácil seguir la huella que hemos dejado; podrá estar de vuelta en tres o cuatro horas, pese a lo gordo que está.

El patrón miró a Jimmie, luego a los otros. Wingate y Talego le devolvieron su mirada, con la enemistad en sus ojos.

- Será mejor que se vaya, Gordo - dijo Talego suavemente -, antes de que lo echemos fuera de cabeza.

Van Huysen apretó las manos contra el borde del cocodrilo.

- No pienso salir de mi propio cocodrilo - dijo enérgicamente.

Talego escupió en la palma de una de sus manos y la frotó cuidadosamente con la otra.

- De acuerdo, Hump. Él lo ha pedido...

- Espera un momento - dijo Wingate. Se dirigió a Van Huysen -. Mire, patrón Van Huysen... no queremos mostrarnos violentos con usted, a menos que no nos quede otro remedio. Pero aquí somos tres, y los tres estamos decididos. Será mejor que salte por su propia voluntad.

El avejentado rostro del hombre chorreaba sudor, y no era enteramente a causa del pegajoso calor. Su pecho jadeaba, parecía a punto de desafiarles. Luego algo pasó por su interior. Su rostro se descompuso, las desafiantes líneas de su cara dejaron paso a otra crispada expresión que no era agradable de ver.

Un momento más tarde saltaba lentamente, apáticamente, por el borde del vehículo, metiéndose en el barro hasta las rodillas, y se quedó inmóvil allí, mirándoles, con las piernas ligeramente arqueadas.

Cuando estuvieron fuera del alcance de la vista del lugar donde habían desembarcado a su patrón, Jimmie hizo girar el cocodrilo hacia una nueva dirección.

- ¿Supones que conseguirá llegar? - preguntó Wingate.

- ¿Quién? - preguntó Jimmie -. ¿Van Huysen? Oh, seguro, conseguirá llegar... probablemente. - Ahora estaba muy ocupado con la conducción; el cocodrilo descendió una pendiente y se metió en aguas navegables. En pocos minutos el pantano lleno de vegetación dejó paso al agua libre. Wingate vio que estaban en un amplio lago cuyas orillas se perdían entre la niebla. Jimmie marcó el rumbo con el compás.

La otra orilla no era más que una lengua de tierra; albergaba maleza alta. Jimmie la siguió por una corta distancia, detuvo el cocodrilo y dijo:

- Éste debe ser aproximadamente el sitio. - Su voz sonaba insegura. Buscó en un rincón de la lona que cubría el fondo del vehículo y sacó una pala plana. La asomó por la borda e, inclinándose hacia fuera, golpeó fuertemente el agua con la parte plana de la pala: ¡Slop!... slap, slap... ¡Slap!

Esperó.

La plana cabeza de un anfibio surgió del agua cerca de la borda; estudió a Jimmy con brillantes y alegres ojos.

- Hola - dijo Jimmie.

La criatura respondió en su propia lengua. Jimmie replicó en la misma lengua, frunciendo la boca para producir las balbuceantes sílabas. El nativo escuchó, luego desapareció bajo el agua.

Él - o más probablemente ella - estuvo de vuelta a los pocos minutos, con una compañera.

- ¿Thigarek? - dijo esperanzadamente la recién llegada.

- Thigarek cuando lleguemos allí, muchacha - contemporizó Jimmie -. Vamos... sube a bordo.

- Tendió una mano, que la nativa aceptó para saltar graciosamente a bordo. Apoyó su inhumano pero agradable pequeño rostro en la borda, cerca del asiento del conductor. Jimmie puso de nuevo el vehículo en marcha.

Wingate no supo el tiempo que viajaron guiados por su pequeño piloto, ya que el cronómetro del panel de control estaba descompuesto, pero su estómago le informó que fue bastante. Rebuscó en la cabina y sacó una ración metida en una caja metálica que compartió con Talego y Jimmie. Le ofreció también a la nativa, pero ella la husmeó y apartó la cabeza.

Poco después se produjo una detonación y un agudo silbido, y una columna de humo surgió a unos cien metros frente a ellos. Jimmie detuvo inmediatamente el cocodrilo.

- ¡Alto el fuego! - gritó -. ¡Somos nosotros, amigos!

- ¿Y quiénes sois vosotros? - dijo una voz incorpórea.

- Viajeros amigos.

- Trepad adonde podamos veros.

- De acuerdo.

La nativa clavó su cabeza entre las costillas de Jimmie.

- Thigarek - dijo categóricamente.

- ¿Eh? Oh, seguro. - Sacó un paquete de tabaco y empezó a sacar cigarrillos hasta que el acuerdo fue total, y entonces añadió otro paquete en prueba, de buena voluntad. Ella sacó un trozo de cuerda de la bolsa de su mejilla izquierda, ató su recompensa, y se deslizó por la borda. La vieron alejarse nadando, con su premio levantado fuera del agua.

- ¡Aprisa, mostraos!

- ¡Aquí estamos! - Se metieron en el agua hasta la cintura, y avanzaron con las manos sobre la cabeza. Un grupo de cuatro hombres, hasta entonces a cubierto, salió y se les quedó mirando, con las armas bajadas pero dispuestas. El jefe buscó algo en los bolsillos de su cinturón y envió a uno de sus hombres a echar un vistazo al cocodrilo.

- Mantenéis una buena vigilancia - hizo notar Wingate.

El jefe lo miró.

- Sí - dijo - y no. La gente pequeña nos dijo que veníais. Son mejores que cualquier perro guardián.

Siguieron el camino, ahora con uno de los de la patrulla de vigilancia conduciendo. Sus captores no parecían hostiles, pero no estaban muy dispuestos a hablar.

- Esperad hasta ver al Gobernador - les dijeron.

Su destino resultó ser una enorme extensión de tierra moderadamente alta. Wingate quedó sorprendido por el número de edificios y la numerosa población.

- ¿Cómo puede mantenerse en secreto un lugar como éste? - preguntó a Jimmie.

- Si el estado de Texas estuviera cubierto de niebla y tuviese tan sólo la población de Waukegan, Illinois, podrías ocultar en él un montón de cosas.

- ¿Pero no aparecería en los mapas?

- ¿Desde cuándo supones que hay mapas de Venus? No digas tonterías.

Basándose en las pocas palabras que había cambiado con Jimmie antes, Wingate había esperado encontrarse a lo sumo con un campamento donde algunos operarios fugitivos se ocultaban entre la espesura mientras sobrevivían precariamente sobre el

terreno. Descubrió que tenían una cultura y un gobierno. De acuerdo, era una rudimentaria cultura fronteriza y un gobierno muy simple, con unas cuantas leyes y una no escrita constitución, pero la estructura de las costumbres estaba en franco progreso, y los delitos graves eran castigados... con un grado de injusticia no mayor que el de cualquier otro lugar.

A Humphrey Wingate le sorprendió que los esclavos fugitivos, la escoria de la Tierra, fueran capaces de desarrollarse en una sociedad integrada. Había sorprendido a sus antepasados que los criminales transportados a Botany Bay pudieran desarrollar una compleja civilización en Australia. A Wingate no le había sorprendido nunca el fenómeno de Botany Bay: formaba parte de la historia, y la historia no es nunca sorprendente... una vez ha sucedido.

El éxito de la colonia fue más creíble para Wingate cuando conoció algo más del carácter del Gobernador, que era también generalísimo, y administrador de la baja y media justicia (la alta justicia era votada por toda la comunidad, un procedimiento que Wingate consideró abominablemente primitivo, pero que parecía satisfacer a la comunidad). Como magistrado, el Gobernador dictaba sus decisiones con un indiferente desprecio de las reglas de la evidencia y de la teoría legal que le recordó a Wingate las historias que había oído contar del apócrifo Viejo Juez Bean, «La ley del Oeste de Pecos», pero a la gente también parecía gustarle.

La gran escasez de mujeres en la comunidad (los hombres estaban en número de tres a una) causaba incidentes que más de una vez requerían las decisiones del Gobernador. Aquí, se vio obligado a admitir Wingate, había una situación en la cual la costumbre tradicional no hubiera sido más que una fuente de disturbios; admiró el agudo sentido común y la comprensión de la naturaleza humana con los cuales sorteaba el Gobernador los conflictos ocasionados por las fuertes pasiones humanas y sugería el modus operandi para seguir todos adelante. Un hombre que es capaz de mantener un eficiente grado de paz en tales asuntos no necesita una educación legal.

El Gobernador era designado por elección y era asesorado por un consejo, también elegido. La opinión personal de Wingate era que el Gobernador hubiera podido elevarse a su puesto en cualquier sociedad. El hombre poseía una energía ilimitada, era un gran amante de la vida, tenía una franca y estruendosa risa...

A los tres fugitivos se les concedió un plazo de dos semanas para adaptarse y buscar algún trabajo con el cual pudiesen hacerse útiles y ganar su sustento. Jimmie siguió con su cocodrilo, que había sido confiscado por la comunidad, pero que seguía necesitando un conductor. Había otros conductores de cocodrilos disponibles, a los que probablemente les hubiera gustado aquel trabajo, pero había el consenso tácito de que el hombre que traía un vehículo podía seguir conduciéndolo si lo deseaba. Talego encontró un empleo en los campos, muy similar al que había hecho para Van Huysen. Le dijo a Wingate que ahí iba a tener que trabajar duro; pero le gustaba porque las condiciones eran, como dejó bien claro, «más holgadas».

Wingate detestaba la idea de volver al trabajo agrícola. No tenía ninguna excusa racional, simplemente lo odiaba. Su experiencia en radio le fue finalmente de gran utilidad. La comunidad poseía una radio de campaña de escasa potencia que era constantemente escuchada, pero que raramente era usada para transmitir debido al peligro de detección. Antiguos campos de esclavos habían sido barridos por la policía de la Compañía debido a su descuidado uso de la radio. Raramente se atrevían a utilizarla, excepto en casos de extrema emergencia.

Pero necesitaban la radio. Un telégrafo clandestino mantenía a aquel pequeño pueblo en cierto modo feliz en contacto con otras comunidades de fugitivos con los cuales estaban estrechamente confederadas, pero no era demasiado rápido, y cualquier cosa más allá de un mensaje sencillo quedaba distorsionado hasta hacer imposible el descifrarlo.

Wingate fue asignado a la radio de la comunidad cuando se descubrió que tenía el adecuado conocimiento técnico. El anterior operador se había perdido en la jungla. Su contrincante era un viejo y agradable chiflado conocido como Doc, que era capaz de escuchar las señales, pero que no conocía nada de mantenimiento y reparación.

Wingate se dedicó en cuerpo y alma a la tarea de modernizar la anticuada instalación. Los problemas planteados por la falta de equipo y la necesidad de «ponerse al día» le proporcionaron un grado de felicidad que no había conocido desde que era un muchacho, pero no se dio cuenta de ello.

Se sentía intrigado por el problema de la seguridad en las comunicaciones por radio. Una idea, derivada de lo que conocía de los días pioneros de la radio, le dio un camino. Su instalación, como todas las demás, funcionaba por modulación de frecuencia. En alguna parte había visto un diagrama de un tipo de transmisor totalmente anticuado, un modulador de amplitud. No tenía mucho para empezar, pero trabajó en un circuito que creía podría oscilar de tal modo que podía ser montado con lo que tenía a mano.

Le pidió permiso al gobernador para intentar instalarlo.

- ¿Por qué no? ¿Por qué no? - rugió el gobernador -. No tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando, hijo, pero si piensas que puedes construir una radio que la compañía no sea capaz de detectar, adelante. No tienes que preguntármelo; es tu problema.

- Tendré que dejar fuera de uso la instalación para hacer el montaje.

- ¿Por qué no?

El problema presentaba más escollos de los que había pensado. Pero trabajó en él con la torpe pero entusiasta asistencia de Doc. Su primer receptor falló; su cuarenta y tres tentativa, cinco semanas más tarde, funcionó. Doc, situado a algunos kilómetros entre la selva, le informó que era capaz de oír la emisión a través de un pequeño receptor construido a tal efecto, mientras que Wingate no captaba nada con el receptor convencional situado en la misma habitación que el transmisor experimental.

Mientras tanto, trabajaba en su libro.

Hubiera sido incapaz de decir el porqué estaba escribiendo un libro. De regreso a la Tierra hubiera podido redactar un panfleto político contra el sistema colonial. Aquí no había nadie a quien convencer de su tesis, ni tenía la menor esperanza de conseguir presentarla en una lectura pública. Venus era su hogar. Sabía que para él no había ninguna posibilidad de regreso; el único camino pasaba por Adonis, y allí, aguardándole, había órdenes de captura por la mitad de los crímenes existentes en el código: infracción de contrato, robo, conspiración, raptó, deserción, rebelión contra el gobierno. Si la policía de la compañía ponía alguna vez las manos sobre él, lo encerrarían y perderían la llave.

No, el libro nació, no de una esperanza de publicación, sino de una semisubconsciente necesidad de poner en orden sus pensamientos. Había sufrido un desmoronamiento completo de todos los valores con los cuales había vivido; para su salud mental era necesario que formulara otros nuevos. Era algo natural para su ordenada, aunque en alguna manera no imaginativa, mente el que redactara por escrito sus razones y conclusiones.

Algo receloso, sometió el manuscrito a Doc. Había sabido que el apodo que le daban derivaba de la anterior ocupación del hombre en la Tierra; había sido profesor de economía y filosofía en una de las pequeñas universidades. Doc incluso le había ofrecido una explicación parcial de su presencia en Venus.

- Un pequeño asunto relativo a una de mis estudiantes - le confió -. Mi mujer tomó un punto de vista totalmente antagónico con respecto al asunto, al igual que la junta de gobierno de la universidad. Hacía ya tiempo que el claustro consideraba que mis opiniones eran ligeramente demasiado radicales.

- ¿Lo eran?

- ¡Cielos, no! Siempre fui un conservador empedernido. Pero tenía la desgraciada tendencia de expresar mis principios conservadores en un lenguaje más realista que alegórico.

- Supongo que ahora es usted radical.

Las cejas de Doc se arquearon ligeramente.

- En absoluto. Radical y conservador son términos para actitudes emotivas, no para opiniones sociológicas.

Doc aceptó el manuscrito, lo leyó, y se lo devolvió sin ningún comentario. Pero Wingate le presionó para que diera su opinión.

- Bueno, muchacho, puesto que insiste...

- Insisto.

-...me atrevería a decir que ha caído usted en el habitual engaño de tratar temas sociales y económicos... la «teoría del diablo».

- ¿Eh?

- Ha atribuido usted condiciones de villanía a lo que simplemente es resultado de la estupidez. La esclavitud colonial no es nada nuevo; es el resultado inevitable de la expansión imperial, el resultado automático de una estructura financiera anticuada...

- En mi libro he señalado el papel que tienen los bancos.

- ¡No, no, no! Usted cree que los banqueros son unos bandidos. No lo son. Como tampoco lo son los oficiales de la compañía, ni los patronos, ni las clases gobernantes allá en la Tierra. Los hombres se ven constreñidos por la necesidad y edifican racionalizaciones para justificar sus actos. Ni siquiera es codicia. La esclavitud es económicamente inútil, no productiva, pero los hombres caen en ella cuando las circunstancias les obligan. Un sistema financiero distinto... pero eso ya es otra historia.

- Sigo creyendo que es algo arraigado en la obstinación humana - dijo Wingate testarudamente.

- No es obstinación... simplemente estupidez. Puedo probárselo, pero usted no lo aceptará.

El éxito de la «radio silenciosa» hizo que el gobernador enviara a Wingate a dar una amplia vuelta por los demás campos de la federación libre para ayudarles a instalar los nuevos equipos y enseñarles a manejarlos. Pasó cuatro semanas de duro y satisfactorio trabajo, y terminó con la reconfortante sensación de que había hecho más por consolidar la posición de los hombres libres contra sus enemigos que ganando una encarnizada batalla.

Cuando regresó a su hogar en la comunidad, se encontró con que Sam Houston Jones estaba esperándole.

Wingate echó a correr hacia él.

- ¡Sam! - gritó -. ¡Sam, ¡Sam! - Aferró su mano, palmeó su espalda, y le dirigió todos los insultos cariñosos que los hombres sentimentales utilizan para intentar cubrir sus debilidades -. Sam, viejo granuja. ¿Cuándo has llegado aquí? ¿Cómo conseguiste escapar? ¿Y cómo diablos te las has arreglado para venir hasta aquí desde el Polo Sur? ¿Te transfirieron antes de escapar?

- Tranquilo, Hump - dijo Sam -. De una en una, y no tan aprisa.

Pero Wingate ardía en deseos de saberlo todo.

- Muchacho, qué agradable me resulta ver de nuevo tu feo rostro. Y me alegro de que hayas venido aquí... es un gran lugar. Tenemos el pequeño Estado más adelantado de toda la federación. Te gustará. Son todos buena gente...

- ¿Y tú qué eres? - preguntó Jones, mirándole fijamente -. ¿Presidente de la cámara de comercio local?

Wingate le devolvió la mirada y se echó a reír.

- No bromees. Me gusta, en serio. Claro que es completamente distinto a lo que estábamos acostumbrados allí en la Tierra... pero todo aquello pertenece al pasado. No sirve de nada llorar por la leche derramada, ¿eh?

- Espera un minuto. Estás equivocado, Hump. Escucha. No soy un esclavo fugado. Estoy aquí para llevarte conmigo.

Wingate abrió la boca, la volvió a cerrar, la abrió de nuevo.

- Pero, Sam - dijo -, esto es imposible. Tú no sabes.

- Creo que sí.

- No puedes saberlo. No hay regreso para mí. Si volviera, tendría que enfrentarme a un juicio, y desde luego me condenarían automáticamente. Incluso aunque me confiase a la benevolencia del tribunal y consiguiera una pena leve, pasarían veinte años antes de que volviera a ser un hombre libre. No, Sam, es imposible. No sabes los cargos que hay contra mí.

- No lo sé, ¿eh? Me ha costado un montón de dinero ponerlos en claro.

- ¿Eh?

- Sé cómo te escapaste. Sé que robaste un cocodrilo y raptaste a tu patrón y te fugaste con otros dos operarios. Me costó mi mejor oratoria y un montón de dinero arreglarlo. Así que ayúdame, Hump... ¿por qué no hiciste algo más moderado, como asesinar, o raptar, o robar una oficina de correos?

- Verás, Sam... no hice ninguna de esas cosas para crearte problemas. Simplemente te había borrado de mis cálculos. Estaba trabajando por cuenta propia. Siento lo del dinero.

- Olvídalo. El dinero no tiene importancia para mí. Me da náuseas. Tú lo sabes. Se trata simplemente de elegir cuidadosamente a los padres. Sólo estaba bromeando, y creo que me he pasado.

- De acuerdo. Lo siento. - La sonrisa de Wingate parecía algo forzada. A nadie le gusta la caridad.

- De acuerdo. - Jones se había visto tan sorprendido y desesperado al verse separado de Wingate como se sintió el propio Wingate. Pero no podía hacer absolutamente nada hasta recibir ayuda de la Tierra. Pasó largas semanas trabajando como obrero metalúrgico en el Polo Sur, esperando y preguntándose por qué su hermana no había respondido a su petición de ayuda. Le había escrito cartas complementando su primer radiograma, que era, la única forma de comunicación que podía permitirse, pero los días transcurrían sin ninguna respuesta.

Cuando finalmente le llegó su mensaje de respuesta el misterio quedó aclarado. Ella no había recibido su radio dirigido a la Tierra a tiempo simplemente porque ella estaba también a bordo de la Estrella Vespertina... en un camarote de primera clase, viajando, como era su costumbre, bajo su nombre de soltera.

- Ha sido la costumbre familiar de evitar la publicidad lo que nos ha mantenido separados - explicó Jones -. Si no le hubiera enviado el radio a ella sino a los abogados de la familia, o si hubiera sido conocida por su nombre por el sobrecargo, habiéramos podido estar juntos desde el primer día.

El mensaje no le había sido retransmitido a Venus porque el brillante planeta se hallaba por aquel tiempo en oposición superior en la parte del Sol más alejada de la Tierra. Durante unos sesenta días terrestres no hubo comunicaciones Tierra - Venus. El mensaje había quedado registrado pero sin efecto, en manos de la firma de la familia, hasta que pudieron localizarla y enviárselo.

Cuando ella lo recibió, desencadenó un pequeño tornado. Jones fue puesto en libertad, la indemnización por rescisión de contrato pagada, y un amplio crédito puesto a su nombre en Venus, en menos de veinticuatro horas.

- Así que eso es todo - concluyó Jones -, excepto que cuando vuelva a casa tendré que explicarle a mi hermana mayor cómo demonios me metí en todo este lío. Me va a arrancar las orejas.

Jones había alquilado un cohete al Polo Norte y había encontrado en seguida el rastro de Wingate.

- Si hubieras permanecido allí un día más, te hubiéramos encontrado inmediatamente. Hallamos a tu ex patrono a menos de dos kilómetros de la entrada de su rancho.

- Así que el viejo granuja lo consiguió. Me alegro.

- No sabes bien lo que tienes que alegrarte. Si no lo hubiera conseguido, entonces sí hubieras estado listo. Estaba hecho polvo, y su corazón parecía una locomotora. ¿Sabes que el abandono es un delito capital en este planeta... con una condena a muerte si la víctima perece?

Wingate asintió.

- Sí, lo sabía. Como también que nunca han colgado a ningún patrono por ello, si el cadáver es de un obrero. Pero esto es otro asunto. Prosigue.

- Bueno, estaba que echaba fuego. No se lo reprocho, como tampoco te lo reprocho a ti. Nadie quiere ser vendido al Sur, y supongo que eso era lo que esperabais. Bueno, le pagué su cocodrilo, le pagué por tu contrato... así que fijate bien, ¡soy tu nuevo dueño!, y pagué también por los contratos de tus dos amigos. Pero seguía sin estar satisfecho. Finalmente tuve que añadirle un pasaje de regreso a la Tierra en primera clase para su hija, y la promesa de que le encontraría un trabajo. Es lo más parecido a un becerro que haya visto en mi vida, pero supongo que a la familia no le importará alimentar una boca más. Así que, muchacho, eres libre. La única cuestión que queda pendiente es saber si el gobernador nos dejará ir o no. No parece que vaya a ser fácil.

- No, éste es el problema. Lo cual me hace pensar... ¿cómo conseguiste localizar este sitio?

- Un trabajo detectivesco que sería demasiado largo de explicar ahora. Por eso he necesitado tanto tiempo. A los esclavos no les gusta hablar. De todos modos, mañana tenemos cita con el gobernador.

A Wingate le costó mucho dormirse. Tras su primera explosión de júbilo, empezó a pensar. ¿Quería realmente regresar? ¿Volver a la ley, a citar tecnicidades en interés de quien le empleara, a asistir a compromisos sociales sin ningún significado, a la vacía, estéril, ampulosa vida de la gorda y próspera clase en la que se había movido y a la que había servido... lo quería realmente, él que había luchado y trabajado con hombres? Le parecía que su pequeña «invención» anacrónica de la radio tenía mucho más valor que todo lo que había hecho en la Tierra.

Luego recordó su libro.

Quizá podría publicarlo. Quizá podría exponer a la luz pública aquel desgraciado e inhumano sistema que permitía vender a hombres a una esclavitud legal. Aquello era algo que valía la pena ser intentado. ¡Era algo que debía ser hecho! Aquella era su misión... volver a la Tierra y luchar por la causa de los colonos. Quizás era el destino el que después de todo configuraba la vida de los hombres. Y él era precisamente el hombre adecuado para ello, con la formación social adecuada, con la experiencia adecuada. Podía hacerse oír.

Se quedó dormido, y soñó con frescas y secas brisas en un claro cielo azul. Con la luz de la luna...

Talego y Jimmie decidieron quedarse, incluso después de que Jones consiguiera obtener el permiso del gobernador.

- Las cosas son así - dijo Talego -. No hay nada para nosotros allí en la Tierra, o de otro modo no hubiéramos venido aquí. Y tú no puedes comprometerte a hacerte cargo de dos inútiles. Y este lugar no es tan malo como eso. Algún día llegará a ser algo. Así que nos quedaremos y creceremos con él.



Llevaron a Jones y Wingate en el cocodrilo hasta Adonis. No había ningún peligro en ello, puesto que ahora Jones era oficialmente su patrón. Sobre lo que las autoridades no sabían no podían actuar. El cocodrilo regresó a la comunidad de refugiados cargado con todas las mercancías que Jones había insistido en llamar su rescate. De hecho, la oportunidad de enviar a un agente a obtener unas mercancías que tanta falta les hacían - uno que pudiera hacerlo con seguridad y sin despertar las sospechas de las autoridades de la compañía - había sido el factor determinante en la decisión sin precedentes del gobernador de arriesgarse a comprometer el secreto de su existencia. Se había mostrado francamente desinteresado de los planes de Wingate de agitarse en pro de la abolición del tráfico de esclavos.

Decirles adiós a Talego y a Jimmie fue para Wingate algo embarazoso e inesperadamente deprimente.

Durante las primeras dos semanas después de volver a la Tierra, tanto Wingate como Jones estuvieron demasiado ocupados como para verse. Wingate había dado forma definitiva a su manuscrito en el viaje de regreso, y pasó algún tiempo haciendo antesala en los despachos de los editores. Sólo uno mostró un cierto interés, más allá de las formales cartas de rechazo.

- Lo siento, amigo - le dijo éste -, me gustaría publicar su libro, pese a su naturaleza polémica, si viera en él alguna posibilidad de éxito. Pero no la tiene. Francamente, no tiene en absoluto ningún mérito literario. Leerlo es como leer un compendio.

- Creo que entiendo - respondió tristemente Wingate -. Una gran casa editora como la suya no puede arriesgarse a publicar algo que podría ofender a los poderes establecidos.

El editor se quitó el cigarro de su boca y miró al joven antes de responder.

- Supongo que debería ofenderme ante esto - dijo tranquilamente -, pero no lo haré. Esto es un juicio erróneo muy popular. Los poderes establecidos, como los llama usted, no tienen facultades de restricción en este país. Nosotros publicamos lo que el público quiere comprar. Estamos en el negocio para eso precisamente.

»Iba precisamente a proponerle, si quiere usted escucharme, los medios de hacer su libro vendible. Necesita usted un colaborador, alguien que conozca los recursos literarios y le dé algo de vida a esto.

Jones llamó el día en que Wingate había recibido su manuscrito revisado por su escritor fantasma.

- Escucha esto, Sam - le suplicó -. Mira, mira lo que le ha hecho ese sucio puerco a mi libro: «Oí de nuevo el chasquido del látigo del capataz. El frágil cuerpo de mi compañero se estremeció bajo el impacto. Tosió espasmódicamente y se hundió con lentitud en el agua que le llegaba hasta el pecho, arrastrado por sus cadenas.» Honestamente, Sam, ¿has visto tú alguna vez una basura como ésta? Y mira el nuevo título: Yo fui esclavo en Venus. Suena como una revista sensacionalista.

Jones asintió sin responder.

- Y escucha esto - prosiguió Wingate -: «...amontonadas como ganado en el corral, con sus desnudos cuerpos relucientes por el sudor, las mujeres esclavas se estremecían ante el...». ¡Oh, infiernos, no puedo seguir!

- Bueno, en realidad no llevaban más que el pantaloncito y el cinturón.

- Sí, sí... pero esto no tiene nada que ver con el caso. La indumentaria venusiana es una necesidad concomitante del calor. No hay excusa para burlarse de ella. Ese tipo ha convertido mi libro en una maldita novela erótica. Y tiene el atrevimiento de defender lo que ha hecho. Dice que el panfleto social depende de un lenguaje extravagante.

- Bueno, quizá tenga algo de razón. Los viajes de Gulliver tiene realmente algunos pasajes bastante crudos, y las escenas de flagelación en La cabaña del Tío Tom no son para dejarlas en manos de un niño. Sin mencionar Las uvas de la ira.

- Bueno, que me condenen si me dejo llevar por esa clase de sensacionalismo barato. He hecho una exposición perfectamente clara de un caso para que todo el mundo pueda entenderla.

- ¿Lo has hecho? - Jones se quitó la pipa de la boca -. Me he estado preguntando cuánto tiempo necesitarías para abrir los ojos. ¿Cuál es tu caso? No es nada nuevo; ocurrió en el viejo Sur, volvió a ocurrir en California, en México, en Australia, en Sudáfrica. ¿Por qué? Porque en cualquier economía de libre empresa en expansión que no tiene un sistema monetario diseñado para suplir sus exigencias, el uso del capital del país madre para desarrollar la colonia trae inevitablemente como resultado salarios de nivel de subsistencia en el país de origen y una esclavitud laboral en las colonias. El rico se vuelve así más rico y el pobre más pobre, y todas las cosas que pueda hacer la autoproclamada clase gobernante no cambiarán esto, porque el problema básico es algo que requiere un análisis científico y una mente matemática. ¿Crees que puedes explicar esas posibles salidas al público en general?

- Puedo intentarlo.

- ¿Hasta dónde llegué yo cuando intenté explicártelo... antes de que vieses por ti mismo los resultados? Y tú eres un hombre listo. No, Hump, esas cosas son demasiado difíciles como para explicárselas a la gente y demasiado abstractas como para interesarle. El otro día hablaste en el club femenino, ¿no?

- Sí.

- ¿Cómo te fue?

- Bueno... la presidenta me llamó antes de empezar y me pidió que limitara mi charla a diez minutos, porque su presidenta nacional estaba allí e iban escasas de tiempo.

- Hummm... ya ves lo que vale tu gran mensaje social. Pero no te preocupes. Diez minutos son suficientes para explicar en esencia el asunto a una persona que tenga la capacidad de comprenderlo. ¿Vendiste algo?

- Bueno... no estoy seguro.

- No te andes con rodeos diciendo que no estás seguro. Quizá te aplaudieron al terminar, pero ¿cuántas de ellas te vinieron luego con un cheque firmado? No, Hump, el dulce razonamiento no te llevará a ningún sitio en este asunto. Para hacerte oír tienes que ser un demagogo, o un exaltado predicador político como ese Nehemiah Scudder. Estamos acercándonos alegremente al infierno, y no nos detendremos hasta que caigamos en él.

- Pero... ¡oh, diablos! ¿Qué es lo que podemos hacer al respecto?

- Nada. Las cosas tienen que llegar a ser mucho peores para que puedan mejorar. Vamonos a tomar una copa.

**FIN**